
flaw·less
a Chestnut Springs novel
ELSIE SILVER

flaw·less

SINOPSIS

Las reglas eran simples. Mantener mis manos lejos de su hija y no meterme en problemas.

Pero ahora estoy atrapado con ella. Sólo hay una cama. Y bueno, las reglas están hechas para romperse.

Soy la cara del toreo profesional, el chico de oro. O al menos lo era, hasta que todo me explotó en la cara. Ahora mi agente dice que tengo que limpiar mi imagen, así que estoy atascado con su hija tocapelotas para el resto de la temporada como mi "supervisión a tiempo completo".

Pero no necesito una maldita niñera, especialmente una con vaqueros ajustados, una sonrisa sexy y una boca que no puede dejar de correr.

Una boca en la que no puedo dejar de pensar.

Porque Summer no es una conquista más. Ve al hombre que hay detrás de la máscara y no huye, sino que me acerca, incluso cuando no debería.

Ella dice que esto no significa nada.

Yo digo que esto significa todo.

Dice que hay límites que no debemos cruzar. Que mi reputación no aguanta más golpes, ni tampoco su corazón dañado.

Yo digo que voy a robarlo de todos modos.

Chetsnut Springs #1

BLACK CAT
by Bel

Sinceramente, escribí este libro para mí.

Para la chica que nunca supo muy bien qué quería hacer con su vida, y para la mujer que lo descubrió.



A veces aprovechamos el momento, y a veces él nos aprovecha a nosotros.

Gregg Levoy



CONTENIDO

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Epílogo

1

Summer

«Tienes a un cabrón enfadado aquí, Eaton»

El apuesto vaquero a lomos de un enorme toro se burla y mueve la mano alrededor de la cuerda que tiene delante. Sus ojos oscuros centellean en la pantalla, todas las líneas duras de su rostro asoman a través de la jaula de su casco.

«Cuanto más corcovean, más feliz soy»

Apenas puedo escuchar lo que dicen por encima del estruendo de la multitud en el vasto estadio con música a todo volumen de fondo, pero los subtítulos en la parte inferior de la pantalla aclaran todo lo que de otro modo podría perderse.

El joven inclinado sobre el corral se ríe y sacude la cabeza.

«Debe ser toda esa leche que bebes. No hay huesos rotos para el mundialmente famoso Rhett Eaton»

El fácilmente reconocible vaquero sonríe detrás de la jaula que cubre su cara, un destello de dientes blancos y el guiño de un ojo ámbar desde debajo del casco negro. Una sonrisa encantadora que conozco por haberme pasado horas mirando una versión brillante e inmóvil de ella.

«Lárgate, Theo. Sabes que odio la puta leche»

Theo esboza una sonrisa burlona mientras habla con voz ligeramente acentuada.

«Pero estás muy guapo en esos anuncios con la mancha encima del labio. Guapo para un viejo»

El más joven guiña un ojo y los dos hombres comparten una risa amistosa mientras Rhett frota una mano por la cuerda metódicamente.

«Prefiero que me corcovee un toro cada maldito día que beber esa mierda»

Sus risas son todo lo que escucho cuando mi padre pone en pausa el vídeo

de la gran pantalla plana, con el cuello y la cara enrojecidos.

—Bien... —Me aventuro con cautela, tratando de descifrar por qué ese intercambio requiere esta reunión improvisada con los dos nuevos contratados a tiempo completo en Hamilton Elite.

—No. No está bien. Este tipo es la cara del toreo profesional, y acaba de ensartar a sus mayores patrocinadores. Pero se pone peor. Sigue mirando.

Vuelve a darle al play, agresivamente, como si el botón hubiera hecho algo mal en todo este asunto, y la pantalla pasa a una escena diferente. Rhett camina fuera de un estadio, por el estacionamiento, con una bolsa de lona colgada del hombro. El casco ha sido sustituido por un sombrero de vaquero y un hombre delgado vestido con ropas holgadas oscuras da zancadas rápidas para seguir a su objetivo mientras el cámara lo sigue y graba.

No creo que los paparazzi suelan seguir a los jinetes de toros, pero Rhett Eaton se ha convertido en una especie de nombre familiar a lo largo de los años. No es un dechado de pureza ni mucho menos, pero sí un símbolo de los hombres de campo rudos y toscos.

El reportero da un pequeño salto para adelantarse lo suficiente como para poder alinear su micrófono con la boca de Rhett.

«*Rhett, ¿puedes comentar el vídeo que ha circulado este fin de semana? ¿Alguna disculpa que quieras hacer?*»

Los labios del vaquero se afinan y trata de ocultar su rostro tras el ala de su sombrero. Se le tensa un músculo de la mandíbula y su tonificado cuerpo se pone tenso.

Todos sus miembros están tensos.

«*Sin comentarios*» dice apretando los dientes.

«*Vamos, hombre, dame algo*». El tipo delgado estira la mano y presiona el micrófono contra la mejilla de Rhett. Se lo pone a la fuerza a pesar de que se negó a hacer comentarios. «*Tus fans merecen una explicación*» exige el reportero.

«*No, no lo hacen*» murmura Rhett, tratando de crear espacio entre ellos.

¿Por qué esta gente cree que *se le debe* una respuesta cuando tiende una emboscada a una persona que, por lo demás, está ocupándose de sus asuntos?

«¿*Qué tal una disculpa*?» pregunta el tipo.

Y luego Rhett lo golpea en la cara.

Sucede tan rápido que parpadeo en un intento de seguir los ángulos de la cámara, que ahora se agita y gira.

Bueno, mierda.

En cuestión de segundos, el insistente paparazzi está en el suelo agarrándose la cara, y a Rhett le tiembla la mano mientras se aleja sin decir palabra.

La pantalla vuelve a mostrar a los presentadores de las noticias sentados detrás de una mesa y, antes de que puedan comentar lo que acabamos de ver, mi padre apaga el televisor y suelta un estruendoso sonido de frustración.

—Odio a estos malditos vaqueros. Es imposible mantenerlos a raya. No quiero tratar con él. Así que, por suerte para ustedes dos, este trabajo está en juego. —Prácticamente vibra de rabia, pero yo sólo me reclino en mi silla. Mi padre pierde los estribos con facilidad, pero también se le pasa rápido. A estas alturas de mi vida, no me sorprenden sus cambios de humor. No duras mucho en Élite Hamilton si no puedes soportar a Kip Hamilton.

Por suerte para mí, llevo toda una vida aprendiendo a quitarme de encima su mal humor, así que soy inmune. He llegado a pensar que forma parte de su encanto, así que no me lo tomo como algo personal. No está enfadado conmigo. Sólo está… enfadado.

—Me he partido el culo durante años para conseguirle a este campechano patrocinios como nunca ha soñado, y cuando su carrera está llegando a su fin, va y lo echa todo a perder de *esta manera*. —La mano de mi padre se dirige a la pantalla—. ¿Tienes idea de cuánto dinero ganan estos tipos por estar tan locos como para subirse a un toro furioso de dos mil kilos, Summer?

—No. —Pero tengo la sensación de que está a punto de decírmelo. Sostengo los ojos oscuros de mi padre, del mismo tono que los míos. Geoff, el otro interno en la silla junto a mí, se encoge en su asiento.

—Ganan millones de dólares si son tan buenos como este imbécil.

Nunca me habría imaginado que fuera un negocio tan grande, pero eso no lo tratan en la facultad de Derecho. Lo sé todo sobre Rhett Eaton, el

rompecorazones de los toros y uno de mis principales enamoramientos de la adolescencia, pero casi nada sobre la industria o el deporte en sí. Se me levanta una comisura de los labios al recordar cómo hace una década me tumbaba en la cama y miraba su foto.

Rhett se subió a una valla y miró a la cámara por encima del hombro. Tierra abierta a sus espaldas, un cálido sol poniente. Una sonrisa coqueta en los labios, los ojos parcialmente oscurecidos por un sombrero vaquero desgastado, y el pièce de résistance... Unos vaqueros Wrangler que abrazaban sus mejores partes.

Así que sí, sé poco sobre montar toros. Pero sé que pasé muchísimo tiempo mirando esa foto. La tierra. La luz. Me atrajo. No era sólo el tipo. Me hizo querer estar allí, viendo esa puesta de sol por mí mismo.

—George, ¿sabes cuánto valía el patrocinio de la leche que acaba de tirar por el retrete? Por no hablar de todos los demás patrocinadores a los que voy a tocar las pelotas para suavizar esta mierda.

Juro por Dios que casi resoplo. *George*. Conozco a mi padre lo suficiente como para saber que es consciente de que no es el nombre correcto, pero también es una prueba para ver si Geoff tiene las pelotas de decir algo. Por lo que sé, no siempre es fácil trabajar con deportistas y famosos. Ya puedo decir que el tipo a mi lado va a luchar.

—Um... —Hojea la carpeta que tiene delante en la mesa de la sala de juntas y dejo que mi mirada se pierda en las ventanas que van del suelo al techo. Las que ofrecen vistas panorámicas de las praderas de Alberta. Desde el piso 30 de este edificio, la vista de Calgary es incomparable. Las Montañas Rocosas nevadas a lo lejos son como un cuadro, nunca pasan de moda.

—La respuesta es decenas de millones, Greg.

Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme. Geoff me cae bien, y mi padre se está portando como un imbécil, pero después de años de estar en el mismo aprieto, me divierte ver a otra persona tambalearse como yo lo he hecho en el pasado.

Dios sabe que mi hermana, Winter, nunca estuvo en el extremo receptor de este tipo de interrogatorio. Ella y Kip tienen una relación diferente a la mía con nuestro padre. Conmigo, él es juguetón y dispara desde la cadera; con ella,

se mantiene casi profesional. Creo que a ella le gusta más.

Geoff me mira con una sonrisa plana.

He visto muchas veces esa expresión en la cara de la gente en el trabajo. Dice: «*Debe ser agradable ser la niñita del jefe*». Dice, «*¿Cómo te trata ese nepotismo*?» Pero estoy entrenada para aguantar este tipo de azotes. Mi piel es más gruesa. Mi medidor de me-importa-una-mierda está menos afinado. Sé que en quince minutos, Kip Hamilton bromeará y sonreirá. Ese perfecto barniz que usa para adular a los clientes volverá a su sitio rápidamente.

El hombre es un maestro, aunque un poco comadreja. Pero creo que eso forma parte de su trabajo como agente de talentos de alto nivel.

Si te soy sincera, aún no estoy segura de estar hecha para trabajar aquí. No estoy segura de querer hacerlo. Pero siempre me ha parecido lo correcto. Se lo debo a mi padre.

—Así que la pregunta es, chicos, ¿cómo se arregla esto? Tengo el patrocinio de la leche Dairy King colgando de un hilo. Quiero decir, un maldito jinete de toros profesional acaba de golpear a toda su base. ¿Granjeros? ¿Productores de lácteos? Parece que no debería importar, pero la gente va a hablar. Van a ponerlo bajo un microscopio, y no creo que les guste lo que vean. Esto hará mella en la línea de fondo del idiota más de lo que piensas. Y su cuenta de resultados es *mi cuenta de resultados*, porque este chiflado nos hace ganar mucho dinero a todos.

—¿Cómo llegó a salir la primera grabación? —pregunto, obligando a mi cerebro a volver a la tarea que tengo entre manos.

—Una emisora local se dejó la cámara encendida. —Mi padre se pasa una mano por la barbilla bien afeitada—. Lo grabó todo, lo subtituló y lo emitió en las noticias de la noche.

—De acuerdo, tiene que disculparse —dice Geoff.

Mi padre pone los ojos en blanco ante la solución genérica.

—Va a tener que hacer mucho más que disculparse. Necesita un plan a prueba de balas para lo que queda de temporada. Tiene un par de meses hasta los Campeonatos del Mundo en Las Vegas. Vamos a necesitar pulir ese halo de sombrero de vaquero antes de entonces. O los demás patrocinadores también caerán como moscas.

Me doy golpecitos con el bolígrafo en los labios, pensando en lo que podríamos hacer para salvar la situación. Por supuesto, no tengo casi experiencia, así que me limito a hacer preguntas capciosas.

—Así que, ¿necesita ser visto como el encantador y sano chico de campo de la puerta de al lado?

Mi padre suelta una sonora carcajada y sus manos se apoyan en la mesa de la sala de juntas, frente a nosotros, mientras se inclina. Geoff se estremece y yo pongo los ojos en blanco. Coño.

—Esa es la cuestión. Rhett Eaton no es el *sano chico de campo de la puerta de al lado*. Es un vaquero engreído que sale de fiesta demasiado y tiene hordas de mujeres que se le echan encima cada fin de semana. Y no está enfadado por ello. Antes no era un problema, pero ahora destrozan todo lo que pueden. Como putos buitres.

Enarco una ceja y me echo hacia atrás. Rhett es un adulto, y seguramente, con una explicación de lo que está en juego, podrá mantener la compostura. Después de todo, él paga para que la empresa gestione estas cosas por él.

—Entonces, ¿no puede portarse bien durante un par de meses?

Mi padre baja la cabeza con una profunda carcajada.

—Summer, la versión de buen comportamiento de este hombre no servirá.

—Actúas como si fuera un animal salvaje, Kip. —Aprendí por las malas a no llamarlo papá en el trabajo. Sigue siendo mi jefe, aunque compartamos el auto al final del día—. ¿Qué necesita? ¿Una niñera?

La habitación permanece en silencio durante unos instantes mientras mi padre mira fijamente el tablero de la mesa entre sus manos. Al final, sus dedos golpean la superficie, algo que hace cuando está sumido en sus pensamientos. Es una costumbre que he adquirido de él a lo largo de los años. Sus ojos casi negros se levantan y una sonrisa lobuna se apodera de todo su rostro.

—Sí, Summer. Eso es exactamente lo que necesita. Y conozco a la persona perfecta para el trabajo.

Y por la forma en que me está mirando, creo que la nueva niñera de Rhett Eaton podría ser yo.

2

Rhett

Kip: Contesta el teléfono, bonito hija de puta.

Rhett: ¿Crees que soy bonito?

Kip: Creo que escoger ese detalle específico de mi texto significa que eres un idiota.

Rhett: ¿Pero uno bonito?

Kip: Responde. Tu. Maldito. Teléfono.

Kip: O estate aquí a las dos de la tarde para que pueda sacudir en persona.

El avión aterriza en el aeropuerto de Calgary y me siento aliviado de estar en casa.

Sobre todo después del desastre de los dos últimos días.

El tipo al que golpeé no ha presentado cargos, pero no estoy seguro de cuánto dinero le ofreció mi agente, Kip, para que lo hiciera. Eso no importa. Si alguien puede hacer que todo esto desaparezca, es Kip.

Ha estado intentando llamarme, lo cual es un indicio de que está perdiendo la cabeza, porque nuestra relación es más bien de mensajes de texto. Por eso, cuando enciendo el móvil antes de lo previsto, no me sorprende ver su nombre en la pantalla.

Otra vez.

No he contestado porque no estoy de humor para escucharlo gritarme. Quiero esconderme. Quiero silencio. Pájaros. Una ducha caliente. Un poco de Tylenol. Y una cita con mi mano para aliviar la tensión.

No necesariamente en ese orden.

Eso es lo que necesito para volver a ponerme las pilas. Un descanso tranquilo en casa mientras esto pasa. Cuanto más viejo me hago, más larga me parece la temporada, y de alguna manera, con sólo treinta y dos años, me siento viejo como las pelotas.

Me duele el cuerpo, tengo la mente desbordada y ansío la tranquilidad de mi rancho familiar. Claro que mis hermanos me van a fastidiar y mi padre me va a hablar de cuándo pienso dejarlo, pero así es la familia. Eso es el hogar.

Supongo que hay una razón por la que los chicos seguimos volviendo. Somos co-dependientes de una manera que nuestra hermana pequeña no lo es. Ella echó un vistazo a un grupo de hombres adultos viviendo juntos en una granja y se largó.

Hago una nota mental para llamar a Violet y ver cómo está igualmente.

Mi cabeza se inclina hacia atrás en el estrecho asiento mientras el avión se detiene en la pista. «*Bienvenidos a la hermosa Calgary, Alberta*». La cabina se llena con la voz de la azafata y el chasquido de la gente que se desabrocha el cinturón antes de tiempo.

La sigo. Ansioso por salir del pequeño asiento y estirar las piernas.

«*Si Calgary es tu hogar, bienvenido a casa...*»

Uno pensaría que, después de más de una década jugando a este juego, se me daría mejor reservar mis vuelos y hoteles. En lugar de eso, me las apaño constantemente para encontrar un sitio de última hora, lo cual me viene muy bien. Aunque me siento un poco claustrofóbico.

Cuando la persona que está a mi lado sale al pasillo, un suspiro de alivio sale de mis pulmones. No puedo dejarme hundir aún en ese intenso cansancio. Aún tengo que coger mi camión y conducir una hora fuera de la ciudad hasta Chestnut Springs.

«*Por favor, recuerde que no está permitido fumar dentro de la terminal...*»

Y antes de eso, tengo que reunirme con el pitbull de mi agente. Lleva ladrándome desde anoche por no contestar al teléfono.

Ahora, voy a tener que afrontar la música por mi mal comportamiento.

Gimo para mis adentros mientras agarro la bolsa de viaje del compartimento superior.

Kip Hamilton es el hombre al que tengo que agradecer mi actual situación financiera. A decir verdad, me cae muy bien. Ha estado conmigo durante diez años, y casi lo considero un amigo. También sueño con golpear su cara bien afeitada con bastante regularidad. Es un arma de doble filo.

Me recuerda a una versión más vieja y elegante de Ari Gold de *Entourage*, y me encanta esa serie.

«*Gracias por volar con Air Acadia. Esperamos recibirlos de nuevo*»

La fila de gente por fin empieza a moverse hacia la salida y yo me arrastro hacia el pasillo del avión, sólo para sentir un firme pinchazo en medio del pecho.

Cuando asomo el puente de la nariz, me encuentro con unos furiosos ojos azules y un ceño fruncido en un marco corto. Una mujer de más de sesenta años me mira fijamente.

—Deberías avergonzarte de ti mismo. Insultar así a tus raíces. Insultarnos a todos los que trabajamos tan duro para poner comida en las mesas de nuestros compatriotas canadienses. Y luego agredir a un hombre. ¿Cómo te atreves?

Esta parte del país se enorgullece de su agricultura y su vida rural. En Calgary se celebra uno de los mayores rodeos del mundo. Algunos llaman a la ciudad *Cowtown (ciudad de las vacas)* por lo estrechamente ligada que está a la ciudad la comunidad ganadera y agrícola.

Crecí en un enorme rancho ganadero, debería saberlo. Sólo que nunca supe que no gustarme la leche fuera un crimen.

Pero de todos modos le hago un gesto solemne con la cabeza.

—No pretendo insultarla, señora. Ambos sabemos que la comunidad agrícola es la columna vertebral de nuestra hermosa provincia.

Me sostiene la mirada mientras echa los hombros hacia atrás y resopla un poco.

—Harías bien en recordarlo, Rhett Eaton.

Sólo le devuelvo una sonrisa tensa.

—Por supuesto —digo, y avanzo por el aeropuerto con la cabeza gacha. Espero evitar más encontronazos con fans ofendidos.

La interacción me acompaña desde la recogida de equipajes hasta mi camioneta. No me siento mal por haber golpeado a ese tipo -se lo merecía-, pero una chispa de culpabilidad se enciende en mi pecho por haber podido herir a mis fans, que tanto trabajan. Es algo que no me había planteado. En lugar de eso, me he pasado los últimos días poniendo los ojos en blanco porque mi odio a la leche fuera noticia.

Cuando veo mi camioneta antigua en el estacionamiento cubierto, suspiro de alivio. ¿Es un vehículo práctico? Puede que no. Pero mi madre se lo dio a mi padre como un regalo, y me encanta sólo por eso. Aunque ahora tenga manchas de óxido y esté pintado con grises desparejados.

Tengo grandes planes para restaurarlo. Un capricho para mí. Quiero pintarlo de azul.

No recuerdo a mi madre, pero en las fotos sus ojos eran de un color acerado, y eso es lo que quiero. Un pequeño guiño a la mujer que nunca llegué a conocer.

Sólo necesito encontrar el tiempo primero.

Bolsa en mano, subo a mi camioneta. Los asientos de cuero marrón agrietado crujen un poco al poner mi cuerpo cansado al volante. El motor se pone en marcha y suelta un poco de humo oscuro mientras salgo a la autopista en dirección al centro de la ciudad. Tengo los ojos en la carretera, pero la cabeza en otra parte.

Cuando suena mi teléfono, aparto la vista de la carretera sólo momentáneamente. Veo el nombre de mi hermana parpadear en la pantalla y no puedo evitar sonreír. Violet nunca deja de hacerme sonreír, incluso cuando todo a mi alrededor es una mierda total. Me llama antes incluso de que haya tenido la oportunidad de marcarle.

Detenido en un semáforo en rojo, deslizo el botón para responder y toco para el altavoz del teléfono. Esta camioneta definitivamente no está equipada con Bluetooth.

—Hola, Vi —respondo, casi gritando para proyectar mi voz en el teléfono que hay en el asiento de al lado.

—Hola. —Su voz rebosa preocupación—. ¿Cómo lo llevas?

—Bien, supongo. Me dirijo a la oficina de Kip ahora mismo para

averiguar qué tipo de daño he hecho.

—Sí. Prepárate. Está nervioso —murmura.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy tu contacto de emergencia en el archivo. Me ha estado explotando el teléfono porque lo ignoras. —Ahora se está riendo—. Ya ni siquiera vivo allí. Tienes que actualizar eso.

Sonrío mientras me incorporo a la autopista.

—Sí, pero tú eres la única que aprueba mi carrera y no aparecerá para sermonearme sobre el abandono si algo sale mal. Básicamente, te quedas con el trabajo.

—Entonces, ¿tendré que dejar a mi marido y a mis hijos para subirme a un avión y sentarme en un hospital contigo?

Eso me hace recordar. Cada vez que me hacía daño de adolescente o de joven, era Violet quien me cuidaba.

—Se te da muy bien. Pero es justo. Creo que Cole podría matarme si te alejo de él.

Me estoy burlando. Me gusta mucho su marido, lo cual es mucho decir porque nunca pensé que conocería a alguien lo suficientemente bueno para ella. Pero Cole lo es. También es ex-militar y un poco aterrador. No quisiera hacerlo enojar.

Mi hermana sólo se ríe ahora. Sigue jodidamente mareada por el tipo, y no podría estar más feliz por ella.

—Estaría bien. Podría enviártelo si necesitas un guardaespaldas.

—¿Y dejar atrás a sus hijas? Nunca lo haría.

Ahora no se ríe. En su lugar, hace un gruñido silencioso.

—Sabes que si me necesitas, estoy ahí, ¿verdad? Sé que los demás no lo entienden. Pero yo sí. Puedo estar ahí para ti si lo necesitas.

Y esto es lo que pasa con mi hermana pequeña. Ella me entiende. Ella misma es un poco atrevida. No condena mi carrera como lo hace el resto de nuestra familia. Pero ahora tiene su propia vida. No necesito que me mime. Ella tiene sus propios hijos que mimar.

—Estoy bien, Vi. Pero ven pronto a visitarme con toda la familia, ¿de acuerdo? O al final de la temporada, arrastraré mi triste trasero hasta ti. Una carrera en un caballo de carreras de lujo. Te patearé el culo. —Intento bromear, pero no estoy seguro de que mi tono sea muy convincente.

—Sí —responde. Y juro que puedo verla mordiéndose el labio como lo hace, a punto de decir algo pero deteniéndose—. Probablemente te deje ganar porque me siento muy mal por ti.

—Oye. Una victoria es una victoria —me río entre dientes, tratando de aligerar el ambiente.

Y todo lo que ella responde es—: Te amo, Rhett. Cuídate. Pero más que eso, sé tú mismo. Eres muy adorable cuando te mantienes fiel a quien eres.

Siempre me lo recuerda. Ser Rhett Eaton, chico de un pueblo pequeño. No Rhett Eaton, arrogante jinete de toros extraordinario.

Suelo poner los ojos en blanco, pero en el fondo sé que es un buen consejo. Uno es el verdadero yo, el otro es para aparentar.

El problema es que ya no mucha gente conoce mi verdadero yo.

—Yo también te amo, hermanita —digo antes de colgar y perderme en mis pensamientos mientras recorro la autopista en dirección a la ciudad.

Cuando llego a Hamilton Elite y estaciono en una plaza poco habitual, me doy cuenta de que he estado tan ensimismado que apenas recuerdo el camino. Recuesto la cabeza contra el asiento. Otra vez. Y respiro hondo. Es difícil saber con seguridad en qué lío me he metido, pero teniendo en cuenta cómo me ha regañado públicamente esa mujer en el avión, voy a arriesgarme y suponer que en un buen lío.

Pero conozco a la gente de esta zona. Son trabajadores. Son orgullosos. Y tienen la espina clavada de pensar que la gente de otras clases sociales no entiende su lucha.

Y quizá tengan razón. Tal vez el canadiense medio no entiende *realmente* el trabajo agotador que conlleva la agricultura. En el abastecimiento de nuestros estantes de la tienda de comestibles.

¿Pero yo? Lo hago.

Odio la leche. Todo el asunto es tan extraño que es casi gracioso.

Entro en el opulento edificio. Todo brilla. El suelo. Las ventanas. Las puertas de acero inoxidable del ascensor. Me dan ganas de mancharlas con las manos para estropearlo todo.

El guardia de seguridad me hace un gesto con la cabeza al pasar y entro en el ascensor con un grupo de gente bien vestida. Aprieto los labios para disimular la sonrisa cuando una mujer me mira con un juicio apenas contenido.

Botas vaqueras usadas. No me sorprendería que aún hubiera mierda de vaca en la suela. Vaqueros perfectamente desgastados rematados con una chaqueta de piel de oveja marrón. Llevo el cabello largo, como a mí me gusta.

Salvaje y rebelde. Como yo.

Pero no como le gusta a esta mujer. De hecho, la repulsión pintada en su cara es clara como el día.

Así que le guiño un ojo y le digo de forma exagerada—: Hola, señora. —Los chicos de Alberta no tienen acento gangoso, pero cuando te pasas la vida en rodeos con tipos que sí lo tienen, es bastante fácil imitarlo. Ojalá tuviera un sombrero de vaquero conmigo para completar la imagen.

La mujer pone los ojos en blanco y aprieta con el dedo el botón que indica CERRAR PUERTA. La siguiente vez que se abren las puertas, las atraviesa sin mirar atrás.

Todavía me estoy riendo de ello cuando llego a la planta que alberga a Hamilton Elite, y por la forma en que se iluminan los ojos de la recepcionista cuando entro, no comparte la percepción que tiene de mí la mujer del ascensor.

A decir verdad, la mayoría de las mujeres no. Conejitas, chicas de ciudad, chicas de campo. Siempre he sido igualitario y me encantan las mujeres. Menos las relaciones.

Un paseo por el lado salvaje es lo que una mujer me llamó hace poco después de que pasáramos un día entero encerrados en una habitación de hotel celebrando mi victoria de una forma que fue divertida en el momento pero que me dejó un poco vacío al final.

—¡Rhett! —La voz de Kip retumba en el vestíbulo antes de que pueda hablar con la chica de recepción.

Bloqueador total de pollas.

—Gracias por venir hasta aquí. —Camina hacia mí y me da un apretón de manos tan fuerte que casi me duele. Este apretón de manos es su forma de desquitarse conmigo por el lío en el que me he metido. La falsa sonrisa pellizcada de su cara es prueba de ello. El dueño de esta agencia no tiene por costumbre saludar a sus clientes en la recepción, lo que significa que me he metido en ella.

—No hay problema, Kip. Te pago mucho dinero para que me des órdenes, ¿verdad?

Ambos nos reímos, pero también ambos sabemos que acabo de recordarle que soy yo quien le paga aquí. No al revés.

Me da una palmada en la espalda y me tiemblan los dientes. Es un hombre grande.

—Sígueme. Charlemos en la sala de conferencias. Enhorabuena por tu victoria de este fin de semana. Llevas una buena racha este año.

A mi edad, no tengo derecho a ganar tantos eventos como esta temporada. Debería estar en la cuesta abajo de mi carrera, pero las estrellas se están alineando ahora mismo. Y tres *veces campeón del mundo* suena mucho mejor que *dos veces campeón del mundo*. Y tres hebillas de oro en mi estantería quedarían mejor que dos.

—A veces las estrellas se alinean. —Le sonrío mientras me hace pasar a una sala en la que hay una larga mesa rodeada de sillas de oficina negras de aspecto genérico con un hombre de aspecto genérico sentado en una de ellas. Cabello castaño, muy corto. Ojos marrones. Traje gris. Expresión aburrida. Uñas cuidadas. Manos suaves. Chico de ciudad.

A su lado hay una mujer que es cualquier cosa menos genérica. Cabello castaño oscuro que brilla de un color casi caoba cuando le da el sol, recogido en un moño apretado en la coronilla. Sus gafas de montura negra son un poco demasiado fuertes en su rostro delicado, como el de una muñeca, pero sus labios casi demasiado carnosos pintados de un rosa intenso y cálido los equilibran de alguna manera.

Lleva una camisa de marfil abotonada hasta arriba, con un ribete de encaje que le rodea el cuello. Tiene la boca ligeramente torcida, pero lleva los

brazos cruzados sobre el pecho y sus brillantes ojos chocolate no revelan nada mientras me observa por encima del borde superior de las gafas.

Sé que no debo juzgar un libro por su portada. Pero la palabra *tensa* pasa por mi mente mientras la evalúo.

—Siéntate, Rhett. —Kip saca una silla justo enfrente de la mujer y se pliega suavemente en el asiento a mi lado antes de poner los dedos bajo la barbilla.

Me tumbo y me alejo de la mesa, cruzando un pie calzado sobre la rodilla.

—De acuerdo. Dame mis azotes para que pueda irme a casa, Kip. Estoy cansado.

Mi agente frunce el ceño y me mira con atención.

—No necesito darte un azote. Has perdido oficialmente el patrocinio de Dairy King, y creo que eso ya es bastante malo.

Retrocedo y se me sonroja el cuello. La misma sensación que cuando me metía en líos de niño. Falté al toque de queda. Salté del puente con los niños grandes cuando se suponía que no debía hacerlo. Invadí la granja de los Jansen. Siempre había algo. Nunca *me* metía en problemas. Pero esto es diferente. Esto no es diversión infantil y juegos. Este es mi medio de vida.

—Tienes que estar bromeando.

—Yo no bromearía con esto, Rhett. —Sus labios se aplanan y se encoge de hombros. La mirada dice *no estoy enfadado, estoy decepcionado*. Y odio esa distinción, porque en el fondo, odio fallar a la gente. Cuando están enfadados, significa que se preocupan por ti. Quieren lo mejor para ti. Saben que eres capaz de hacerlo mejor. Cuando se muestran así de indiferentes, es casi como si esperaran que la cagaras.

Por eso siempre he dicho que no me importa lo que la gente piense de mí. Así no tienen el poder de hacerme sentir así… está claro que no funciona.

Me remuevo en el asiento y miro a las otras dos personas de la sala. El tipo tiene la sensatez de mirar los papeles que tiene delante.

Pero la mujer me sostiene la mirada. La misma mirada inquebrantable. Y, de algún modo, sé que me está juzgando.

Me paso la mano por la boca mientras me aclaro la garganta.

—Bueno, ¿cómo los recuperamos?

Kip se echa hacia atrás con un profundo suspiro, los dedos golpeando los reposabrazos de la silla en la que está.

—No estoy seguro de que podamos. De hecho, creo que más que nada estamos controlando los daños. Esperando que otros patrocinadores no abandonen el barco. Wrangler. Ariat. Estas son todas las empresas que conocen a tu clientela. Y tu clientela es la gente a la que has enojado. Sin mencionar que golpear a un hombre con una cámara grabando es una pesadilla de relaciones públicas.

Mis ojos buscan el techo mientras inclino la cabeza hacia atrás y trago saliva.

—¿Quién iba a decir que no gustarte la leche era un delito? Y ese tipo se merecía que le ajustaran la mandíbula.

La mujer de enfrente suelta una pequeña burla y mis ojos se desvían hacia los suyos.

De nuevo, no aparta la mirada. ¿Qué carajo está mirando?

Sólo sonríe. Como si yo arruinando un patrocinio multimillonario fuera divertido para ella. Estoy exhausto. Estoy dolorido. Mi paciencia está más que frita. Pero soy un caballero, así que me froto los dientes con la lengua y vuelvo a centrarme en Kip.

—Si esa cámara no hubiera estado filmando, habría estado bien. Pero que nadie te escuche hablar así de agredir a alguien. Me rompí el culo para evitar que ese cabrón presentara cargos.

Pongo los ojos en blanco. Estoy bastante seguro de que *partirse el culo trabajando* es sinónimo de *gastar un montón de mi dinero duramente ganado para hacer callar a ese tipo*.

—¿Por qué estaba rodando la cámara? ¿Fue intencionado?

El hombre mayor suspira y sacude la cabeza.

—Realmente no importa, ¿verdad? El daño ya está hecho.

—Joder. —Gimo y dejo que se me cierren los ojos un momento mientras giro los hombros, haciendo balance de lo dolorido que está el derecho. La forma en que aterricé en ese último viaje no fue ideal. Desmonte de novato.

—Entonces, tengo un plan.

Vuelvo a mirar a Kip a través de las rendijas de mis ojos.

—Ya lo odio.

Se ríe. Y sonríe. Porque ese cabrón sabe que me tiene en un aprieto. Ambos sabemos que mis días están contados, y he cometido el error de decirle que mi familia necesita más dinero para mantener el rancho a largo plazo. Tomaré lo que necesite para vivir cómodamente en algún lugar de nuestras tierras y luego trabajaré con mi hermano mayor, Cade, para mantener el Rancho Wishing Well en funcionamiento.

Eso es lo que haces por la familia. Lo que haga falta.

—Está bien. Los dos sabemos que lo harás de todos modos. —Lo fulmino con la mirada. Qué imbécil.

Señala al otro lado de la mesa.

—Esta es Summer. Es nueva en el equipo. Ha sido becaria aquí durante varios años. También es tu nueva sombra.

Mis cejas se fruncen junto con mi nariz. Porque este plan ya huele a mierda.

—Explícate.

—Durante los próximos dos meses, hasta el final de los Campeonatos del Mundo en Las Vegas, trabajará como tu asistente. Un enlace con los medios. Alguien que entiende la percepción pública y puede ayudarle a pulir tu imagen. Ustedes dos discutirán y llegarán a un plan. Y luego ella consultará conmigo para que no te estrangule por ser un chupavergas colosal. Estoy seguro de que ella estaría dispuesta a ayudar con cualquier otro trabajo administrativo que pueda necesitar también. Pero sobre todo estará ahí para vigilarte y evitarte problemas.

Miro a la mujer y ella asiente, sin parecer alarmada por la sugerencia.

—Ahora *sé* que estás bromeando. Porque es imposible que le asignes a un hombre de mi edad una niñera glorificada. Eso es insultante, Kip.

Quiero que se eche a reír y me diga que es su idea de tomarme el pelo.

Pero no lo hace. Se limita a mirarme fijamente, como la mujer, dándole

tiempo a mi cerebro para que se ponga al día con lo que ya ha decidido por mí.

—Vete a la mierda. —Me río incrédulo mientras me siento más erguido para echar un vistazo a la habitación en busca de alguna prueba de que se trata de una broma realmente excelente e hilarante. Algo que mis hermanos me gastarían seguro.

Pero lo único que consigo es más silencio.

Esto no es un simulacro, no es una broma. Esto es una puta pesadilla.

—No, gracias. Me quedo con ese tipo. —Señalo al otro tipo. El que ni siquiera puede mirarme a los ojos. Será perfecto para que finja que no existe. No la estirada tocapelotas que me mira como si fuera un campechano tonto.

Kip vuelve a juntar las manos y cruza las piernas.

—No.

—¿No? —Sueno incrédulo—. Yo te pago, no al revés.

—Entonces encuentra a otro que arregle esta tormenta de mierda mejor que yo. Es sólo el futuro de tu granja familiar en la línea.

El calor me recorre las mejillas, apenas disimulado por la barba incipiente. Y por una vez, me quedo sin palabras. Completamente mudo. Me estalla la mandíbula al apretar los dientes.

Leche. Derribado por la puta *leche*.

Un trozo de papel blanco se desliza ante mí desde el otro lado de la mesa. Unas uñas desnudas y pulidas lo golpean dos veces. *Remilgada*.

—Escriba aquí su dirección, por favor.

—¿Mi dirección? —Mi mirada se dispara al encuentro de la suya.

—Sí. El lugar donde vives. —Juro que le tiembla la mejilla. Es jodidamente grosera. Mi cabeza gira hacia Kip—. ¿Por qué le estoy dando mi dirección a esta chica otra vez?

Sonríe y se adelanta para darme una palmada en el hombro.

—No eres Peter Pan, Rhett. No perderás tu sombra. No durante los próximos dos meses.

Mi mente se tambalea. No puede querer decir…

—Donde tú vas, ella va.

Kip me dedica una sonrisa despiadada, no la que me dedicó cuando entré en la habitación. No, esta está llena de advertencia.

—Y Eaton, esa *chica* es mi hija. Mi princesa. Así que cuida tus malditos modales, mantén las manos quietas y no te metas en problemas, ¿de acuerdo?

¿Se supone que la *princesa* sarcástica vivirá en el rancho conmigo? Dios mío, esto es mucho peor de lo que imaginaba.

Mi fin de semana ha ido cuesta abajo desde ese puto vídeo, y cuando salgo furioso de la reluciente oficina, la cosa no mejora porque se me ha olvidado enchufar el parquímetro de la *estupenda* plaza de estacionamiento que he conseguido.

3

Summer

Summer: Voy para allá ahora.

Papá: Ten cuidado. No dejes que ese imbécil se meta en tus pantalones.

Summer: Me gustan más las faldas.

Papá: -_-



—De acuerdo, espera. ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Quiero decir, no *me he ido*, Wils. Estoy como a una hora de la ciudad. El viaje a tu granero no es mucho menos desde donde vives.

—Necesito que me avisen para cosas como ésta. ¿Con quién se supone que voy a ir a almuerzos borrachos? ¿Y si encuentro una nueva mejor amiga mientras no estás?

Me río de eso. Mi mejor amiga tiene un don para lo dramático. Es parte de su encanto.

—Entonces supongo que nunca me quisiste de verdad —respondo con nostalgia.

—Estas son las peores noticias. Al menos para mí. Probablemente estés mareada y con las bragas mojadas. ¿Recuerdas esa foto que...?

—Willa, por favor. Eso fue hace mucho tiempo. Soy una adulta. Soy una profesional. Los atletas calientes son mi trabajo todos los días. No hagas esto raro para mí.

Ella gime.

—¿Por qué tienes que ser tan responsable? ¿Y madura? Me hace sentir como una niña.

—No eres una niña. Posiblemente más bien una adolescente. —Miro a mi alrededor, intentando asegurarme de que tomo el desvío correcto porque las polvorientas carreteras secundarias no están muy bien señalizadas. Pero veo la señal del campo de tiro y giro justo a tiempo, con los neumáticos tambaleándose sobre la grava.

—Supongo que puedo vivir con eso. Crecer es lo peor. Simplemente no es para mí, ¿sabes?

Me río de eso. Willa es muy adulta. Es juguetona. Es *divertida*. Es buena para mí.

—Manejas un barco hermético con todos los chicos del bar. Creo que eres más adulta de lo que crees.

—¡Retira lo dicho! —Se ríe antes de añadir—: Y tírate al vaquero. Hazlo.

Willa siempre ha sido la que me ha relajado, la que me ha levantado cuando estaba deprimida, la que me ha frotado la espalda cuando lloraba por Rob.

Pero a veces también se equivoca.

—¿Quieres que arruine mi incipiente carrera para acostarme con mi enamoramiento adolescente, que por lo que parece me odia a muerte? No, gracias. Lo tendré en cuenta.

—Eso es todo lo que pido, ¿sabes?

Nos reímos juntas, como hemos hecho durante los últimos quince años. No tengo muchos amigos. Pero prefiero tener a una Willa que a un montón de gente que no me entiende.

Veo un camino de entrada y voy despacio para leer los números de la valla.

—Me tengo que ir. Luego te mando un mensaje.

—Más te vale. Te quiero.

—Te quiero —digo distraídamente antes de suspirar aliviada al ver que los números coinciden con lo que Rhett escribió en el papel. Apago el Bluetooth y entro en la calle, dispuesta a enfrentarme al lío en el que me ha metido mi padre.

Las vallas de postes en bruto que bordean la propiedad me abren paso a través de la puerta principal, donde los postes se elevan por encima del camino de entrada. La viga que cruza por encima está adornada con un cartel de hierro forjado en forma de pozo de los deseos. Y sujeta por dos estrechas cadenas, colgando por debajo, hay una plancha de madera con las palabras *Wishing Well Ranch* grabadas en ella.

El terreno que rodea Chestnut Springs es realmente digno de contemplar. Me siento como si me hubieran transportado al plató de *Yellowstone*. Y estoy francamente mareada por ello. Adiós oficina congestionada, hola tierra infinita.

¿Rhett Eaton me mira como si fuera un animal atropellado?

Sí.

Pero, ¿me emociona salir de la oficina y hacer algo diferente?

También, sí.

Voy a disfrutar muchísimo con esto. Voy a tomar el toro por los cuernos en esta misión. Me río de mi broma mientras bajo el volumen del disco de The Sadies que tenía a todo volumen antes de que Willa me llamara.

Miro a mi alrededor y reduzco la velocidad del todoterreno. Mi cabeza gira mientras la grava cruje y salta bajo mis neumáticos. Juro que la vista por cada ventanilla es mejor que la anterior. El mes de marzo en el sur de Alberta sigue siendo interesante. Puede hacer frío y nevar, pero luego puede llegar un chinook y el aire se vuelve cálido y suave contra la piel. La hierba aún no es exuberante. Es sólo campos sobre campos de este color marrón musgoso. Como si pudieras ver el verde que se esconde debajo, listo para brotar. Pero todavía no.

Por ahora, hay algo monótono en los campos suavemente ondulados que se funden con los picos grises del oeste. Las Montañas Rocosas delimitan las estribaciones y se alzan dentadas y nevadas con picos de un blanco inmaculado.

He pasado años mirando por las ventanas del piso 30 de mi padre, deseando estar *ahí fuera*. Imaginando que pasaba los veranos explorando las montañas y los pequeños pueblos rústicos que había entre ellas, pero atrapada en su lustrosa oficina. O, si pienso aún más atrás, atrapada en una habitación verde pálido sin energía suficiente para levantarme de la cama.

¿Es esta asignación de trabajo ridícula hasta el punto de que me costó mantener la cara seria durante la reunión?

Absolutamente.

Pero voy a aprovecharlo al máximo. Por lo menos, podré contemplar las montañas con el viento en la cara en vez de oler a café quemado y a esos croissants rancios que Martha pone todas las mañanas. O una habitación que apesta a jabón antiséptico y antibacteriano. De esos que se supone que no huelen, pero cuando pasas suficiente tiempo envuelto en ellos, te das cuenta de que en realidad no es así.

El largo camino de entrada se extiende ante mí hasta desaparecer en un bosquecillo de álamos muy juntos, pero sin hojas. La silueta de una gran casa asoma entre sus ramas.

Me detengo y contemplo la impresionante casa que tengo ante mí. Gruesos troncos forman el armazón de una casa curvada en forma de media luna, que se entrelaza con los árboles y fluye con las líneas de las colinas. Es amplia y tiene grandes ventanales. El muro de contención inferior de la casa está cubierto por una fachada de piedra que se transforma en una especie de revestimiento de vinilo en un suave color salvia. Contrasta perfectamente con la cálida madera teñida y el tejado de cedro.

Las casas donde crecí estaban casi en guerra con el paisaje. Luchaban contra él con sus esquinas afiladas y sus tonos ásperos. Esta casa, por grande que sea, casi parece haber brotado del suelo. Como si formara parte del paisaje, en perfecta armonía.

Parece que pertenece aquí. A diferencia de mí.

Miro mi atuendo mientras salgo del auto estacionado. Una falda negra de tela de jersey, una sedosa camisa de tartán abotonada y un par de mocasines marrones de tacón con una bonita puntera de brogue son probablemente una elección ridícula para el entorno.

A pesar de que este conjunto es genial.

Me he acostumbrado tanto a arreglarme todos los días, y me gusta tanto elegir prendas que me hagan sentir más segura de mí misma, que ni siquiera me había planteado lo graciosa que podría parecer poniéndome lo que llevo puesto.

Pero, en realidad, *no* sé *nada* de lo que se supone que debo hacer. Cuando Rhett garabateó su dirección en el trozo de papel, apretó el bolígrafo con tanta fuerza que melló las páginas de debajo.

Y se marchó sin decir ni una palabra más.

Una sonrisa se dibujó en los labios de mi padre mientras todos mirábamos los anchos hombros y el largo cabello de Rhett Eaton. Pero definitivamente *no* su culo.

Soy una profesional, después de todo.

—Buen comienzo —bromeó mi padre una vez que Rhett estuvo fuera del alcance de sus oídos.

Así que ese fue el alcance de mis instrucciones. Una dirección. Eso y—: Arregla esto, Summer. Creo en ti.

Ah, y—: No dejes que ese cabrón se cuele en tu cama.

Sonreí y dije—: ¿Qué pasa con su cama?

—Me vas a matar, chica —gimió mientras salía de la sala de juntas con cara de Gato de Cheshire.

Y eso fue todo. Confío plenamente en que lanzarme a la vida de mi amor de la infancia estará bien. Aunque probablemente ni siquiera lo recuerde.

Sé que esto es una prueba. Una prueba de fuego. Si soy capaz de sacar adelante esta misión, impresionaré a mi padre, pero también demostraré mi capacidad al resto de la empresa. Algo que tanto él como yo sabemos que tengo que hacer si quiero ascender en Hamilton Elite. Si contratarme no va a parecer puro nepotismo, entonces tengo que ser fantástica en lo que hago.

No es una tarea fácil, pero nada en mi vida lo ha sido, así que quizá no parezca tan desalentadora como debería.

—¿Eres la niñera?

Mi cabeza se gira hacia el porche de la enorme casa, siguiendo la voz grave y áspera. Un hombre mayor de cabello plateado se apoya en el gran pilar de troncos con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa de satisfacción en la cara. Sobre la cabeza lleva un sombrero de vaquero negro muy gastado, que inclina hacia abajo en señal de saludo mientras se traga una risita.

—Hacía tiempo que no recibía en casa a una niñera para alguno de mis chicos.

Suelto una carcajada y dejo caer los hombros, sintiéndome inmediatamente a gusto con aquel hombre. Puede que Rhett me mire como si fuera un insecto en su parabrisas, pero este hombre es sencillamente encantador.

Le sonrío mientras aprieto los puños contra las caderas.

—Hacía tiempo que no cuidaba a alguien.

—Creo que lo tendrías más fácil hasta con el niño que peor se portara —dice mientras camina hacia mí.

Intento adivinar quién puede ser este hombre.

—Supongo que amenazar con decírselo a su padre no va a ayudarme en nada, ¿eh?

El hombre me devuelve la sonrisa, con la piel curtida arrugándose alrededor de los ojos, y extiende la mano en mi dirección.

—A ese endemoniado nunca le ha importado una mierda lo que tengo que decir. —Me guiña un ojo y le doy un fuerte apretón de manos—. Harvey Eaton, el padre de Rhett. Encantado de conocerla. Bienvenida al Rancho Wishing Well.

—Summer Hamilton. Encantada de conocerte. No estaba segura de qué esperar cuando llegué. No estoy segura de que Rhett y yo empezáramos ayer con buen pie —confieso.

Harvey me hace a un lado cuando pulso el botón para abrir la escotilla trasera y se acerca a mí para recoger mi maleta.

—Bueno, tengo una habitación preparada para ti aquí en la casa principal. Puedes esperar que Rhett se enfurruñe como un niño al que le han quitado su juguete favorito. Y cuando sus hermanos se enteren, espero que se ponga de mal humor porque lo van a acosar ferozmente.

Hago una mueca.

—Qué suerte la mía.

Harvey resopla y me hace señas para que me acerque a la casa.

—No se preocupe, señorita Hamilton. Son buenos chicos. Un poco bruscos, pero buenos chicos al fin y al cabo. —Me mira por encima del hombro con un gesto divertido en los labios—. Además, algo me dice que te las arreglarás muy bien con este grupo.

Aprieto los labios. Si puedo llegar a mi edad con Kip Hamilton como padre y jefe, algo me dice que un par de vaqueros será pan comido, pero no lo digo. Prefiero no gafar las cosas. En lugar de eso, respondo—: Por favor, llámame Summer.

Mantiene la puerta abierta y hace un gesto con un brazo.

—Pasa, Summer. Vamos a instalarte y alimentarte antes de que te enfrentes al pequeño monstruo.

Sacudo la cabeza y suelto una risita mientras entro en la casa. Está claro que mi opinión sobre Rhett no iba muy desencaminada. O, al menos, su padre no me está haciendo sentir que lo voy a tener fácil. Una roca de duda cae en mi estómago, la ansiedad se filtra a través de mi cuerpo. *¿Y si no estoy a la altura*? *¿Y si fracaso*? *¿Seré siempre la que no consigue hacer las cosas bien*?

Mi monólogo interior se desvanece al contemplar la casa que tengo ante mí. La cálida madera del exterior se mantiene en el interior. Los techos con vigas de madera y las paredes de color verde oscuro confieren al espacio un ambiente acogedor a pesar de las amplias zonas abiertas. Los suelos son oscuros, de madera dura, los tablones anchos ligeramente desgastados en zonas de mucho tráfico. Y mientras veo a Harvey entrar con las botas puestas, creo adivinar por qué.

A mi izquierda veo el salón, con sofás de cuero acolchados frente a una enorme chimenea. Sobre ella cuelga una especie de cabeza de ciervo con ojos de mármol negro que brillan lo suficiente como para parecer reales y astas que llegan a lo alto como ramas gruesas y ornamentadas.

Frunzo el ceño. No tengo ningún problema con la caza, no con el tipo de caza que se practica de forma responsable, pero soy tan citadina que la visión de este majestuoso animal colgado en la casa me entristece un poco por el ciervo y por el final que haya podido tener.

Seamos honestos. Estoy pensando en *Bambi*.

Me sacudo el pensamiento y me digo que me anime. *¿Que me anime*? Por

Dios. ¿Qué me pasa?

Ante nosotros está la gigantesca cocina con una gran mesa de madera justo en el centro, y ya puedo imaginarme a todos estos vaqueros llegando aquí después de un largo día en el rancho para compartir una gran comida familiar.

—Aquí abajo —me aparta la voz de Harvey, y giramos a la derecha por un pasillo iluminado por apliques de latón en las paredes—. Sé que esta habitación está en la planta principal. Intentaremos no hacer ruido por las mañanas. Rhett y yo tenemos habitaciones arriba, así que pensé que esto podría darte un poco más de espacio lejos de nosotros los hombres. Tiene un baño contiguo. El armario es el más grande aquí, también. —Hace un tirón con mi maleta. Mi maleta muy, muy llena—. Creo que tomé la decisión correcta con eso.

Mis mejillas se sonrojan un poco. Debo parecer una auténtica chica de ciudad para un hombre como Harvey Eaton.

—No estaba segura de qué esperar con este encargo.

Se ríe de buena gana.

—Espera un rodeo, chica. Amo a mi chico. Pero es difícil de manejar. Siempre lo ha sido. Ahora que lo pienso, no estoy seguro de que nadie haya manejado realmente a Rhett. Niño pequeño y todo eso. Incluso su hermanita terminó siendo la más madura de los dos. La que cuidó de él, porque Rhett necesita que lo cuiden. ¿Mi consejo? No lo presiones demasiado. Él sólo va a empujar de nuevo .

Asiento con los ojos un poco abiertos. Está haciendo que Rhett parezca un loco.

—Sabio consejo, Sr. Eaton.

Deja mi maleta justo dentro de la puerta de una habitación al final del pasillo.

—Chica, si yo te llamo Summer, tú me llamas Harvey. ¿Entendido?

Le sonrío al entrar en la habitación.

—Entendido.

—Bien. —Sale de nuevo al pasillo—. Tómate tu tiempo para instalarte. Estaré en la cocina cuando estés lista. Podemos comer, y te mostraré el lugar.

—Perfecto. —Le doy la sonrisa más brillante que puedo reunir antes de que se aleje por el pasillo.

Cuando cierro la puerta tras él, apoyo la cabeza contra la fría madera y aspiro profundamente para ahuyentar la ansiedad.

Y luego rezo para tener paciencia porque algo me dice que la voy a necesitar.

4

Rhett

Rhett: ¿Ya quieres a tu hija de vuelta? Te prometo que me portaré bien.

Kip: Ella ni siquiera está allí todavía.

Rhett: Piensa en todo el tiempo que le ahorrarás llamándola ahora.

Kip: No.

Rhett: ¿Por favor?

Kip: No trates de ser educado. No te conviene.

Rheet: Chúpate una polla.

Kip: ¿Cómo crees que me quedo con todos tus patrocinadores?

Summer Hamilton llegó en su lujoso todoterreno y su ridículo atuendo remilgado como si fuera a salir por la ciudad en lugar de presentarse en un rancho ganadero.

Así que me escabullí. Puede que esté atrapado con ella, pero no tiene que gustarme. Y no lo hago. Odio que me traten como a un niño, o como si fuera estúpido. O peor, como si fuera una especie de criminal. Tenía la esperanza de que dormir en mi propia cama y tener algo de tiempo para asimilar mi nueva situación podría hacer que me sintiera un poco menos sofocada, menos insultada.

Pero sigue pareciendo basura.

Por eso estoy aquí aporreando postes con mi hermano mayor. Colocando nuevas vallas para que algunos de sus caballos estén más cerca de su casa, que está justo encima de la cresta de una gran colina desde donde vivimos mi padre y yo. Cade saca un poste de la parte trasera de su camioneta y se lo echa al hombro con un gruñido. Es el que más se parece a nuestro padre: hombros

anchos y cabello bien cortado. Lo único que le falta es el bigote. Algo por lo que me encanta acosarlo, sobre todo porque es un hijo de puta crecido. Es demasiado fácil.

—¿Cuándo te dejarás crecer el bigote y te convertirás en el viejo Eaton?

Me mira fijamente antes de soltar el poste y alinear el extremo puntiagudo con el lugar que quiere.

—No sé. ¿Cuándo te cortas el cabello, Rapunzel?

Esto sienta bien. Me resulta familiar. Hacer enojar a Cade es uno de mis pasatiempos favoritos. Y es tan jodidamente gruñón que nunca deja de ser satisfactorio. Es todo ladrido y nada de mordida, uno de los tipos más agradables que conozco.

Si puedes pasar por alto lo imbécil que es.

Me quito la gorra y me paso el cabello por encima del hombro, intentando no estremecerme ante el dolor que siento en el hombro. O la hinchazón de la rodilla. O el dolor de espalda.

No importa Rapunzel, soy más como Humpty Dumpty.

—Nunca. ¿Cómo voy a sacar a una princesa por mi ventana?

Resopla y agarra el poste mientras yo me encargo de mantenerlo erguido.

—¿Sólo una princesa, hermano? No parece propio de ti.

Pongo los ojos en blanco. Cade es el monje de esta familia. No creo haberlo visto con una sola mujer desde su divorcio.

—Sólo intento tener suficiente sexo por los dos —miento. Esa parte de mí ha cambiado. No tiene el mismo atractivo estas dos últimas temporadas. No como antes. Trae drama, y me he cansado de tener que pasar tiempo con gente que sólo quiere algo de mí o que me ve como una especie de trofeo.

Cade se levanta y me quita la gorra de la cabeza.

—Idiota. ¿Vas a ayudar a hacer uno o sólo te vas a quedar ahí viéndote bonito?

Me alejo y cruzo los brazos.

—Soy bonito, ¿verdad? La gente no para de decírmelo —desvío la mirada porque no quiero confesar que mi cuerpo está completamente agotado. Lo

único que conseguiría sería que me dijeran que tengo que jubilarme, que he aguantado demasiado.

El problema es que soy adicto.

Montar toros es un subidón que no puedo reemplazar. Un subidón que no puedo dejar de perseguir.

—¡Tío Rhett! —La vocecita azucarada me hace sonreír, y agradezco la distracción.

Cade mira por encima del hombro, con las cejas fruncidas en señal de preocupación.

—¡Luke! ¿Qué pasa, hombrecito? Creía que estabas con la señora Hill —le digo.

Mi sobrino me sonríe, mostrando sus pequeños dientes de Chiclet, una expresión traviesa se apodera de su cara.

—Le dije que quería jugar al escondite.

—De acuerdo...

Luke mira a su padre desde alrededor de mi cuerpo, como si supiera que está a punto de meterse en problemas. Luego se inclina hacia mí y se lleva una mano a la boca.

—Y entonces vine corriendo hasta aquí.

Sus ojos se abren de par en par al captar mi expresión y luego la de su padre, que probablemente esté frunciendo el ceño detrás de mí. Intento no reírme.

Pero fracaso. Me parto de risa y suelto una carcajada. Este chico lleva a mi hermano al suelo. Lo mantiene ligero, y Dios sabe que Cade lo necesita.

Dicho esto, todos somos unos blandengues en lo que respecta a Luke. Nuestra hermana pequeña puede haber dejado el rancho, pero ahora tenemos a Luke para adorarlo.

—Papá te está buscando —continúa el niño.

—Luke. —Cade se acerca por detrás de mí—. ¿Me estás diciendo que te escapaste de tu niñera para ayudar a papá a encontrar a Rhett? Porque eso suena muy parecido a no meterte en tus asuntos.

Luke junta los labios y juro que veo cómo se le revuelven las tripas. Casi cinco años, muy listo, todo un alborotador. Pero aún demasiado joven para darse cuenta de que ha metido la pata.

Elude la pregunta, abriendo los ojos estratégicamente.

—Papá vino a buscarte a casa. Está con una dama.

Gimo porque sé lo que esto significa. *Dama*. Nunca se ha usado una palabra más adecuada para describir a Summer Hamilton. La *princesa* de mi agente.

Los ojos de mi hermano se clavan en mi cara.

—¿Dama? ¿Por fin has noqueado a alguien?

Cade es un imbécil.

—Por el...

—¿Qué significa noquear a alguien?

Los dos miramos sin comprender al niño, pero antes de que podamos responder, mi padre y Summer aparecen en lo alto de la colina.

—¿Me estás haciendo abuelo otra vez, Rhett? —Mi padre se ríe entre dientes mientras se acerca.

No tiene por qué escuchar tan bien para un hombre de su edad. Es molesto que nada se le escape.

Apoyo las manos en las caderas y vuelvo la cara hacia el cielo azul, exhalo un suspiro caliente y veo cómo se convierte en vapor que baila en el aire.

—Siento decepcionarte —murmuro mientras me vuelvo hacia ellos, intentando ignorar el ceño confuso de Cade. Esa es básicamente su gama de miradas: ceño feliz, ceño cansado... Imagino que incluso tiene una especie de ceño cachondo que ha ocultado durante los últimos años.

—Ha llegado Summer, Rhett —empieza mi padre, con una mirada que dice que más vale que me porte bien. He visto esa mirada toda mi vida—. No mencionaste lo encantadora que es. ¿Sabías que acaba de terminar la escuela de leyes?

Se me levantan las cejas. No estoy por encima de admitir que es un poco impresionante. Pero de alguna manera también es peor. Es remilgada, lista,

culta y le han asignado cuidarme.

Y también increíblemente hermosa. Se ha puesto unos vaqueros y me esfuerzo por no mirar cómo le sientan a su pequeña figura.

Con unas zancadas seguras, mi hermano cierra el espacio entre él y Summer, extendiendo un brazo largo y musculoso en su dirección.

—Cade Eaton. —Su voz es brusca, pero sé que no le está estrechando la mano tan fuerte como suele hacerlo. Ella tiene un aire delicado, y Cade puede ser un imbécil gruñón, pero también es un caballero.

—Summer Hamilton. —Ella sonríe, y todavía bordea una mueca. Como si le divirtiera todo esto. Cuando está sola, apuesto a que se ríe largo y tendido a costa mía.

—Y perdona, ¿de qué conoces a Rhett? —El ceño de Cade ahora está fruncido por la curiosidad.

Aquí está, el momento en que *todo el mundo se* ríe a mi costa. Mi padre ya lo sabe, pero por mucho que bromee, no creo que me tire debajo del autobús. Los dos sabemos que a los imbéciles de mis hermanos les va a hacer mucha gracia que el hermanito bebé se meta en líos. Otra vez.

Se sentará y disfrutará viendo cómo se desarrolla todo.

Pero Summer no pierde detalle.

—Soy una nueva agente junior en su empresa. Sólo intento aprender a trabajar con alguien establecido. —Su sonrisa es suave y recatada, sincera.

Y está mintiendo a través de sus malditos dientes. La chica es buena. Le concedo eso.

Mi hermano frunce las cejas y a mi padre le brillan los ojos mientras observa el intercambio. Contengo la respiración, esperando que eso sea todo. Tal vez, solo *tal vez*, me salga con la mía sin pasar vergüenza.

Cade ladea la cabeza.

—Pero por qué estás...

—Tengo hambre —anuncia Luke.

—Apuesto a que sí —responde Summer—. ¿Cuál es tu tentempié favorito?

Redirección instantánea. Mi padre me mira y me guiña un ojo.

—¡Palomitas! —¿Por qué los niños siempre lo exclaman todo? Como si fueran a ganar algún premio por gritarlo primero.

Summer tuerce la cadera y se cruza de brazos, como si estuviera sopesando la respuesta del niño.

—¿Con M&M's mezclados?

—¡Oooh! —exclama Luke mientras el resto de los hombres arrugamos la nariz—. ¡Nunca he tenido eso!

—¿No? —Sus ojos se iluminan dramáticamente mientras se agacha.

—¿Qué son los emnems? —pregunta Luke, admitiendo que no tiene ni puta idea de lo que está hablando. El intercambio es simpático, y mis ojos se dirigen a mi hermano, preguntándome si se está enamorando de Summer Hamilton en el acto. Pero parece perplejo.

—Son un caramelo. Con chocolate. Y cacahuetes. Vi tiendas de camino aquí que seguro que las tendrían. Apuesto a que tu padre te llevaría a comprar algunos.

Y así como así, Cade parece colosalmente molesto.

—¿Podemos, papá? —Los grandes ojos azules de Luke se iluminan.

—¿Después de huir de la pobre Sra. Hill? —A Cade se le desencaja la mandíbula y lanza a Summer una mirada de desaprobación. Algunas mujeres se encogerían bajo ese ceño, pero no ésta.

Se encoge de hombros y dice—: *Lo siento* —un poco contrariada, mientras se vuelven hacia su casa para marcharse. Pero cuando me mira por encima del hombro, se le dibuja en la boca esa sonrisa de suficiencia.

Y en ese momento me doy cuenta de que no estaba disgustada en absoluto. Todo ese intercambio fue una forma completamente intencionada de cortar la línea de interrogatorio de mi hermano.

Para ayudarme a salvar la cara.

—Iré a echar una mano a Cade con Luke —dice mi padre, bajando la cabeza para ocultar lo que sé que tiene que ser una sonrisa bajo el ala de su sombrero de vaquero.

Lo que significa que Summer y yo estamos aquí, en la cima de la loma

seca y llena de matorrales, solos por primera vez. Pero ella no me presta atención. Se limita a contemplar las colinas y los picos de las Rocosas.

Está tan quieta que durante unos instantes no puedo evitar observarla. El viento fresco silba entre las ramas desnudas de los escasos árboles. Cuando sopla una ráfaga de viento, los hombros de la muchacha se ciñen bajo sus orejas, el plumón abullonado roza sus pendientes y la brisa agita su sedoso cabello castaño detrás de ella.

Y entonces suspira, profunda y pesadamente, y observo cómo baja lentamente los hombros, embelesado por su reacción. Cuando mis ojos bajan, sacudo la cabeza. Tengo que recordar que, aunque me eche una mano, ella y yo no somos amigos.

Ni siquiera estamos en el mismo equipo.

—Usar a un niño de cinco años para salirte con la tuya. ¿Es eso un nuevo mínimo?

Suelta una carcajada y se mete las manos en los bolsillos traseros antes de girarse para mirarme con los ojos muy abiertos.

—No lo utilicé. Lo iluminé. Mezclar caramelos con las palomitas es una experiencia vital que todo niño merece.

—Cade te va a odiar por eso.

Aprieta los labios y se encoge de hombros, sin que parezca afectarle la perspectiva.

—Supongo que tendré que esperar que le guste al Hermano Número Tres. ¿O tal vez vaya a por la trifecta? ¿Conseguir que todos me odien? Eso estaría bien para mí.

Las pelotas de esta chica.

—Podrías haber dicho la verdad.

—La dije.

Me rechinan los dientes.

—¿Aprendiendo las cuerdas? Ambos sabemos que estás aquí para cuidarme.

Ladea la cabeza y me mira de la forma más desconcertante.

—Supongo que cada uno ve las cosas como quiere. *Soy* nueva en la empresa. Hace poco que me contrataron como algo más que una becaria de verano. Y tú *estás* establecido. Y sería idiota si pensara que no estoy aquí para aprender algo. O Kip habría enviado a alguien con más experiencia, ¿no?

Luego vuelve hacia la casa principal.

—¿Por qué no me tiraste bajo el autobús entonces? Al final se van a dar cuenta.

—Porque ese no es mi trabajo. Sigue, tenemos que repasar algunas cosas.

Me quedo atrás unos minutos, porque cuando Summer Hamilton me digaque salte, me niego a responderle—: ¿*Qué tan alto*?

5

Summer

Papá: ¿Cómo te va?

Summer: Es hermoso aquí.

Papá: Me refería al vaquero.

Summer: Oh, ¿él? Me odia.

Papá: Te lo ganarás. Sólo asegúrate de que mantenga su polla en los pantalones.

Summer: Voy a pasar el mensaje. Una forma segura de ganármelo!

Los hombres son tan frágiles.

Le dije a Rhett que mantuviera el ritmo, y estoy casi segura de que se quedó en ese campo enfurruñado sólo para probar un punto. Es divertido. Tuerzo los labios mientras coloco los archivos y el portátil en la mesa del salón.

Tenemos que elaborar un calendario para los próximos meses, y voy a necesitar al rey del Rodeo aquí para hacerlo.

Finalmente, escucho un portazo en la puerta trasera y unas pisadas fuertes que se dirigen hacia mí. Por el rabillo del ojo, veo su figura. Sus hombros anchos, su cabello rebelde y su barba oscura. Hay que estar muerto para no apreciar a un hombre como Rhett Eaton.

No es bonito ni pulido. Es rudo y un poco tosco. Es todo un hombre.

Cien por cien diferente a cualquier hombre que haya conocido. Las chicas como yo no solemos mezclarnos con hombres como él. Ni siquiera nos mezclamos en los mismos círculos, pero eso no me impide apreciarlo. La forma en que le quedan un par de Wranglers no ha cambiado desde sus primeros días en el circuito.

—Me preocupaba que te hubiera atacado un oso —le digo mientras me siento en uno de los sillones de cuero.

—Los osos negros rara vez atacan a la gente —balbucea mientras entra en el salón a grandes zancadas y observa mi extensión como si fuera un explosivo o algo así.

—¿Osos Pardos?

—La mayoría se pega a las montañas —refunfuña.

—De acuerdo. ¿Puma?

Se eleva por encima de mí y arquea una ceja.

—Sí —suspiro y me reclino en el cómodo sillón, sintiendo la presión de su mirada melosa sobre mi cuerpo—. Definitivamente pareces el cebo de un puma.

Sacude la cabeza mientras yo contengo una sonrisa.

—Van a ser dos meses muy largos.

—Siempre puedes tirarte por ese pozo que vi cuando volvía a la casa y acabar con esta miseria.

Ese comentario lo tranquiliza y, en lugar de responder con algo frívolo, se deja caer en el sofá frente a mí y se pasa las manos por el cabello. El El silencio se extiende entre nosotros mientras lo miro atentamente.

—Mi madre solía pedir deseos en ese pozo con mis hermanos y conmigo. No lo recuerdo en absoluto.

Jodeeeeeer. Hablando de pisar fuerte, Summer. La sensación de hundimiento en el pecho me hace carraspear ruidosamente.

—Lo siento —digo. Porque lo siento de verdad.

Se limita a asentir y yo opto por cambiar de tema. Devolver la conversación al terreno seguro que es el trabajo. Nuestro acuerdo, que él tanto odia, es preferible a la situación a la que acabo de llegar.

—Cuéntame cómo eran los dos meses siguientes para ti antes de que yo entrara en escena.

—¿Quieres decir antes de que me ensillaran contigo? Tenía muy buena pinta.

Me limito a asentir y a decir en voz baja *Yeehaw*, mientras giro el dedo junto a mi cabeza como si estuviera haciendo un lazo. Porque no lo está haciendo divertido. Actúa como si yo fuera una especie de enemigo, cuando en realidad sólo estoy aquí para hacerle la vida más fácil.

Tomo el cronómetro que tengo delante, recojo mi bolígrafo plateado favorito y me quedo mirándolo hasta que habla. Escucho y anoto fechas concretas mientras él las lee de su teléfono y evita por completo mirarme a los ojos.

Intercambiamos números de teléfono y direcciones de correo electrónico, y le dejo claro que debe comportarse como un niño bueno al que nadie puede encontrar defectos durante las próximas ocho semanas.

No soy *demasiado* específica, porque espero que se dé cuenta de lo que digo cuando hablo en términos generales sobre su comportamiento: que Pequeño Rhett tiene que quedarse en calzoncillos. Porque tener que dictar las actividades sexuales de un hombre está muy por encima de mi nivel salarial. Kip puede llamarlo y explicarle los detalles él mismo. Rhett y yo vamos a tener que mantener algo de dignidad si vamos a pasar los próximos dos meses juntos.

Rhett responde con gruñidos y mira al techo como si deseara que se abriera y se lo tragara entero. Y, francamente, no puedo culparlo.

—De acuerdo. —Golpeo con los dedos la página abierta ante mí—. Entonces, tenemos tres eventos clasificatorios. Pine River es el primero, luego Blackwood Creek, luego el de aquí en Calgary. Eso está muy bien. ¿Siempre ha habido una parada aquí en tu gira?

—Sí.

—No hay descanso para los malvados, ¿eh? Ellos golpean a cabo de forma consecutiva.

Suspira y finalmente me sostiene la mirada un momento.

—La World Bull Riding Federation (WBRF) es muy competitiva. Si no estuviera cómodamente sentado en cabeza y estuviera persiguiendo puntos en su lugar, probablemente estaría haciendo dos más antes de Las Vegas. Solemos ir todos los fines de semana.

—Bien. Finales Mundiales en Las Vegas. —Miro fijamente la fecha en el calendario. Ese día me libraré de esta misión y de este vaquero gruñón.

—Campeonatos, no finales. ¿Acaso sabes algo de este deporte?

Dibujo una estrella en el cuadrado del calendario y suspiro con nostalgia antes de volver a levantar la cara para mirar a Rhett, que está sentado frente a mí, ocupando el máximo espacio en el sofá. Con el brazo largo echado sobre el respaldo y las piernas abiertas vestidas de vaqueros.

Man spreading[1].

—No. Sólo lo que he buscado en internet. Pero apuesto a que te encantaría contarme todo sobre eso…

Me devuelve la mirada como si tratara de entender cómo su vida se ha convertido en esto, y entonces pregunta—: ¿Por qué tienes que estudiar derecho para convertirte en agente?

—No tienes que ahcerlo. Bueno, en realidad no. Pero es mucho trabajo por contrato, así que definitivamente ayuda.

—Huh —es todo lo que dice mientras hace girar el anillo de plata en su dedo—. Eso es demasiada escuela. Te tiene que encantar.

Le dirijo una sonrisa plana. No sé si lo llevaría tan lejos, pero no voy a decírselo a un cliente.

—Sí. ¿Puedes explicarme la puntuación? ¿Para que entienda lo que voy a ver el próximo fin de semana?

Me mira con desconfianza y luego empieza.

—Así que tienes dos jueces. Cada juez da al jinete una puntuación de veinticinco y al toro de veinticinco. Los sumas y obtienes una puntuación total de cien.

—¿Y sobre qué están juzgando? —Mi esperanza es que si consigo que hable de algo que le guste, se calme un poco.

—Varias cosas. Su agilidad, velocidad, si giran. Si tiras de un toro que corre por la arena en línea recta, no vas a conseguir buenos puntos de estilo. Pero si tiras de uno que quiere matarte y gira en círculo y lanza sus pezuñas al techo, entonces estás hablando. —Rhett está más animado que nunca mientras

1 El Manspreading es una manía que tienen algunos hombres de sentarse con las piernas abiertas en el transporte público, ocupando más de un asiento y obligando a los otros pasajeros a recogerse.

explica este deporte. Su entusiasmo es casi contagioso.

»Ahora el jinete se ocupa más de su forma. Su equilibrio. Su control. —Me muestra cómo se ve moviendo las manos hacia la posición—. La forma en que cubre al toro. Si puedes espolearlos, corcovean con más fuerza y eso da puntos extra. Y, por supuesto, tienes que aguantar ocho segundos enteros.

—¿Y si no?

Chasquea la lengua e inclina la cabeza.

—No hay puntuación entonces.

Exhalo un suspiro y golpeo la mesa con el bolígrafo.

—Hacerlo o morir, ¿eh? Estoy deseando verlo en directo.

Ahora me mira de arriba abajo, como si no acabara de entenderme.

—Sí —su lengua empuja su mejilla— eso sí que será algo.

No sé qué diablos quiere decir un comentario así, así que sigo adelante.

—Reservaré nuestros vuelos y hoteles para estas fechas. ¿Volamos un día antes y nos vamos un día después?

—Habitaciones separadas.

Pongo los ojos en blanco.

Y ahí va todo ese impulso positivo. Este tipo tiene mucho valor. Hace que todo mi profesionalismo vuele por la ventana.

—No me digas.

—Sólo intento mantener la línea clara, *Princesa*. —Se está burlando de mí, pero no muerdo. Aunque deseo con cada fibra de mi ser que Kip deje de llamarme así, especialmente delante de otras personas—. Tu padre hizo parecer que ibas a ponerme una correa.

—Sólo si te gustan esas cosas. —Lo digo antes de darme cuenta de lo que digo. Levanto la cabeza para ver su reacción. Estoy tan acostumbrada a los comentarios mordaces de mi padre y de todos los demás en la oficina que es un papel cómodo en el que caer, incluso con alguien tan poco divertido como Rhett Eaton.

Me mira con su expresión menos impresionada cuando la puerta trasera

se abre de nuevo, interrumpiendo nuestro intercambio.

Luke entra en la casa como un murciélago y se lanza al regazo de Rhett, seguido de más pies pesados y voces profundas. Cade entra primero en la cocina, seguido de su padre y de un hombre que debe de ser el tercer hermano.

Es idéntico a todos los demás hombres de la familia, pero sonríe como su padre y tiene los ojos claros.

—Tú debes de ser Summer —me dice sonriéndome mientras se apoya en el marco de la puerta. Lleva el cabello bien recortado y tiene un brillo que Rhett y Cade no tienen.

—Este es Beau —Harvey informa, tirando de un asiento en la mesa de gran tamaño—. Lo atrapaste en casa entre despliegues.

No puedo evitar sonreír al hombre mayor. Su orgullo se derrama por el suelo.

Harvey Eaton quiere a sus chicos con una ferocidad que admiro.

—Encantada de conocerte, Beau. Soy Summer Hamilton. —Sonrío suavemente, ya me encanta el ambiente familiar aquí en la acogedora casa. Incluso si se trata de una sobrecarga de testosterona.

—¿Han terminado la reunión? —pregunta Harvey mientras Cade empieza a rebuscar en la nevera y a sacar ingredientes para la cena.

—Sí —anuncia Rhett antes de que pueda decir nada.

Me pongo de pie, sintiéndome suficientemente desestimada por el tono frío de Rhett.

—Saldré de tu vista.

—¿A dónde va, señora? —pregunta Luke—. Es hora de cenar. Pensé que vivías aquí Ahora. Se lo escuché decir al abuelo.

Respiro hondo y miro a Rhett, que ha cerrado los ojos y esboza una pequeña sonrisa. Le queda bien.

—¿Ahora vives aquí? —La cabeza de Cade se levanta, su cara en lo que parece ser su expresión favorita... *perro*.

—Sólo por un tiempo. —Mi mirada se posa en Harvey, que sacude la cabeza y baja la mirada como si supiera lo que se le viene encima.

—Espera. —La cabeza de Beau gira entre Rhett y yo, la diversión bailando en cada rasgo—. ¿Tu *agente* vive contigo? ¿Por qué?

—Es muy temporal... —empiezo.

—¿Esto es porque le diste un puñetazo a ese tipo? —Beau continúa, ojos inteligentes trabajando a través de las cosas tan claramente.

—¿Le diste un puñetazo a alguien? —pregunta Cade, frunciendo las cejas.

—Hermano. Necesitas encender la tele de vez en cuando. Vives en la edad oscura. —Beau se ríe.

Cade se vuelve hacia Rhett, que aún no ha abierto los ojos.

—¿Se lo merecía?

Rhett sonríe ahora, una sonrisa realmente grande.

—Demasiado, joder.

—¡Mala palabra, tío Rhett! —Las manos de Luke bajan sobre sus orejas con una sonrisita comemierda.

Mis ojos rebotan entre todos en la habitación, viviendo por el nivel de comodidad aquí.

Es divertido. Es encantador. Es tan diferente de cómo se sentía la casa de mi infancia.

—Está en apuros con sus patrocinadores, eso es todo —aclaro.

Cade gruñe mientras corta zanahorias.

—¿Cuándo no está en problemas?

—Espera. —La cara de Beau se ilumina—. ¿Te han asignado una niñera?

Rhett gime y deja caer la cabeza contra el sofá.

—A mí tampoco me gusta mi niñera, tío Rhett. —Luke lo acaricia como un perro y una risa burbujea fuera de mí. Porque Rhett llamó a esto. Harvey llamó a esto. Sabían exactamente cómo iba a ser, y ese nivel de familiaridad me reconforta. Es caótico aquí ya, y me encanta. Estoy con los ojos estrellados y mareado.

—Cuida tus modales, Lucas Eaton —dice Cade mientras saca una sartén de debajo de la estufa—. Responde a la pregunta, Rhett.

Rhett mira a Beau y le dice—: Puedes ponerte en contacto con mi agente para comentarlo.

Beau suelta una carcajada y me mira con las manos en alto, en posición de oración.

—Por favor, Summer. Alégrame el día. Dime que está en tiempo fuera. Dime que es un hombre de treinta y dos años con una niñera a tiempo completo.

Aprieto los labios, decidida a no tirar a Rhett debajo del autobús, por mucho que me gustaría.

—Soy nueva en el bufete. Este trabajo es para adquirir experiencia fuera de la oficina.

—Sí. Ella me dijo eso también —Cade interviene mientras sazona un trozo considerable de carne de vacuno ahora—. Creo que la señorita Hamilton podría estar llena de mierda sin embargo.

—¡Cuida tus modales, papá! —grita Luke, justo cuando Harvey lo regaña—: ¡Cade!

Me froto la boca con una mano para disimular la sonrisa. Uno se cría rodeado de Kip Hamilton y unas cuantas palabrotas no le hacen mella.

—Iré a cenar a la ciudad y los dejaré solos. No quiero ser una molestia.

Beau levanta una mano para detenerme.

—Ni hablar, Summer. Te vas a sentar y nos lo vas a contar todo con la famosa carne asada de Cade. Luego nos llevaré a tomar unas copas a The Railspur para que te den una cálida bienvenida a Chestnut Springs y conozcas a mi amigo Jasper.

—¿Jasper está en casa? —Harvey levanta la cabeza de donde estaba mirando a su nieto con una expresión divertida en la cara.

Y así, sin más, me veo absorbida por una cena de abundante comida casera, burlas amistosas y risas cómodas.

Incluso Rhett se anima ahora que no estamos solos, pero sigue evitando mirarme durante toda la comida.

6

Summer

Willa: Ya echo de menos tu cara. ¿Te divertiste jugando al Hell on Wheels?

Summer: ¿Qué?

Willa: Tu vaquero. Lo busqué. Se parece al tío bueno de Hell on Wheels. Ya sabes, ¿el del cabello largo? ¿Sabías que filmaron ese programa allí? Deberías tirártelo.

Summer: No.

Willa: ¿Quieres que te imprima una foto de él para tu pared?

Summer: No te echo de menos en absoluto.

Rhett y yo conducimos en absoluto silencio, lo cual está bien. Me da la oportunidad de familiarizarme con todo lo que hay por la ventana.

—Gira aquí. —Una pequeña curva nos lleva a un callejón sin salida, al fondo del cual se encuentra The Railspur.

El pub no es lo que esperaba de un pueblo pequeño. De hecho, Chestnut Springs no es lo que yo esperaba de un pueblo pequeño. Creo que mi padre y yo hemos visto demasiadas películas del oeste y me estoy dando cuenta de que soy una chica de ciudad inconsciente.

Porque Chestnut Springs es precioso. La calle principal tiene esas adorables aceras con ladrillos, farolas ornamentadas con banderitas de la ciudad colgando de ellas, y los negocios de aquí han mantenido las fachadas históricas a la vez que han modernizado o ampliado el resto. Antiguos edificios de ladrillo con espectaculares arcos o encantadores toldos de colores se alinean a cada lado de Rosewood Street, la vía principal de la ciudad.

Y el pub tampoco es un antro de pueblo. Es como… vaquero elegante.

—¿Es una antigua estación de tren? —Pregunto mientras entro en el estacionamiento que Rhett acaba de señalar en silencio.

—Sí.

—Supongo que el nombre debería haber sido pista suficiente —digo, sobre todo para mí misma, ya que Rhett parece limitarse a gruñidos y respuestas de una sola palabra, antes de detenerme en un espacio no demasiado lejos de la puerta.

Gruñe.

Y me vuelvo hacia él mientras se quita el cinturón, como si no pudiera escapar lo bastante rápido.

—¿Siempre eres tan monosilábico? ¿O es sólo para mí?

—No necesito esto —murmura justo antes de cerrarme la puerta del pasajero en las narices y salir corriendo hacia el bar.

Me tumbo contra el asiento y suelto una frambuesa por los labios. Me pregunto lo que hago siempre.

Si éste fuera mi último momento con vida, ¿cómo querría que fuera?

Cierro los ojos y respiro hondo, como si eso pudiera ayudarme a tener un poco más de paciencia para lidiar con el imbécil del jinete de toros que me han asignado. Porque en mis últimos momentos, querría sentirme feliz. Si salgo de este auto y me atropellan, quiero irme sintiéndome bien, no cabreada con un vaquero de cabello largo, hombros anchos y culo redondo.

Así no es como va Summer Hamilton.

Hoy no, Satanás.

Entonces me abren la puerta de un tirón.

—¿Te está dando un ataque? —Rhett me mira, con los labios curvados hacia el suelo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, con las cejas fruncidas por la confusión. Creía que había entrado furioso en el bar.

—Abriéndote la puerta. Ahora sal.

Tuerzo los labios y se me escapa una risita silenciosa al darme cuenta de que está intentando ser caballeroso y, al mismo tiempo, un idiota gruñón. Y con eso, salgo de mi todoterreno, palmeando el capó al pasar con un silencioso

—Lo siento. —Porque ese idiota le ha dado un portazo demasiado fuerte.

No nos miramos mientras caminamos, pero me toca suavemente el hombro y me hace un gesto. Me mueve hacia el lado opuesto al suyo antes de colocarse junto a la carretera.

Este hombre me da latigazos.

Tira de la puerta del bar para abrirla agarrando uno de los largos tiradores de latón que se extienden casi a todo lo largo del marco de madera. Una vez que paso, Rhett se va sin decir palabra y yo me quedo admirando el interior del pub.

Dentro hay una larga barra que recorre toda la parte izquierda del edificio y mesas altas que salpican la zona principal. Más atrás, veo una sección ligeramente elevada con una mesa de billar, sofás de cuero burdeos y una chimenea.

Está claro que Rhett se ha dirigido al bar y unos cuantos lugareños lo han acorralado. Los hombres intercambian palmadas en la espalda y apretones de manos, pero también hay tensión en el saludo, y no puedo evitar preguntarme qué le estarán diciendo.

Beau se detuvo para recoger a un amigo y está a unos minutos detrás de nosotros, así que opto por hacer un paseo detrás de Rhett y ver si puedo escuchar algo antes de ir al baño de damas para quemar algo de tiempo antes de que llegue la gente que realmente reconoce mi existencia.

Sigo llevando mis vaqueros ajustados favoritos y una blusa blanca de ojales. Incluso combiné el conjunto con un par de botines súper bonitos que me parecen un poco campestres. Menos el tacón, pero da igual.

Puedes llevarte a la chica fuera de la ciudad y todo eso.

Pero debe ser obvio para los lugareños que no soy de por aquí, porque definitivamente estoy cosechando algunas miradas mientras me abro paso entre las mesas. La mirada de Rhett se dirige hacia mí cuando me desplazo en su dirección, pero aparte de ese movimiento de ojos, no reconoce mi existencia.

Es un indicio evidente de que prefiere no relacionarse conmigo en este

momento, así que paso a su lado y capto el aroma de la colonia que lleva. Tiene un toque de regaliz que nunca había notado antes, seguido de cuero. No sé si son sus botas o su cinturón de piel, o simplemente que un hombre tan robusto está destinado a oler a algo igualmente masculino.

En cualquier caso, es una combinación embriagadora. Una que me hace respirar hondo al pasar, por espeluznante que me resulte.

Es lo que es.

Un hombre aprieta el hombro de Rhett.

—Te conocemos, Rhett. Conocemos a tu familia. Lo que los medios digan de ti no importa. Eres un buen chico.

Casi resoplo. *Chico*. Quizá ese sea el problema. Todo el mundo lo sigue mimando como si fuera un niño pequeño en lugar de decirle que asuma la responsabilidad de sus actos. ¿Debería tener problemas por lo que dijo? No. Pero tampoco necesita un montón de palmaditas en la espalda por ello.

Los cuartos de baño están justo al final del bar, y al abrir la puerta me encuentro con muchas más mujeres acicalándose bajo las brillantes luces halógenas de lo que esperaba un lunes por la noche.

Les dirijo esa extraña sonrisa con la boca cerrada que suelo dedicar a los desconocidos en lugar de saludarlos. Sé que parece dolorosa, forzada, un poco propia de un asesino en serie, pero sigo haciéndolo de todos modos.

Es un problema y no puedo parar.

Me miran con desconfianza mientras su conversación hace una pausa, pero en cuanto me encierro en la caseta, siguen como si yo no estuviera aquí.

—¿Has visto a Rhett Eaton en el bar? —La pregunta de la chica es respondida con un coro de gemidos y *oohs* como si fuera un cangrejo real y un tazón de mantequilla o algo así.

Otra habla.

—Que nadie llame a Amber. Ella marchará hasta aquí y enloquecerá cuando lo vea irse a casa con alguien más.

—Ella necesita superarlo.

—Sí. —La primera chica se ríe—. Darnos un turno al resto.

—¿Tú? No. A mí. Aunque no sólo quiero un turno. Cerraría esa mierda para siempre. Esos chicos Eaton se parecen a su padre. Y Harvey Eaton es un DILF total. ¿GILF?

—Supongo que veremos a quién elige esta noche, entonces. —La chica que lo dice intenta sonar desenfadada, pero reconozco la veta de veneno en su voz.

Todas se ríen a carcajadas, pero sólo el ruido de mi orina y de mis manos frotándome la cara les quita el sentido.

Porque sólo es el primer día, y ya me van a pedir que ayude a mantener al pequeño Rhett en sus pantalones.



De vuelta en el bar, la bandada de mujeres ha descendido sobre Rhett y lo llevan a una mesa.

Estoy de pie al final de la barra, preparándome para acercarme y hacer que Rhett Eaton me odie más de lo que ya me odia. Me devano los sesos buscando algo que pueda hacer que no me convierta en una vergonzosa aguafiestas.

Kip iría hasta allí y le daría unos azotes verbales firmes pero justos. Pero yo no soy Kip. Soy una mujer de veinticinco años que es nueva en el trabajo y en camino sobre su maldita cabeza.

¿En qué estaba pensando mi padre?

—¡Summer!

Sigo el sonido de mi nombre por encima del bullicioso mar de mesas hacia los sofás del fondo. Beau está allí, con una sonrisa amable y saludándome. La salida perfecta.

Y la tomo.

Opto por sentarme allí y planear en lugar de disparar desde la cadera. Mis tacones repiquetean contra el suelo de madera mientras me dirijo en dirección a Beau. Cuando llego a los sofás, veo la silueta de su amigo sentado con él en el sofá, de espaldas a la planta principal del bar. No es hasta que me acerco a la mesa baja que hay entre ellos que veo bien al otro hombre. E incluso con la

barba y la gorra calada sobre la cara, lo reconozco.

Todo el mundo en este país probablemente lo hace.

Jasper Gervais, jugador profesional de hockey. Goaltender extraordinario. Sensación olímpica canadiense. Y otro de los clientes de mi padre, cuyo nombre conozco por haber pasado los últimos veranos de mi vida haciendo papeleo en Hamilton Elite.

—Summer, este es mi amigo, Jasper. —Beau levanta un pulgar en dirección a su amigo y se escabulle mientras yo lo golpeo con mi estúpida y torpe sonrisa-saludo antes de que pueda reprimirla. Pero me siento un poco aliviada cuando Jasper me devuelve una sonrisa de asesino en serie a juego.

—Hola, Jasper —digo antes de dejarme caer en el sofá junto a Beau.

—Hola —resopla.

Está claro que no es muy hablador, lo cual me parece bien.

—Te hemos pedido una copa. —Beau empuja una pequeña copa de vino, llena hasta arriba, en mi dirección con una mueca en la cara—. Pensé que parecías una chica de vino blanco.

Jasper se ríe y le devuelve la cerveza.

Pongo los ojos en blanco. Estos tipos se divierten demasiado con los chistes de chicas de ciudad. Lo peor es que ni siquiera se equivocan.

—Vino y tequila. Pero esto no parece una noche de tequila.

Los dos se ríen y yo tomo el vaso de vino, rezando para que no se me caiga encima.

Desde aquí tengo una vista perfecta de Rhett, sentado en un taburete donde se han juntado dos mesas redondas. Sonríe, habla con las manos, y mis ojos recorren las venas de la parte superior, fijándose en el brillo de la plata de su dedo. El anillo que hace juego con la pulsera de plata que lleva en la muñeca.

Sólo Rhett Eaton podía hacer que las joyas parecieran tan varoniles.

Por fuera, parece que se lo está pasando bien, pero hay algo que no encaja. Algo no va del todo bien. Su rostro parece sereno y en su elemento, pero sus hombros están tensos. Tiene la mandíbula desencajada y las comisuras de los

ojos rasgadas. Su sonrisa no se estira del todo.

—¿Intentas echarle algún tipo de maldición a mi hermano pequeño? —pregunta Beau, girando la cabeza entre mi cara y donde estoy mirando.

Resoplo y bebo un buen trago de vino. Sabe fatal, pero no me importa. Necesito un poco de valor líquido.

—No. Intento averiguar cómo hacer mi trabajo sin que me odie más de lo que ya me odia.

—Es justo. Parece que te odia.

—¿Rhett? —Jasper pregunta con una ceja levantada.

Asiento distraídamente justo cuando Beau dice—: Claro que sí.

El jugador de hockey resopla.

—No. Ese chico no tiene ni un hueso de maldad. Es amable con todo el mundo.

Pero, ¿lo dice en serio? Esa es la pregunta que me ronda por la cabeza mientras le observo sentado, rígido, mientras una mujer le frota el hombro y le mira con el corazón en los ojos.

—¿Crees que será amable conmigo cuando me acerque y le diga que no puede llevarse a todas esas chicas a casa esta noche? ¿O beber demasiado? —Probablemente debería haberme negado a salir esta noche. Se me pasan por la cabeza todas las formas en que esta noche podría salir mal.

Jasper se burla y niega con la cabeza. Pero es Beau quien habla.

—A Rhett no le importa llevarse a esas chicas a casa. Es demasiado amable para decirles que lo dejen en paz.

—Hechos —refunfuña Jasper con una mueca antes de volver a llevarse la botella marrón a los labios.

—Si fuera un idiota como Jasper, estaría bien.

Jasper ni siquiera intenta corregir la apreciación de su amigo.

—No sé… —Arrugo la nariz mientras sopeso mis opciones.

Es en ese momento cuando pasa la camarera.

—¿Estáin bien? ¿Les traigo otra ronda?

Y entonces a Beau se le iluminan los ojos como a un niño en Navidad.

—Sí. —Saca un billete de veinte dólares de su cartera y lo coloca en el centro de la mesa—. Te daré otro de esos por cada bebida ultra-femenina a base de leche que le lleves a mi hermano.

Los ojos de la camarera se abren de par en par. Y los míos también.

Jasper se lleva el puño a los labios y le tiemblan los hombros.

—Ponle un paraguas.

Pero Beau no ha terminado.

—Y anuncia a la mesa que la bebida es de su futura esposa y que sabe que esta es su favorita.

Se me cae la mandíbula mientras miro fijamente a Beau.

—¿Qué estás haciendo?

—Enojarlo lo suficiente como para apartarlo de esa mesa por ti.

Me río. Este no es el plan que tenía en mente. *Chicos*.

La camarera se muerde el labio, mirando el dinero mientras se abraza la bandeja de plástico marrón contra el pecho.

—¿Esto es un truco?

—No, Bailey —responde Beau, su voz se suaviza—. Esto no tiene nada que ver contigo. Todo por diversión.

Ella lo mira con ojos muy abiertos, parece especialmente joven en este momento.

Aunque sé que para trabajar en el bar tiene que tener al menos dieciocho años.

—Bien. De acuerdo.

Y con eso, se lleva el dinero de la mesa y se escabulle.

7

Rhett

Kip: Hablé con el resto de tus patrocinadores hoy. Un par estaban indecisos sobre lo que van a hacer. Pero Wrangler y Ariat siguen en pie... siempre y cuando mantengas la compostura.

Kip: ¿Hola? ¿Vas a darme las gracias?

Rhett: No.

Kip: Sé que me amas.

Rhett: No lo hago. Me has tirado un perro de presa. Tu princesa es una auténtica tocapelotas.

Kip: Bueno. Te vendría bien que te rompieran las pelotas.

Estoy contando uno de mis últimos viajes, algo de lo que me gusta hablar, cuando un vaso se desliza frente a mi sitio en la mesa.

Mis ojos se dirigen a la pequeña Bailey Jansen, que se muerde el labio con las mejillas sonrosadas.

—Esto es de tu futura esposa. —Retrocedo ante eso—. Dice que sabe que es tu favorito. —A Bailey apenas le salen las palabras.

Hago un poco de gimnasia mental mientras echo un vistazo a la mesa, pero todo el mundo parece igual de confuso que yo. Los pocos hombres que hay se ríen entre dientes, pero las chicas oscilan entre la confusión y la ferocidad.

Si una de ellas me sonreía, sabría que era ella.

Cuando miro bien la bebida, estoy aún más confuso.

—¿Qué es esto?

—¿Es... um... un White Russian?

Mis cejas se fruncen mientras miro fijamente la bebida lechosa, con hilos de licor oscuro saliendo del fondo. ¿*Qué carajo pasa*?

—¡Disfruta! —chilla Bailey antes de irse. Si no supiera que es la única Jansen buena de todo el grupo, sospecharía de ella. Pero lo único que sospecho es que alguien la ha metido en esto.

Mi primera suposición es Beau.

Mis ojos lo buscan en la barra mientras Laura, a la que conozco de pasada desde el instituto, intenta llamar a un camarero como si esta bebida lechosa fuera una afrenta a mi masculinidad. Incluso hay una puta cereza al marrasquino encima, gorda y brillante. Y mientras la miro, me acuerdo de la boca de Summer.

La abandoné y no me lo pensé dos veces cuando llegamos aquí. No fue mi mejor momento. Y definitivamente no fue una forma caballerosa de darle la bienvenida a la ciudad. Giro en mi taburete, tratando de ver dónde aterrizó.

Cuando por fin la encuentro, parece sumida en una conversación con mi hermano y su amigo. Todos parecen relajados, y ajenos a lo que sea esta maniobra. Así que, decido dejarlos fuera. Aunque mis ojos se detienen. Está hablando, y esos cabrones están pendientes de cada palabra como si fuera la persona más interesante del mundo.

Y la verdad sea dicha, si no estuviera tan enfadado por todo este asunto, podría interesarme más hablar con ella. Parece interesante. Hay algo intrigante en ella. Su aspecto, su forma de hablar, su confianza y sus agallas.

Summer Hamilton es una combinación inusual.

—Disculpa, Rhett *nunca* bebería algo así. —Casi me burlo en voz alta. La forma en que Laura habla como si me conociera me pone de los nervios.

Inmediatamente, alguien quita la bebida y la sustituye por una botella de cerveza local.

Algo que me gusta.

Pero a los pocos minutos, Bailey está de vuelta, con cara de preferir salir corriendo por la puerta principal que volver a enfrentarse a nuestra mesa.

—Tu futura esposa envió esto. Dice que sabe cuánto te gustan los batidos de chocolate. —Luego se aleja y yo me quedo mirando la cremosa bebida

marrón en una copa de martini de tallo largo.

Con un paraguas y una cereza de nuevo.

Estas cerezas van a ser mi muerte. De algún modo, mi cerebro las ha relacionado con el pintalabios que lleva Summer, y el color ni siquiera es tan parecido. Pero va allí de todos modos.

Va a otros lugares también. Como cómo se vería esa boca envuelta alrededor de mi polla.

Cuando la miro esta vez, sus grandes ojos marrones parpadean en mi dirección, pero ella frunce los labios y se da la vuelta, como si encontrara algo desagradable en mí. Algunos de los chicos de la mesa se están riendo a carcajadas.

—Creía que no te gustaba la leche, Eaton —suelta uno de los mayores, y una sonrisa se dibuja en mis labios. Al menos esta gente no me odia por decir lo que he dicho. Y, como de costumbre, su atención me hace sentir bien. Echo los hombros hacia atrás y decido ignorar a quienquiera que me esté gastando esta divertida broma.

—Esto es ridículo —sisea Laura, frotándome la espalda como si estuviera enfadada. Pero yo no me enfado, tomo venganza. Y cuando averigüe quién se está divirtiendo enviándome estas putas porquerías lechosas, empezará el juego.

—Bailey, querida, no quiero esto.

Asiente rápidamente y lo arrebata antes de dejarnos de nuevo.

Laura se acerca y sus labios rozan mi oreja de una forma que debería ser sexy, pero que me hace retroceder cuando susurra—: Siento mucho que alguien te esté haciendo esto. Burlarse así de ti. Ya ha sido una semana dura para ti.

En eso no se equivoca. Pero ella tampoco será el factor que cambie esta semana. Las cosas no van a cambiar hasta que pueda deshacerme de mi niñera de una vez por todas, incluso si no me sigue a todas partes como yo pensaba.

No le tiro ningún hueso a Laura, pero tampoco la alejo. Aunque no me interese lo más mínimo, no quiero ser grosero. Así que inclino mi botella de cerveza en su dirección antes de dar un trago.

—Todo está bien. Ya soy grandecito.

Ella sonríe sugestivamente, leyendo una insinuación que no está ahí, y yo bebo otro trago. Porque no era esa mi intención.

Con un guiño, desliza su mano hacia arriba para jugar con las puntas de mi cabello.

—Me he enterado.

Y por eso ya no me enrollo con mujeres en esta ciudad. Tuve una novia ocasional antes de aprender la lección. Consigues una mamada de alguien en Chestnut Springs y lo siguiente que sabes, es que está en el periódico, y las señoras del salón están planeando una puta boda. No, mantengo esa mierda en la carretera donde pertenece.

Cuando vuelvo a casa, quiero intimidad.

Mi mirada se dirige hacia donde está sentado mi hermano y, esta vez, me encuentro con los tres mirándome fijamente. Al verme, Summer y Beau bajan rápidamente la mirada y toman sus bebidas.

Jasper me sonríe por debajo del ala de su gorra. El tipo es callado y no sonríe mucho. Hace pausas pensativas y responde con una sola palabra hasta que le metes unas cuantas copas. Dicen que los porteros son de otra pasta, y en el caso de Jasper es cierto. Debería saberlo, crecimos con él.

Y más que nada, me hace preguntarme por qué me mira como el puto Gato de Cheshire. Me pone los pelos de punta. La forma en que lentamente se ensancha aún más mientras sus ojos caen a la mesa frente a mí.

Miro a tiempo para ver a Bailey alejarse a toda prisa. Esta vez, ni siquiera dijo nada.

Dejó caer la bebida y echó a correr. No puedo decir que la culpe.

—Es eso... —Laura parece ofendida, como si alguien acabara de llamar puta a su madre.

La taza de cristal transparente es la que se suele utilizar para las especialidades de café. Pero el líquido que contiene es blanco sólido. Está cubierta con nata montada.

Y una puta cereza.

Cuando toco el lado, está tibio. No caliente. Tibio, como si le hiciera chocolate caliente a Luke.

—¿Eso es leche caliente? —La voz de Laura es chillona y escucho risitas alrededor de la mesa, pero no les dirijo la palabra.

En lugar de eso, aparto los ojos de la nata montada que se derrite por los lados de la taza, formando un desastre colosal, y miro hacia los sofás del fondo.

Jasper sigue mirándome, pero esta vez se ha tapado la boca con la mano y sus hombros tiemblan de la risa apenas contenida. Beau, el chupapollas que es, ha vuelto a tumbarse en el sofá, como si esto fuera la broma más divertida del mundo.

Alerta de spoiler: no lo es.

Acabo de perder un gran patrocinio por la leche, y estos imbéciles se sientan a enviarme *leche caliente*. Casi me estremezco al pensarlo.

Pero es Summer la que realmente me molesta. Está ahí sentada, perfectamente arreglada, perfectamente engreída. Con las piernas cruzadas de la forma más femenina y el martini de chocolate con leche que le devolví en la mano. Lo levanta hacia mí en un silencioso "salud" y luego arranca la cereza de la parte superior y la envuelve con los labios.

Y entonces me muevo a través de la barra. Irrumpiendo hacia ellos. Medio divertido y medio cabreado de que esos putos traidores me estén gastando bromas con la mujer cuya presencia saben que no me gusta. Parece que se ponen de su parte cuando es a mí a quien conocen de toda la vida. ¿Estoy teniendo una pequeña rabieta interna por ello?

Tal vez.

Siempre he sido el chiste en esta familia. Del que se burlan. Al que nadie toma en serio.

—Rhett, te has olvidado la leche caliente —dice Jasper cuando me acerco. Beau hace un ruido de bocina mientras intenta, y no lo consigue, evitar soltar una carcajada. Siempre ha sido el más vertiginoso y alegre de nosotros. Lo cual es una locura, teniendo en cuenta que es el JTF2, la unidad de fuerzas especiales más importante de Canadá.

—No, no, no. —Beau jadea—. Viene aquí porque quiere el White Russian en su lugar.

Sacudo la cabeza. Las comisuras de mis labios se inclinan hacia arriba,

aunque me esfuerzo por mantenerlas bajas.

—Son unos putos perdedores. —Apoyo las manos en las caderas y miro fijamente al techo, donde cuelga una araña de latón ornamentada que completa el ambiente rústico de lujo que ha adquirido este local con su nuevo propietario.

—No deberías hablarle así a tu futura esposa —muerde Jasper antes de resoplar y soltar otra carcajada.

Su risa es contagiosa e intento que no me domine. No quiero encontrarlo divertido. Pero si hay una persona capaz de provocarme la risa floja, esa es Beau. Y ahora mismo, está desquiciado.

Miro a Summer. Sus ojos grandes y brillantes que me miran son francamente desarmantes. Ella intenta no reírse y yo intento no empalmarme al mirarle la boca. Es una jodida lucha para los dos.

—¿Fue idea tuya?

—No. —Suelta una carcajada, su compostura finalmente se resquebraja mientras una mancha rosa se extiende por sus mejillas—. Ni siquiera un poco. Soy una espectadora inocente.

La miro con una ceja levantada, no muy seguro de creer que no haya tenido algo que ver. Parece que ya le divierte mi sufrimiento, así que no sé por qué se pone tan nerviosa.

Además, el hecho de que no pueda dejar de mirar su preciosa cara me hace sentir que no es inocente en absoluto de mi frustración.

—Oye —interviene Jasper con su tono áspero antes de dar un gran trago a su cerveza—. No te metas con Summer. La leche caliente fue idea *mía*. Ha sido lo más divertido que he hecho en años.

Beau se golpea la rodilla y resopla.

—¡Deberías haberte visto la cara!

Sacudo la cabeza y suelto una risita que retumba en mi pecho.

—Voy a hacer que pagues por esto —digo, pero mis ojos vuelven a posarse en el rostro de Summer. Y entonces ella asiente, dejando de mirarme por un momento mientras las sombras de sus pestañas se abren en abanico sobre las manzanas de sus mejillas. Parece casi tímida, nada engreída.

No es lo que esperaba.

Con un profundo suspiro, me doy la vuelta y pateo la bota de Jasper.

—Córrete, imbécil.

Me tumbo al lado de nuestro amigo de la infancia y me siento inmediatamente más a gusto que en la otra mesa, incluso con mi princesa niñera de labios carnosos.

Luego me estiro hacia delante, tomo el White Russian de la mesa que tengo delante y le doy un buen trago mientras echo un brazo por encima del respaldo del sofá.

—Jodidamente delicioso —anuncio con una sonrisa arrogante. Beau vuelve a reír como una colegiala. *Idiota*. Pongo los ojos en blanco y vuelvo la mirada hacia Summer mientras bebo otro sorbo del desastre lácteo que tengo en la mano.

Ahora me sonríe.

Y por mucho que odie admitirlo, me gusta que me mire.

Pensé que unas copas me proporcionarían el alivio que necesito para dormir bien desde aquel duro desmontaje del fin de semana pasado, pero me equivoqué.

Llevo dos horas y media aquí tumbado intentando ponerme cómodo. Fallando. Y luego reprendiéndome a mí mismo por tener una caída tan estúpida. Llevo en esto más de una década. El toro no me estrelló contra el suelo -no lo evité-, sólo fue un aterrizaje estúpido.

Y como soy demasiado viejo para seguir haciendo lo que hago, ya no me recupero como antes. Me esfuerzo mucho por no vivir a base de analgésicos -sólo tengo un par de riñones y todo eso-, pero los he tomado como si fueran caramelos durante la mayor parte de mi vida. Antes no me importaba.

Me froto la cara con las manos, suelto un gemido y me levanto de la cama con una mueca de dolor. Los tablones de madera del suelo están fríos cuando atravieso el dormitorio y giro el pomo de la puerta. En el pasillo, me

pongo de puntillas como una niña.

Yo también me siento así, intentando no despertar a mi padre. No puedo decir que nunca imaginé vivir con él a esta edad, pero cuando estoy de viaje la mayor parte del año, mantener mi propia casa tiene poco sentido.

Cuando me jubile, construiré, como han hecho mis hermanos.

Una vez que me jubile.

Eso es lo que me digo a mí mismo. Eso es lo que sigo posponiendo. Porque sin un toro al que subirme cada fin de semana, no tengo ni idea de quién seré. O lo que haré.

Es una perspectiva aterradora. Una que me alegra seguir ignorando.

Una vez que he bajado las escaleras, vuelvo a dar zancadas normales y me dirijo directamente hacia la cocina, donde guardo las medicinas en alto para que Luke no pueda meter sus sucias y problemáticas manos en ellas.

Doblo la esquina para entrar en la cocina y me quedo helado al ver que no está vacía. Summer está sentada en la gran mesa familiar, mirando el móvil con un vaso de agua delante. La luz de la pantalla se refleja en su rostro desnudo y capta su cara de sorpresa cuando se da cuenta de que estoy en el amplio arco observándola.

—Hola —dice con cuidado, como si no estuviera segura de cómo voy a reaccionar ante su presencia.

Las cosas parecieron calmarse entre nosotros en el bar después de que todos nos echáramos unas buenas risas. No quiero ser un idiota con Summer. Nada de esto es culpa suya. Pero estoy bastante seguro de que yo también lo he sido. La mujer puede sacarme de quicio sin siquiera intentarlo.

—Hola. ¿Todo bien? —Pregunto, sonando fuerte en la silenciosa cocina.

Es una cosa que me encanta de volver a casa. El silencio. No lo hay en los hoteles ni en la ciudad. Aquí, es realmente tranquilo. Verdaderamente pacífico.

Deja el teléfono en la mesa y levanta el vaso en mi dirección.

—Unas cuantas bebidas azucaradas de más mezcladas con el mayor vaso de vino blanco de la historia. Gracias por traerme.

Chasqueo la lengua mientras abro el armario que hay sobre el fregadero.

—El Railspur ha recibido un lavado de cara en los últimos años. Aunque sigue sin ser el lugar para vinos de chicas elegantes.

Se queda pensativa.

—Buen punto. La próxima vez tomaré leche caliente.

—¿Vas a burlarte de mí los próximos dos meses? —Me sirvo un vaso de agua y vuelvo a la mesa, sin perderme cómo recorre mi cuerpo con la mirada. Sólo llevo calzoncillos, no estoy acostumbrado a tener que taparme para una mujer en casa.

Sus labios se perfilan en una fina línea mientras tomo asiento y decido no ser un imbécil y largarme de aquí. Su compañía no es la peor. Podría ser Laura manoseándome como un oso en una colmena. Eso sería peor.

—Probablemente. Es mi defecto cuando estoy incómoda —No susurra ni me baja los ojos; sólo dice algo vulnerable como si compartir ese tipo de mierda fuera normal.

—¿Estás incómoda?

Summer suelta una carcajada y se deja caer en la desgastada silla con respaldo de escalera. Y es ahora cuando me doy cuenta de que lleva una especie de camiseta de tirantes de seda y unos pantalones cortos a juego. Son de color púrpura claro y brillan bajo la tenue luz de la bombilla que hay sobre la estufa.

—Por supuesto que sí.

—¿Por qué? Eres todo sonrisas y respuestas rápidas. Te ganas a todo el mundo.

Se levanta y se pasa los dedos por su larga y sedosa melena. Mechones que brillan como su pijama a juego. Y es ahora cuando me fijo en la cicatriz de su pecho, seguida del contorno de sus pezones a través de la parte superior. No están duros, pero puedo ver la hinchazón, la burla de la forma. Es casi más seductor *imaginar cómo serían*.

Levanto los ojos, pero se posan en sus labios. Labios sonrientes. Lo que me recuerda que Summer Hamilton me cabrea.

—¿Crees que esto es ideal para mí? —pregunta—. ¿Prueba de fuego? ¿Tener que seguir a alguien que claramente no me soporta mientras intento hacer un trabajo nuevo y al mismo tiempo no hacer que me odie más? Ah, sí.

Apúntame. Buenos tiempos.

Levanto una ceja.

—Los vergonzosos tragos de leche fueron un excelente camino para caerme bien. Bien jugado. Que te unieras a mi hermano imbécil me sentó genial.

Esa podría ser la peor parte. Quería que eligiera mi equipo, no el de Beau. Todo el mundo elige a Beau porque es todo sol y guapo y esa mierda.

Se burla y cierra los ojos. El primer signo de frustración que veo en ella.

—¿Hubieras preferido que marchara hacia allí e interviniera? ¿Avergonzarte yo misma?

Arrugo la frente y me trago la pastilla.

—¿Por qué ibas a hacerlo?

Me mira fijamente y me dice muy seria—: Porque me estaba asustando pensando que no deberíamos haber salido. Que no voy a ser capaz de manejar esto... ni a ti.

—No estaba haciendo nada malo. —Jesús, ¿unas cervezas en mi bar local están fuera de la mesa?

—Lo sé. Pero se supone que debo mantener al pequeño Rhett en tus pantalones. Y esa chica estaba lista para empacarlo y llevarlo a casa.

—¿Perdón?

—Tu polla. —Señala mi regazo—. Nada de salir a jugar hasta que todo esto esté resuelto. Órdenes de Kip. Tu reputación no puede soportar que te metas en más dramas. Se supone que debes parecer sano.

—Soy sano. ¿Disfrutar del sexo hace a una persona menos sana?

Se estremece y pone los ojos en blanco como si no me creyera.

—No importa lo que seas o no seas. Tienes que parecer sano, lo que significa mantenerlo en tus pantalones. Mantén las manos quietas. Gana todo el puto asunto para que los dos podamos dejar esto atrás.

La miro fijamente. ¿Me está diciendo en serio esta fulana recién salida de la facultad lo que puedo y no puedo hacer con mi polla? ¿Cómo debe verme?

—Y por el amor de Dios, Rhett. —Se levanta y toma su teléfono de la mesa antes de señalarme—. Date cuenta de que estoy de tu lado. No quiero que esto sea miserable. No quiero avergonzarte. Si me dejas, podemos ser un equipo en lugar de pelearnos todo el tiempo. Usa la cabeza.

Meterme en líos no es nuevo, y no estoy dispuesto a darme la vuelta y aceptar esto de ella. Por eso le contesto—: ¿Cuál?

Y con eso, sale furiosa. Con el culo apenas oculto por sus sedosos pantalones cortos. Me pregunto si ese es el nuevo uniforme del "equipo".

Porque si es así, puede que me apunte.

8

Summer

Papá: ¿Está siendo un idiota?

Summer: No.

Papá: ¿Me dirías si lo era?

Summer: Tampoco.

Papá: Summer, si necesitas refuerzos, dímelo. Puedo enviar a Gabriel.

Summer: Ese ni siquiera es su nombre. Además, crecí a tu alrededor. Puedo manejar idiotas.

Summer: A la mierda mi vida. Olvida lo que he dicho.

Papá: Ya está borrado.

Dormí como una mierda. Todas las respuestas ingeniosas que desearía haberle dicho a Rhett anoche pasan por mi cabeza como el teletipo de un canal de noticias.

Me agitó. Dejé que se me metiera en la piel, y no debí hacerlo. Me alejé como la persona más grande, aunque lo que quería hacer era darle una patada en la espinilla. Lo que me habría dolido muchísimo, porque todo en Rhett Eaton es duro, tonificado y cortado.

No es voluminoso, pero está en *forma*. La complexión de un nadador. Lo suficientemente fuerte como para mantenerse, pero no exagerado.

Y tal vez por eso estoy agitada. Mirar un anuncio de revista de Rhett en Wranglers con corazones en los ojos cuando era adolescente es divertido, pero verlo desnudo de adulto no lo es.

Es frustrante. Es algo que tengo que solucionar, por eso me pongo mis

leggings favoritos, mi sujetador deportivo y mi camiseta holgada. Una rápida búsqueda en mi teléfono me ha llevado a un gimnasio de la ciudad, y allí es adonde me dirijo.

Avanzo por el pasillo, con la coleta balanceándose detrás de mí mientras me pavoneo hacia la cocina con la cabeza alta, intentando no recordar la forma en que la luz jugaba con cada cresta del cuerpo de Rhett la noche anterior: las sombras entre cada abdominal definido, el hundimiento en el hueco de su garganta, esa v perfecta que se dirige hacia la otra cabeza.

Menudo imbécil.

Y el padre de ese imbécil ya está sentado a la mesa, tomando un café y leyendo el periódico.

—Buenos días.

Harvey me sonríe.

—Madrugadora, ¿eh?

—Sí. —tomo una taza y me sirvo un café, sintiéndome como en casa porque, ahora mismo, necesito desesperadamente un poco de cafeína—. Siempre lo he sido.

—Yo también —me dice.

Al pasar por delante de la nevera con el café en la mano, veo una foto sostenida por un imán en forma de cabeza de caballo. Una mujer rubia y menuda mira a la cámara junto al caballo negro más brillante que he visto nunca. Lleva puestas sedas de jinete negras y doradas, y el caballo tiene una manta de rosas sobre él.

—¿Quién es? —Pregunto a Harvey con curiosidad.

Su sonrisa de respuesta es inmediata. Profunda y genuina.

—Esa es mi pequeña. Violet. Es campeona de jockey de caballos de carreras. Vive cerca de Vancouver con su marido y mis otros nietos.

Acerco la silla frente a él y le devuelvo la sonrisa.

—Debes estar muy orgulloso de ella.

Una mirada triste relampaguea en sus ojos, pero la cubre rápidamente.

—No tienes ni idea.

Trago grueso, intuyendo que hasta ahí puedo llegar con este tema. Así que cambio totalmente de tema.

—Voy a la ciudad a probar el gimnasio.

El hombre mayor asiente.

—Bien por ti. Apuesto a que estarás de vuelta antes de que Rhett se despierte.

—Bien, genial. Si se levanta, dale un tranquilizante hasta que vuelva.

—¿Ya te está dando problemas?

—Imposible. Es un muñeco. —Le guiño un ojo a Harvey, y compartimos una carcajada antes de caer en una conversación fácil.

Nos preparo a Harvey y a mí una tostada para desayunar, y a él parece divertirle mucho que le prepare el desayuno. Cuando la conversación se detiene, limpio y salgo por la puerta para subirme al auto.

Durante la hora que sigue, hago ejercicio hasta que el sudor se derrama por mi cuerpo. Juro que huele a vino barato. Pero ni siquiera me importa. Mi corazón bombea sangre por todo mi cuerpo y me siento viva. Me siento fuerte. El gimnasio está en silencio y monopolizo un rack de sentadillas hasta que me arden los músculos y me tiemblan las piernas.

Y cuando vuelvo a pasar por el arco delantero del Rancho Wishing Well, me siento sustancialmente más cuerda.

Respiro el aire fresco de la mañana mientras camino hacia la casa, admirando cómo la escarcha sobre la hierba muerta ha convertido el paisaje en un blanco brillante. Algo que se desvanecerá en cuanto el brillante sol de la pradera se eleve lo suficiente en el cielo azul.

Cuando vuelvo a la cocina para preparar otra cafetera, Rhett está sentado a la mesa, con un aspecto tan helado como la hierba.

—Buenos días. —Le sonrío con sorna porque me recuerda a un adolescente enfurruñado mirando el móvil con el ceño fruncido.

Gruñe. Ni siquiera levanta los ojos de la pantalla.

Así que todo va genial.

—¿Quién se ha meado en tus Shreddies, Eaton? —pregunto, sin

inmutarme por su actitud agria porque ya hay café hecho, listo y esperándome. Son las pequeñas cosas de la vida.

—Todos.

Resoplo.

—Suena delicioso.

Rhett emite un gruñido y arroja su teléfono sobre la mesa con tanta fuerza que casi se desliza por toda su longitud.

—¿Soy sólo una gran broma para ti? Acabo de perder otro patrocinador. ¿Crees que todo por lo que he trabajado estos últimos diez años dando vueltas por el retrete es gracioso?

Me giro y lo miro. Obviamente, esta mañana no vamos a hacer bromas mordaces.

Está realmente abatido.

—No lo encuentro ni remotamente divertido.

Apoya los codos en la mesa y deja caer la cabeza entre las manos, con la melena cayéndole alrededor de la cara como una cortina que oculta cualquier expresión que pudiera haber en ese momento.

Un suspiro me recorre el cuerpo y me acerco para apartar la silla junto a él, en lugar de enfrente. Cuando me siento a su lado, sigue sin levantar la vista. Es evidente que está probando algún tipo de técnica de respiración profunda, a juzgar por el soplo de aire que sale de sus fosas nasales.

Mi taza de arcilla repiquetea sobre la mesa cuando extiendo la mano contraria hacia la ancha extensión de su espalda. Dudo, mi mano revolotea por encima de su sencilla camiseta blanca, porque me pregunto seriamente si tocarlo es una buena idea.

Es un poco como meter la mano entre las tablas de la valla para acariciar a un perro que no conoces. Puede que sean muy buenos y les encante llamar la atención. O podrían morderte.

Pero soy una persona empática. Una cuidadora. Puedo ver la decepción que emana de él. Un abrazo nunca deja de hacerme sentir mejor, pero no lo abrazo, sobre todo porque disfrutaría mucho más de lo que es profesional. Sin embargo, una suave palmada en la espalda nunca hace daño a nadie.

Así que le pongo la mano en el hombro. Primero le doy un apretón, pero se sobresalta y respira hondo, como si le doliera.

Retiro la mano. Pero cuando su reacción termina ahí, y no hace ningún otro movimiento para alejarse de mí, vuelvo a poner la mano, esta vez un poco más abajo. La paso por el borde de su omóplato a través de la tela de su camisa.

Muevo la mano en círculos suaves, como solía hacer mi padre cuando tenía un mal día. Se sentaba en esa silla junto a mi cama del hospital y me frotaba la espalda durante *horas*. Y nunca se quejaba.

—Me encontraba mal cuando era adolescente. Tuve una operación que salió mal —digo en voz baja, dejándome llevar por mis recuerdos—. Pasé mucho tiempo en el hospital. Incluso pasé parte de ese tiempo pensando que nunca saldría de ese hospital. Así que se me ocurrió una nueva forma de ver las cosas. ¿Te interesa escuchar las cavilaciones de un adolescente eternamente optimista?

—Claro. —Su voz es tensa mientras aprieta con más fuerza las palmas de las manos contra su frente.

—Si estos fueran tus últimos momentos en la tierra, ¿te irías contento?

Su suspiro de respuesta es entrecortado. Se aclara la garganta.

—No.

—¿Pero por qué? Tienes tanto. Has conseguido tanto. La vida de nadie es perfecta.

Ahora se sienta recto. Sus ojos ámbar me miran como si no fuera la diablesa por la que me tomó.

—¿Has buscado mi nombre en Google? Es sólo... —resopla con una risa triste—. ...estúpido.

—Lo es —asiento, asintiendo solemnemente con la cabeza y dejando caer la mano.

—Recibí un email de tu padre sugiriendo que diéramos la vuelta a esto mientras bromeaba sobre odiar la leche.

Me inclino hacia atrás, girándome ligeramente hacia él mientras sorbo mi café bien caliente, inhalando el vapor con cafeína. Si pudiera aspirar café, lo haría. Estoy segura de que lo estoy intentando ahora mismo.

—Podrías.

—Pero no quiero.

Mi cabeza se inclina.

—¿Por qué?

Sus manos se levantan en señal de frustración.

—¡Porque es verdad! Odio la puta leche. Y eso no debería ser un crimen.

Se me escapa una risa entrecortada, mis mejillas se crispan mientras lucho por contener la sonrisa.

—¿Ves? Te estás riendo de mí. —Se pasa una mano por la barba antes de pasar su dedo por mi cara en forma de U—. Lo has estado haciendo desde el primer día en la oficina. Esa sonrisita sarcástica.

Ahora me siento erguida mientras su mirada baja de nuevo.

—Rhett.

Pone los ojos en blanco y evita mirarme a los ojos, como un niño petulante.

Me inclino hacia delante y empujo mi rodilla contra la suya.

—Rhett.

Cuando centra toda su atención en mí, el corazón me tiembla en el pecho. Ningún hombre tiene tan buen aspecto como él. Las pestañas oscuras, la mandíbula cuadrada.

Con un movimiento de cabeza, recupero la concentración.

—No me reía de ti. Me reía de esta situación. Porque, ¿sabes lo que pienso?

—Claro que sí. Que soy un vaquero tonto.

Me echo hacia atrás y frunzo el ceño.

—No. Creo que lo han exagerado tanto que no puedo evitar reírme. ¿A quién carajo le importa lo que prefieras como bebida? Me río, o sonrío, o lo que tú creas, porque toda esta situación es tan insultante y descabellada que si no me riera de ello, directamente dejaría mi trabajo y me haría entrenadora personal.

Me mira sin comprender, con los ojos recorriendo mi cara como si buscara una prueba de que estoy bromeando.

—Si pienso demasiado en ello, me enfado por tu culpa. Y no quiero enfadarme.

Se mira las manos y hace girar el anillo de plata en su dedo antes de susurrar—: De acuerdo.

Dios, realmente ha conseguido dominar la rutina del niño herido e inseguro. Le vuelvo a dar un codazo en la rodilla.

—De acuerdo —repito—. ¿Me vas a decir por qué odias tanto la leche?

—¿Has tomado alguna vez leche cruda de granja? —pregunta.

—No.

—Bueno. Bueno, es espeso, amarillo y graso, y teníamos una vaca cuando éramos pequeños, y mi padre nos hacía beber un vaso todos los días, y estoy bastante seguro de que estaba al borde del abuso infantil. Ahora, la idea de sentarme y beberme un vaso entero... —Se estremece—. Nunca he sido tan feliz como el día que murió esa vaca.

—¡Qué oscuro! —Me eché a reír—. Aunque suena terrible. Lo reconozco.

—Estoy bien traumatizado. —Su mejilla se crispa y me dedica una suave sonrisa. Tan genuino que hace que las mariposas se agolpen en mi pecho.

¿Acabamos de tener algún tipo de avance? Eso parece. Pero hasta ahora, este tipo me da latigazos. Así que tal vez me equivoque.

De lo que estoy segura es de que huelo a sudor y tengo un aspecto horrible. Así que me pongo de pie, sin darme cuenta de lo cerca que estoy de él cuando lo hago. Nuestras rodillas se rozan y sus ojos se clavan en ese punto.

Respiro con fuerza y me voy. Estoy a punto de ducharme, pero me detengo en la puerta, meditando sobre la conversación que acabamos de tener. Cuando miro por encima del hombro, veo sus ojos más abajo de lo que deberían, pero se dirigen a mi cara al instante. Mis mejillas se calientan igualmente. Después de todo, Rhett Eaton acaba de verme el culo en mallas de gimnasia.

Debe ser por eso que mi voz sale más ronca que de costumbre.

—No le des vueltas si no quieres. Y no dejes que Kip te intimide.

Aprieta los labios y me hace un gesto con la cabeza. Luego me voy.

Me dirijo a la ducha.

Una fría.



9

Rhett

Summer: ¿Quieres venir al gimnasio conmigo? Te vendrá bien. No puedes estar tumbado toda la semana.

Rhett: ¿Ahora también eres mi nuevo entrenador personal?

Summer: ¿Eso te hará sentir mejor acerca de mí estando aquí?

Rhett: Tal vez.

Summer: Bueno, entonces, soy lo que quieras que sea.

Rhett: Eso es algo peligroso de decir.

—He estado leyendo sobre buenos ejercicios para jinetes de toros. —Summer me espera en el vestuario de hombres y me habla en cuanto salgo por la puerta.

—Uh huh —digo mientras me adelanto a ella hacia la zona de cardio, recogiéndome el cabello con un elástico. Cintas de correr, bicicletas y elípticas dan a la calle Rosewood.

—¿Sueles hacer mucho ejercicio? —Me mira con curiosidad mientras opto por una bicicleta, pensando que me ayudará a estirar la cadera, y meto la botella de agua en el soporte mientras subo.

—Por lo general. Muchas cosas de equilibrio. Pero últimamente no. A veces es más difícil en la carretera.

Se sube a la bicicleta a mi lado.

—También puedo ayudarte con ejercicios para adaptarme a las lesiones que puedas tener. —Y entonces hace un adorable chirrido y se cae hacia delante sobre los manillares de la bici—. Mierda.

Miro hacia abajo y detengo un lado de mi boca. Estaba tan ocupada hablando conmigo que no se dio cuenta de que el sillín de la bicicleta que había elegido era demasiado alto para alguien tan bajita como ella y se inclinaba hacia delante cuando alcanzaba el pedal.

Tiene las mejillas sonrosadas, como si estuviera avergonzada. Intento concentrarme en el hecho de que parece estar graciosamente desequilibrada en lugar de quedarme embobado mirando lo increíblemente bien que le sienta la ropa de gimnasia. La forma en que abrazan sus curvas casi podría poner celoso a un chico.

—¿Debería preguntar si tienen bicicletas de tamaño infantil en las que puedas montar?

—Muy gracioso. —Se baja y mira la bici como si la hubiera ofendido personalmente—. Odio el cardio.

—¿Es porque la maquinaria es demasiado complicada para ti? —Le guiño un ojo y ella frunce el ceño mientras me bajo de la bici y señalo el asiento demasiado alto—. Ponte a su lado.

Se cruza de brazos.

—Soy perfectamente capaz de ajustar el sillín de mi propia bici.

—Podrías haberme engañado —murmuro mientras giro el pomo para aflojar la clavija y dejar caer hacia abajo. Le enarco una ceja para ver si piensa acercarse para que le mida el asiento, pero sigue abucheándome. Así que miro la altura, me encojo de hombros, cuando se ve lo suficientemente bien, y luego salto de nuevo en mi bicicleta y comienzo el programa de calentamiento.

Finalmente, estira la mano y reajusta el asiento. Arriba. Abajo. Y luego se acomoda exactamente en el mismo lugar que lo tenía al principio.

Testaruda.

—Ah, sí. Así está mucho mejor —resoplo mientras mantengo la vista fija en la carretera. No necesito volver la vista hacia ella para saber que me mira con el ceño fruncido.

—Como he dicho, soy perfectamente capaz de hacerlo yo misma. Especialmente si vas a ser un idiota sarcástico por ayudarme. ¿Y si me hubiera lesionado?

Sacudo la cabeza y contengo una sonrisa.

—¿Estás herida, princesa

—No —refunfuña mientras vuelve a subirse y a pedalear.

—Pero tú sí.

—No lo estoy. Estoy bien.

—Mientes fatal. —Ahora le toca a ella sacudir la cabeza, pero no insiste. En lugar de eso, se pone los auriculares en los oídos y me tapa mientras baja la cabeza y se pone a trabajar.

Y trabaja duro. Más que yo. Porque estoy demasiado ocupado mirándola e intentando que no me atrapen. Ya hay suficientes lugareños aquí que hablarán del hecho de que estuve aquí con una chica. No necesito darles más cotilleos que eso.

Pero la forma en que el sudor brilla en su piel es una jodida distracción. La forma en que su pecho se agita y el pulso de su cuello palpita.

Es casi molesto. Que no puedo dejar de robar miradas. Que soy tan dolorosamente consciente de ella a mi lado.

Pero lo más molesto de todo es que no me presta ninguna atención. Y al cabo de veinte minutos, se baja de la bicicleta, la limpia y se va, ofreciéndome la vista más gloriosa de su culo respingón, sin decirme ni una maldita palabra.

Estoy bastante seguro de que Shirley, la recepcionista, me ve mirando el culo de Summer mientras camina por el gimnasio hacia un rack de sentadillas. Levanta las cejas y sonríe con complicidad, borrando cualquier duda sobre si me ha visto.

Vuelvo a bajar la cabeza e intento concentrarme en mi propio entrenamiento, en mi propio cuerpo. Hago inventario físico de cada dolor. Cuanto más me muevo, mejor noto la cadera. Sabía que unos días de descanso me ayudarían. Pero mi hombro todavía no está bien, y tampoco está mejorando muy rápidamente.

En el fondo, sospecho que pasa algo más que una simple distensión que tardará unos días en curarse. Golpeas tu cuerpo durante tantos años, y sabes la diferencia.

Pero no quiero admitirlo. Porque si me permito aceptarlo, me sentiré

peor.

Empezaré a cuestionarme. Y no puedo permitirme eso.

Vuelvo a mirar a Summer. Está sentada en el suelo, con la espalda apoyada en un banco y una larga barra en la cintura. Cuando mi mirada se posa en su extremo, mis ojos se desorbitan. La cantidad de platos que tiene apilados parece casi imposible para una mujer de su tamaño.

Pero entonces sus caderas empujan hacia arriba, y levanta la barra con la fuerza de su... Ni siquiera lo sé. ¿Su culo? La forma en que se aprieta, la forma en que sus labios se separan en una respiración pesada.

Todo esto no es más que la confirmación de que soy un puto pervertido.

Lo suficientemente pervertido como para dejar la bici y acercarme a verla de cerca.

No tiene que *gustarme* Summer para impresionarme, ¿verdad?

—¿Cómo se llama éste? —Pregunto mientras me acerco.

—Empuje de cadera. ¿Quieres probar?

Alguna vez.

La forma en que me está mirando ahora hace que mi polla se retuerza.

Me señala la barra y me dan espasmos en la cadera con sólo mirarla.

—No, gracias.

—¿Es porque estás herido? —Me dedica una sonrisa plana y sarcástica.

No creo que la esté engañando en absoluto.

—No estoy herido —respondo, sintiendo su mirada recorrerme, imitando el sudor que recorre mi espalda.

Ella sólo suspira.

—De acuerdo. No estás herido. Pero... —Se quita la barra de encima y empuja para ponerse de pie delante de mí. Veo una gota de sudor rodar por su pecho, a través del valle entre sus pechos, y directo a su sujetador deportivo rosa—. Imagina que un jinete de toros se ha lesionado.

Summer mueve una palma en mi dirección y abre ligeramente los ojos.

—¿Cuál sería una lesión común para él?

La miro, viendo lo que está haciendo aquí y tratando de decidir si quiero confiar en ella lo suficiente como para seguirle la corriente.

—Manos y hombros —suelto. Ella asiente mientras mis ojos se posan en la barra que estaba empujando con la cadera—. Y a veces las caderas.

Se da golpecitos con el dedo en los labios y canturrea pensativa.

—Entonces, ¿a este pretendiente a jinete de toros le vendría bien un entrenamiento especializado que incluya ejercicios de tronco? ¿Y tal vez algunos estiramientos?

Siento que parte de mi tensión se escapa. Siento alivio de que esto no se haya convertido en una regañina o en una conversación sobre lo imprudente que soy. Y con las manos apoyadas en las caderas, le hago un gesto de asentimiento.

Una que devuelve antes de ponerme a trabajar hasta que me ardan los abdominales.

Veinte minutos después, resoplo—: Me rindo. —Caigo de espaldas en la colchoneta, absolutamente brutalizado por la pequeña y poderosa chica que acaba de intentar asesinarme con su "entrenamiento especializado".

Especializado para matarme.

—Muy bien, vamos a estirarnos —responde mientras deja una colchoneta en el suelo y se arrodilla a mi lado. Cuando la miro, una leve sonrisa se dibuja en sus labios y sus ojos recorren mi rostro.

—¿Por qué pareces tan satisfecha contigo misma? Veo esa sonrisita malvada —jadeo, intentando recuperar el aliento.

Se ríe y toma un trozo largo de espuma que había traído antes.

—Es una sonrisa de satisfacción. Ha sido divertido.

—Te gusta torturar hombres por diversión. Entendido.

Me da una palmada en el hombro.

—Sólo los que se lo merecen.

Suelto una carcajada. Porque probablemente me lo merezco.

—De acuerdo, siéntate. Voy a deslizar esto bajo tu espalda y dejar que te recuestes sobre él un rato. Abre los hombros, estira el pecho.

Me empuja a sentarme antes de que termine su frase y me encuentro cara a cara con ella. Más cerca de lo que debería, con los ojos clavados en el movimiento de sus labios y los destellos de sus dientes blancos mientras parlotea.

No tiene ni idea de lo que distrae.

Cuando me rodea con el rodillo de espuma, percibo un aroma a cerezas y el sabor salado del sudor.

— … y luego dejarás caer los hombros al suelo.

Me he perdido casi todo lo que decía, pero ella no se da cuenta. Su pequeña palma aterriza descuidadamente en medio de mi pecho y me presiona de nuevo contra el suelo.

Pienso en lo mal que huele una granja de pollos para no empalmarme. Y una vez tumbado, con la columna vertebral apoyada sobre la pieza de espuma redondeada, me obligo a concentrarme en los bancos de luces que hay sobre mí y en el tintineo de la maquinaria a mi alrededor, en lugar de en la forma en que ella me mira mientras se cierne sobre mí y en el modo tranquilo en que murmura—: Buen trabajo.

Cuenta en voz baja y yo cierro los ojos, intentando relajarme en el rodillo y dejándome llevar por el estiramiento de la espalda y el pecho. El dolor disminuye lentamente cuando su tacto se desplaza a la parte delantera de mi hombro, presionando suavemente hacia abajo, profundizando el estiramiento.

—¿Qué se siente? —La voz de Summer es curiosa.

Levanto la vista y observo la expresión seria de su rostro. Los cabellos húmedos de la base de su cuello, justo debajo de la oreja. Es jodidamente encantadora.

Y toda su atención está en mí.

—Muy bien —respondo, con voz de grava. Luego me arriesgo a mirarla a los ojos y le digo—: Gracias.

Se ilumina con una sonrisa suave y satisfecha.

—De nada. Cuando quieras.

Y así como así, creo que tengo mi primer enamoramiento de gimnasio.

10

Summer

Papá: ¿Cuántas entrevistas has concertado para este fin de semana?

Summer: Dos.

Papá: Bien. Tienes que decirle lo que tiene que decir. Se niega a tomárselo sabiendo que no es broma, así que al menos tiene que parecer arrepentido.

Summer: ¿Por golpear a un tipo o por tener preferencia por una bebida?

Papá: Las dos cosas. Podríamos hacer que saliera a pedir un vaso de leche y llamara a alguien para que hiciera fotos.

Summer: No. No vamos a hacer eso. Ni siquiera lo sugieras.

Papá: ¿Por qué?

Summer: Porque no le gusta.

—¿Cómo está el vaquero buenorro? —pregunta Willa, que suena algo distraída al otro lado de la línea.

—Bien. Bien —digo, apoyándome sobre mi bolsa de viaje de cuero para meterlo todo en ella. Pensé que sería perfecta para nuestros fines de semana fuera, pero no voy ligera de equipaje.

—¿De verdad? —Parece sorprendida, y supongo que después de nuestra última conversación, tiene sentido.

—Sí. Creo que llegamos a una especie de tregua a principios de esta semana. Mis días han consistido en hacer ejercicio todas las mañanas y luego organizar los viajes y enviar solicitudes de entrevistas para las ciudades a las que nos dirigimos. Estoy pensando que si puedo curar algunas de estas noticias para él, podrían ser más favorables.

Resuelvo no mencionar que ayer casi me subo encima de él en el gimnasio. Que tenía buen aspecto como para comérselo y que por fin me trató como si no me odiara del todo.

—Huh. ¿Y se mantiene alejado de los problemas?

—Wils, no es un perro que se la pase saliendo del patio. Sobre todo duerme, lee y ayuda a su padre y a sus hermanos en el rancho. Él no es un idiota, y sólo hay mucho que hacer aquí. No voy a montar su culo innecesariamente .

Tararea sugestivamente.

—¿Pero le dejarías montar en el tuyo?

—Bien, ¡ha sido un placer charlar! Adiós.

—Mojigata —murmura.

—Yo también te quiero —digo antes de terminar la llamada y centrarme en el último tramo de cremallera. Cuando por fin me doy cuenta de que voy a romper la bolsa si viajo con el bolso más pequeño, me rindo y lo meto todo en la maleta rígida.

Arrastro la maleta por el pasillo y me reúno con Rhett en la puerta para salir hacia el aeropuerto. Se tapa la boca con el puño para reprimir una carcajada. Supongo que reírse de mí es preferible al ceño fruncido con el que empezamos.

—¿Está Kip escondido en esa maleta?

Mis labios se crispan.

—Cállate.

No se calla. Dice—: Sabes que nos vamos cuatro días, ¿verdad? —Pero me sonríe. Y me aturde. Todo confianza masculina y encanto juguetón.

Creo que podría ser la sonrisa más sexy que alguien me haya dado.

El asiento de plástico del estadio está fresco debajo de mí. Reviso mis correos electrónicos, todos leídos y respondidos. Incluso los incesantes

mensajes de mi padre preguntándome cómo van las cosas, qué estamos haciendo y si tiene las manos quietas.

Esas partes me ponen los ojos en blanco, porque aunque Rhett y yo seamos más o menos amigos, él nunca se interesaría por alguien como yo. Lo ha dejado muy claro. Y eso está bien porque no puedo soportar otro desengaño.

Mi ex, Rob, recompuso mi corazón y luego lo hizo pedazos. Ojalá pudiera decir que lo odio. *Debería odiarlo*. Pero es difícil separarme de él. Hay algo intensamente personal en dejar que alguien entre en tu cuerpo de esa manera.

Pero ahora mismo, mi corazón está bien. Aparte del hecho de que está golpeando mientras miro hacia el anillo de tierra.

Tengo que admitir que es todo un espectáculo. Las gradas se llenan de alegres charlas y risas sobre el estruendo de algunas canciones country en el gran estadio. No es un pequeño rodeo, es todo un espectáculo. Grandes patrocinadores, mucho en juego. Lo más importante. Porque por lo que he investigado sobre este deporte, el riesgo de sufrir lesiones graves es suficiente para mantener alejado al ciudadano medio. Estadísticamente, es un milagro que Rhett siga a su edad. Que no se haya lesionado gravemente. Aunque sospecho que está más dolorido de lo que dice. Los analgésicos. La forma en que se estremece. La forma en que cojea como yo después de hacer demasiadas sentadillas en el gimnasio.

Es obvio para mí que está sufriendo.

Y me digo a mí misma que por eso estoy nerviosa ahora. La rodilla que tengo cruzada sobre la pierna sigue rebotando mientras apago el teléfono, pero eso no me impide golpear ansiosamente la pantalla con los dedos.

Cuando las luces se oscurecen, dejo de respirar. Pero entonces los focos parpadean y el locutor habla de la carrera por puntos de las próximas finales. Rhett está firmemente en primer lugar, alguien llamado Emmett Bush está sentado en segundo lugar, y Theo Silva, el chico más joven del infame clip de leche, está en tercer lugar.

Rhett me dijo antes que había dibujado un buen toro, y cuando le pregunté qué significaba eso, una expresión ligeramente psicótica apareció en su rostro mientras sus labios se estiraban en una sonrisa dentada.

—Significa que va a querer matarme, princesa.

Princesa.

La quinceañera que había en mí se desmayó en el acto, porque esta vez no tenía la mordacidad de un insulto. Pero el yo de veinticinco años le levantó un dedo y le dijo—: No me *princeses*, Eaton.

Se rió entre dientes y se alejó hacia los vestuarios, donde se preparan todos los pilotos, sin parecer preocupado en absoluto. Y yo le dejé. A pesar de lo que Kip piensa que debería hacer, no estoy irrumpiendo en su camerino para seguirlo. Todos tenemos líneas, y esa es la mía.

Así que aquí estoy, mirando y mordiéndome el labio. La energía del estadio es francamente contagiosa. El olor a polvo y palomitas recorre las gradas mientras miro hacia la zona cerrada en el extremo más cercano del ring.

Hay un toro marrón en la manga. Escucho sus resoplidos y veo a unos cuantos tipos que se acercan a las vallas metálicas. Sombreros de vaquero hasta donde alcanza la vista. Traseros firmes en ajustados Wranglers: la vista no es terrible.

Y menos cuando veo a Rhett trepando a lo alto de la valla. Mi corazón tartamudea.

Sí, lo vi en YouTube, pero verlo en la vida real es diferente.

Hay algo en un hombre que es condenadamente bueno en lo que hace que me atrae. Cada paso es seguro. Practicado. Lleno de confianza. Sus chaparreras de cuero marrón cálido, con manchas oscuras por el uso, hacen juego con sus ojos. Son del color de las piedras de ojo de tigre que me gustaban de niña. Brillantes y relucientes, perfectamente pulidos.

El cuello de su camisa azul oscuro roza donde lleva el cabello recogido en una coleta corta, y sus anchos hombros asoman por el chaleco que lleva. El que lleva acolchado para protegerse de caídas fuertes, cascos voladores o cuernos bien colocados.

Parece muy endeble al lado del toro que resopla. Como un niño con una espada de gomaespuma a punto de enfrentarse a un caballero de verdad.

Theo salta sobre el toro y luego mira a la cara de Rhett con una sonrisa de comemierda y un guiño. Se ríen y chocan los puños. Siento un pequeño alivio al ver que no es Rhett quien se sube al toro. Estoy tan ocupada observando cómo su cuerpo se balancea en lo alto de la valla que doy un respingo cuando se abren

las puertas y sale el toro rojizo.

El morro del toro va directo al suelo y sus pezuñas vuelan por detrás de la cabeza de Theo. La única protección que lleva es un endeble sombrero de vaquero, y me siento como una madre gallina queriendo bajar corriendo a regañarle por no llevar casco.

El toro gira en un círculo cerrado y mis ojos miran el cronómetro, sorprendida al ver que sus ocho segundos están a punto de terminar. Cuando suena el timbre, los asistentes del rodeo se abalanzan sobre él para ayudarlo a desmontar, pero él se baja de un salto y levanta una mano antes de girarse y señalar a Rhett, que sigue sentado en el vallado, aplaudiendo con fuerza.

Parece tan orgulloso del jinete más joven. La verdad es que es adorable.

—¿Estás bien, cariño? —me pregunta una mujer a mi lado.

Le devuelvo la sonrisa.

—Sí. Sólo... nerviosa.

—Me doy cuenta. —Ella asiente con la cabeza hacia mis manos, que en ese momento están enredadas en la tela de mi falda—. ¿Estás aquí con uno de los chicos?

—Oh. —Me río nerviosamente, no queriendo echar en cara Rhett a alguien que lleva una camiseta de la World Bull Riding Federation con una calavera de longhorn—. Estoy trabajando en el negocio. Es mi primera vez.

—Ahora la falda tiene sentido —dice amablemente, observando mi atuendo. No me importa mucho parecer fuera de lugar. Me sientan bien las faldas. Si me veo bien, me siento bien. Y después de años de no sentirme bien, llevar ropa bonita me hace sentir bien. Así que lo hago. Aunque parezca que voy demasiado arreglada.

De todos modos, me río educadamente, pero cuando emite un gruñido, sigo su línea de visión y mis ojos se posan justo en Rhett, que lleva un casco con una jaula sobre la cabeza mientras un toro blanco y negro entra trotando en la manga. La puerta se cierra detrás del animal, atrapándolo entre los paneles, lo que claramente no le gusta por la forma en que choca contra ellos. Rhett se levanta con una mueca de dolor.

Se me hace un nudo en la garganta, pero Rhett sólo se detiene un instante

antes de descender sobre el lomo de la bestia, como si la perspectiva no le aterrorizara.

Supongo que sólo soy yo.

Pasa las manos por la cuerda que tiene delante e, incluso a cierta distancia, juro que oigo el roce de su guante de cuero contra la cuerda. El firme agarre. La forma en que su mano se ondula sobre ella.

Es francamente hipnótico. Calmante.

—Ese chico cree que es un regalo de Dios para este deporte —dice la mujer que está a mi lado. Su afirmación me hace sentarme un poco más alta, juntar los omóplatos e inclinar la barbilla hacia arriba. ¿Soy la fan número uno de Rhett? No. Pero después de pasar una semana con él, después de ver lo mal que se lo está tomando todo -lo vulnerable que estaba en la mesa de la cocina esa mañana-, mi vena protectora está encendida y lista para arder.

Me muerdo la lengua y desvío la mirada. Si estos fueran mis últimos momentos con vida, preferiría pasarlos disfrutando de la emoción de ver montar a Rhett que hablando mal de algún súper fan sarcástico.

Observo embelesada cómo sujeta la mano contra el toro y la contraria contra la valla. Por un instante, sus ojos se cierran y su cuerpo se queda inquietantemente inmóvil.

Luego asiente.

Y vuelan.

La puerta se abre de golpe y su toro se vuelve loco. Pensé que el otro corcoveaba con fuerza, pero este es realmente aterrador. La forma en que su cuerpo se suspende en el aire mientras se retuerce. La forma en que la saliva vuela de su boca y sus ojos se ponen en blanco cuando cambia inesperadamente de dirección.

Me hace jadear y apretarme el pecho con una mano para alejar la bola de tensión que se forma allí.

Rhett es poesía en movimiento. No lucha contra el toro, es como si se convirtiera en una extensión de él. Una mano en alto, el cuerpo balanceándose con naturalidad, sin perder nunca el equilibrio.

Miro el reloj, y de alguna manera este viaje parece mucho más largo.

Parece que lo van a matar antes de que suene el timbre.

Los colores de los parches que adornan su chaleco se confunden mientras lo observo, y el sonido del público y del locutor se convierte en ruido blanco. Me inclino hacia delante, trago saliva con la garganta seca y mi mirada se desvía entre el cuerpo tonificado de Rhett y el reloj, absorta en la carrera.

Y cuando por fin suena el timbre, todo el ruido y el movimiento vuelven, todo hiperfocalizado mientras Rhett le tira de la mano.

No se suelta, está forcejeando, y de repente estoy de pie, observando con la respiración contenida.

Un vaquero a caballo galopa a su lado y se agarran el uno al otro. De un fuerte tirón, la mano de Rhett se suelta y el toro se adelanta mientras el vaquero vuelve a posar a Rhett en tierra firme.

La voz del locutor crepita a través de los altavoces.

—La friolera de 93 puntos para Rhett Eaton esta noche, amigos. Eso va a ser una puntuación difícil de superar y todo, pero garantiza que lo veremos de nuevo aquí mañana por la noche.

El público aplaude, pero no tanto como a Theo. De hecho, está al borde del silencio. Rhett está de pie en medio del ring, con los hombros caídos y la barbilla inclinada hacia el pecho. Tiene la mano apoyada en el torso. Se mira los dedos de las botas, casi sonríe, y juro que se me parte el corazón por él en ese momento.

Más de una década jugándose la vida para entretener a esta gente, ¿y esto es lo que consigue?

Por eso me meto dos dedos en la boca y saco la habilidad más inútil que he aprendido. Una que *domino*.

Silbo tan fuerte que se escucha por encima de todo. Silbo tan fuerte que Rhett levanta la cabeza en mi dirección. Y cuando me ve entre la multitud, sonriéndole, se le borra la expresión triste de la cara.

Sustituido por uno de sorpresa.

Nuestras miradas se cruzan y, por un momento, nos recorremos las facciones. Luego, casi como si ese momento nunca hubiera ocurrido, sacude la cabeza, se ríe por lo bajo y sale cojeando del ring, con los flecos de las polainas

balanceándose a su paso.

Recojo mis cosas para reunirme con él en la zona de descanso. Quiero chocarle los cinco. O levantarle el pulgar. O hacer alguna otra celebración igualmente profesional con él.

Pero no antes de inclinarme hacia la mujer que está a mi lado y que acaba de decirme que cree que es un regalo de Dios para este deporte y decirle—: Quizá lo sea.

11

Rhett

Kip: Deja de buscarte en Google. Ese es mi trabajo. Tú ponte los Wranglers y monta los toros.

Rhett: Este es el peor consejo paternal que me has dado.

Kip: Sólo haz lo que Summer dice, estarás bien. No te estreses. Nosotros nos encargamos.

Rhett: Deja de ser amable conmigo. Es jodidamente raro. Y tu hija es un grano en el culo.

Kip: No seas tan cobarde, Eaton.

Rhett: Mejor. Gracias.

—Rhett! —Algunas chicas se reúnen junto a la salida del ring, donde me deshago del casco y vuelvo a colocarme el sombrero vaquero marrón en la cabeza. Reconozco a unas cuantas. El resto... bueno, reconozco el tipo.

—Menudo viaje —dice una, mordiendo su labio de forma muy intencionada.

—Gracias —digo y sigo andando. No estoy de humor para detenerme por ellas.

Aunque suene una mierda, parte de lo que me gusta de este trabajo es la atención que recibo por ser bueno en algo. Me hace sentir que tengo algo que ofrecer, que la gente se interesa por mí. Y no sólo me montan la polla para decir que lo hicieron.

Porque por muy unido que esté a mi padre y a mis hermanos, ninguno de ellos se ha tomado nunca en serio mi trabajo. Es más como si estuvieran esperando a que lo superara. Que crezca. Y odio eso.

Aprieto los dientes mientras camino por la zona de preparación hacia uno de los vestuarios. El calor me quema las mejillas. Uno de los mejores paseos de mi vida, y el público me da un puto aplauso de golf. Juro que podía sentir su desprecio por mí.

Excepto Summer. Esa mujer me sorprende a cada paso. No sé qué pensar de ella.

Pensé que la tenía por una princesita engreída, pero cada día que pasa la evalúo más.

—¡Rhett!

Me sobresalto al escuchar la voz y hago una mueca de dolor cuando me duele el hombro.

Dije que no me detendría, pero lo haré por Summer.

Me detengo porque no hay forma de evitarla. Es implacable, y es jodidamente agradable.

Lo que me hace sentir como un imbécil total por ser gruñón con ella.

Al girarme, veo su figura menuda caminando hacia mí como una salpicadura de color en un mar de cemento, tierra y vallas marrones. Lleva un jersey amarillo oscuro, una falda vaporosa con una especie de estampado de flores y unas botas de tacón alto. Lleva la chaqueta de cuero y el bolso colgados del brazo, y sus tacones chasquean contra el cemento, llamando la atención de todos.

Se comporta como la realeza, sin darse cuenta de que la gente la mira de reojo.

Especialmente de los conejitos que merodean junto a las puertas.

—Eso fue... —Sus ojos oscuros se abren de par en par, brillando como estrellas, y esos labios de cereza se abren sin palabras—. Simplemente increíble. Creo que todavía tengo el corazón acelerado.

Su entusiasmo por mi viaje es real, nada forzado. La piel bajo las pecas que salpican su nariz y sus mejillas es de un rosa suave, y parece que le falta el aliento.

Su aliento no debería sentirse tan bien. No debería gustarme que esté emocionada.

Así que le digo—: Bienvenida al lado salvaje, princesa.

Me doy la vuelta para alejarme, deseando quitarme el chaleco. El mero peso contra mi hombro me agita. Le hago un gesto con la mano para que me acompañe, pero respiro entrecortadamente. Me duele el cuello.

Escucho el chasquido de sus tacones detrás de mí, y entonces su mano se desliza sobre mi codo, sus delicados dedos se extienden sobre la articulación mientras se inclina y susurra—: ¿Lo has empeorado?

Respondo con un gruñido porque no quiero que nadie sepa que estoy herido. Eso solo les daría algo más de lo que hablar, y ahora mismo no me siento muy confiado.

—Volvamos al hotel. —Quiero salir de aquí antes de que un médico se entere de esto o antes de que alguien me convenza para salir de fiesta esta noche.

Sus dedos me rozan suavemente, haciendo que la tela de mi camisa roce mi piel. El calor florece en la articulación de una forma desconocida antes de que ella se separe con un gesto rígido de la cabeza.

Nuestro trayecto en el auto de alquiler desde el estadio es silencioso, algo que no me importa del todo. Y cuando llegamos al hotel, el silencio continúa en el vestíbulo.

En el ascensor, nos apoyamos en paredes opuestas. Por el altavoz se filtra una versión instrumental de mierda de lo que estoy seguro que es la canción de *Titanic*. Tengo los brazos cruzados y los suyos están apretados detrás de ella.

Y nos quedamos mirándonos. En realidad, yo miro fijamente. Pero esta chica no se echa atrás. Mis ojos sobre ella no la ponen nerviosa, y me devuelve la mirada. Sin decir una maldita cosa. Como si pudiera leer los pensamientos que pasan por mi cabeza.

—Mirar fijamente es grosero, Summer.

No sonríe.

—Correr hacia el suelo cuando ya estás herido es estúpido. Tienes que

cuidarte.

—Si no montas, no te pagan —le digo. Suena duro -más duro de lo que pretendía-, pero no es una conversación nueva para mí. Todos en mi familia intentan que me retire. No lo han conseguido, y Summer tampoco lo conseguirá.

—¿Qué estás haciendo para controlar tus lesiones? ¿Algo?

Cruzo los brazos con más fuerza sobre el cuerpo y aprieto las muelas.

—¿Ahora también vas a hacer de niñera? ¿Te vas a poner en plan Mary Poppins conmigo?"

Suspira profundamente, con los hombros caídos.

—¿Recuerdas la parte en la que soñaba despierta con sujetar a uno de esos niños y amordazarlo con una cuchara llena de azúcar?

Ahora vuelvo a mirar.

—Sí, yo tampoco —murmura.

Cuando se abren las puertas, salgo furioso, dejándola atrás. Y me siento como una mierda por no haber dejado que la dama fuera primero durante todo el camino hasta la puerta de mi habitación y la ducha de agua hirviendo. La culpa *casi* pesa más que el dolor de quitarme toda la ropa con el hombro destrozado.

Pero no del todo.

Acabo de salir de la ducha, me he envuelto la cintura con una toalla y me estoy sirviendo una botella en miniatura de bourbon barato en un vaso de plástico cuando escucho que llaman a la puerta.

—¡No! —Ladro hacia la puerta. Estas malditas conejitas seguidoras de hebillas son implacables. No sería la primera vez que una me sigue de vuelta a mi hotel. Pero no quiero eso ahora. Y aunque lo quisiera, estoy demasiado dolorido para salir esta noche. No voy a abrir esa maldita puerta para nadie.

—¡Sí! —ladra Summer, golpeando de nuevo—. Abre.

Excepto tal vez Summer.

Suspiro y bebo un trago enorme, el licor me quema la garganta mientras avanzo a grandes zancadas y abro la puerta de par en par.

Summer me lanza una mirada sucia e irrumpe junto a mí, sin que la invite, hacia el mostrador que hay junto a la ventana que da al estacionamiento. Coloca una bolsa de plástico encima y empieza a sacar cajitas y tubos de crema.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunto, tomando otro sorbo.

—Cuidar de ti —murmura, abriendo un frasco de pastillas con movimientos espasmódicos.

—¿Por qué?

—Porque eres demasiado tonto para cuidar de ti mismo. Fui y compré algunas cosas en la farmacia al otro lado del estacionamiento para que podamos tratar de curarte.

—No necesito tu ayuda.

Hace un adorable gruñidito que suena como el de un gatito enfadado mientras apoya las palmas de las manos en el escritorio y baja la cabeza, mirando fijamente la brillante extensión que tiene entre las manos.

—¿Nunca te han dicho la total y gran polla que puedes llegar a ser?

Me río entre dientes y disfruto viendo cómo aflora su frustración. Me gusta nuestro combate verbal. Summer puede seguir el ritmo. Es ingeniosa, y eso me gusta de ella.

—No. Tú eres la primera. Normalmente, es más sobre la enorme polla que *tengo*.

Suelta una carcajada, pero no me mira.

—A nadie le va a importar tu polla cuando estés demasiado roto para tirártela, Eaton. Ahora ponte algo de ropa.

Jesús. Las cosas que salen de esos labios de cereza.

Vuelvo a llevarme la taza a la boca y observo a Summer. Su cabello brillante recogido detrás de las orejas, su espalda subiendo y bajando bajo el peso de las respiraciones profundas.

Debo molestarla mucho. Y eso me excita. También me excita cómo suena la palabra *polla* en sus labios.

Cuando vuelve a centrar su atención en mí, nuestras miradas se cruzan y,

por un breve instante, las suyas recorren mi pecho desnudo hasta posarse en la toalla blanca y barata que me rodea la cintura.

—¿He sido poco clara?

Lo único que hago es resoplar, recoger un par de pantalones que he dejado sobre la cama y entrar en el baño para cambiarme. Cuando vuelvo a la parte principal de la habitación, me ha preparado una farmacia entera.

—Camisa también, por favor —trina, ordenando todos los envoltorios.

Hago caso omiso de su petición. La verdad es que no creo que actualmente pueda levantar los brazos lo suficiente como para ponerme una camisa.

—¿Por qué haces esto?

—Porque es mi trabajo.

Me callo porque en el fondo esa no es la respuesta que esperaba.

—¿Qué te duele?

Mis ojos se posan en sus labios, fruncidos con desagrado.

Necesito *más bourbon*.

—Mi hombro.

Asiente con la cabeza y sostiene un frasco.

—Puedes tomar uno de estos cada doce horas. Y una de éstas —señala el escritorio— cada cuatro. Para empezar, sin embargo, vamos a duplicarlo. —Se vierte una de cada en la palma de la mano y se coloca frente a mí, inclinando la cabeza para mirarme a los ojos mientras extiende la mano—. Tómalos.

—¿Por qué?

—Porque mañana te vas a subir a un toro como sea. No tiene sentido sufrir. —Me sacude la mano. Es muy insistente.

Le quito las pastillas de la palma de la mano y me las meto en la boca, sin dejar de mirarla, incluso mientras las persigo con mi último sorbo de bourbon.

—¿Feliz?

—Más feliz. —Se da la vuelta suspirando y recoge dos tubos de crema de la mesa—. Esto es crema de árnica. Es homeopática, pero te juro que funciona y no huele fatal. También te he traído IcyHot, que te quemará y te despejará las

fosas nasales. No te frotes los ojos después de usarlo. Y cuando volvamos a casa, verás a alguien que te ayude con esto.

—Tenemos un médico de gira. Estoy bien, gracias. Haré fisioterapia cuando acabe la temporada.

—Entonces ve a ver al médico.

—No.

Sus mejillas se sonrojan.

—¿Por qué?

Resoplo porque definitivamente no lo entiende.

—Me dirá que no monte. Todo el mundo me dice que no monte.

Sus ojos se abren de par en par.

—Entonces no montes.

—Tengo que montar.

—¿Por qué? —Su voz está llena de incredulidad, como la de todos los demás. Nadie lo entiende. El subidón, la adicción, la emoción. Que tendré que enfrentarme a descubrir quién soy sin ello.

Con unos pasos, tomo asiento en el borde de la cama y confieso—: Porque soy más yo mismo a lomos de un toro que en cualquier otro momento. Sólo he sido jinete de toros.

La frustración se apodera de ella ante esa confesión, y me mira con muchas preguntas en los ojos. Miro el vaso de plástico, pequeño y endeble entre mis manos, y después de lo que parece un largo rato, por fin vuelve a hablar.

—De acuerdo. Cuando volvamos a Chestnut Springs, ¿aceptarás al menos que te reserve una cita para un masaje o acupuntura? ¿Podemos controlar el dolor de forma responsable durante los próximos dos meses hasta que ganes?

Levanto la cabeza y las puntas de mi pelo rozan la parte superior de mis hombros.

—¿Crees que voy a ganar?

Al mismo tiempo, me siento como el niño pequeño que tanto quiere llamar la atención, que deseaba que su madre estuviera allí para verle hacer

algo impresionante. El alborotador de mierda al que no le importaba que le regañaran porque eso no dejaba de ser atención. Significaba que alguien se preocupaba por mí, y como uno de los cuatro hijos de un padre soltero que se partía la espalda para llevar un rancho, a veces me perdía en la confusión.

Ella sopla una frambuesa mientras se mueve hacia la puerta.

—Eres pura magia ahí arriba. Claro que lo harás. Ahora ponte la crema y vete a la cama.

Se me calienta el pecho cuando toma el pomo y, de repente, no quiero que se vaya.

Quiero escuchar todo sobre cómo me veo para ella. Es jodidamente patético.

Me aclaro la garganta y suelto lo que he estado intentando averiguar desde que mencionó la crema.

—No creo que pueda levantar el brazo para ponerme la crema en el hombro.

Se queda paralizada, con la falda agitándose contra sus rodillas. Con un fuerte suspiro, se vuelve hacia mí con una expresión que no logro adivinar en su rostro. Una mezcla de fastidio y tristeza. Y entonces se quita las botas de una patada y camina por la habitación con los pies en calcetines, toma las dos cremas del escritorio y se sube a la cama hasta que está arrodillada detrás de mí.

—¿Qué hombro? —Su voz es tensa mientras su aliento baila por mi espalda desnuda.

—El derecho.

—¿Dónde?

—En todas partes.

—Jesús, Rhett —respira.

—Quedarse colgado esta noche no ha ayudado. —Nada peor tampoco porque puedes ver el desastre venir a cámara lenta. Esta sensación de pánico se instala en tus entrañas de que tu mano está realmente jodidamente atascada allí.

—De acuerdo, antes de esta noche, ¿dónde te dolía?

—Debajo del omóplato.

Las puntas de sus dedos aterrizan suavemente justo donde la placa de mi omóplato descansa sobre mis costillas, y me estremezco.

—¿Aquí?

—Jesús, ¿por qué tienes las manos tan frías?

—Porque fuera hace un frío terrible y he venido andando a traerte todo esto, imbécil. —Sus dedos pinchan a lo largo de la línea de la hoja, y hago una mueca de dolor.

—Cuidado. Tu padre me dijo que no te tocara.

—Sí, bueno, él no me dijo que mantuviera mis manos lejos *de* ti.

Un ruido sordo y estrangulado se aloja en mi garganta mientras sus manos revolotean sobre mi piel. De algún modo, esa única frase que sale de sus labios hace que toda mi sangre corra en una única dirección. Y, de repente, todo resulta incómodo. Por otro lado, demasiado tranquilo. Demasiado personal.

—Gracias —murmuro, es mucho más fácil decirlo sin mirarla a los ojos.

Apoya su mano en mi espalda durante unos instantes y responde en voz baja—: De nada.

La escucho estrujarse la crema en la palma de la mano, el sonido de sus manos frotándose mientras calienta la pomada entre ellas. Y luego me la unta en el hombro, deslizándome las manos por la piel con tanta ternura que ni siquiera me duele. Me masajea suavemente y dejo que se me cierren los ojos, con los hombros caídos cuando ni siquiera me había dado cuenta de que los tenía tensos.

Sus dedos presionan y se deslizan por cada línea muscular, bajan hasta la mitad de mi espalda, hacia mi columna vertebral y sobre la parte superior de mi hombro.

—Estos músculos están duros como piedras —murmura con un hilo de fastidio en la voz.

Sí, y también otra cosa.

Cuando las yemas de sus dedos empujan la línea que va desde la parte

superior de mi hombro hasta mi cuello, gimo.

—¿También te duele el cuello?

—Te dije que todo está dolorido.

Suspira y toma el otro tubo. Puedo oler el aroma a menta medicinal en cuanto lo exprime.

—Te duele el cuello porque todos los músculos de debajo están jodidos.

—¿Ese es el diagnóstico médico? ¿Músculos jodidos? —pregunto mientras me aparta el cabello.

Su risa de respuesta es silenciosa, pero entonces sus manos están en mi cuello, clavando los dedos en la base de mi cráneo y tirando hacia abajo, con los pulgares trabajando duro. Esta vez gimo de placer, no de dolor. Me inclino hacia sus caricias como un perro al que le rascan detrás de la oreja.

Odio ver al médico de la gira en los mejores días, pero después de El Tratamiento Summer, definitivamente temeré sus manos gruesas y ásperas cuando podría tener las suaves y cuidadosas de ella en su lugar.

Mi polla palpita entre mis piernas, y agradezco momentáneamente mi holgado pantalón de chándal.

Al menos ella nunca lo sabrá.

Me extiende el bálsamo muscular por los hombros, cubriendo las zonas que ya ha aliviado. Y por un momento, me permito imaginar que esto le gusta de verdad. Que me adora. Que me cuida. Que me pone las manos encima. Que no es sólo un trabajo. Que no está tratando de probarse a sí misma en lo que supongo es una industria brutalmente despiadada.

Cuando se aparta, me muerdo la lengua para no pedirle que siga.

Traga saliva antes de bajarse de la cama y enderezarse a mi lado.

—Sólo asegúrate de cubrir esa crema con una camisa, para que esté bien caliente.

—De acuerdo. Sí. —Mis ojos se desvían hacia mi equipaje, preguntándome si seré capaz de levantar los brazos con la comodidad suficiente para ponerme una camisa.

Summer debe captar mi expresión porque suspira profundamente y se

acerca a mi bolso abierto mientras niega con la cabeza.

—¿Está bien esta camiseta? —Se gira y me enseña una camiseta gris muy gastada.

—Sí. —Me froto la barba, sintiéndome un poco avergonzado por su participación aquí, pero también aliviado. Porque estoy cansado. Cansado de sufrir. Cansado de saber que mi cuerpo no está a la altura pero fingir que está bien. Es agradable no tener que fingir delante de alguien.

Vuelve hacia mí, recoge la camisa y me tiende primero el agujero del brazo derecho mientras se coloca entre mis rodillas. En silencio, paso el brazo, levantándolo lo menos posible, e inhalo su aroma. Incluso huele a cerezas. Una vez que he pasado los dos brazos, se acerca aún más, rozándome con las piernas la cara interna del muslo mientras levanta el agujero del cuello por encima de mi cabeza y tira de él hacia abajo.

Lo único que escucho es el roce de la tela sobre mis orejas y el sonido de nosotros respirando el mismo aire.

La camiseta cae sobre mi cuerpo y ella me dedica una sonrisa forzada de labios cerrados. Me roza el hombro, como si hubiera algo allí, y luego se da la vuelta rápidamente. Casi como si no pudiera alejarse de mí lo bastante rápido.

¿Y quién podría culparla? Seguro que vestir a un hombre adulto no era lo que se imaginaba cuando estudió Derecho.

—Gracias, Summer. —Mi voz sale áspera en mi garganta seca.

—Por supuesto. Sólo hago mi trabajo —responde, subiéndose las botas por encima de las tonificadas pantorrillas—. Has estado increíble esta noche. Deberías estar muy orgulloso.

Lo dice mientras se va, sin mirarme a los ojos. Lo cual está bien, porque vería cuánto me molesta que sólo haga su trabajo.

Porque me molesta, y no sé por qué.

Lo peor es que no me molesta lo suficiente como para evitar que cojee hasta el baño y me folle la mano mientras pienso en sus labios de cereza en cuanto cierra la puerta.

12

Rhett

Beau: ¿Cómo está Summer?

Rhett: ¿En serio?

Beau: Sí. ¿Estás siendo amable con ella?

Rhett: ¿Por qué todo el mundo está tan preocupado por Summer?

Beau: Porque eres un idiota y ella es muy agradable.

Rhett: Oh, sí. Seguro que lo que buscas es su personalidad.

Beau: No hace daño que ella parece muy inteligente también.

Rhett: ¿Has terminado aquí?

Beau: También me gusta mucho mirarla, así que está eso. Ella es como el paquete completo, ¿sabes?

Rhett: ¿Puedes irte a la mierda ahora?

Beau: Lamentablemente, no. Estás atrapado conmigo para siempre. ¡No te mueras esta noche!

Rhett: ¿Y si eso fuera lo último que me dijeras?

Beau: Entonces pensaría para mí mismo: si sólo Rhett había escuchado mi buen consejo.

Estoy sentado en el borde de la cama, restregándome la cara llena de barba con las manos, cuando escucho un suave golpe en la puerta.

Mientras marcho hacia la puerta, me doy cuenta de que, aunque sigo cansado, no estoy tan dolorido como antes. Aunque el dolor me despertó en un momento de la noche y me levanté para tomar más pastillas, que Summer me había puesto en fila.

Verlos así ordenados me produjo un pellizco en el pecho completamente nuevo.

De la misma manera que cuando abro la puerta y veo su figura menuda en el pasillo, envuelta en una chaqueta de plumón y con un vaso de papel con lo que supongo que es café en la mano.

—Buenos días —me dice sin rodeos, tendiéndome una taza.

Parece un poco cansada ahora que la miro más de cerca.

—¿Estás bien? —Pregunto, abriendo la puerta de par en par para que entre.

Summer suspira cuando cruza la línea y me roza hacia el escritorio donde están dispuestos sus tratamientos medicinales.

—Estoy bien —dice, contando las pastillas que ha dejado allí—. ¿Cómo te encuentras esta mañana? ¿Te has levantado para tomar una pastilla? ¿O te acabas de tomar una esta mañana? Necesitas tomar la de las doce horas.

—Sí, jefa. —Me pavoneo, riéndome internamente de que me moleste así. Me excita al cien por cien.

Después de tomar las pastillas y el vaso de agua rancia -el que aún sabe un poco a bourbon-, le devuelvo la medicina mientras observo las manchas oscuras bajo sus ojos y la forma en que sus pestañas se cierran mientras da un trago a su café como si lo necesitara para sobrevivir.

—Pareces cansada.

Ladea la cabeza y me lanza su mirada menos impresionada. Con los ojos muy abiertos y los labios fruncidos.

—Gracias. Qué encantador. Ahora quítate la camiseta y ponte en la cama.

Parpadeo lentamente mientras comprendo el verdadero significado de lo que está diciendo.

—Eso es muy atrevido, Summer.

—No pongas a prueba mi paciencia esta mañana, Eaton. Necesito al menos tres tazas de café antes de poder lidiar con esta adorable versión de ti.

—Está bien. Me gusta cuando una mujer sabe lo que quiere y lo pide. —Me río entre dientes mientras me dirijo hacia la cama, bajando hasta el borde en el

mismo sitio en el que me senté anoche.

—Alguien está de buen humor esta mañana —refunfuña mientras cambia su café por los dos tubos de crema y los tira sobre la cama a mi lado.

Ni siquiera me lo pide; simplemente se coloca entre mis piernas y toma el dobladillo inferior de mi camisa antes de subírmela. Sin fanfarrias, sin *alardes* como han hecho otras mujeres en el pasado. Directamente al grano.

Pero tampoco me pierdo la forma en que sus ojos se clavan en mi cuerpo cuando me levanta la camisa y me la pone por encima de la cabeza. En general, parece indiferente hacia mí, pero de vez en cuando juro que algo parpadea entre nosotros.

—¿Cómo no voy a estarlo? Acabas de llamarme adorable.

Se sube detrás de mí.

—Guárdalo para los conejitos de hebilla, Rhett.

Cuando sus manos tocan mi piel, están heladas. Salto.

—¡Jesús, Summer! Estás helada. ¿Ya has salido?

—No —dice antes de ponerse a trabajar sin palabras en mi hombro.

—¿Cómo sabes lo de los conejitos de hebilla? —pregunto, intentando hablar de algo que evite que mi polla se fije en las manos de Summer deslizándose por mi piel.

—No aparecí en tu rancho sin investigar un poco en Google.

—Huh. —Entorno los labios, preguntándome qué habrá visto allí sobre mí, sobre el deporte.

Me masajea como anoche, pero no es lo mismo a la luz de la mañana. De algún modo es menos íntimo, aunque no menos amable. Intento no interpretar cómo se ha levantado, ha ido por café y ha cruzado el pasillo para atenderme. Sobre todo porque no *necesita* hacerlo.

—¿Por qué estás tan fría?

Suspira, pasando un pulgar por un nudo profundo.

—La calefacción de mi habitación no funciona.

—¿Qué?

—Esa cosa del calentador radiante. —Señala la rejilla metálica bajo la ventana de mi habitación—. No funciona.

—¿Así que dormiste en una habitación helada?

—Sí. Estaba bien con mi abrigo y mantas. He sobrevivido a cosas peores.

De repente me siento rígido, menos concentrado en sus manos que en el hecho de que, después de dormir toda la noche en una habitación helada, ella esté aquí cuidando de mí.

—Tienen que cambiarte de habitación. ¿Llamaste y preguntaste?

—Lo hice. El hotel está lleno, gracias al evento del WBRF.

Me giro hacia ella y recorro con la mirada las suaves pecas de su nariz abotonada.

—Entonces tienen que arreglarlo. O nos mudaremos de hotel.

Suspira de nuevo, sonando de repente tan cansada como parece.

—He mirado. Pine River no es grande. Hay pocos hoteles, y todos están agotados. Hoy enviarán a mantenimiento a echar un vistazo.

—Jodidamente cierto, lo harán —De repente me indigna que haya pasado toda una noche congelada. Que la haya hecho sentir que no podía llamar a mi puerta y pedir ayuda—. Voy a hablar con ellos.

—De acuerdo, machote. —Se ríe sin aliento—. Cállate y deja que te frote la espalda. Se me calientan las manos.

Y se lo permito, porque cuando lo dice así, suena como si estuviera disfrutando tocándome.

He pasado el día concediendo algunas entrevistas y mostrándome convenientemente humilde cuando la gente me pregunta por mis comentarios y acciones en relación con la tormenta de mierda de la leche.

Summer me hizo practicar la expresión facial adecuada mientras me daba pastillitas como si fuera una especie de dispensador de analgésicos.

Le dije que no lo sentía mucho, y ella me dijo que a veces hacemos o

decimos cosas que no queremos decir para que los demás se sientan cómodos. Es un sentimiento al que le he estado dando vueltas en la cabeza todo el día.

No estoy seguro de que tenga razón.

Caminábamos por la feria comercial anexa al rodeo y, cuando se acercaban los aficionados, ella se apartaba. Siempre allí... pero no realmente. A medida que avanzaba el día, me sentía cada vez más una gran polla. Pero no de las buenas.

Hacia el final de nuestro paseo por las hileras de vendedores, encontró a un marroquinero que fabrica chaparreras a medida y se probó un par ya hechas. Eran de cuero color carbón con reflejos marfil y detalles plateados ornamentados. Su culo parecía una manzana que cambiaría por un miembro para morder.

Comprobó la etiqueta del precio y vi que se lo pensaba. Conozco a Summer desde hace poco tiempo, pero ya sé que le gustan las cosas bonitas. Botas bonitas, faldas bonitas... cosas de calidad. Pero dudó con estos.

—¿Estás montando a caballo, vaquera? —Me burlé.

—Ya sé cómo. —Sonrió, con una mirada lejana—. Aunque hace tiempo. Me gustaba mucho, pero lo dejé cuando me puse enferma. —Y con eso, le devolvió las polainas al hombre y continuó entre la multitud, dejándome que la alcanzara después de pasarme un rato mirando su culo perfectamente redondo. Otra vez. Y deseando que se hubiera quedado para poder preguntarle más sobre su pasado.

Ahora estoy de vuelta en el vestuario con los otros chicos, intentando centrarme en el juego. Pero sigo pensando en Summer.

Sus dedos apartándome el cabello.

Su aliento en mi cuello.

Sus labios cuando los frunce en señal de desaprobación. Su culo en esos malditos vaqueros y chaparreras.

—¿Quién es la nueva pieza caliente, Eaton? —pregunta Emmett desde un banco al otro lado de la habitación. No odio a Emmett, pero tampoco me gusta. Y eso no tiene nada que ver con que me esté pisando los talones en la

clasificación esta temporada.

Pretende ser tan sano, todo cabello rubio bien recortado y grandes ojos azules por los que las chicas parecen perder la cabeza. Pero es un canalla. Algo que ellas descubren rápidamente cuando las trata como a una mierda a la mañana siguiente de conseguir lo que quiere.

Generalmente me quedo con un rollo de una noche. Así es menos complicado. Y no estoy por encima de golpear a una extraña conejita de hebilla. Simplemente no soy un idiota irrespetuoso al respecto. La diferencia entre Emmett y yo es que a mí *me gustan* las mujeres... con él, no estoy tan seguro. No me gustaría que mi hermana se quedara atrapada en un ascensor con él. Eso seguro.

También sé que se está deleitando con mi escándalo actual. Lo ve como una oportunidad y no como una mierda que le ha pasado a un amigo o a un compañero de equipo.

Sí, confío en este cabrón hasta donde puedo lanzarlo. Lo cual, considerando el estado actual de mi hombro, no es nada.

—No es una pieza nueva —respondo, con un tono más agudo de lo que pretendo mientras me encinto las manos sin molestarme en mirarlo.

Se ríe, como si supiera que ha tocado una fibra sensible que yo ni siquiera sabía que estaba ahí.

—Entonces, ¿juego limpio?

—Ella es mi agente. Así que, no. No es juego limpio.

Emmett apoya un pie calzado sobre su rodilla, sabiendo que ahora también tiene la atención de los otros chicos de la sala.

—¿Pensé que Kip Hamilton era tu agente?

—Sí. Y es su hija.

—¡Hooo chico! —Se da una palmada en la rodilla y se ríe, su acento campechano realmente brilla en este momento—. Así que no es juego limpio para ti. Pero juego limpio para mí.

Tarareo en respuesta. Estoy bastante seguro de que Summer podría encargarse de este cabrón sin mi ayuda, pero no me gusta ni pensarlo. En absoluto.

—Ignóralo. —Theo me da un codazo y murmura—: Sabes que intenta despistarte.

—Eres inteligente para ser un bebé, Theo.

Sonríe y me da un codazo más fuerte. Su padre, un famoso jinete de toros brasileño, fue mi mentor hasta que un toro se lo llevó. Así que he tomado a Theo bajo mi protección y me he propuesto que triunfe. Darle todo el apoyo que su padre me dio a mí en su día.

—¿Listo, viejo? —Se quita los auriculares y viene a ponerse delante de mí. Me hace levantar y nos ponemos en marcha, caminando por la zona de montaje hacia el estruendo del público y las luces parpadeantes del ring.

Sorteé otro buen toro para esta noche. Un verdadero saltador. Un vicioso girador. Me lanzará como un dardo o me dará el paseo de mi vida. Más tarde Gator es ese tipo de toro. Lo he montado antes, y lo odió. Pero me encantó mi puntuación. Así que, espero que odie la sensación de mis espuelas contra sus costillas de nuevo esta noche, porque después de ese intercambio, estoy seguro de que no quiero que Emmett Bush me salte en la clasificación.

La gente me saluda, pero todo queda en mi periferia. Siempre me pasa antes de subir al ring. El mundo se desvanece y no oigo nada más. No veo nada más. Mi atención es única, y me encanta esta sensación.

Otros jinetes toman su turno. Los vítores y el colorido de la multitud se convierten en un telón de fondo para mí y lo que estoy a punto de hacer.

¿Sé que un toro puede matarme? Sí. Pero no pienso en eso. La mitad de la batalla en este deporte es la fortaleza mental. Si pienso así, quién sabe lo que pasará. Siempre me he dicho que en cuanto mire a un toro y sienta miedo en lugar de expectación, sabré que mi carrera ha terminado.

Así que en vez de eso, subo la fanfarronería. La confianza. La sonrisa del diablo. Es una máscara pensada tanto para los aficionados y los competidores como para mí.

Cuando me llaman, me meto el protector bucal y cambio mi sombrero marrón favorito por mi casco negro favorito para subirme a la valla mientras el caimán posterior se abre paso por el tobogán.

Tengo el hombro dolorido, jodidamente dolorido, pero no como antes de que Summer le pusiera las manos encima. Esta noche ni siquiera ha intentado

impedir que me subiera a un toro, algo que agradezco más de lo que ella cree.

Mi barbilla se vuelve momentáneamente hacia las gradas donde se sentó anoche. Exactamente en el mismo sitio. Un músculo de mi pecho se retuerce cuando mis ojos se detienen en ella, inclinada hacia delante en su asiento, con los codos apoyados en las rodillas y una mano en cada mejilla. Parece *nerviosa*. Y no porque piense que me voy a hacer daño. Parece como cuando tu equipo de hockey favorito se juega la victoria en los penaltis.

Parece *invertida*.

Y me hace sonreír al toro de dos mil kilos que vibra debajo de mí.

En unos instantes, me tiro al suelo y froto la cuerda del toro, la colofonia se calienta y se ablanda a medida que lo hago para que pueda envolverla como a mí me gusta.

Va a ser un buen viaje. A veces tengo esa corazonada y me dejo llevar por ella, dejando que me cale hasta los huesos.

Theo me dice algo, pero no estoy seguro de qué. Me golpea en el hombro y me hundo hacia abajo, encontrando mi centro de equilibrio. Ni siquiera noto el dolor.

Entonces asiento con la cabeza. Y la puerta se abre volando.

El toro enfurecido deja caer instantáneamente su hombro derecho en barrena. La suciedad me salpica el chaleco y encuentro el equilibrio, apartándome del agujero que crea en ese giro. Definitivamente, no quiero caerme ahí dentro.

Ocho segundos parecen eternos cuando lo único que quieres es mantener el brazo en la forma de L perfecta. Debido a mi tamaño, mi forma tiene que ser de libro para que todos los ángulos trabajen a mi favor. Y lo es, más o menos por eso se me conoce. Soy una anomalía.

Mantengo la barbilla pegada al pecho, porque sé que este cabrón va a virar a la izquierda en algún momento.

Y sé que va a doler.

Unas cuantas respiraciones más tarde, se hace realidad. Salta en el aire, girando como el atleta que es antes de dejarse caer y girar. Mi hombro grita, y me concentro en mantener los dedos apretados en la cuerda y el codo apretado

contra las costillas. Es todo lo que puedo hacer por ahora.

Mi cuerpo se revuelve, pero lo fuerzo a ponerse en posición, maldiciendo en voz baja mientras el toro continúa su gira de destrucción.

Suena el timbre y siento alivio.

Antes sentía que podía estar siempre a lomos de un toro corcoveando así, pero últimamente, en cuanto suena el timbre, me quiero bajar. Hay una pequeña parte de mí que sabe que las estadísticas están menos a mi favor cada vez que me subo a un toro. Algo tiene que pasar después de tanto tiempo.

Nadie puede tener tanta suerte.

Esta noche, mi mano se suelta y salto, cayendo de pie. Los payasos del rodeo toman el relevo, y más tarde Gator los persigue hacia la puerta de salida mientras yo corro hacia la valla lateral.

Estar de pie y celebrarlo en medio del ruedo siempre parece muy cinematográfico... hasta que ves a un par de tipos desprevenidos ser arrollados por un toro que vuelve por segundos a sus espaldas.

A salvo en el banquillo, lo primero que veo es a Summer. Por segunda noche consecutiva, está de pie, silbando como una vieja aficionada al deporte. Me hace reír. Cuando me ve reír, me hace un tímido gesto con el pulgar hacia arriba, seguido de una tímida sonrisa.

Y joder, qué bien se siente.

Porque eso no forma parte de la descripción de su trabajo.

13

Summer

Papá: ¿Cómo han ido las entrevistas?

Summer: Bien.

Papá: ¿Eso es todo lo que tengo? ¿Se ha portado bien?

Summer: Dio excelentes entrevistas. La imagen de la profesionalidad. A diferencia de la forma en que hablas de él, Kip. No es un perro, sabes.

Papá: ¿Estás regañando a tu jefe?

Summer: No. Estoy regañando a mi padre. A menos que aún no hayas averiguado el nombre de tu nueva empleada. Entonces podría regañar a mi jefe.

Papá: Pobre, pobre Gerónimo.

Este no es un nivel normal de excitación para una persona que se supone que está haciendo un trabajo. Ver a Rhett montar un toro es una emoción que nunca he experimentado. Es como la última muestra de masculinidad. Lo suficientemente loco como para subirse a un animal que quiere matarte. Lo suficientemente fuerte para seguir. Y lo suficientemente logrado como para quedar bien haciéndolo.

Seguro que el palpitar entre mis piernas significa que ahora soy un conejito de hebilla.

Me río para mis adentros mientras recorro las gradas en dirección a la zona de espera, mostrando mi pase de seguridad al personal de seguridad.

La emoción por su paseo se mezcla en mis entrañas con la preocupación de que esté empeorando su lesión al seguir montando cuando lo que necesita es atención médica. Pero *ese* no es mi trabajo.

Mi trabajo es ayudar a Rhett a mantener su imagen. Cuidar de él.

O al menos eso es lo que me digo a mí misma, aunque estoy bastante segura de que Kip no ha hecho un viaje por carretera con ninguno de los atletas a los que representa ni ha pasado una tarde frotando sus musculosos hombros.

—Hola, muñeca. —Un vaquero con aspecto de Ken está apoyado contra la pared cuando doblo la esquina.

Me toma del brazo de una forma que no aprecio, pero me escabullo -evitando que me toque- y me lo quito de encima con una sonrisa forzada y—: Me llamo Summer.

El tipo me devuelve la sonrisa, pero no le llega a los ojos. Que es justo cuando un guante de cuero envuelve mi codo seguido de un profundo y ronco—: Oye.

Rhett no tiene que tirar de mí con fuerza. Mi cuerpo se mueve hacia él como la mantequilla se derrite en una tostada caliente.

Le doy la espalda al otro tipo y miro la cara rugosa y ruda de Rhett. *Joder*. Realmente está bueno. He intentado con todas mis fuerzas no admitirlo. Pero de vez en cuando, una mirada suya me golpea las tripas.

Lleva el cabello suelto alrededor de los hombros y sigue llevando el chaleco cubierto de logotipos de patrocinadores sobre una camisa abotonada. Esta vez es gris cálido y está desabrochada lo suficiente para que pueda ver el vello que salpica lo que ya sé que es un pecho perfectamente tonificado.

Trago saliva, intentando mover mi garganta repentinamente seca.

—Ni siquiera sé cuál fue tu puntuación —suelto estúpidamente—. Pero estuviste increíble.

Sus ojos de whisky pasan de pellizcar en dirección al otro tipo a ser cálidos y brillantes.

Hacia mí.

—¿Sí?

—Sí. —Doy un paso atrás, necesitando poner un poco de espacio entre nosotros y el tentador calor de su cuerpo—. Tú... —Mis manos se agitan torpemente mientras busco qué es lo apropiado para decirle—. Montaste el puto toro.

Rhett echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada profunda y sincera. Se le mueve la nuez de Adán y me aprieta el codo con los dedos.

—Deberías hacer que pusieran eso en un anuncio sobre él. —Theo Silva aparece a nuestro lado, sonriendo. Guapo, pero con cara de niño al lado de Rhett.

Levanta las manos y las desliza rectas, como si imaginara un titular de periódico.

—Viejo como las pelotas, pero aún puede cabalgar como un puto toro.

—Pequeña mierda. —La mano izquierda de Rhett sale disparada y golpea juguetonamente el chaleco de Theo.

Se ríen.

Hasta que el rubio añade—: Y todos los conejitos de la gira —mientras se aleja.

Y ahí es cuando salgo del agarre de Rhett. Porque ese tipo puede ser un idiota, pero no está equivocado. Rhett tiene una reputación, y yo tengo la mala costumbre de dejar que hombres de los que debería alejarme me rompan el corazón.

Nuestro viaje de vuelta al hotel es tranquilo. Casi tenso.

De vuelta al estadio, todo parecía natural. Yo me reía, él se reía, sus manos estaban sobre mí y su amigo se burlaba de él. Parecía él mismo.

Y entonces ese comentario sarcástico hizo que todo se estrellara contra la realidad.

Porque yo estoy aquí trabajando, y él es el objetivo. Es algo que tengo que recordarme a mí misma.

Esta vez, en el ascensor, no nos miramos fijamente. Al menos, yo no lo miro a él.

En cambio, me fijo en mis botas mientras muevo los dedos de los pies dentro de ellas.

Siento que me mira fijamente, pero no lo miro. Porque cuando le levanté el pulgar y él me devolvió la sonrisa, me dio un vuelco el estómago y luego toqué fondo. Igual que cuando Rob me guiñaba un ojo, y no puedo volver a hacerlo.

—¿Arreglaron el calentador de tu habitación?

Creo que lo único que consiguió esta mañana al mostrarle su sonrisa a la mujer de recepción mientras preguntaba por la calefacción de mi habitación fue que ella le deslizara su número por el mostrador. Cualquier comprensión de lo que estaba hablando con ella desapareció en el momento en que ella lo vio.

Esperé a que no nos oyera para bromear al respecto. Pero en cuanto nos alejamos, tiró el papel con su número a un cubo de basura del vestíbulo.

—No estoy segura. No he vuelto a mi habitación.

Cuando alzo la vista hacia él, sus ojos se desvían y asiente con la cabeza.

—¿Cómo está tu hombro? —Pregunto, dándome cuenta de que aún no lo he comprobado.

—No está peor.

—Bien. —Me relamo los labios y me los froto—. Eso es bueno.

—Escucha. Sobre lo que dijo Emmett... —Se interrumpe y levanto una mano.

—No tienes que explicar nada.

—Siento que sí. Ya no soy así. —Suena casi desesperado.

—De verdad, está bien. —Sólo hablar de él con otras mujeres hace que una sensación extraña se arraigue en la base de mi garganta. Entonces muevo los hombros, más erguida, negándome a replegarme sobre mí misma.

—He sembrado mi avena salvaje, pero gran parte de lo que se ve en los medios de comunicación es muy exagerado. No soy un cerdo.

—Rhett. —No sé por qué tiene que seguir hablando de esto—. Lo sé. Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque llevo días pegada a ti y no has hecho nada que me haga pensar que lo eres. Has sido un perfecto caballero.

Ahora nos miramos fijamente y mis labios se crispan.

—Un caballero gruñón y testarudo.

Suelta una carcajada y sacude la cabeza. El ascensor suena y el momento se evapora.

Nos saludamos y nos despedimos antes de desaparecer en nuestras habitaciones.

O, mejor dicho, él desaparece en su cálida habitación y yo en mi fría habitación.

Porque está claro que no han arreglado una mierda.

Opto por darme una ducha caliente, abrigarme y meterme bajo las sábanas para soñar con la acogedora habitación que me han asignado en el rancho Wishing Well. El café caliente en la cocina cada mañana. Las encantadoras cenas familiares en las que todos los hombres del rancho se reúnen en la casa principal para reírse unos de otros mientras preparan la comida.

Pero antes, suena mi teléfono.

El nombre de Rob parpadea en la pantalla. Llama de vez en cuando cuando no hay moros en la costa. Y sé que no debería contestar, pero nuestras conexiones están tan enredadas que es difícil distinguir el bien del mal en lo que a él respecta.

—Hola, ¿qué tal? —Me quito las botas y me dejo caer en el sillón del rincón.

—Quería ver cómo te sentías.

Siempre dice eso, y ya no le creo.

—Estoy bien. ¿Qué pasa?

—Te vi en la tele esta noche.

Mis cejas se fruncen.

—¿En dónde?

—En un rodeo. Dando pulgares arriba a algún jinete de toro.

Ah. Ahí esta. Cada vez que me ve potencialmente avanzando, se abalanza

sobre mí. Solía pensar que significaba que tenía una oportunidad de recuperarlo. Ahora, soy lo suficientemente mayor para saber que es su juego de poder, es como me mantiene a raya. Bajo su pulgar.

Ve que mi atención se desvía y me pone una zanahoria en el campo de visión, pensando que así perderé la concentración. El problema es que últimamente no me gustan mucho las zanahorias. Prefiero el whisky y el cuero.

—Sí. Escucha, ¿pasa algo? Me preocupo cuando me llamas de que algo va mal.

—Sólo me preocupo por ti. Tienes que tener cuidado. Específicamente con tipos como ese.

Casi me burlo, pero aún hay una parte patética de mí que ronronea cuando dice cosas así. Cosas que me hacen sentir que se preocupa por mí. Rob me ha acicalado casi sin remedio.

—Estoy bien, gracias. No necesito que me cuides. —Mi paciencia se agota. Estoy cansada. Tengo frío. Y la verdad sea dicha, estoy caliente. Este fin de semana ha estado repleto de demasiada testosterona para que una simple chica de ciudad pueda soportarlo.

También tengo que confesar que no me gusta que hable así de Rhett.

—Escucha...

—Sí —le corté—. Es hora de dormir para mí aquí. Hablaremos en mi próxima cita. Adiós. —Le cuelgo.

Agitada, pero también retrocediendo en el tiempo, permanezco en la silla, perdida en recuerdos de Rob y de mis tiempos con él, durante no sé cuánto tiempo.

Lo único que sé es que no siento los dedos de los pies cuando un golpe en la puerta me saca de mis recuerdos. Me dirijo a la puerta con paso vacilante, intentando sacudirme las extremidades. Cuando abro de un tirón, Rhett está recién duchado, huele delicioso y tiene un aspecto aún mejor.

Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y sus ojos recorren todo mi cuerpo: el vestido de jersey color crema y el chaquetón camel. Cuando me puse el abrigo, me recordó a las chaparreras de Rhett.

Me lo puse porque me quedaba bien, no porque abrigue tanto. Y ahora,

con sus ojos recorriendo mi cuerpo, tiemblo.

—Así que tienes frío. —Se le desencaja la mandíbula al rechinar los dientes y me empuja hacia la habitación—. Summer. Aquí hace un frío del carajo. —La mordacidad de su voz me hace estremecer—. Creía que lo iban a arreglar hoy.

Me apoyo en la pared y disfruto viéndole merodear por mi habitación como un cavernícola. Lo único que le falta es un garrote en la mano.

—Supongo que no.

—No vas a dormir aquí. —Sus manos se posan en sus caderas cuando se gira y me mira fijamente a los ojos.

—Ah, sí. Me llevaré la almohada y la manta al pasillo y dormiré allí. —Le sonrío a Rhett, pero él no me devuelve la sonrisa.

—No seas ridícula. Dormirás en mi habitación.

Parpadeo lentamente varias veces, esperando el chiste. Y como no llega, suelto una carcajada.

—Eso —lo señalo— *no* va a pasar.

—Dormiré en la silla. Puedes quedarte con la cama.

—Eso será genial para tu hombro. De ninguna manera.

—Entonces tomaré mi almohada y una manta, y dormiré en el suelo.

—Rhett —lo regaño, el calor me quema el pecho por lo prepotente que está siendo—. No voy a hacer eso. No vamos *a hacer eso*.

Ahora sonríe, el imbécil engreído que es.

—¿Por qué? ¿Te preocupa no poder resistirte a mí?

Se me cae la mandíbula.

—Grosero. Y no. Me preocupa más ponerte una almohada en tu bonita y fanfarrona cara hasta que dejes de respirar. Tengo un chándal. Me abrigaré. Estaré bien.

Se da la vuelta y, en unas pocas zancadas, cierra la mitad superior de mi maleta, y yo me quedo mirándolo con el ceño fruncido mientras cierra la cremallera.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Lo único que he escuchado es que crees que tengo una cara bonita —dice mientras pasa a mi lado haciendo rodar mi maleta tras de sí.

—Por supuesto, te perdiste la parte de que quería matarte.

Cuando llega a la puerta, agita una mano sobre su hombro y sale al pasillo.

—Vamos, princesa. Mátame, no me mates. Al menos estarás caliente. Estarás conmigo esta noche.

14

Summer

Willa: ¿Ya te lo tiraste?

Summer: Buenas noches, Willa.

Willa: Sólo se vive una vez. Esta es una historia que podrías contar a tus hijos algún día.

Summer: ¿Qué mierda de historias piensas contar a tus hijos, Wils?

Evalúo mi sujetador y bragas a juego en el espejo del baño de Rhett. Un conjunto en el que derroché. Una seda plateada con la que estoy obsesionada. Contemplo quitármelos y ponerme los pantalones de chándal y la sudadera rosa empolvado a juego que está doblado sobre el mostrador a mi lado.

Lo estoy pensando demasiado.

Si me dejo la lencería puesta, ¿qué significa? ¿Significa algo? Si salgo y saco un sujetador y unas bragas diferentes, sólo conseguiré llamar la atención. Y si te soy sincera, ninguno de mis otros conjuntos es mejor. Soy una absoluta perra para la lencería de lujo.

Los largos meses pasados en bata de hospital me han hecho apreciar todas las cosas que me hacen sentir bonita. Sexy. Ni siquiera la cicatriz roja en el centro del pecho me lo quita ya. He superado esa inseguridad.

Pero, ¿es mejor ir desnuda debajo del chándal?

Sí. Es más informal. Más cómodo, seguro.

Me bajo el sujetador y estoy a punto de darle la vuelta para desabrocharlo cuando veo mis pechos en el espejo.

Llenos y pálidos. Y con pezones duros como piedras.

—A la mierda mi vida —murmuro, subiendo de nuevo el sujetador y recolocando los tirantes.

Sujetador es porque no me enfrentaré a Rhett Eaton con todas las luces.

Me pongo el chándal y doblo el resto de la ropa antes de volver a la habitación básica del hotel.

La habitación básica de hotel con una cama de matrimonio. Y una cama de matrimonio nunca ha parecido tan pequeña como en este momento. En el fondo, sé que no puedo dejar que Rhett duerma en el suelo. No con el estado actual de su cuerpo. No sería justo.

Todavía tengo frío de estar sentada en mi habitación helada, y me estremezco cuando lo veo de pie en la puerta hablando con alguien. Sus anchos hombros no hacen más que resaltar su cintura, que no hace más que resaltar su bonito culo.

Dejar que mis ojos recorran a Rhett Eaton es como pasar un rato en un parque de atracciones. Cada parte es mejor que la anterior. Cuando se vuelve hacia mí con cajas de comida para llevar en sus grandes manos, pienso en cómo se sentirían sobre mi piel desnuda. Grandes, cálidas y callosas.

No se parece en nada a los hombres con los que estoy acostumbrada a pasar el tiempo. Todos son pálidos y suaves, bien cuidados. Algunos se han aficionado a la manicura.

Rhett está curtido, aún se le nota ligeramente la línea de bronceado de la camiseta del verano pasado. Y cuando sonríe, la piel junto a sus ojos se arruga de la forma más genuina.

Sus manos labradas se sentirían como el cielo deslizándose sobre mi piel. Vuelvo a estremecerme, pero esta vez no creo que sea porque tenga frío.

—¿Comida? —pregunta, sacándome de mis pensamientos traicioneros.

—Uh —respondo, luchando por encontrar algo que decir que no implique preguntarme en voz alta cómo me sentiría al ser manoseada por él—. Estoy bien.

Arquea una ceja, como si no me creyera, y se acerca a la cama. Con la comida en la mano, se sienta en el extremo del colchón y enciende la televisión. Cambia de canal hasta que ve un programa de gladiadores en el que la gente se

abre paso a través de una carrera de obstáculos y hace todo lo posible por no morir.

—¿Te vas a quedar ahí parada, princesa?

Mi boca se abre y se cierra en silencio. Ahora mismo no estoy funcionando a pleno rendimiento.

—¿Has comido? —Abre la caja blanca.

—No. —meto mi labio inferior entre los dientes. Ya siento que me estoy imponiendo en su espacio, así que no puedo entrar aquí y robarle la comida encima.

—Summer. —Sacude la cabeza y tira una servilleta hacia la esquina opuesta de la cama—. Siéntate. Necesitas comer.

Me acerco a la cama y me pliego sobre el borde, sentándome de rodillas frente a él.

—Estoy bien. Necesitas...

—¿Qué? —Mete un paquete de ketchup en la caja llena de patatas fritas.

—¿Así es como comes?

Se ríe entre dientes, pero sigue colocando su esparadrapo delante de sí.

—Rhett, eres un atleta. No puedes tratar tu cuerpo así. —Miro las patatas fritas en un recipiente y las alitas de pollo buffalo en el otro—. ¿Esta comida? ¿La falta de fisioterapia? ¿Siquiera haces ejercicio?

Ahora me sonríe.

—¿Por qué? ¿Crees que me veo bien?

—Creo que... —Mis ojos vuelven a recorrerlo mientras su aroma a cuero se mezcla con el de las alitas—. Creo que parece que te estás agotando. Si quieres ganar, tienes que ser mejor contigo mismo.

—Me gusta cómo lo dices. Puede que seas la única persona que conozco que no está pendiente de que me jubile.

Mi estómago elige este momento para gruñir como un oso pardo.

—Escucha, jefa, si comes algo, dejaré que me mimes como te parezca durante las próximas dos semanas, hasta el próximo rodeo. Si hubiera sabido

que venías, habría pedido más. Podemos pedir más. Sólo comparte esto conmigo por ahora, así no me ahogaré en la culpa de tener a una chica hambrienta como rehén en mi habitación.

—¿Si como, harás lo que te diga durante las próximas dos semanas?

Me mira fijamente, con ojos de whisky, barba incipiente y cabello rebelde. Pero su expresión es sincera.

—Sí.

Suspiro en respuesta.

—Bien, de acuerdo. Trato hecho.

Él asiente, pero nos quedamos en ese extraño limbo en el que nos miramos fijamente. Como si quisiéramos decir algo más pero no supiéramos por dónde empezar.

Opto por romper la tensión tomando una patata frita y me la meto en la boca.

Rhett sonríe y hace lo mismo.

Vemos el programa, jadeando cuando la gente se cae y aplaudiendo cuando parece que están en racha. Creo que la comida sabe mejor solo porque estamos sentados a los pies de una cama de hotel de mierda, con las piernas cruzadas y los envases de comida para llevar extendidos a nuestro lado.

—Creo que podría hacerlo —anuncio finalmente.

—¿Sí? —Me mira con curiosidad antes de señalar la caja de alitas de pollo—. Esa es la tuya.

Miro hacia abajo y veo la última ala.

—Deberías quedártela —intento argumentar.

—Imposible. —Rhett se lame los labios mientras mira fijamente la pantalla, y yo no puedo apartar la mirada—. Necesitas tu energía para aguantarme. Tómala.

Juro que esa pequeña alita me está mirando fijamente. Desafiándome a hacer que esto signifique más de lo que significa. Pero darme el último trozo es tan... dulce. Casi no puedo conciliarlo. Casi quiero preguntarme qué significa.

Pero ni siquiera yo quiero ser tan patética. Así que levanto el ala y

empiezo a dar bocados mientras vuelvo a mi última afirmación.

—Sí, creo que podría hacerlo. Creo que soy lo suficientemente fuerte.

—Lo suficientemente inteligente, también. Creo que la mitad de la batalla con estos es tener una estrategia. No se puede simplemente la fuerza bruta a su manera a través de él. ¿Sabes?

Me zampo el ala, asintiendo. Porque tiene razón. Y mi corazón se agita por su cumplido.

—Gracias —digo con una sonrisa.

Resopla.

—De nada. Pero tienes salsa en la cara. Una gran mancha de...

Inmediatamente, me tapo la boca con una mano.

—¿Dónde?

—Un poco difícil de ver contigo tapándote media cara.

—Pero en cuanto mueva la mano, te vas a reír de mí. —Me vuelvo a subir sobre mis rodillas, una posición de alguna manera menos vulnerable.

Su sonrisa se ensancha mientras se inclina más cerca.

—Oh, absolutamente.

Suelto un gemido exasperado mientras suelto la mano y miro al techo.

—Bien. Dime dónde está. Estoy demasiado cansada para ir al baño.

Después de unos latidos, cuando mis ojos vuelven a Rhett, ya no me mira a los ojos.

Me está mirando a la boca.

No.

Está mirando *fijamente* mi boca.

Su mano se mueve hacia mí y mi respiración se entrecorta en los pulmones. Soy como un ciervo atrapado en los faros, demasiado sorprendida e hipnotizada para huir del peligro.

—Está bien... —Su voz es grave y áspera. Y no puedo dejar de mirar su expresión. La forma en que mira mi boca es casi sucia, como si pudiera leer cada

pensamiento que pasa por su mente sin siquiera intentarlo.

Mis labios se abren ligeramente al pensar en él acortando distancias, agarrándome la cabeza y apretando sus labios contra los míos. Dándome una muestra de lo que he fantaseado.

Se inclina hacia mí cuando sus suaves dedos me tocan la parte inferior de la barbilla.

Su pulgar se cierne sobre la hendidura, como si me cuestionara tocarme.

Cuando la yema de su pulgar roza justo debajo de mi labio inferior, es como una pluma. Se me eriza el vello de los brazos y se me cierran los ojos.

Pero no se detiene, no duda.

Me acaricia el labio superior con el pulgar y se le escapa un gemido estrangulado. Mi respiración se vuelve más agitada y, cuando veo la expresión de su cara, estoy jadeando.

La forma en que me mira... no es educada.

Es primitiva.

Me inclino hacia delante, hacia él, buscando su tacto, buscando la promesa en sus ojos.

Y no hago ningún movimiento para distanciarme de él.

Cuando vuelve a pasarme el pulgar, lo hace por el labio inferior y esta vez de forma más brusca, presionando mi labio hacia un lado mientras sus ojos se funden y su cuerpo se mantiene tenso.

—Ya está —gruñe, todavía clavado en mi boca.

—Rhett —suspiro, sin saber qué más decir. Mis pezones rozan las copas de seda del sujetador y el borde de las bragas me roza el vientre de un modo que me hace suspirar más alto de lo debido.

—Mm. —Sus ojos se dirigen a los míos, y hay una pregunta en sus profundidades. Juro que si acortara la distancia entre nosotros, me alegraría de haberlo hecho.

Pero su carrera pende de un hilo, y prometí ayudar. Ser una profesional que puede manejar el trabajo con los atletas. Y sabiendo lo que sé de Rhett Eaton, mi corazón se vendría abajo junto con su reputación si cerráramos la

distancia entre nosotros.

—Deberíamos irnos a dormir. —Me aclaro la garganta y me siento, apartándome.

Sé que he tomado la decisión correcta. Aunque mi alivio va acompañado de decepción. La misma decepción que veo reflejarse en su rostro cuando se sobresalta como si lo hubiera abofeteado.

Pero desaparece rápidamente, sustituido por un rostro inexpresivo y unos ojos que no se cruzan con los míos mientras empieza a ordenar la habitación en silencio.

Casi nos besamos.

Ese es el pensamiento que se repite en mi cabeza mientras estoy aquí tumbada. En su cama.

Soy nueva en un trabajo que requiere que trabaje con atletas calientes todos los malditos días, y después de un corto período de tiempo de estar en la naturaleza con uno, estoy confundida como la mierda.

Excelente trabajo, Summer.

Siento que la manta me roza demasiado la piel y el corazón me late con fuerza. Ni siquiera bajo las sábanas consigo quitarme el frío de encima. Casi me levanto a buscar un par de calcetines, pero no quiero molestar a Rhett.

Llevo no sé cuánto tiempo tumbada en la habitación a oscuras, escuchando la respiración de Rhett, el zumbido de la calefacción cada vez que se enciende, el tintineo del ascensor y el ruido sordo de las pisadas en el pasillo seguido de las voces en voz baja de otras personas que se dirigen a sus habitaciones.

Hasta ahora no he podido conciliar el sueño y, por la forma en que me da vueltas la cabeza, seguiré sin poder conciliarlo. Sobre todo porque todos mis pensamientos y sentimientos se mezclan con un intenso sentimiento de culpa porque Rhett está herido y durmiendo en el suelo.

Todavía tenía la lengua demasiado trabada para oponer resistencia

cuando cogió lo que necesitaba y se instaló en la alfombra.

Un suspiro que roza el gemido se filtra desde donde duerme.

—¿Estás despierto? —susurro.

—Sí —refunfuña, moviéndose.

—¿Te duele?

—No.

Entorno los labios y miro fijamente la alarma de incendios que hay sobre mí, el diminuto punto verde un punto en el que fijar la mirada.

—¿Estás mintiendo?

Gruñe en respuesta, lo que estoy casi segura que significa que está mintiendo.

—Rhett.

—Summer. —Suena exasperado conmigo.

—Deja de ser difícil y ven a dormir en la cama.

El silencio llena la habitación y me pregunto si me ha oído.

—No quiero que te sientas incómoda —me dice.

Ya lo estoy. Incómodamente caliente. Pero no lo digo.

—No lo harás. Lo que me incomoda es que estés durmiendo en un suelo sucio con un hombro o una espalda lesionados. Mueve el culo hasta aquí.

Respira hondo como respuesta y escucho el crujido de las mantas mientras su figura se perfila por la habitación. Cuando se sienta en la cama, el colchón se hunde bajo él y se frota la cara. El sonido de su barba rasposa contra sus manos es más pronunciado en la oscuridad.

—¿Segura?

Debe de dolerle el hombro para que haya cedido tan fácilmente.

—Eaton, deja de ser tan marica y ven aquí. Creía que se te daba bien entrar y salir de las camas de las mujeres. —Levanto la manta y me pongo de lado para hacerle sitio.

Se ríe entre dientes mientras se mete bajo las sábanas y deja caer la cabeza

sobre la almohada que ha traído.

—La mayoría de las mujeres no son tan aterradoras como tú.

—Sí, claro. —Me arropo con las mantas, como si fueran a protegerme del aroma a regaliz y cuero que me envuelve. Como si no fuera a sentir el calor de su cuerpo pegado al mío y dejar que mi mente divague.

Está tumbado boca arriba, con las manos juntas sobre sus cincelados abdominales.

Porque, por supuesto, no lleva camisa.

Cuando su codo me golpea, intento no sobresaltarme.

—Quiero decir, me dijiste que ibas a matarme mientras dormía. Tengo cierto sentido de la auto-preservación, ya sabes.

—Te ganas la vida montando toros bravos. No estoy muy segura de eso.

Suelta una pequeña carcajada y nos quedamos en un silencio incómodo.

Así que, como el desastre torpe que soy, suelto—: ¿Dónde está tu madre? Hay mucha testosterona en ese rancho. Un festival total de salchichas.

—Se ha ido. —Su voz se suaviza.

—Sí. La mía también.

Gira la cabeza en mi dirección.

—¿De verdad? Creía que tenías una hermana mayor. Se que he escuchado a Kip hablar de su mujer.

Mi cara se frunce.

—Sí. Una historia divertida.

—Me vendría bien reírme.

—La niñera es mi mamá.

El cuerpo de Rhett se pone rígido a mi lado y yo me río. Esta historia *siempre* horroriza a la gente.

—¿Puedes decirlo otra vez?

Me aclaro la garganta y levanto la mano para apartarme el cabello de la frente.

—Kip se estaba liando con la niñera. Y ¡tachán! Llegué yo.

—Mierda. —Ojalá hubiera luz para poder verle la cara ahora mismo.

—Sí. Más o menos. Mi madre estaba de viaje desde el extranjero cuando trabajó en nuestra casa. Básicamente me tuvo, me cedió a mi padre y volvió a casa. Ni siquiera creo que la culpe. No estoy segura de querer estar atado a las secuelas de eso.

—Eso es... bueno, eso es realmente jodido.

Me río y sé que me está mirando como si no supiera qué hacer.

La mayoría de la gente no lo hace.

—¿Cuándo te enteraste?

Mis cejas se levantan. Normalmente es entonces cuando la gente cambia rápidamente de tema y corre como alma que lleva el diablo hacia otro asunto.

—Creo que siempre lo he sabido en cierto modo. Mi madrastra se aseguró de que así fuera.

—¿Se quedó?

—Seguro que sí.

—Huh.

—Sí. Yo tampoco lo entiendo. Sobre todo porque ella siempre ha hecho todo lo posible para que las cosas sean tensas entre nosotras. Entre mi hermana y yo. Entre ella y mi padre. Casi me siento mal por ella. Sé que él no debería haberla engañado, obviamente, pero es como si se hubiera quedado sólo para hacer desgraciados a los demás. Ojalá pudiera ser feliz.

—¿A qué se dedica?

Sé que está pensando que se quedó con Kip por el dinero.

—Es cirujana. Igual que mi hermana. O como será mi hermana.

—Salvaje. —Parece realmente sorprendido—. ¿Y tú y tu hermana?

—Complicado. —Realmente complicado—. Ella es... bueno, ella es más o menos el polo opuesto de mí. Apariencia. Personalidad. Mierda, incluso se llama Winter. Creo que en el deseo equivocado de mi padre de que fuéramos una gran familia feliz, intentó seguir la tendencia de los nombres estacionales,

y en lugar de eso nos hemos enfrentado unos a otros. Incluso en momentos en que no éramos conscientes de ello.

El silencio se extiende entre nosotros.

—Siento que hayas crecido con eso —murmura.

—Sí, bueno, nos adaptamos. Prefiero el ambiente de tu rancho.

—¿Alguna vez has intentado encontrar a tu madre?

Respiro con fuerza.

—No. Si quisiera conocerme, podría encontrarme fácilmente. Pero nunca lo ha hecho, y no quiero ser una carga para alguien que ni siquiera conozco.

Se queda callado ante eso, así que, tras unos instantes interminables, le pregunto—: ¿Qué ha pasado con tu madre?

—Murió dando a luz a mi hermana pequeña.

No dudo en acercarme, presionando mi brazo contra el suyo, con la esperanza de proporcionarle algún tipo de consuelo suave ahora que hemos recorrido este camino. Directo a una conversación pesada, compartiendo secretos en la oscuridad.

—Lo siento, Rhett.

—No tenía ni dos años, así que no la recuerdo. En realidad, creo que eso es lo peor. Me perdí toda esta faceta de la vida. Nunca podré vivir la experiencia de tener una madre. Y mi padre nunca lo superó.

Asintiendo, digo—: Me identifico con eso. Pero al menos tu madre te amaba. —Sueno terriblemente trágica al decir eso, pero lo suelto antes de que pueda pensarlo mejor—. Mi padre se ha pasado toda la vida demostrándome que me ama, y creo que gran parte de eso es para compensar el desastre que son todos los que me rodean.

—Kip me cabrea a veces. —Resoplo porque Kip Hamilton tiene un don para cabrear a la gente—. Pero puedo verlo siendo un buen padre. Uno divertido. Uno protector. *Obviamente*. ¿Podemos no contarle lo de compartir la cama?

Ambos nos reímos. Pensando en sus amenazas. Las reglas que nos impuso.

—Sí. Me llevó un tiempo reconciliarme, ya sabes —mis manos aletean delante de mí— las circunstancias de mi nacimiento. Que mi padre puede ser un hombre imperfecto pero bueno a la vez. Cuando estuve enferma, se quedó conmigo todos los días. Trabajaba literalmente desde mi habitación del hospital y dormía en la silla del rincón hasta que alguna enfermera se apiadó de él y le coló un catre.

Se me quiebra la voz. Esto siempre me afecta. Ese tipo de amor, bueno, es escaso. Alguien que no se va de tu lado, pase lo que pase. A diferencia de mi madre o mi madrastra.

Esta vez, Rhett se inclina y, tímidamente, entrelaza sus dedos con los míos, dándome un suave apretón en la mano. Sus callos rozan mi piel como sabía que lo harían y, en contra de mi buen juicio, no me aparto.

—No lo sabía —es todo lo que dice, y de algún modo, esa simple frase y el tacto de su cálida mano me reconfortan.

—Sí, muchos problemas de salud mientras crecía. Resultó ser un defecto cardíaco congénito no diagnosticado. Arreglable con cirugía, excepto que la cirugía salió mal, y hubo complicaciones. Grandes y aterradoras. Además, una infección persistente. Mató mi adolescencia. Tuve que hacer todo lo posible para convertirme en una carga extra y todo eso.

Me aprieta la mano.

—Dudo que lo vea así.

Sonrío en la oscuridad porque *sé* que mi padre no me ve así. En absoluto. Y es agradable escuchar que otra persona también se da cuenta de eso. Que yo también tengo derecho a esa conexión, que no necesito sentirme culpable por querer a mi padre, por muy complicado que sea.

Así que aprieto la mano de Rhett y me giro hacia él, cruzando los pies hacia su lado de la cama. Buscando calor.

—Jesús, Summer. —Se sobresalta pero no se aparta—. Tienes los pies helados.

Los retiro al instante, agradecida de que no pueda verme sonrojada en la oscuridad.

—¡Lo siento! —Hago una mueca de dolor, más apenada por haberme

tomado la libertad de tocarlo así cuando las cosas ya son tan tenues entre nosotros esta noche.

—Lo único que deberías lamentar es no haberme dicho que eras un cubito de hielo. Debería haber llamado antes a tu puerta —gruñe, justo cuando sus largas piernas se extienden por la cama y las enreda con las mías, aprisionando mis pies helados entre sus pantorrillas.

—Está bien —suelto entrecortadamente mientras el calor de su cuerpo se filtra en el mío.

Calentándome de fuera a dentro.

Y nos quedamos juntos en silencio. Escucho el ritmo uniforme de su respiración y siento su exhalación en mi pecho. Me duermo así, arrullada por sus suaves y constantes sonidos, por su sólida comodidad. Mi mano apretada entre las suyas, mis pies acunados contra su piel y mi corazón cálido envuelto en sus palabras.

15

Rheet

Kip: Vi las entrevistas. Lo hiciste bien. ¿Te estás portando bien con mi chica?

Rheet: Gracias. Estuve despierto toda la noche, esperando tener tu sello de aprobación. Y por supuesto, lo hago.

Kip: Pero no demasiado bueno, ¿verdad?

Rhett: ¿Es eso a lo que aspiro? ¿Bien, pero no demasiado bien? Es una maravilla que hayas criado a una adulta tan funcional como Summer.

Kip: ¿Por qué no te quejas de ella?

Rhett: Porque ella no es tan mala.

Estoy muy jodido. Estoy súper jodido. Estoy tan súper-mega jodido.

Summer también tenía razón. Soy un imbécil enorme. Porque llevo despierto casi una hora, dejando que me abrace. Mirándola fijamente, tratando de memorizar cada pequeña peca. Mirándola dormir como un Ted Bundy enamorado o algo así.

Me desperté al sentir su rostro contra mi bíceps y, cuando abrí los ojos lentamente, estaba tan cerca de su boca como la noche anterior. Cuando había hecho todo lo posible para no lamer esa salsa picante de sus labios como un maldito salvaje.

Pero ahora está *sobre* mí. Muslo colgado sobre mis piernas, justo debajo de donde mi erección de la mañana está saludando al mundo... a Summer específicamente.

Su pequeña palma presiona el centro de mi pecho, mientras su mejilla se apoya en mi brazo. Incluso sigue agarrada a mi mano. Algo que hace palpitar

un dolor en mi pecho.

Estoy tratando de ser un caballero. De verdad, de *verdad*. Pero tampoco he dejado de fijarme en cómo se le ha subido la sudadera por la cintura. La forma en que la banda de la cintura de su ropa interior de seda se asoma por sus pantalones de chándal.

Burlándose de mí.

Quiero hacerle cosas muy poco caballerosas a Summer Hamilton. Pero también quiero que vuelva a calentar sus fríos pies sobre mí. Cuando ella quiera. La idea de que esté fría e incómoda me enfurece.

Quiero cuidar de ella, aunque no necesite que la cuiden.

Sinceramente, es jodidamente confuso. También es una idea terrible. Pero las buenas ideas nunca han sido mi fuerte. ¿Por qué empezar ahora?

Se remueve y vuelvo a mirar sus ojos cerrados. Las suaves pestañas caídas, un puñado de pecas en el puente de la nariz y en las mejillas. Me pregunto si aparecerán en alguna otra parte de su cuerpo.

Se me eriza la polla y creo que ya no puedo culpar de mi erección a la fisiología de la mañana. Es solo una erección porque quiero tirarme a la hija de mi agente.

Y luego acurrucarla.

Rastrear sus pecas.

Maldita sea. Me froto la cara con la mano que me sobra y me reprocho no haberme aguantado y haber dormido en el suelo, por mucho que me doliera. No podría haber sido peor que darme cuenta de esto.

Me separo de ella, intentando liberar mis miembros y mis sentimientos.

Pero cuando minutos después me follo en silencio la palma de la mano en la ducha, no estoy tan seguro de haberlo conseguido. Sobre todo porque es su nombre el que está en mis labios cuando me derramo sobre la base de la bañera de porcelana.

—Te alegrará saber que mientras iba al baño en el vuelo de vuelta, Summer me pidió un vaso de leche.

Summer resopla y da otro mordisco al bollo que tiene en la mano.

Desde el lado opuesto de la mesa del desayuno, Beau cacarea sobre el borde de su taza de café.

—Summer, ¿quieres casarte conmigo? —pregunta mi hermano en broma. Pero mi cerebro cavernícola no entiende la broma. En vez de eso, suena como si mi hermano mayor le estuviera tirando los tejos y yo quisiera tomarla en brazos y esconderla. Porque Beau es todo lo que yo no soy. Heroico, organizado, confiable, pulcro.

Si tuviera que elegir un tipo para Summer, me imaginaría a Beau.

Para evitar decir algo de lo que me arrepienta, me escaldé la garganta con café caliente. Summer se limita a poner los ojos en blanco. Lo que, patéticamente, me hace sentir mejor.

—¡Me has herido! —Beau se agarra dramáticamente el pecho—. ¿Vendrás al menos a The Railspur esta noche?

—¿No tienes que volver a desplegarte pronto? —Interrumpo.

—¿Intentas librarte de mí, hermanito? —Beau me guiña un ojo, y me pregunto momentáneamente si sabe que me está convirtiendo en una llorón celoso.

Summer ignora nuestras travesuras. De hecho, ha sido la viva imagen de la profesionalidad desde aquella noche que compartimos cama. Ni rara, ni genial, ni incómoda, sólo... profesional.

Durante la semana pasada, a menudo he deseado que fuera un poco menos profesional. Un poco más imprudente.

—Rhett tiene una resonancia magnética en el hospital —dice—. Luego acupuntura a las cuatro. Luego tiene una entrevista por teleconferencia. Así que probablemente no esta noche.

—Podrías venir sin él, ¿sabes?

Summer sonríe a mi hermano mientras se levanta de la silla. Es una sonrisa amable, pero no completa. No es la que vi en su cara cuando me animó en las gradas.

Es exactamente la misma sonrisa que solía molestarme. Pero ahora lo veo de otra manera: ella cree que es una sonrisa educada. Es el equivalente a una palmadita en la cabeza.

—Podría —acepta mientras se da la vuelta y se aleja.

Mis ojos se posan en su culo dentro de sus ajustados pantalones de entrenamiento. Puede que sea bajita, pero joder, la chica tiene curvas en todos los sitios adecuados. Músculos firmes. Me recuerda a una gimnasta en spandex.

—Vamos, Rhett. Es hora del gimnasio.

Gimo y me pongo de pie, todavía dolorido. Aunque tengo que confesar que esta rutina que me ha impuesto Summer no es terrible. Cada día me siento mejor. Mi mayor queja es que estoy recibiendo masajes profesionales en lugar de los que me da ella.

Tiro los restos de café y dejo la taza en el fregadero. Que Beau la lave, joder, y que aproveche esa racha de limpieza militar para no ligar con mi niñera delante de mí.

—Diviértete. —Me guiña un ojo y me dedica una sonrisa cómplice.

Idiota.

Me meto el dedo en la boca y le doy un gran y resbaladizo golpe húmedo al pasar. Y es sorprendentemente satisfactorio.

—No tienes por qué quedarte aquí conmigo, ¿sabes? —Le doy un codazo en el hombro a Summer y miro la brillante revista de cocina que está hojeando.

—Lo sé. —Es todo lo que dice. No da más detalles, ni siquiera me mira. De hecho, parece casi exasperada por mí.

—Podrías irte y salir con Beau. —Incluso decirlo en voz alta es mezquino, pero esa vena celosa en mí se ha fijado en la forma en que mi hermano coquetea con ella. Es así con todo el mundo. Pero me molesta cuando lo hace con Summer.

Aprieta los labios y sonríe mirando la página.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué estás sentada aquí conmigo?

Levanta la cabeza y sus ojos se cruzan con los míos. Estar sentados uno al lado del otro en la sala de espera de radiología no deja mucho espacio entre nosotros, sobre todo si vamos a hablar sin que los demás escuchen cada palabra que decimos. Sus labios se abren un momento, como si estuviera a punto de decir algo.

—Ese es el trabajo.

Ella lo dice, pero a mí me suena a mentira, basándome en la forma en que se movían sus labios antes de forzarlos a decir esa sarta de estupideces.

Parpadea rápidamente y vuelve a mirar la revista, con la sonrisa falsa en su sitio.

—Además, no puedo dejar que coquetees con todas las enfermeras de aquí. No daría buena imagen.

—Ah, sí, porque soy un animal incontrolable.

Inclina la cabeza y se encoge de hombros.

—Hay cierta reputación.

—¿Has visto alguna prueba de ello en las últimas semanas? —Arruga los labios de la forma más seductora, pero no responde—. Imagina pensar que alguien no cambia ni crece en absoluto en el transcurso de una década.

Sus ojos revolotean a un lado.

—Mi padre, mi hermano, toda la afición de la WBRF, es como si aún me vieran como el Campeón del Mundo de veintitantos años sin límites. O, en el caso de mi familia, el niño revoltoso que haría cualquier cosa por llamar la atención.

Me burlo, la frustración aflora a la superficie mientras continúo.

—Aquí estoy, un hombre en la treintena y haga lo que haga, la gente me trata como si fuera un niño. Como si fuera irresponsable. Y lo que es peor, me tratan como si fuera estúpido. Y mi trabajo es sonreír e ignorarlo porque, ¿por qué? ¿Por dinero? ¿Así es como la gente quiere verme? Es agotador. Todo lo que quería hacer era montar toros y perseguir ese subidón que me hacía sentir

algo. Ese subidón que me daba el control de mi destino durante ocho segundos. Como si mantuviera la atención de la sala por un breve momento en el tiempo. ¿Y ahora estoy aquí haciendo lo imposible por apaciguar a las masas porque me he convertido en una especie de símbolo sexual o mascota de industrias enteras? Nunca pedí ese tipo de responsabilidad.

Casi me quedo sin aliento cuando termino mi alboroto verbal. Summer me mira fijamente, con los ojos color chocolate y las mejillas ligeramente sonrosadas. Cuando espiro, ella inspira, el aire que me rodea es un capullo silencioso en un hospital ajetreado.

Lo dice en voz tan baja que casi me lo pierdo.

—Yo no te veo de esa manera.

El corazón me golpea las costillas y mis ojos se posan en sus exuberantes labios de cereza. Una frase tan sencilla nunca había significado tanto.

—Summer. —Una voz mordaz interrumpe el momento, y ambos nos alejamos volando como si nos hubieran atrapado haciendo algo que no deberíamos.

Summer alisa con las manos la parte delantera de su chaqueta de pana.

—Winter. Hola. Qué agradable sorpresa. —Su sonrisa actual no es la de suficiencia, es una de brillo forzado, y mientras miro entre las dos mujeres, deduzco por qué.

—No te he visto en la cena familiar últimamente. —La otra mujer tiene rasgos similares a los de Summer y, sin embargo, no podría ser más diferente. Piel de porcelana y cabello rubio pálido recogido tan tirante que toda su cara parece igual de tensa. Ojos astutos y gélidos, igual que su expresión.

Casi me río por los nombres. Winter, gélida y mordaz. Summer, cálida y suave.

—Hemos estado en la carretera. —Summer me señala con el pulgar—. Papá me tiene trabajando con Rhett exclusivamente.

La mujer que lleva una larga bata blanca sobre un vestido azul me mira con una sonrisa desdeñosa y decido intervenir, porque me siento protector con Summer y no me gusta cómo le habla su hermana.

Me pongo de pie, usando mi altura a mi favor, manteniéndome lo

suficientemente cerca como para que la rodilla de Summer roce mi pierna mientras empujo una mano en dirección a Winter.

—Rhett Eaton, un placer conocerte.

Introduce su mano en la mía, y también está fría. Me agarra con firmeza y sus ojos miran momentáneamente a su hermana. Una mirada pasa entre ellas antes de que Winter parezca casi alegre.

—Doctora Winter Valentine. Soy la hermanastra de Summer. —Summer da un respingo al escuchar esa designación, pero es lo que su hermana dice a continuación lo que la pone nerviosa—. Y por supuesto, sé quién eres. Summer tuvo tu anuncio de Wranglers en la pared de su habitación durante *años*.

Mi mente tartamudea sobre lo que acaba de soltar.

Summer se aclara la garganta y mira a su hermana, manteniendo la compostura a pesar de las manchas rojas que aparecen en sus mejillas, en su cuello y en su pecho.

¿Voy a acosar a Summer por esto más tarde? Por supuesto. Me encanta pelear con ella. Bien podría ser el juego previo de lo bien que se mantiene. Pero ahora mismo, estoy molesto. Veo a su hermana mayor siendo intencionalmente cruel con ella. Intentando avergonzarla. Eso me hace esbozar una sonrisa despiadada mientras sigo agarrando la palma de la mano de Winter en un apretón de manos que ya ha durado demasiado.

Le guiño un ojo.

—Parece que tú también lo recuerdas claramente, cariño.

Perra.

Sus labios se aplastan y aparta su mano de la mía.

—Quizá la próxima cena familiar puedas venir con nosotros. Sé que sería un sueño hecho realidad para Summer. —Dirige su mirada mordaz a Summer y luego añade alegremente—: Bueno, tengo que atender las exploraciones de un paciente. Ha sido un placer verlos a los dos.

Y con eso, se ha ido. Con la misma estatura menuda, pero con líneas ásperas y delgadas, casi como un duendecillo, se aleja con la cabeza alta, completamente imperturbable.

—Uf. ¿Muy reina del hielo? —Exhalo antes de volver a tumbarme.

Es el pequeño ruido estrangulado que sale de Summer lo que me hace girarme en su dirección. Se ha cubierto la cara con las dos manos y no sé muy bien qué está haciendo. Pero creo que se está riendo por la forma en que vibra su cuerpo.

O llorando. Una de las dos.

—¿Estás bien?

—No —resopla.

—¿Te escondes porque tu hermana es una zorra de grado A o porque ahora sé que soy tu forraje de banco de nalgadas adolescente?

Estoy bastante seguro de que la escuchar murmurar un ahogado Dios *mío*.

Cuando me mira entre los dedos, muevo las cejas. Y cuando su única respuesta es gemir e inclinar la cabeza contra el respaldo de vinilo de la silla, me río.

—¿Podemos fingir que nunca ha pasado? —Sus palmas amortiguan su voz.

Sonrío y sacudo la cabeza, cruzándome de brazos, irracionalmente contento con todo aquello.

—De ninguna maldita manera, princesa.

16

Summer

Papá: ¿Puedes venir a la reunión de personal esta semana?

Summer: ¿Qué día? ¿A qué hora?

Papá: Jueves a la una.

Summer: Sí, puede que tenga que barajar una de las citas de Rhett que entrará en conflicto con ella.

Papá: Seguro que puede arreglárselas solo para una cita. Parece que lo tienes muy atado.

Verano: Otra vez. No es un perro.

Se podría pensar que la brisa refrescaría mis mejillas, pero el aire es francamente cálido. Todo el trabajo duro que hice en la sala de espera para componerme mientras Rhett tenía su exploración se fue por el inodoro al minuto que salió dando zancadas con una sonrisa cómplice en la cara.

Hijo de puta engreído.

Cuando salimos por la puerta principal del hospital, evito sus ojos. Es incómodo. Realmente incómodo. Y es un movimiento de Winter. Nunca es directamente mala conmigo. Es pasiva agresiva, calculadora. Winter juega a largo plazo. Puedo ver a nuestro padre mencionando lo que he estado haciendo y ella archivando esa información para el momento perfecto para avergonzarme con ella.

Odio llamarla conspiradora, porque hay una pequeña parte de mí que realmente la ama. La admira. Ojalá hubiéramos tenido la oportunidad de forjar nuestro propio tipo de relación. Pero la malvada madrastra metió sus dedos ahí y jugó con nosotras como marionetas, haciéndome parecer fácilmente la fuente

de todos los conflictos familiares. Winter nunca tuvo la oportunidad de dejarme agradarle y, por mucho que lo intento, no parece interesada. Es algo que no me deja dormir. Anhelo tener una relación con ella. Anhelo tener una persona más a la que pueda considerar familia, en lugar de sólo a Kip.

Ver a Rhett y a su familia juntos -incluso molestándose como lo hacen- hace que me duela el pecho. Quiero eso un día.

—¿Garabateaste nuestros nombres con un corazón alrededor en tus carpetas? —Así rompe el silencio.

Aprieto los labios formando una línea firme, dispuesta a no sonreír. No quiero darle la satisfacción de reírme de su chiste. Aunque sea gracioso.

—No.

—¿Has... —Se detiene, frotándose la barba—. ¿Besaste la página que arrancaste de una revista?

Me burlo.

—No lo arranqué. Lo recorté con mucho cuidado. Y ahora estoy deseando lanzarle dardos.

Lanza una carcajada y me sonríe, demasiado guapo y satisfecho de sí mismo. Lo que me obliga a apartar la mirada e intentar ocultar mi sonrisa. Pero cuando lo hago, mis ojos se posan en el McLaren estacionado delante de nosotros, en una zona de remolque y con los intermitentes encendidos. Es la matrícula lo que me hace detenerme en seco.

DRHEART

Cuando era adolescente, me parecía ingenioso. Ahora creo que es patético sin comparación.

—¿Estás bien? —La mano de Rhett se posa en la parte baja de mi espalda y me mira con preocupación—. Sólo estoy bromeando. Probablemente deberías despedirme por acoso sexual.

—Yo... —Sacudo la cabeza—. No. Sólo mi ex. —Hago un gesto con la cabeza hacia el vehículo estacionado a unos diez coches por delante de nosotros.

Sus ojos siguen los míos y luego giran cuando ven el caro deportivo.

—Por supuesto que lo es.

Me limito a tragar saliva en respuesta.

—¿Nos gusta este ex? —Sus dedos palpitan en la parte baja de mi espalda, y me inclino hacia él, sin olvidar la forma en que intervino para protegerme cuando las garras de Winter salieron.

—Es complicado —respiro.

—¿Cómo de complicado? —La voz de Rhett adquiere un filo que me hace levantar la vista hacia él y alejarla del auto ilegalmente estacionado de Rob.

—Complicado como estamos muy, muy por encima. Él lo ha superado. Pero cada vez que se entera de que yo hago lo mismo, vuelve a aparecer de alguna manera. Como, aparentemente, vio un clip en TV de mí dándote el visto bueno en Pine Lake y eso fue suficiente para que empezara a husmear.

La cabeza de Rhett baja más cerca, borrando el poco espacio respetable que quedaba entre nosotros. Sus ojos están fijos en los míos. Mirándome fijamente de esa manera que siempre lo hace. Con una intensidad inigualable.

—Ese evento no fue televisado. Lo que significa que se está desviviendo por averiguar qué estás haciendo y probablemente busque imágenes de los eventos en YouTube.

Esa noche, cuando Rob me dijo que había visto mi gesto, ni siquiera lo cuestioné. Pero Rhett tiene razón. Sé qué eventos son televisados -Kip ha sido muy exigente al respecto- así que no hay forma de que Rob se encontrara con la grabación. Pero Rhett tiene razón, y no puedo creer que no me di cuenta de la mentira.

—Mierda. Eso es... espeluznante. —Parpadeo y miro a Rhett, que me toma del codo y me gira hacia él.

—Tal vez deberíamos darle algo para que se arrastre. ¿Crees que está en ese auto? —El hombre rudo frente a mí sonríe de una manera que tiene todo mi cuerpo zumbando—. En lugar de besar las páginas de tu revista, puedes probar la cosa real.

—Eres idiota —murmuro, pero tampoco me alejo.

¿Lo haría? Mi corazón se acelera tanto que ahoga los sonidos a mi alrededor.

Lo único que escucho es el sonido sordo y acelerado de mi pulso en los oídos.

—¿Y si alguien lo ve? ¿Y si esto sale a la luz?

El muslo de Rhett presiona contra el mío mientras la mano que tiene en la parte baja de mi espalda se desliza hasta la cintura de mis vaqueros, sus dedos aprietan de un modo que hace que me duela el punto justo detrás de los huesos de la cadera.

Se acerca, su olor me envuelve mientras su cabello salvaje se abanica a nuestro alrededor. El aire entre nosotros zumba y miro fijamente su boca, preguntándome qué sentiría en mis labios, en mi cuerpo, la aspereza de su barba.

Nunca he besado a un hombre como Rhett.

—Ya sabes, Princesa. —debería odiar ese maldito apodo, nacido de burlarse de mí por ser quien soy, pero de repente lo siento como un disparo directo a mi corazón. Como un elogio. Como adoración—. Estoy descubriendo que no me importa lo que la gente piense de ti.

Ese comentario me deja sin palabras, y momentáneamente me permito imaginar un mundo en el que no me importara lo que pensara la gente. En el que no tuviera que trabajar constantemente para apaciguar a todos los que me rodean. En el que no existiera esa necesidad constante de compensar el hecho de haber nacido siendo una carga. ¿Cómo sería ese tipo de libertad? Hacer lo que quiero sin preocuparme de las posibles consecuencias.

Y hay algo en la impulsividad de Rhett y en su aspecto rudo que me hace querer abrazarlo por un momento salvaje. Me merezco un momento así.

Trago saliva con dificultad y asiento una vez, perdiéndome en sus brillantes ojos ámbar. La mano que me toca el codo se desliza hacia arriba y me pone la piel de gallina. El frío metal de su anillo sobre mi piel mientras esa misma mano se desliza por mi hombro, recorre mi clavícula y se desliza por mi garganta.

Y estoy que ardo.

Por muchas veces que imaginara sus manos sobre mí, nunca imaginé que mi cuerpo reaccionara *así*.

Es cuando sus labios bajan, separados sólo por un pelo, y sus nudillos rozan mi pómulo, cuando me doy cuenta de que la puerta del conductor del auto de Rob se abre de golpe por el rabillo del ojo. Y es entonces cuando murmuro—: Bien, pero esto no significa nada.

En respuesta, Rhett gruñe y rocía sus labios sobre los míos. Un hormigueo se dispara como electricidad, como si cada punta erizada que me toca enviara una chispa bailando, girando sobre mi piel. Chamuscando cada terminación nerviosa.

Sus manos se posan posesivas en mi cuerpo. Me aprieta contra él casi con agresividad, me acuna el cráneo con delicadeza y me besa con cuidado. Me enciende. Me quema. Y yo disfruto de su calor.

El zumbido del hospital que nos rodea se desvanece cuando sus labios vuelven y esta vez presionan con más firmeza. La gente, las sirenas, la presencia de Rob. Todo se desvanece como el polvo en un camino de tierra cuando le devuelvo el beso a Rhett.

No debería. No debería estar besando a este hombre. A este *cliente*. Definitivamente no debería devolverle el beso. Pero a veces ser responsable es agotador, especialmente frente a alguien tan irresistible como Rhett Eaton.

Soy yo quien le mete la lengua en la boca. Soy yo quien se acerca aún más, sintiendo su mano deslizarse hasta mi culo mientras me aplasta contra el bulto acerado de sus pantalones. Soy yo quien gime cuando lo aprieta aún más contra mí.

Saber *que le* hago *eso* me pone salvaje. Parece improbable. Parecemos *improbables*.

Y sin embargo, tendría que ser un idiota para negar que hay una conexión aquí. Las discusiones. Las bromas. El maldito enamoramiento adolescente.

Su pulgar recorre la columna de mi garganta mientras su sedosa lengua se enreda con la mía. La maneja tan bien. Hace que me tiemblen las rodillas. De repente, lo quiero más cerca, quiero *más*.

Y mientras aprieto los muslos y siento cómo se aprieta mi cuerpo, me doy cuenta de que mi cuerpo también quiere eso. Lo cual es un problema. Porque todavía tengo que pasar varias semanas con este hombre. *A solas con él*. Lo que significa que esto tiene que parar.

Me echo hacia atrás, jadeante. Tengo las manos apretadas contra la parte delantera de su camisa y nuestras caderas siguen alineadas de una forma totalmente inapropiada para la entrada principal del hospital.

Rhett también se queda sin aliento y vuelve a mirarme.

Sus ojos pasan junto a mí y yo los sigo, sin querer que aparte la mirada todavía. Echamos un vistazo justo a tiempo para ver el pelo dorado de Rob entrando en su rápido auto. El ruido de su puerta me hace dar un respingo. Y entonces vuelvo a mirar a Rhett, cuya mandíbula está tan apretada que parece que el hueso intente escapar a través de su piel.

—Bueno... Creo que ha funcionado. —Mi voz suena entrecortada y suave mientras me alejo del cuerpo duro como una roca de Rhett, la brisa silbando entre nosotros como si se llevara todos los sentimientos que surgieron cuando nos besamos.

Ojalá pudiera llevarse mi confusión.

Caminamos de nuevo, y yo sólo intento mantenerme erguida después del beso más alucinante de mi vida.

Beso falso.

Me pregunto si vamos a hablar de ello, pero Rhett se limita a ajustarse los vaqueros e intenta reconducir la conversación hacia un terreno más seguro. Burlándose de mí.

—¿Planeaste nuestra boda mientras estabas encerrada en el hospital? ¿Y nuestra noche de bodas? Me encantaría que me lo contaras.

Miro su entrepierna con una sonrisa burlona. En secreto, me excita ver su bulto.

—Apuesto a que sí.

Su dedo meñique envuelve el mío con ternura antes de mover su mano a la parte baja de mi espalda, guiándome con seguridad a través de la carretera y haciendo que mi pecho se estremezca.

Está bromeando. Pero imaginé una noche de bodas con él. Hace mucho tiempo.

Hace años que no lo hago.

Pero podría ser esta noche.

—Háblame de él —dice Rhett desde el asiento del copiloto mientras yo me concentro demasiado en una carretera vacía.

—¿Qué? —Ahora le miro con desconfianza, fingiendo que no sé de qué está hablando.

—Doctor Imbécil.

Estrangulo una carcajada en mi garganta mientras mi lengua se escurre sobre mis labios y mis nudillos se vuelven blancos sobre el volante.

—No es un imbécil.

—Sé realista. He visto su matrícula personalizada. Su secreto está oficialmente fuera.

Ahora sonrío.

—De acuerdo, eso *es* malo.

—¿Malo? Es peor que malo. Seguro que también le encantan las bebidas lácteas. —Suelto una carcajada y sacudo la cabeza—. ¿Cuándo rompieron?

—No sé si se podría llamar ruptura. No estábamos juntos en el sentido que tú crees. —Mis dientes superiores rozan mi labio inferior mientras le doy vueltas a las cosas en mi mente. Sólo se lo he contado a Willa, y me da miedo hablar de ello con Rhett—. Nosotros... joder. No lo sé. No se lo he contado a nadie excepto a mi mejor amiga.

—¿Quieres decir que Kip nunca lo conoció?

La curiosidad en su cara es evidente.

—Bueno. No. Lo ha conocido.

—Summer, esto no es una película de Christopher Nolan. No merezco estar tan confundido después de darte el mejor beso de tu...

—Era mi médico —suelto.

Rhett se queda quieto, todas las bromas se le escapan. Probablemente

aplastado por las ruedas debajo de nosotros.

—¿Como tu médico de cabecera?

—No. Es cirujano cardiotorácico. Realizó los procedimientos correctivos de corazón que me hicieron de adolescente.

Su cabeza se deja caer sobre el respaldo.

—Jesucristo. Así que... ¿acabas de decir *adolescente*?

—No pasó nada hasta que fui legal. Lo que hacíamos consistía sobre todo en escabullirnos —añado rápidamente, mirándolo, porque sé lo que está pensando.

—Summer. —Se queja y se pasa una mano por la cara—. Eso no lo hace mejor.

—Lo sé —respondo, en voz baja.

—Alguien debería denunciarlo. Los médicos no pueden ir por ahí saliendo con sus pacientes adolescentes. —Su tono es mordaz.

Se me abren mucho los ojos. No quiero convertir esto en algo. Quiero dejarlo todo en el pasado, donde pertenece. No odio a Rob; sólo quiero pasar página.

—Por favor, *por favor* no digas nada. No debería haberte dicho nada. Sólo estaba... explicándome, supongo.

Rhett suspira entrecortadamente.

—No me debes ninguna explicación. Es él quien debería dar explicaciones. —Mira por la ventana, sacudiendo la cabeza antes de murmurar—: Te vi en la tele, una mierda.

Vuelvo a echar un vistazo, esta vez casi nerviosa. Mis manos se retuercen sobre el volante.

—No lo sé. Siempre estoy tratando de complacer a la gente, supongo. Las cosas entre Rob y yo eran complicadas. Supongo que siguen siéndolo. Es como si, lógicamente, supiera que nuestra relación estaba jodida. Pero él me salvó la vida. Antes de él yo estaba muy enferma, y él me curó. Y es imposible reconciliar esas dos cosas.

Rhett gruñe. Apuesto a que para él muchas de mis relaciones familiares

parecen terriblemente complicadas.

—Te mereces algo mucho mejor, Summer. Es como si estuvieras tan ocupada obligándote a sonreír y a ser feliz todo el tiempo que ni siquiera te das cuenta de cuándo tienes derecho a estar enojada.

Su afirmación me deja en silencio mientras busco desesperadamente algo adecuado con lo que responder.

—Gracias por defenderme hoy. Por mi hermana. Y con el... —Retiro una mano del volante y la agito casi espasmódicamente.

—¿Beso? —me suministra.

—Sí, eso. Estoy tan contenta de que podamos volver a una relación de trabajo profesional después de eso.

Rhett arquea una ceja en mi dirección, viéndome lamerme los labios y tragar mientras evito su mirada.

—Y gracias por guardar mi secreto sobre Rob.

La única respuesta de Rhett es rechinar los dientes.

17

Rheet

Summer: Por favor, no hagas nada estúpido mientras estoy en la reunión de personal. Confío en que puedas mantener la compostura durante una tarde.

Rheet: Mierda, Princesa. No sé. Podría volverme loco sin ti.

Summer: *For duck's sake*.

Summer: Duck

Summer: *duck

Verano: FUCK. Ugh. ¿Por qué mi teléfono no puede aprender esa palabra? Volveré a la hora de cenar.

Rhett: Quack.

—Esta es una jodida mala idea. —Cade parece un asesino a lomos de su yegua roja mientras cabalgamos por el prado.

—De ninguna manera. —Beau, en cambio, parece mareado—. Esto es divertido. Como en los viejos tiempos.

—Los viejos tiempos cuando éramos, ¿qué? ¿Adolescentes?

—Sí. Exacto. —Beau señala hacia él—. Nuestra familia se fundó peleando con los Jansen. Somos como los Hatfields y McCoys.

Cade resopla.

—No somos como los Hatfields y los McCoys.

—Es más bien Ebenezer Scrooge, el Capitán América, y yo soy el tipo genial de Tombstone que sabe hacer girar muy bien sus pistolas —respondo.

—Más bien Fabio con todo ese puto cabello —resopla Beau—. Y yo soy el Capitán *Canadá*, muchas gracias. ¡Oh! —Beau se golpea el muslo en la silla de montar—. No, no, no, soy Maverick de *Top Gun*.

—¿Por qué demonios soy Ebenezer Scrooge? —refunfuña Cade bajo el ala de su sombrero.

Beau y yo sólo tenemos que mirarnos un momento antes de echarnos a reír.

—¿En serio? —Cade muerde, sacudiendo la cabeza—. Si te pasaras toda la vida siendo responsable de ustedes dos patanes, y ahora de un crío que se parece a sus putos tíos, tú también estarías de mal humor.

Eso me tranquiliza un poco. Sé que Cade tiene el peso del mundo sobre sus hombros. En los últimos años, he llegado a entenderlo mejor. Soy una división en el medio de mis dos hermanos. A veces, puedo ser callado y gruñón como Cade, pero también puedo ser juguetón y temerario como Beau.

El problema es la falta de autoconciencia de Beau. Él es todo peligro, diversión y vivir la vida al máximo. Es el hijo mediano feliz y despreocupado, al que toda la mierda parece caerle encima. Como una especie de sartén de teflón. O al menos eso parece.

La unidad de la que forma parte es ultrasecreta, lo que significa que nunca sabemos realmente dónde está o qué está haciendo.

Pero todos estamos unidos.

Y supongo que por eso estamos aquí, cabalgando juntos hasta el límite de nuestra propiedad. Cuando Cade mencionó que los Jansen habían aparcado su tractor y su máquina de arar en nuestra propiedad -*otra vez*-, *Beau* urdió un plan que sólo alguien con su nivel de madurez podría idear.

Supongo que estoy lo suficientemente agitado como para seguirle la corriente. En los días transcurridos desde nuestro beso, Summer ha seguido siendo completamente profesional, aunque un poco recelosa. Como si estuviera nerviosa por hacerme enfadar ahora que sé un secreto suyo.

Cuando vamos al gimnasio, no es tan dura conmigo. Disfrutaba haciendo los ejercicios más duros que podía imaginar. Por ejemplo, lanzarme una pelota mientras me mantenía de pie sobre una pelota Bosu. Cuando me tropezaba, se reía. Pero ahora, me ofrece palabras de aliento. Y es jodidamente

raro. Lo odio. Me gusta que me moleste. Sus comentarios sarcásticos.

Ansío esas interacciones con ella.

Así que aquí estoy, cayendo en viejos hábitos. Haciendo algo que sé que no debo porque, bueno, supongo que me desahoga. Lo que me niego a reconocer es que el riesgo de que me atrapen también conlleva la posibilidad de llamar la atención.

Atención negativa. De Summer, que en este momento se encuentra con su padre en la ciudad. Y enloquecerá cuando descubra que hice esto.

Pero incluso la atención negativa de Summer se siente como una recompensa. Si quiere disfrazarme, la dejaré. Me gusta cómo se le sonrosan las mejillas, cómo hace pucheros con el labio inferior, cómo pone los ojos en blanco.

Me gustaría hacerlos rodar también de otras maneras, inclinarse hacia atrás mientras sus pestañas se agitan hacia abajo. La vista desde entre sus piernas sería espectacular, lo sé.

Llegamos a la cresta de la colina y me quito la erección de encima. Si mis hermanos se dan cuenta de eso, habrá un infierno que pagar.

—¿Ves? —A Cade se le desencaja la mandíbula y mueve la cabeza hacia donde está estacionado el tractor azul. ¿Acaso importa? Probablemente no. Pero estamos aquí de todos modos—. Uno pensaría que después de años de esta mierda, pararían. Sólo sé que lo hicieron a propósito. Basura, todos ellos.

Los Jansen no tienen una gran reputación en la ciudad, nunca la han tenido. Si hay problemas, es uno de los chicos Jansen. En la parte trasera de un auto de policía, vendiendo drogas, robando mierda, lo que sea. No creo que den tanto miedo, más bien... bueno, como dijo Cade... basura.

Nosotros nos quedamos en nuestra propiedad y ellos en la suya. El único punto conflictivo es cerca del arroyo donde Beau construyó su casa. Le gusta pescar allí y ha tenido que echar a esos cabrones de nuestras tierras dos veces por pescar donde no debían.

La mayoría de mis travesuras con los Jansen se han limitado a abrir su gallinero o a cortar a hurtadillas el cordel de sus pacas de heno. ¿Una vez puse azúcar en su depósito de gasolina? Nunca lo sabré.

Básicamente, comportamiento general de granjero de mierda de niño.

—Bailey no es tan mala —interviene Beau.

—Sí, me siento mal por Bailey —estoy de acuerdo. Bailey es tranquila. Trabaja sus turnos en el pub por la noche y mantiene la cabeza gacha. No creo que ser la hermana pequeña de la empresa criminal en un pueblo pequeño haya sido fácil para ella.

Cade gruñe. Sé que tiene debilidad por Bailey. Hay algo en una hermanita que nos llega a los tres al pecho.

—Muy bien, amigos. —Beau sonríe y abre su alforja, saca un rollo de papel higiénico y lo sostiene en alto—. Vamos a trabajar.

Cade se ríe ahora, mientras levanta una pierna sobre su montura y salta al suelo.

—Vamos a hacer esto.

Sigo el ejemplo y saco mis propios rollos de papel higiénico, tratando de contener mi sonrisa y la alegría infantil que bulle en mi interior. A mi edad, no debería estar tan mareado por empapelar el tractor del vecino.

Pero aquí estamos.

Hacemos los neumáticos. El enganche. Beau se pone debajo y hace los ejes. Cade hace los pistones unidos al cubo delantero. Entre los tres, no tardamos mucho en cubrir toda la maldita cosa.

Nos apartamos para admirar nuestra obra, con una sonrisa de oreja a oreja. Los tres chicos Eaton, unidos en sus travesuras infantiles. Me siento bien. Parece *normal*. No hay expectativas. No hay preocupación por los patrocinadores, ni por los fans, ni por los resultados.

Nuestros caballos resoplan detrás de nosotros y me siento hilarantemente... en paz.

—Voy a buscar el interior antes de irnos —anuncio.

—Sí. Sí, sí. Engancha los pedales y esa mierda —pide Beau mientras Cade se queda ahí, negando con la cabeza.

—Nunca es suficiente para ti, ¿verdad, Rhett? Siempre buscas más.

Esquivo la verdad de esa afirmación bajando la cabeza y caminando de

nuevo sobre la hierba seca hacia el tractor, con el papel higiénico en la mano, mientras el sol se oculta en el cielo.

Abro la puerta de un tirón y subo a la jaula, envolviendo inmediatamente el volante.

Es cuando me agacho para coger los pedales cuando escucho una conmoción.

—¡Eh! ¿Qué carajo?

—Oh, mierda. —Ese gruñido profundo sólo puede ser Cade.

No salgo disparado enseguida. Me mantengo agachado y me asomo al campo por encima del salpicadero. Hay dos de los chicos Jansen de pie en el lado opuesto de una zanja poco profunda, rojos como remolachas, gritando y gesticulando.

Y entonces miro a mis hermanos. Malditos maricones que se suben a sus caballos, todo mientras se ríen.

Los otros dos corren hacia ellos y espantan a mi caballo. Al cabo de unos instantes, mis hermanos y mi caballo cruzan el campo gritando y riendo.

No puedo evitar soltar una risita cuando veo a Beau girarse sobre su hombro y levantar tres dedos en una especie de saludo antes de gritar—: ¡Que las probabilidades estén siempre a tu favor!

Maldito idiota.

Los Jansen los persiguen, lo que es una estupidez teniendo en cuenta que van a pie.

Sopeso mis opciones. Puedo bajarme del tractor y salir corriendo, o puedo quedarme agachado y esperar que sean demasiado perezosos para limpiar el desastre ahora mismo.

Cuando veo al mayor dar un trago a una lata de cerveza, opto por pasar desapercibido. Si tuviera una o dos cervezas más, dejaría este lío para mañana.

—Odio a esos hijos de puta de Eaton. —Lance Jansen patea una piedra.

—¿Movemos el tractor? —pregunta el más joven. Ni siquiera recuerdo su nombre. Es más joven que yo, donde Lance estaba en mi grado.

—Nah. A la mierda. Voy a estacionar esto aquí todos los malditos días a

partir de ahora. Sólo saber que les cabrea es suficiente victoria.

Inclino la cabeza. Tiene razón. No es que vaya a decir nada. Permanezco escondido hasta que se calma su charla y, una vez que estoy seguro de que se han ido, termino de hacer el interior.

Y lo hago *muy bien*. Quiero decir, cubro esa mierda de arriba a abajo. Luego me bajo y me dirijo a la colina, mirando de vez en cuando por encima del hombro para asegurarme de que esos campechanos hijos de puta no vuelven por mí. Alguien inteligente se daría cuenta de que había tres caballos y sólo dos personas.

Pero Lance y su hermano no son ese alguien.

La primavera está en el aire, y ni siquiera estoy enfadado por el paseo. Me pierdo en mis pensamientos sobre mis paseos de este fin de semana. Salimos mañana y necesito ponerme las pilas. Mi hombro no está demasiado mal, pero tampoco está muy bien, lo que tiene sentido si tenemos en cuenta que los resultados del escáner dicen que necesito operarme.

Algo que no consideraré hasta que tenga este último Campeonato del Mundo en mi haber. El doctor odiaba mi negativa a hacerlo ahora mismo. Creo que a Summer tampoco le gustó mucho, por la forma en que apretó los labios. Pero al menos no me regañó por ello.

Ella lo entiende.

Por todo lo que ha pasado, entiende mi afán de triunfar. De perseverar. A no ser una víctima de mis circunstancias. Y en lugar de disuadirme, le dijo al médico que dejara de tratarme como a una niña.

Su voz era dura y cortante y...

—Rhett Eaton. ¿Que Carajo Crees que estás haciendo?"

Rasposa. Justo así. Levanto la vista justo a tiempo para verla montada en mi montura, con un vaporoso vestido blanco y unas malditas botas de piel de serpiente.

Si su cara fuera un poco más *Por favor, fólleme, señor* y un poco menos *Te voy a matar*, se me pondría dura con sólo verla.

—Caminando a casa —respondo con un guiño. Algo que me doy cuenta que ella odia.

El guiño. Lo añado mentalmente a mi lista de formas de irritarla.

Me fulmina con la mirada.

—Eso. —Señala el tractor.

—Oh. Eso. Eso es sólo mis hermanos y yo soplando un poco de vapor .

Detiene el caballo delante de mí, con el cuerpo balanceándose suavemente con el caballo debajo de ella.

—¿Así es como tres hombres de treinta y tantos se desahogan? ¿Por qué no puedes ser un macho idiota normal y hacerme aguantar persiguiéndote mientras intentas follarte a todas las conejitas de la hebilla?

La miro fijamente, un poco sorprendido por su arrebato.

—¿De verdad es eso lo que prefieres?

Le sobresale el labio inferior y levanta la barbilla. Veo cómo se le mueve la columna de la garganta mientras me mira, pero no dice nada, aunque pasen segundos entre nosotros.

Al final me encojo de hombros y bajo la mirada.

—Era más por la nostalgia. Estoy segura de que Beau se desplegará en cualquier momento. Con nosotros dos haciendo lo que hacemos, nunca sabemos cuándo será la última vez que hagamos travesuras criminales juntos.

Ella parpadea ante eso. Como si no se hubiera dado cuenta de que ambos tenemos trabajos que ponen en peligro nuestras vidas. Y entonces, palmea el lomo del caballo detrás de la silla mientras levanta una pierna para ofrecerme el estribo.

—Levántate, gran idiota.

—¿Me haces montar a la perra, Princesa? —Calzo una bota en el estribo y me balanceo hacia arriba un poco torpemente.

—Si la herradura encaja —refunfuña, instando al caballo a avanzar.

En lugar de agarrarla por la cintura, deslizo mis brazos alrededor de su pequeña figura y cubro sus manos con las mías.

—Lo tengo.

Durante un minuto, sus dedos se aprietan con fuerza, como si no

quisiera soltarlos.

De las riendas, o del control, o de toda la tensión de sus miembros.

Pero entonces suspira y siento que su cuerpo se ablanda contra el mío mientras ambos nos balanceamos al compás del vaivén de nuestra montura. Parece sin aliento, igual que el pobre caballo que montamos.

—¿Qué has hecho? ¿Galopar hacia la batalla?

—No antes de darles una paliza a tus hermanos. Pero sí, no sabía en qué tipo de problemas estarías metido. Si necesitarías ayuda.

Se apresuró a ayudarme. Para estar a mi lado.

Sus dedos rodean el cuerno de la silla y las hojas de sus hombros rozan mi pecho. Y no puedo evitarlo. Tomo las riendas con una mano y deslizo la otra por su frente. Extiendo los dedos sobre sus costillas.

—¿Qué tal ha ido? —Digo en voz baja, sintiendo su cuerpo temblar mientras un escalofrío la recorre.

Summer se aclara la garganta.

—Bien, Cade se cruzó de brazos y me fulminó con la mirada. Beau parecía un cachorro pateado. Ah, y creo que tu padre y Luke se mearon encima de tanto reírse.

Una profunda carcajada retumba en mi pecho, y siento que ella vuelve a empujarme, con la espalda pegada a mi pecho, mientras subimos por otra ladera ondulante. Me siento jodidamente bien abrazado a ella. Está relajada conmigo y eso me excita.

Sin siquiera pensarlo, mi pulgar empieza a moverse en un suave círculo contra su cintura. Rozando la costura inferior de su sujetador a través del algodón vaporoso.

—Supongo que no mentías sobre ser capaz de montar.

Su respuesta es estirarse hacia delante y pasar sus dedos por encima de los míos, que sujetan las riendas. Respiro, sorprendido por su repentina osadía. Su tacto es puro calor cuando las delicadas yemas de sus dedos recorren el anillo de plata de mi dedo. Pero el estado hipnótico en el que se encontraba se evapora ante mis ojos y me retira la mano.

Se sienta un poco más erguida, alejándose poco a poco.

—Lo siento. Sí, no. Era bastante buena antes de que mis problemas cardíacos empeoraran. Así conocí a mi mejor amiga, Willa. También es por lo que debería haber sabido que montar en este vestido me habría pellizcado los muslos hasta la mierda. —Se mueve en la silla de montar.

Me inclino y le susurro al oído—: Bueno, tu caballerosidad no pasa desapercibida para mí —lo que me vale un fuerte codazo en las costillas.

—Tu estupidez no se me escapa. Si te hubieran atrapado, *yo sería la* que estaría en la mierda. Estaría defraudando a la gente.

—¿Nunca te cansas de vivir para complacer a los demás todo el tiempo? ¿No es aburrido? —Bromeo con un pellizco juguetón en el lóbulo de su oreja, pero por la forma en que Summer se tensa, no le ve la gracia.

—Déjame bajar. —Empuja uno de mis brazos desde donde descansa contra el suyo.

—¿Qué?

—Déjame. Bajar.

—Summer, no quise decir…

—Sé lo que querías decir. Y es sólo una prueba más de que no entiendes la responsabilidad más allá de lo *que* quieres y lo que *te* hace sentir bien.

Aparto el brazo y ella pasa la pierna por encima del cuello del caballo y se desliza con facilidad. Incluso veo su ropa interior de encaje color nude mientras se baja, pero aparto la mirada rápidamente. Está muy enfadada y me parece poco caballeroso mirarla mientras intenta marcharse.

—Summer, espera.

Levanta la mano para detenerme.

—Por favor. Déjame caminar. Tengo un momento. Necesito aclarar mis ideas. Necesito espacio.

—Yo…

Le tiembla la cabeza y cierra los ojos para aspirar aire.

—Rhett. Rhett. Necesito *espacio*.

No echo de menos el temblor de su voz, y por mucho que quiera quedarme y tomarla en brazos y hacer todo lo que esté en mi mano para que se sienta mejor, no lo hago.

Porque soy un caballero. Y respetaré sus deseos, incluso cuando no me gusten. Está claro que le he tocado la fibra sensible. Así que animo a mi caballo a trotar y le ofrezco una ligera inclinación del sombrero al pasar.

Me paso los minutos siguientes intentando averiguar qué ha sido. ¿Qué he tocado con mi comentario? Algo que la puso de los nervios, eso es seguro.

De vuelta en el rancho, no encuentro a mis hermanos. Se han escabullido para lamerse las heridas en algún sitio, algo que me hace sonreír. Ojalá hubiera estado aquí para ver cómo Summer se iba con ellos. Su lado cuidador es fuerte. Pero por muy complaciente que sea con la gente, tiene una vena viciosa. Esta vena protectora.

Y yo vivo para eso, joder.

Desensillo a mi caballo, le doy un cepillado rápido y lo vuelvo a sacar con una palmada firme en el hombro. Luego vuelvo a la puerta que comunica con el patio principal, me apoyo en un poste de la valla y espero a Summer.

Cuando por fin la veo, se me congela la respiración. Es una visión con un vestido blanco ondulante, ceñido a la cintura y botas altas. Sus muslos tonificados asoman por la abertura de la falda. Sus pequeñas manos se cierran en puños a los lados y mira al suelo, murmurando para sí misma, con mechones oscuros flotando sobre su cara.

Parece como si tuviera una discusión interna. Parece adorablemente enfadada, y un lado de mi boca se levanta divertido.

—Rhett. Ahora no estoy de humor para discusiones —dice cuando levanta la vista y me pilla mirándola.

—Sí. Es justo. Parece que estás haciendo un excelente trabajo discutiendo contigo misma.

Sus labios se separan, pero no sale ningún ruido. Es una maldita distracción. Lo suficiente como para que me quede aquí, apoyado en el poste de la valla, mientras ella serpentea hacia mí.

Con un pesado suspiro, sus hombros caen.

—¿Puedes parar? Por favor.

—¿Por qué? —Estiro los brazos para agarrar la tabla superior con las manos, porque sin algo a lo que agarrarme, podría agarrarla a ella. Y eso no es lo que ella necesita ahora.

Se pasa las manos por el cabello, lo aprieta en sus puños y tira de él. Parece agitada, pero también derrotada.

—Yo sólo. . . Intento hacer un buen trabajo. Intento no defraudar a nadie. Mi padre. Su negocio. Tú. Es mucha responsabilidad, y como que me tiraron en el extremo profundo con este trabajo.

La voz quebrada y el cansancio de su cuerpo me impresionan. Solo tiene veinticinco años, acaba de salir de la universidad y, aunque no he hecho de su vida un infierno, me doy cuenta de que no he sido de gran ayuda.

Summer da mucho de sí misma. A su padre. A su hermana. Su madrastra. A todos los que conoce.

A *mí*.

¿Pero quién carajo cuida de Summer?

Es alegre, feliz y bromea ante la adversidad. Pero ahora parece cansada. Y después de todo lo que ha hecho por mí, prestar su fuerza parece lo más natural.

Me suelto del poste de la valla y mantengo los brazos abiertos, mientras arqueo los dedos hacia mí.

—Ven aquí.

—Es una mala idea. —Pone los ojos en blanco y se muerde el labio inferior, pero tengo la sensación de que lo hace sobre todo para ahuyentar el brillo vidrioso de sus ojos. Me hace esperar, pero al final se mete entre mis brazos y yo la rodeo con ellos.

Durante los primeros momentos mantiene una distancia cortés, pero cuando dejo caer la cabeza y suelto un suspiro contra su cuello, ella se acerca. Me pasa un brazo por encima del hombro y con el otro me acaricia las costillas.

Y yo la abrazo más fuerte.

Es sana, fuerte y resistente, y sin embargo tan frágil. Se siente

pequeña en mis brazos, y la forma en que se aferra a mí roza la desesperación. Ojalá pudiera aliviar todo su dolor, toda su preocupación, toda su ansiedad.

Es casi como si ella no viera la fuerza que tiene. Pero yo sí.

Ojalá pudiera hacerle ver eso también.

No estoy seguro de cuánto tiempo permaneceremos aquí, abrazados mientras el sol dorado se hunde bajo las colinas a nuestras espaldas.

Cuando por fin se aparta un poco, sus ojos se clavan en los míos. Y lo que veo es algo parecido a la confusión.

—Siento haberte hecho el trabajo más difícil hoy. —Lo digo, y lo digo en serio—. He pasado tanto tiempo valiéndome por mí mismo que sinceramente me pareció una forma de divertirme un poco. Yo, bueno, no estoy acostumbrado a rendir cuentas por otra persona. —Es una realización aleccionadora. Soy un hombre que ha estado viviendo su día a día por lo que se siente bien, con poca consideración por los que me rodean.

Asiente con la cabeza, bajando los ojos hasta mi boca.

—¿Puedes esperar a ganarlo todo para divertirte? Entonces podrás hacer lo que quieras. No falta tanto.

Mis dedos palpitan en su cintura y aprovecho mi turno para mirarle la boca.

Gimo.

Lo que yo quiera. Qué manera tan tentadora de decirlo.

Su pecho sube y baja ahora con cierta tensión.

—Rhett. No puedes mirarme así —dice sin aliento—. De verdad, de verdad que no puedes. —Sus ojos se cierran, como si pudiera borrarme de su mente.

—¿Por qué no? —Mi voz es todo gravilla mientras me empapo de la expresión de dolor de su cara.

—Porque es confuso.

Y *una mierda*. Me agacho y engancho su pierna, envolviéndola alrededor de mi cintura. Justo donde debe estar.

—Estaba tan equivocado contigo. ¿Y ahora? Ahora no estoy nada

confundido. —Mis dedos aprietan con firmeza su muslo tonificado, y mi mente se vuelve loca pensando en cómo se sentiría tenerla completamente envuelta a mi alrededor.

Este maldito cuerpo.

—¿Rhett? —No se ha apartado. De hecho, sus dedos se enredan en el cabello de la base de mi cráneo, acercando mi cara a la suya, se dé cuenta o no.

Y entonces su boca se inclina hacia arriba. Su cuerpo dice que sí, pero sus palabras dicen que no está tan segura.

Dejo que mi mano recorra su torso, sintiendo cómo tiembla ligeramente bajo mi contacto. Le acaricio la columna de la garganta con el pulgar, su pulso late bajo mis dedos. La forma en que salta salvajemente.

—Dime lo que quieres, Summer. —Nuestros labios están tan cerca, enfrentados en una especie de juego sin siquiera tocarse—. Si este fuera tu último momento en la tierra, ¿qué querrías que hiciera?

Se le escapa un gemido desesperado mientras vuelve a cerrar los ojos.

Y entonces se aparta. Baja la pierna y la brisa primaveral la empuja fuera de mi alcance. Su expresión es afligida y su postura derrotada.

Summer es orgullosa y responsable. Dos características que admiro absolutamente.

Así que hay una pequeña parte de mí que no se sorprende. Miro fijamente su mano temblorosa levantada entre nosotros en señal de que no se acerque más.

—Por desgracia, este no es mi último momento en la tierra. —Traga saliva y mira por encima del hombro, como avergonzada—. Principalmente, he estado empujando papeles en Hamilton Elite. Estoy... Estoy tratando de mantener esta relación profesional. *Necesito mantener esta relación profesional* si voy a trabajar en esta industria. No puedo dirigir atletas si me enrollo con ellos. Necesitas encontrar a alguien más con quien jugar a este juego.

Esa última frase es una bofetada en la cara. En parte porque cree que lo único que quiero de ella es un ligue barato, en parte porque pensar en ella con otros hombres me vuelve loco, y en parte porque sé que no se equivoca.

—Debería irme —susurra con tristeza—. Tengo que hacer la maleta.

Nuestro vuelo es mañana temprano.

Y entonces se gira. Casi la alcanzo. Pero Luke viene corriendo por la esquina del granero principal, agitando una mano hacia mí, gritando algo sobre la caza del cordero mientras corre junto a Summer chocando los cinco con entusiasmo.

Se vuelve para mirarme por encima del hombro, con los ojos entrecerrados y confusa. Y casi me siento mal por haberla tocado, porque ella también lo desea y sé que se va a machacar por ello.

Eso es lo que haría alguien responsable.

Pero yo no soy *tan* responsable.

Por eso sólo *casi* me siento mal por tocar a Summer Hamilton. No hay ninguna otra mujer con la que quiera jugar a este juego.

18

Summer

Summer: Casi besé al vaquero otra vez.

Willa Llamando

—Espera. Entonces, ¿no le besaste? —Willa parece horrorizada ante la perspectiva.

—No, Wils. —Resoplo, aún confusa esta mañana por mi encontronazo de ayer con Rhett. Todavía un poco avergonzada por mi arrebato cuando me deslicé de su caballo y me enfadé el resto del camino de vuelta al rancho. Y todavía un poco obsesionada por lo que sentí al tenerlo pegado a mí mientras doblábamos el camino de vuelta.

Demasiado bueno es lo que parecía.

Ah, y también tengo moratenes en la cara interna de los muslos por cabalgar como un murciélago del infierno para rescatar a Rhett de lo que yo imaginaba en mi cabeza como una especie de enfrentamiento entre campechanos.

—Eso es decepcionante. A veces eres tan aburrida. Una aburrida joven y sexy que debería estar viviendo la vida. —Suspira y toma un bocado de algo crujiente al otro lado de la línea.

—Gracias por el voto de confianza, bestie. ¿Cómo es tu vida de citas entonces si soy tan aburrida?

—Meh. Cada vez que creo que he conocido a alguien, o acaban aburriéndome hasta la muerte o sólo quieren decirme lo que tengo que hacer.

Me río.

—Que Dios bendiga al hombre que intente decirle a Willa Grant lo que

tiene que hacer.

—Amén —es la solemne respuesta de mi amiga—. Está bien ponerte a ti primero. No te conformes, Wils.

Se queda callada unos instantes. Sólo la escucho masticar. Probablemente galletas. Le encanta hornear.

—Deberías seguir tu propio consejo.

Gruño. Supongo que si voy a golpearla con bombas de la verdad, ella puede hacer lo mismo conmigo.

—Lo intentaré si tú lo haces.

—De acuerdo. —Ahora puedo escuchar la sonrisa en su voz—. Mantenme informada de cómo va montar al vaquero.

Sacudo la cabeza y le digo—: Te quiero, psicópata —antes de colgarle.

Me dirijo a la acogedora cocina para tomar una taza de café antes de que Rhett y yo tengamos que irnos al aeropuerto.

Las mariposas bailan en mi estómago ante la idea de encontrarme cara a cara con él después de prácticamente escalarlo la noche anterior. Fue el perfecto caballero, nunca tomó más de lo que yo estaba dispuesta a dar. Pero hay una parte de mí que desearía que lo hubiera hecho. Así no me reprocharía no haberle dicho que me besara otra vez.

Porque sólo sé que tener a Rhett Eaton besándome de verdad, no porque mi ex esté mirando, sería diferente. *Bien* diferente.

Y no sé si estoy preparada para cruzar esa línea con él. Ya estamos peligrosamente cerca, más cerca de lo que es profesional, pero no a niveles de falta de profesionalidad que arruinen mi carrera.

Amigos.

Resoplo una carcajada silenciosa por lo hábil que soy mintiéndome a mí misma mientras doblo la esquina para entrar en la cocina y esbozo mi sonrisa de siempre, la que llevo como una armadura.

Pero no lo necesito. Las únicas personas aquí son Harvey y Cade.

—Buenos días —canto mientras entro y tomo una taza del armario de madera.

—Buenos días, Summer —sonríe Harvey amablemente, como siempre.

Cade se cruza de brazos y se reclina en la silla. Creo que emite un gruñido bajo y levanta la barbilla a modo de saludo.

—¿No eres una persona madrugadora, Cade? —Pregunto, sabiendo que estoy pinchando al oso y no me importa. No le vendría mal que le diera.

—Soy ganadero. Por supuesto, soy una persona madrugadora. Ya llevo horas levantado.

Me sirvo la última taza de café, me apoyo en la encimera y le sonrío por encima del borde de la taza.

—Entonces, ¿sólo tienes algo en contra del buen humor en general?

Su mejilla se levanta momentáneamente antes de esconderla con su propia taza de café.

—No, sólo estoy trabajando para disculparme.

—¿Con quién? —Ladeo la cabeza y miro a Harvey, que resopla.

—Tú —refunfuña Cade, como si le doliera físicamente hacer esto—. Rhett es mi hermano pequeño. No debería haberlo dejado allí anoche. Debería haber sido yo quien volviera a buscarlo. Debería haber estado ahí para él.

—Hm. —Asiento con la cabeza y le doy un sorbo pensativo a mi café—. Entonces, ¿realmente quieres disculparte con Rhett?

Pone los ojos en blanco.

—Mujeres —es todo lo que dice.

Y me dan ganas de golpearle en su cara varonil y cincelada.

—Si lo atrapan metiéndose en más líos, acabará con sus patrocinios. Su carrera.

—Bien. Ya era hora de que dejara de montar toros de todos modos.

—Oh, bien. Otra vez esta conversación —dice Rhett, anunciando su presencia en la cocina. Se dirige directamente a la cafetera.

—Mierda, lo siento, haré más. —Alcanzo el recipiente lleno de granos de café justo cuando Rhett lo hace y nuestras manos se rozan, lanzando chispas sobre mi piel mientras retiro la mano y lo miro. A su ceño fruncido. Sus cálidos

ojos dorados se entrecierran donde ahora tengo la mano pegada al pecho.

Los chicos de Eaton están de muy *buen humor* esta mañana.

—Está bien. Yo me encargo. —Me hace un gesto con la mano, indicándome que me aparte de su camino.

Y me revuelve el estómago. Ni siquiera quiere estar cerca de mí. ¿Y quién podría culparlo con las señales contradictorias que le he estado dando?

—¿Sabías que desarrollaron eventos de rodeo para mostrar y desarrollar habilidades ganaderas utilizables, Summer? —me pregunta Cade mientras tomo asiento en la mesa.

—Yo no —digo con recelo, observando la espalda tensa de Rhett en el mostrador.

—¿Y sabes lo que no hace nadie en un rancho o una granja?

—No, pero parece que tienes ganas de decírmelo —murmuro, sabiendo que esto ya va a acabar mal. Años de ver a Winter preparar ingeniosamente un insulto han despertado mis sentidos arácnidos.

—Subirte a un toro —continúa Cade, sin leer en absoluto el lenguaje corporal de su hermano—. No sirve para nada, no demuestra nada. Es peligroso y frívolo. Así que, mientras Rhett está fuera follando conejitos de hebilla y tomando su vida en sus manos...

—Cade —advierte Harvey, mirando a sus dos hijos.

Tengo la sensación de que no es la primera vez que es testigo de esta conversación.

—Estoy aquí, día tras día, dejándome la piel para mantener este lugar a flote. Cuidando de mi hijo. Siendo responsable. Como lo he sido durante años.

Rhett gira al instante.

—Si estás pidiendo mi compasión, hermano, la tienes. Tu rutina de ay-de-mi ni siquiera es lo que me molesta. Es que tienes *tanto* y sigues tan *enfadado* por todo. —Sacude la cabeza y se muerde la mejilla para no decir lo que estaba a punto de decir, y luego sale de la cocina, lanzando por encima del hombro—: Vamos, Summer. Podemos tomar cafés en la ciudad.

Me quedo en una cocina en silencio sepulcral. Lo único que escucho es el tictac del reloj de pie del salón, algo que suena ominoso tras aquel altercado.

Sin decir palabra, tiro el café al fregadero y meto la taza en el lavavajillas. El aire está cargado de tensión y quiero escapar de él. De mala gana. Me gusta complacer a la gente y ésta es una situación imposible de ganar.

Me dirijo hacia el pasillo pero me detengo al llegar al arco, lo agarro y golpeo con los dedos contra él antes de girarme para mirar a los dos hombres de la cocina.

—Saben, no me corresponde decirlo, pero deberías saber que lo que Rhett está haciendo, lo está haciendo por ustedes. Para este lugar.

La mandíbula de Cade se desencaja mientras me mira a los ojos, y es en esos ojos donde veo un destello de confusión.

—No estaba bromeando. Le debes una disculpa. Una muy grande. —Golpeo la pared y le doy una sonrisa plana. Luego, me voy.

Porque, aunque Rhett no quiera estar cerca de mí en este momento, me estoy dando cuenta de que nada me apetece más que estar cerca de él.

Me he mantenido cerca de Rhett desde que llegamos a Blackwood Creek. Ha estado distante, y para ser franca, ha sido un cretino.

Pero no dejo que me afecte. He llegado a conocerlo lo suficiente en las últimas semanas como para saber que a veces sólo necesita lamerse las heridas. Procesar.

Y no tengo dudas de que Cade lo avergonzó esta mañana.

En estos momentos está sentado en un taburete frente a una cámara rodante, concediendo una entrevista. Y está haciendo un trabajo excepcional de encanto y apoyándose en su educación rural para no ofender a sus ofendidos fans.

—Sabes, Sheila, como he crecido en un rancho ganadero, sé lo duro que trabajan nuestros productores para ofrecer un producto de calidad al mercado. He visto a mi padre trabajar sus dedos hasta los huesos. Sólo dejó de hacerlo por

una lesión laboral, y ahora mi hermano mayor se pasa los días dirigiendo el lugar. Yo también espero hacer lo mismo en la granja familiar en algún momento.

Ella le sonríe. Un poco *demasiado* apreciativa para mi gusto y se inclina hacia él.

—Eso es encomiable, Rhett. Tu familia debe estar muy orgullosa de ti.

Sus ojos se clavan en los míos antes de esbozar una sonrisa en su rostro demasiado atractivo.

—Somos un grupo muy unido.

Se me revuelve el estómago por él. Es mucho más duro consigo mismo de lo que nadie cree. Hace muy bien su papel de showman y convence a todos a su alrededor de que es mucho más feliz de lo que realmente es.

Mucho más sano también.

Porque no me pierdo sus gestos de dolor cuando se levanta del taburete. Está muy dolorido, y toda la terapia, el ejercicio y los estiramientos que hemos estado haciendo no pueden ocultarlo. Su cuerpo está compensando lesiones no tratadas y me está matando no atarlo y obligarlo a que le pongan los parches adecuados.

Pero también entiendo la necesidad de hacer algo para demostrarse a sí mismo que puede, de hacer algo que sea bueno para todos los que le rodean. Así que me muerdo el interior de las mejillas cada vez que tengo el deseo de decirle lo que tiene que hacer.

El hecho de que yo esté aquí ya es bastante irritante. No necesito tentar a la suerte.

Cuando por fin se acerca a mí, extiende un brazo y me señala las escaleras que conducen a la sala de prensa. Cuando me adelanto, miro por encima del hombro. Solo para verlo mirándome el culo.

Esta mañana me he comprado un par de Wranglers de color claro a uno de los vendedores del lugar y, evidentemente, Rhett lo aprueba. No son las preciosas chaparreras personalizadas a las que eché el ojo en el último evento, pero al menos sobresalgo menos como un pulgar dolorido con estos vaqueros y mi nueva camiseta de la WBRF, que lleva impresa una calavera de cuerno largo.

Además, junto con la ropa interior de encaje rojo brillante que llevo debajo y mis botas de piel de serpiente, me siento como una especie de bomba western-chic.

—Lo has hecho bien —le digo, obligándolo a mirar hacia mí.

Un rubor recorre mis mejillas, y suelto su mirada cuando añado—: Estoy orgullosa de ti.

La mano enguantada de Rhett frota la cuerda metódicamente, la mandíbula tensa, el rostro concentrado. La última vez, verle prepararse para cabalgar me excitó. Me remachó.

Pero hoy estoy inquieta.

No estoy segura de lo que ha cambiado en las últimas semanas. Lo único que sé es que verle subirse a un toro es diferente esta noche. Siento que el corazón me late con tanta fuerza que se me ha metido hasta el estómago y que todo el torso me vibra con la adrenalina.

Sé que sabe lo que hace. Sé que es uno de los mejores. Pero cuando asiente con la cabeza, creo que podría estar enfermo.

Se abren las puertas y sale el toro negro, con la cabeza gacha y las pezuñas hacia arriba, sacudiendo a Rhett por todas partes. El público aplaude esta vez, pero yo clavo los codos en las rodillas y me tapo la boca con las manos, sintiéndome incómodamente acalorada.

Es un espectáculo para la vista. La forma en que se mueve. La quietud de su cuerpo, su brazo en alto. Cuando el toro gira, su cuerpo se suaviza y va con él, todo en sincronía. Como la rabia del toro se equilibra con la mirada de paz en la cara de Rhett.

El yin y el yang, de alguna manera. No todos los vaqueros que pisan este ruedo lo tienen. La serenidad, la magia cuando el toro gira violentamente. Rhett tiene algo intangible que lo hace estar por encima del resto. Es tan claro como el día para mí.

Me pregunto si los demás aquí también lo ven.

Cuando suena el timbre, me tumbo en el asiento y me froto el esternón, esperando que la bola de tensión que se ha enroscado allí se desenrede.

No es hasta que un jinete ha retirado con seguridad a Rhett de la parte trasera del toro cuando lo hace. Y cuando gritan su puntuación de 91, me pongo de pie y vitoreo. Hago mi fuerte silbido, excepto que esta vez, se mezcla con los vítores de la multitud.

Sus ojos me encuentran de todos modos, y me río, rodeado por los vítores de la gente a la que creía haber alejado. Espero que lo asimile. Se lo merece.

Sin embargo, no parece tan feliz como debería. Está de pie en el ring, con el casco en la mano, mirándome como antes. Con una mirada que parece atravesarme. Como si pudiera ver mi corazón de retazos a través de mis costillas.

Con todo el mundo a mi alrededor gritando su nombre y vitoreándolo, alguien que es *suyo desde* hace más de una década, lo siento como mío. Porque *me* está mirando.

No se siente suyo cuando me mira así. Me pregunto por un momento si siente que soy suya. Esta única persona entre la multitud a la que sigue buscando.

La boca de Rhett se tuerce en una sonrisa irónica y sacude la cabeza, quitándose el elástico del cabello alborotado, con un aspecto tan jodidamente bueno que duele.

Lo veo abandonar el cuadrilátero, con los flecos de sus chaparreras temblorosos, los hombros caídos, aunque tiene el zumbido del público firmemente agarrado. Y me pregunto: si fuera mi último momento en la tierra, ¿me iría feliz?

La respuesta es que me iría llena de remordimientos. Me iría sabiendo que he hecho todo lo que estaba en mi mano para hacer felices a todos los que me rodean, pero que no me he dado el mismo trato a mí mismo.

Me levanto y me muevo, diciendo *Disculpen* repetidamente mientras empujo las rodillas de la gente en mi fila de asientos, sintiendo la conexión entre Rhett y yo más aguda que nunca. Como un tirón en el centro de mi pecho que me empuja hacia él. Como si fuera algo natural y no pudiera negarme a ello.

Bajo los escalones trotando y me dirijo lo más rápido que me permiten mis cortas piernas hacia la zona de espera, paso la rampa para toros y bajo por el callejón que lleva a los vestuarios. Muestro mi pase al guardia de seguridad con una breve sonrisa.

Me dice algo, pero lo único que escucho es el latido sano y uniforme de mi corazón en el pecho. Veo a Rhett y casi sonrío antes de detenerme en seco.

Tiene un brazo apoyado en un panel metálico de la valla y el sombrero de vaquero en la cabeza. Veo las puntas de su cabello rozándole la espalda mientras se inclina hacia la mujer que tiene delante.

Es preciosa. Y la reconozco del último rodeo.

Se me retuerce el estómago y me duele el pecho. Esto es exactamente lo que le dije que hiciera. Me dio un momento para decirle que yo también lo quería, y le dije que no. Le dije que jugara a este juego con otra persona. Debería alegrarme de que me haya escuchado por una vez.

Pero estoy destrozada. Nunca he sido ajena a la reputación de Rhett, pero nunca ha estado a la altura delante de mí. Se me agria la lengua al verlo.

Me doy la vuelta para alejarme, sin querer ver más de lo que ya he visto, y entonces me tropiezo con un pecho duro como una roca y miro la cara sonriente de Emmett Bush.

—¿Adónde vas, cariño? —me dice.

Hago un gesto con los labios, sopeso mis opciones, hago balance de las emociones encontradas en mi interior y me castigo por ser siempre tan responsable. Tan responsable que me he llevado *por* delante a un chico que podría gustarme.

—No estoy segura. Mi noche está muy abierta. ¿Tienes alguna idea? —Pregunto, con la imprudencia corriendo por mis venas.

Emmett sonríe más ampliamente y me pasa un brazo por el hombro.

—Bueno, tengo el bar para nosotros.

Me pongo rígida bajo su brazo y me alejo un poco. No me transmite la misma sensación de hogar que Rhett cuando me rodea con sus brazos. Pero quizá no necesite sentimientos.

Tal vez lo que necesito es algo de diversión.

—¡Eh, Eaton! —grita Emmett, y yo doy un respingo—. Trae a tu chica y vamos al Corral. Celebremos que tu viejo culo apenas me ha ganado esta noche. —Se ríe y me arrastra con él.

Y me voy, negándome a arriesgarme a mirar por encima del hombro. Me aterra demasiado lo que pueda ver.



19

Rhett

Kip: Vaya paseo el de esta noche, chico.

Rhett: Síp.

Kip: ¿Qué es lo que está mal?

Rhett: Tu hija es lo que está mal.

Kip: Ni siquiera te creo. Esa chica es una de las mejores personas que conozco. Y no lo digo solo porque sea su padre.

Rhett: Sí, lo es. Ese es el problema.

Doy un sorbo agresivo a la cerveza de mierda que tengo en la mano antes de volver a dejarla sobre la mesa con mucha más fuerza de la que pretendía.

—Va a romper esa cosa, jefe. —Theo se ríe entre dientes y bebe un sorbo de la suya, con los ojos llenos de humor, mientras se sienta frente a mí en la mesa alta.

En lugar de responder a su instigación, hago rodar la botella entre mis manos, sintiendo más que escuchando el tintineo del vaso contra mis anillos de plata por encima de la música country que suena en este bar.

—Pensé que estarías de mejor humor después de ganar. Otra vez. ¿Te mataría darnos al resto de nosotros un momento al sol?

—Eres joven, Theo. Trabaja más duro. Gánatelo. Espolea más a tu toro y aguanta hasta el final en lugar de tomar el camino de menor resistencia. Mediocre no es suficiente para ganar en esta gira.

Estoy siendo duro, pero probablemente es hora de que suba de nivel. Si su viejo aún estuviera por aquí, le diría lo mismo. Recuerdo que lo hizo conmigo.

Me frotó la espalda hasta que un día me empujó a lo más hondo. Amor duro. Funciona cuando alguien es tan competitivo como yo. Como un reto para hacerlo mejor.

Theo resopla y echa un poco la cabeza hacia atrás. Se hace el interesante, pero por la chispa de sus ojos me doy cuenta de que lo he molestado un poco. Lo justo para que quiera ser mejor. Pequeños incrementos todo el tiempo.

Me encanta ver cómo se desarrolla, y me encanta estar a su lado, aunque me gustaría que fuera su padre en vez de yo.

Por mucho que intento mantener la mirada fija en la botella marrón que tengo en las manos, mis ojos se desvían hacia donde sé que Summer está sentada con ese sórdido de Emmett. Todo lo que puedo ver es su espalda, la estrecha cintura donde su nueva camiseta de la WBRF está metida en esos vaqueros ajustadísimos, ceñidos con un cinturón que tiene un colorido dibujo cosido. La forma en que se ciñen a sus caderas, donde su cuerpo se ensancha, es una distracción incomparable.

Su taburete está demasiado cerca del de ella, y él se inclina para decirle algo mientras se ríe y todo eso. Todo feliz y despreocupado chico de oro, mientras yo estoy sentada aquí rumiando como un Neanderthal.

—¿Crees que enrollarte con Cindy es una mala idea? —Theo vuelve a centrar mi atención en él cambiando completamente de tema.

—No sé. ¿Por qué sería una mala idea? A ella le gustas. Por eso me llevó aparte. Para saber si yo sabía lo que estabas haciendo esta noche. Como si fuera una jodida colegiala que quiere cotillear el estado de su relación. —Sacudo la cabeza y le doy otro trago a la cerveza.

En temporadas anteriores, si me apetecía celebrarlo después de una buena carrera, salía de la pista y me llevaba un conejito. Pero el atractivo se ha ido perdiendo poco a poco, y las chicas son cada vez más jóvenes. Demasiado jóvenes.

O sigo envejeciendo. Supongo que eso es más probable.

—Porque ella es un conejito de hebilla, hombre. También ha estado con otros chicos en la gira.

—¿Cuándo volviste a ser virgen, Theo? Estoy bastante seguro de que te vi con las pelotas hasta el fondo en una de sus amigas cuando entré en el

vestuario una vez.

Ahora se ríe a carcajadas.

—Me olvidé de eso.

—¿Pero te gusta?

Mueve la cabeza de un lado a otro con una tímida sonrisa.

—Sí, supongo que sí.

—Entonces, ¿a quién le importa? Tal vez funcione, tal vez no. Pero no seas un cerdo. Sé sincero. Los conejitos con hebilla también tienen sentimientos. —Le guiño un ojo.

—¡Ah, consejos de citas del famoso donjuán, Rhett Eaton! —Me levanta la botella de cerveza en señal de aplauso y yo lo ignoro, optando por dar otro trago. No estoy seguro de que mi comportamiento pasado sea digno de celebración.

Vuelvo a mirar furtivamente a Summer. No puedo evitar que mis ojos o mi mente se desvíen hacia ella. Si se va con Emmett, podría quemarme.

Le pasa el brazo por encima del respaldo de la silla como si tuviera derecho a hacerlo.

—Hablando de chicas... —Theo mueve las cejas y señala a Summer con la barbilla.

—¿Qué? —Muerdo—. ¿Mi niñera?

—Yo no juzgaría. Joder con la niñera es una cosa por una razón.

—Creí haberte dicho que no fueras un cerdo. —Tengo que recordarme que sólo tiene veintidós años y anda por ahí con una erección constante, antes de arrancarle la cabeza de un mordisco.

—Como quieras, hombre. Solo digo. No puedes quitarle los ojos de encima. Es *casi* como si estuvieras celoso.

Decido, aquí y ahora, no volver a mirar hacia allí.

—¿De Emmett Bush? —Resoplo—. Ese será el día. Empezaré a hacerme mechas en el cabello y a hacerme tratamientos faciales para tener su brillo de muñeco Ken, sólo para parecerme más a él.

—Desde luego, no pareces *nada* celoso —se burla Theo.

Doy otro trago molesto.

—Bien. Porque yo no lo estoy.

—Puedo ver por qué lo estarías sin embargo. Ella se ve muy bien en ese toro.

—¿Qué? Me doy la vuelta tan rápido que golpeo mi botella en el proceso, enderezándola justo antes de que cree algo más que un pequeño charco de cerveza en la mesa.

Pero cuando vuelvo a mirar hacia arriba, Summer se ha subido al toro mecánico. Está rodeado de colchonetas de espuma, y una multitud se ha reunido alrededor de la barrera baja que rodea el círculo.

Su pequeña mano rodea la empuñadura y sus vaqueros pálidos están tan ajustados que puedo ver el pliegue donde el muslo se une a la cadera.

Sonríe ampliamente y, cuando mira a Emmett, sus dientes superiores se clavan en el labio inferior.

Esos malditos labios.

Asiente con la cabeza y suelta una risita. Parece tan despreocupada. Tan joven.

Mucho más feliz de lo que suele estar en mi compañía.

El tipo que maneja la máquina la pone en marcha, y sus caderas se mecen con el movimiento.

Tengo que apartar la mirada. Mi cerebro está frito y mi polla se está engrosando.

Quiero echármela al hombro y sacarla de aquí.

Poner mi marca en ella.

No se parece a nada que haya sentido antes.

Pero ella no quiere eso. No lo necesita, y sigo recordándome que debo ser un caballero. Le dije a Theo que no fuera un cerdo, y tengo que asegurarme de no serlo yo tampoco.

Giro sobre mi taburete para mirar a Theo y me bebo el resto de la cerveza

antes de pedirle al camarero que me traiga otra.

Lo necesito.

—Hola, chicos. —Cindy se acerca, mirando a Theo como si fuera un pastel y fuera su cumpleaños—. ¿Cómo va todo?

—Estupendo. —Theo sonríe y palmea el taburete a su lado.

No digo nada. Las feromonas que hay entre ellas no hacen más que molestarme. Ojalá lo único que nos separara a Summer y a mí fuera que los dos somos demasiado estúpidos para hablarnos.

En vez de eso, tiene que ser inteligente, responsable y hacer carrera. Convirtiéndonos en un problema, cuando en cualquier otro escenario seríamos pan comido.

—Tu chica sabe montar, Rhett —dice Cindy, señalando con la cabeza a Summer.

Claro que puede. Es fuerte. Que pueda sentarse en un toro mecánico mejor que una persona normal no me sorprende lo más mínimo. La he visto entrenar, he visto ese culo apretarse en sus mallas. He visto cómo el sudor se desliza entre sus tetas, sus labios entreabiertos mientras jadea tras una dura sesión.

Echo un vistazo por encima del hombro porque soy un hijo de puta muy débil cuando se trata de Summer Hamilton. Efectivamente, se la ve muy bien ahí arriba. Brazo en alto, barbilla hacia abajo, hombros hacia atrás.

Pero no es bueno para el negocio que alguien dure demasiado, y me doy la vuelta justo cuando la operadora la empuja en otra dirección, obligándola a perder su asiento.

—No es mi chica.

Escucho los vítores para ella, sabiendo que probablemente finalmente se dio su revolcón.

Espero que esté bien.

Theo pone los ojos en blanco, pero al ver la escena detrás de mí, los abre de par en par.

—Tienes razón —asiente Cindy con un movimiento de cabeza—. Parece

que podría ser la de Emmett.

Esta vez, me pongo de pie y veo a Summer quitarse el sombrero de vaquero de Emmett y ponérselo en la cabeza mientras se dirigen a la barra del otro lado de la sala.

Y ya está.

Doy zancadas por la barra, llegando hasta ella lo más rápido que puedo. Parece que tardo una eternidad, pero tienen que haber sido menos de ocho segundos.

Summer se está metiendo un chupito en el escote cuando llego hasta ella y le quito el puto sombrero de la cabeza.

—¿Qué...? —Deja de hablar cuando me ve—. ¿Qué pasa? —Parece realmente confundida.

Como si de verdad no tuviera ni puta idea de lo loco que me vuelve.

Cuánto la deseo.

—Hola, hombre. —Emmett se desliza como la maldita serpiente que es—. Conoces las reglas.

—Sí, las conozco. Pero ella no. Guárdate el puto sombrero.

—Whoa, whoa, whoa. —Summer se quita el vaso de chupito del escote y levanta la mano para detenernos—. ¿Qué reglas?

—No te preocupes, muñeca. Hagamos la bebida del shot de tu cuerpo. —Emmett intenta redirigir la conversación, colocando su cuerpo delante del mío para bloquearme.

Pero mis extremidades son más largas, lo rodeo y le robo el chupito de la mano a Summer.

—De ninguna jodida manera.

Emmett me fulmina con la mirada, y toda esa mierda de chico granjero educado y alegre se le cae a los pies.

—Lárgate, Eaton.

—¿No me has escuchado, Bush? He dicho que de ninguna manera. Conozco tus juegos. Juégalos en otra parte. Respira a esta chica de la manera equivocada, y acabaré contigo aquí mismo en vez de patearte el culo en el ring.

Sus ojos azules se entrecierran y me mira con la mandíbula desencajada y los hombros tensos. No hace falta ser un genio para saber que quiere pegarme ahora mismo. Ojalá lo hiciera, para poder pisotearle su estúpida, brillante y depredadora cara. Ahora es Summer la que da un paso al frente, con esa sonrisa sexy en los labios mientras levanta una mano para señalarme. Sé que está intentando calmar la situación, evitarme problemas, y por eso me sorprende tanto cuando dice—: De acuerdo. Entonces tú beberás el shot.

No me quita la mirada de encima mientras se pone delante de Emmett. Él está detrás de ella y la barra abarrotada a nuestro lado, pero yo solo la veo a ella.

Ojos brillantes, mejillas sonrosadas por el esfuerzo, cabello oscuro suelto y alborotado alrededor de los hombros.

Summer hincha el pecho en mi dirección y mis ojos se posan en la turgencia de sus pechos, la línea del escote y la cicatriz vertical que traza el centro.

—Métetelo —gruño.

Ella se muerde el labio, consciente de lo que acaba de decir. Me acerco, conteniéndome para no pasarle las manos por encima, y levanto el delgado vaso. Lentamente, lo aprieto entre sus suaves pechos, pasando la yema del dedo anular por la parte superior redondeada de su carne antes de trazar la línea que sube por todo su pecho. La cicatriz que no se molesta en tapar porque es jodidamente fuerte. Tan valiente.

Le toco la piel levantada, sin importarme lo personal que resulta hacerlo en público. Se le pone la piel de gallina en el pecho e, incluso por encima de la música a todo volumen, escucho su grito ahogado. Siento cómo su aliento se desliza por mi piel. Me distrae. Se me hincha la polla en los vaqueros.

Alarga la mano y levanta un bote de nata montada con un brillo desafiante en los ojos. Llevamos bailando torpemente el uno alrededor del otro desde aquel día en la valla. Apenas hemos hablado, pero ahora me mira como si quisiera hacer mucho más que hablar.

—¿Te apetecen unos lácteos, Rhett? —Agita la lata y, antes de que pueda detenerla, rocía una línea del vaso de chupito que tiene entre las tetas a lo largo de la cicatriz.

Es jodidamente pornográfico. O tal vez sólo ha pasado un tiempo para mí. En cualquier caso, quiero sacarla de aquí para poder inclinarla y azotarle el culo perfecto por ponerse el sombrero de Emmett. Ponerla de rodillas y meterle la polla entre esos labios que llevan semanas provocándome. Ver cómo se le abren los ojos cuando llego al fondo de su garganta.

Me mira fijamente, con la nata montada recorriéndole el centro del pecho, terminando donde sus pronunciadas clavículas se hunden y se encuentran con el suave punto de la base de su garganta.

—¿O va a ser demasiado lechoso para ti?

Agacho la cabeza en su dirección, tapando a algunos de los curiosos con el ala de mi propio sombrero.

—¿Quieres que te lama la nata montada, princesa?

Saca la lengua y se humedece el labio inferior mientras sus ojos recorren mi cuerpo con hambre.

—Sí. Creo que sí.

No necesito que me lo pida dos veces. Me agacho, presionando con la lengua su piel desnuda mientras sus manos se amoldan a mis hombros. Mi boca se desliza por su esternón, y tampoco me molesto en ser cortés. Lamo, arrastro los dientes y, cuando llego a esa suave hondonada, chupo su piel antes de apretarla con un suave beso.

Sus dedos agarran mi camisa y sus ojos se centran en mí cuando la miro a la cara.

Le dirijo mi mejor sonrisa arrogante, que derrite las bragas, y vuelvo a sumergirme entre sus pechos. Una de sus manos se desliza por mi nuca y me acaricia el cabello antes de agarrarme. Mis labios rodean el vaso de algo dulce y almibarado. Algo que normalmente nunca bebería, pero si Summer quiere que lo lama en cada centímetro cuadrado de su delicioso cuerpo, me pasaré horas complaciéndola.

Me pongo en pie y le rodeo la cintura con un brazo, atrayéndola contra mí mientras inclino la cabeza hacia atrás y tomo el shot.

Puedo sentir su corazón latiendo contra mis costillas. Encaja justo debajo de mi brazo, como si ese lugar estuviera hecho para ella.

—De acuerdo, mi turno. —Emmett intenta intervenir, pero aparto a Summer bajo el cobijo de mi brazo. La idea de dejarla ir ahora es casi insoportable. Para él, para cualquiera.

¿*Turno*? Esto no son los bolos, imbécil.

—Ya te lo dije. Ni una puta oportunidad.

Lo escucho intentar decirle algo a Summer, pero la tengo agarrada por la muñeca y tengo un tiro libre hacia la puerta.

Nos largamos de aquí.

20

Summer

Papá: Summer, ¿qué le hiciste a ese pobre chico?

Summer: No sé de qué estás hablando. Pero sí me gustaría que todo el mundo dejara de hablar de un hombre de treinta y tantos como si fuera un niño. O un perro.

Papá: Bien. Tú también estás a la defensiva. Entendido.

Summer: No estoy a la defensiva. Solo estoy señalando algo.

Papá: Defensivamente.

—¿Adónde demonios crees que me llevas? —Pregunto justo cuando salimos por la puerta al aire fresco de la noche. Aire fresco que necesito desesperadamente después de que Rhett Eaton me haya prendido fuego.

Estoy enfadada con él. Estoy caliente por él. Y esas dos cosas se mezclan hasta que son casi indescifrables.

El aliento de Rhett resopla frente a él mientras nos enfrentamos.

—Lejos de Emmett. Antes de que te cuente lo de la regla del sombrero vaquero.

Me burlo.

—¿Qué demonios es la regla del sombrero de vaquero?

—Llevas el sombrero, montas al vaquero.

Mis ojos se salen de sus órbitas.

—¿Qué?

—Ya me has escuchado. ¿Quieres llevar a Emmett de paseo, Summer? —Su voz es puro veneno, y me echo hacia atrás, sin reconocer este tono en él.

—¿Y si lo hago? —No voy a echarme atrás sólo porque Rhett se ponga en plan cavernícola conmigo—. Parece que no es de tu incumbencia, ya que en cuanto tuviste la oportunidad estabas encima de una rubia…

Levanto una mano entre los dos, la que aún sujeta la estúpida nata montada, y cierro los ojos.

—¿Sabes qué? Ni siquiera importa. Por un momento tuve un gran lapsus de juicio y simplemente… olvídalo.

Giro sobre mis talones y me dirijo hacia el paso de peatones, aliviada de que nuestro hotel esté al otro lado de la calle. Aprieto el botón con el dedo, deseando que el semáforo cambie lo antes posible para poder alejarme de Rhett antes de caer en el profundo pozo de decisiones equivocadas en el que estoy sumergida.

Siento que viene a ponerse a mi lado, pero no dice nada. Caminamos en un tenso silencio. El chirrido de la señal de marcha es nuestra única compañía mientras la música atronadora del bar se desvanece. Mis dedos rodean con fuerza la lata de nata montada, y por un momento me imagino que es el cuello de Rhett, pero la verdad es que eso sólo hace que me suden las palmas de las manos.

¿Por qué tiene que ser el primer tipo desde Rob que me da mariposas en el pecho? Y no del mismo tipo que tenía cuando era una adolescente cachonda mirando fotos suyas. Estas mariposas casi duelen. Siento como si se retorcieran bajo mi piel, apoderándose de mi estómago, impidiendo mi visión.

Porque todo lo que puedo ver es a Rhett. En la parte de atrás de mis párpados cuando duermo, y conmigo todo el puto tiempo cuando no estoy dormida.

Es como si se hubiera convertido en una extensión de mí, una parte necesaria de mi ecosistema personal.

Encaprichamiento por proximidad. Es como si nunca hubiera tenido una oportunidad.

Entramos en el hotel, él sólo un paso o dos detrás de mí. No nos miramos, no hablamos, pero la más intensa sensación de anticipación crece en mi pecho. Se expande, presiona, duele.

Quiero que se detenga y continúe para siempre de una vez. Quiero

mirarlo, pero creo que si lo hago, la realidad de lo que estamos a punto de hacer podría asustarme y sacarme del trance en el que estoy. Cualquiera que sea el sentido de resolución al que he llegado.

Esperamos en el banco de ascensores con otra persona, y cuando entramos en el espacio, Rhett y yo tomamos paredes opuestas. Cruzo los brazos bajo los pechos, la fría lata de metal me presiona las costillas y se filtra a través de la camisa mientras lo miro fijamente frente a mí.

El otro hombre ocupa el espacio del medio. Parece cansado, listo para irse a la cama, no tan entusiasmado como Rhett. Rhett parece un cable de alta tensión caído que chisporrotea en la oscuridad.

Y creo que estoy a punto de tomar esa línea y dejar que la electricidad me atraviese.

Cuando el hombre se da cuenta de que está en medio de dos personas que se miran como si pudieran prenderse fuego sólo con la fuerza de su mirada, se endereza. Lo sorprendo mirándonos, girando la cabeza mientras nos observa a cada uno de nosotros. Cuando llegamos a su planta, suena el ascensor y juro que mueve la cabeza al salir, como si supiera que va a haber algún tipo de pelea entre nosotros.

Cuando las puertas se cierran detrás de él, siento un hormigueo en el cuerpo: en la punta de los dedos, en la parte interior del brazo, en el pliegue detrás del codo, antes de que se dispare directamente a un dolor bajo los tirantes del sujetador.

Rhett me mira como ningún otro hombre lo ha hecho en mi vida. Y por todas las veces que no pude descifrar su mirada y pensé que me miraba con irritación, frustración o desagrado... . .

Me doy cuenta de que me equivoqué.

Me mira como si me deseara. *Realmente me* quiere. Como si le doliera. Como si pudiera derretirse, sólo por mí.

Mi respiración se acelera, mis ojos recorren sus rasgos. Cejas pobladas, nariz recta, ojos profundos y cálidos, todo ese desaliño. Dios sabe que le he mirado bastante a lo largo de los años, y cada vez está mejor. Hombros anchos y firmes, cintura estrecha y músculos largos y delgados.

Cuando suena el ascensor, me sobresalto y trago saliva, observando cómo

su nuez de Adán se balancea de forma similar mientras extiende la mano para indicarme que vaya yo primero.

Aprieto los labios, pero salgo, con la mente dándole vueltas a qué hacer a continuación.

Debería ir a mi habitación.

Debería ir a su habitación.

Debería darme una puta ducha helada.

Debería correr por este pasillo y saltar por la ventana como James Bond huyendo de un supervillano porque, haga lo que haga, esto va a acabar mal. Lo sé.

Rhett Eaton me arruinará si le doy la oportunidad, y ni siquiera sé qué hacer con eso.

Creo que podría querer que me arruinara.

Mientras caminamos hacia nuestras habitaciones, uno al lado del otro, me concentro en respirar. Soy tan consciente de su presencia que podría olvidarme de respirar si no me lo recuerdo activamente.

Cuando por fin llego a la puerta, apoyo la palma de la mano en ella para sostenerme mientras espero a que pase por delante de mí. Es sin duda la sensación más descontrolada y desconcertante del mundo. Quiero quedarme mirándolo toda la noche, y quiero cerrar los ojos y no volver a mirarlo nunca más.

—Rhett, yo...

—Vete a la cama, Summer.

Le contesto, sorprendida por lo que dice.

—¿Ir a la cama?

—Sí, antes de que te haga algo muy poco caballeroso.

Enarco las cejas, sorprendida por su franqueza.

—¿Cómo qué? —Mi voz sale tranquila e insegura. Nuestras bromas ligeramente hostiles son mi zona de confort, pero a solas con un hombre como Rhett Eaton, mirándome de la forma en que lo hace, bueno, está fuera de mi alcance.

El sexo con Rob era precipitado e insatisfactorio.

La situación de amigos con derecho a roce que tuve durante la carrera de Derecho acabó con apegos no correspondidos.

Y ese rollo de una noche que tuve fue... simplemente malo.

No sé dónde diablos me deja eso con Rhett. No sé lo que quiero de él.

Pero sé que no quiero ir a la cama.

Al menos no sola.

Le salta un músculo del cuello y se cruza de brazos, con la camisa apretándose alrededor de los bíceps.

—Empezaría por esos malditos labios bonitos.

Mis pestañas se agitan y un gemido se detiene en mi garganta mientras intento averiguar cómo debería responder a *eso*.

Opto por tomar al toro por los cuernos. Doy un paso adelante, saco la mano y le quito el sombrero de vaquero de su cabeza y lo pongo sobre la mía. Su aroma a cuero y regaliz me envuelve y suspiro.

Me gustaría embotellarlo si pudiera. Dulce y terroso y tan malditamente masculino a la vez.

Gruñe cuando me alejo llevando su sombrero y apoyo la espalda contra la pared plana que separa nuestras habitaciones, dejando que una pequeña sonrisa se dibuje en mis labios. Me deleito con el calor de sus ojos cuando lo hago.

Con dos pasos, se eleva sobre mí. Mi cabeza se inclina hacia atrás para contemplar toda su agitada gloria.

—¿Sabes de qué estoy harto, Summer? —Su mano se acerca a mi garganta, revoloteando sobre la piel con tanta suavidad que me arqueo hacia él para aumentar la presión.

—¿De qué?

—Tenerte pensando que estoy fuera follándome a todo lo que se mueve cuando no he mirado a nada ni a nadie desde el primer día que puse mis ojos en ti. Entré en esa sala de juntas olvidada de Dios, y prácticamente me exigiste que me obsesionara contigo.

Tomo aire, sin palabras.

Me acaricia el cuello con tanta ternura que parpadeo, más emocionada de lo que esperaba.

—¿Sabes de qué más estoy jodidamente harto?

—¿Qué? —Mi pregunta es un suspiro, una súplica.

Sube la mano y me presiona la barbilla con el pulgar, forzándome suavemente a abrir la boca. Tiene algo de grosero, pero la forma en que me mira mientras lo hace me hace temblar de anticipación, con el coño húmedo y resbaladizo cuando aprieto los muslos.

—Tener que pasar todo el día, todos los días, contigo y con tu bocaza... —Su mano libre me quita el bote de nata montada de mis manos sudorosas. La levanta y me dedica la sonrisa más pecaminosa—. Y no poder usarla como quiero. Llenarla como quiero. —Su voz es ronca, pero apenas tengo tiempo de percibirla porque el silbido de la crema a presión que me llena la boca impregna el aire entre nosotros.

Cuando se detiene, me presiona la barbilla hacia arriba, cerrándome la boca.

—¿A qué sabe, princesa?

—Mm —es todo lo que puedo decir mientras mis papilas gustativas bailan con la cremosa dulzura, mientras cada terminación nerviosa baila con una electricidad abrasadora.

—Buena chica. Desearías que fuera mi semen, ¿verdad? —Un gemido ahogado se aloja en mi garganta mientras le respondo con la cabeza, atrapada en su mirada ámbar. Entonces se inclina hacia mí, con su aliento húmedo en mis labios, y gruñe—: Trágatelo, Summer.

Una aguda expectación recorre mis venas y emito un gemido desesperado mientras trago para él.

—¿Ya hemos terminado de jugar? —Su voz pesada y llena de promesas me eriza el vello de los brazos.

Asiento con la cabeza, relamiéndome nerviosamente los labios e incapaz de dejar de mirarle.

—Bien. —Su pulgar acaricia el punto sensible bajo mi oreja mientras me

agarra la nuca—. Ahora, dime sinceramente, Summer. Si este fuera tu último momento en la tierra, ¿qué querrías que hiciera?

Ni siquiera necesito pensar en ello. Sé lo que quiero de él.

—Arruíname.

—Bien. Estoy a punto de terminar de ser un caballero contigo. Y lo único por lo que te estoy arruinando es por cualquier otra persona.

Pasa su tarjeta llave y nos empuja a través de la puerta. Y parece que voy a ir a su habitación después de todo.

21

Rhett

Dejo caer el bote de nata sobre la alfombra justo cuando la pesada puerta se cierra detrás de nosotros, y todo se acaba. Todo mi cuerpo zumba de necesidad. Por *ella*.

Arruíname.

Me había dicho que la arruinara. Lo único por lo que voy a arruinarla es por cualquier otro hombre. Voy a darle una noche que nunca superará. Una noche que la hará volver por más.

La empujo contra la puerta cerrada, el ala del sombrero que lleva en la cabeza me roza la cara mientras me abalanzo sobre ella para saborear sus labios. Pero esta vez no es para aparentar. Esta vez es porque ella me dijo que así es como le gustaría que fuera. *Besándome*.

Y joder, una declaración así es una droga poderosa.

La beso como si mi vida dependiera de ello, como si la suya también. Nos abrazamos, sus brazos me rodean el cuello y los míos recorren su cuerpo.

Es un beso desesperado, lleno de angustia y anhelo. Ella parece apresurada. Como si pensara que esto podría terminar. Como si hubiera un límite de tiempo en esto que estamos haciendo.

Me alejo un poco y le agarro la base de la cabeza, con el cabello sedoso bajo mi mano, la respiración agitada, dulce como la nata azucarada, las manos aún tironeándome febrilmente.

—Deja de apresurarte, princesa. Tenemos toda la noche. Ahorra energía, la vas a necesitar.

—Joder —susurra mientras aspira un fuerte suspiro.

—Deja que te enseñe. Voy a tomarme mi tiempo contigo —murmuro antes de tomar sus labios lentamente, tragando el dulce zumbido que hace, sintiendo cómo sus brazos se ablandan y sus manos recorren mis hombros.

Sus uñas se arrastran y un escalofrío me recorre la espalda.

No sé qué hay entre Summer y yo, pero quiero adorar su trono. Quiero darle lo mejor de todo. Lo mejor de *mí*.

Desliza su lengua contra la mía y saboreo la nata montada que acabo de hacerle tragar. Incluso con los ojos cerrados, puedo ver cómo trabaja su garganta, cómo se la traga tal y como le he dicho. Me arde en la parte posterior de los párpados.

No pensé que mi polla pudiera ponerse más dura de lo que ya está, pero empuja dolorosamente la cremallera de mis vaqueros al recordarlo.

Deslizo la mano por la curva de su cuerpo. Le rozo el pezón con el pulgar a través de la fina camisa de algodón y ella gime en mi boca, tratando de apresurar el ritmo pausado que he impuesto.

—Chica codiciosa —gruño mientras me retiro y le doy un beso en la línea inferior de la mandíbula. Beso justo al lado de su boca.

—Rhett.

Mi nombre en sus labios. *Joder*. Es una oración. Es una súplica. Es mi maldita perdición.

Beso su mejilla.

—Creía que me excitaba escuchar a los fans gritar mi nombre desde las gradas. —Le beso la sien—. ¿Pero escucharte gemirlo?

Inclina la cabeza, dándome más acceso. Me pide más.

—Escucharte gemir es mucho más satisfactorio.

Le beso el punto justo debajo de la oreja y ella se retuerce contra mí. Respira entrecortadamente y vuelve a gemir mi nombre.

—Rhett.

—¿Te gusta? —Le pellizco la oreja.

—Es la barba. Se siente tan bien. Yo... Nunca había tenido... —La chica que suele ser tan arreglada y bien hablada es un charco, todo por mi barba.

Y me excita. Me excita ser el primer hombre que la quema con la barba. Su cuello no está a salvo esta noche, ni tampoco el interior de sus muslos.

Suelto una risita y arrastro los dientes por su garganta, impulsado por sus gemidos.

Por el balanceo de sus caderas hacia mí.

Por sus dedos en mi cabello.

Mis dedos se posan en la cintura de sus putos vaqueros ajustados y tiran de ella para quitarle la camiseta. Aprieto su cintura, su piel suave y cálida, y noto cómo la tira de las putas bragas sexys que lleva le sube por la cadera de la forma más seductora.

Y entonces, empujo la camisa blanca por encima de su cabeza, queriendo quitársela lo antes posible. Quiero ver lo que esconde bajo esa apariencia tan bien maquillada.

Levanta los brazos y, cuando la camisa le despeja la cabeza, mi sombrero cae al suelo a sus pies. Pero lo dejo allí, para contemplar a Summer apoyada contra la puerta, con el cabello alborotado, el pecho agitado y los pechos turgentes en el sujetador de encaje rojo. Las tiras de las bragas de encaje a juego se le suben por encima de los vaqueros.

Parece un poco inestable y muy desesperada. Totalmente despeinada. Y me encanta este look en ella.

Me agacho rápidamente para tomar el sombrero y la lata antes de volver a ponerle el sombrero en la cabeza.

Mi *sombrero*. Gimo y cierro los ojos ante el puto sueño húmedo que tengo delante.

—Deberías verte ahora mismo.

Sus dientes se clavan en su labio inferior hinchado, completando toda la mirada.

—Tan jodidamente hermosa.

—Por favor, no pares.

—No lo planeaba. Sólo admiraba la vista.

—Quítate la camisa.

Me río entre dientes.

—Ahí está. Mi chica mandona. —Me acerco y la aprieto contra la

puerta—. Si quieres que me la quite, hazlo tú misma.

Una expresión de desafío se dibuja en su rostro, pero al cabo de unos instantes cede. Sus pequeñas manos alcanzan los botones de mi camisa y, ágilmente, pasa los primeros por los agujeros.

Cuando me mira con esa sonrisita en los labios, sé que está a punto de hacer algo travieso. Me agarra de la camisa y la rasga. Los botones vuelan a nuestro alrededor.

Parece divertida hasta que le bajo el sujetador de un tirón, y el ruido del encaje al rasgarse se escucha en la silenciosa habitación.

—¡Eh! —empieza, pero sus tetas desnudas están expuestas delante de mí. Suaves y turgentes, con los pezones duros como piedras. Las luces de neón del bar de mierda de enfrente proyectan un resplandor azul en la habitación que realza su belleza etérea. Incluso la cicatriz en el centro del pecho le sienta bien. Una cicatriz de batalla. Un testimonio de lo duro que ha luchado. De lo jodidamente fuerte que es.

Estoy absolutamente asombrado.

—Ese sujetador era La Perla. Me debes…

La hago callar rociándole el pezón derecho con un círculo de nata montada. En vez de gritarme, empieza a gemir y a pasarme las manos por el cabello cuando agacho la cabeza y me meto su pecho en la boca, dando un largo tirón.

Su pecho se arquea hacia mí mientras lamo la nata montada de su cuerpo. Nunca un producto lácteo había sabido tan bien. Siento la piel de gallina contra mis labios y, una vez que la he limpiado, rozo su pezón con los dientes.

—Mm —murmuro, inclinándome ligeramente hacia atrás para admirar cómo le brillan los pechos antes de estirar la mano por detrás y quitarle por completo el sujetador roto.

Ella mira, sin palabras.

Voy por el otro pezón, cubriéndolo de crema, deteniéndome un momento para apreciar cómo se la ve toda escandalizada y pintada de crema azucarada.

Me da las ideas más sucias. Ideas que dejo pasar por mi mente mientras vuelvo a bajar la cabeza y me tomo mi tiempo para limpiarla mientras ella gime

y se retuerce. Cuando me enderezo y dejo caer la lata al suelo, le acaricio los pechos y le sonrío.

—Creía que odiabas la leche —resopla, con los ojos vidriosos y ansiosa.

—Le estoy tomando el gusto. —Gruño mientras la levanto, presionándola contra la puerta y besándola de nuevo. Me rodea la cintura con las piernas y me aprieta las caderas mientras me besa, y mi sombrero cae de su cabeza a nuestros pies.

Todo lo que puedo saborear es nata montada y cerezas, y todo lo que puedo oler es *a ella*. Todo lo que quiero es *a ella*.

Así es como me encuentro llevándola a través de la habitación azul del hotel con pasos largos y seguros, ignorando la punzada en el hombro -porque ¿quién necesita un puto hombro con una chica como esta?- y dejándola caer sobre la cama, con su cabello oscuro brillando a su alrededor, como rayos de sol sobre su dulce cara pecosa.

Nos detenemos un segundo, ella extendida sobre mi cama mientras yo permanezco embelesado entre sus rodillas. Es el momento en el que nos planteamos si estamos a punto de hacerlo.

—¿Me quieres, princesa? —Pregunto mientras le quito una bota de cada pie.

Despega los labios y me mira fijamente cuando los dejo caer al suelo con un fuerte golpe.

—Sí.

Me agacho y le desabrocho los vaqueros, apartándome sólo para arrastrarlos por sus piernas.

—¿Por qué?

—Porque...

Me deshago de ellas y la miro fijamente, con las bragas subidas, mostrando el contorno de su coño. Gimo. Eso, unido a los calcetines hasta la rodilla que lleva y a sus tetas a la vista, podría hacerme estallar en el acto. Pintarla con algo totalmente distinto.

Me acerco hasta que mis rodillas chocan contra el colchón, la agarro por detrás de las rodillas y le abro las piernas. Al hacerlo, sus bragas se deslizan y

dejan al descubierto uno de sus labios desnudos.

—Joder, Summer. Joder, mírate.

Se queja y se lleva las manos a las tetas, como si quisiera tapárselas. Pero la sorprendo haciéndose rodar los pezones entre el pulgar y el índice, claramente intentando evitar responder a mi pregunta.

—Dime. Dime por qué me quieres.

Junta los labios y jadea.

—¿Quieres esto?

Ella asiente.

—Háblame, Summer. ¿Quieres que te llene este pequeño y apretado coño?

—Joder —la palabra sale de su boca mientras sus ojos se abren de sorpresa. Una princesita tan correcta.

—¿Ahora tengo tu atención?

—Siempre has tenido mi atención, Rhett. —Su confesión sale tranquila y suave. Como un secreto compartido entre amantes. Y como un bálsamo para mis heridas más profundas.

Gimo y estiro la mano hacia delante, pasando el pulgar por la costura de su coño, sintiendo cómo palpita y se aprieta contra mí. Noto lo húmedo que está el encaje. Apartando la tira de tela, meto un dedo y me deleito con ella, suave y resbaladiza. Empapada.

—Estás empapada, Summer. ¿Ese desastre es todo para mí?

Juro que veo sus mejillas sonrosadas, más bien moradas en el resplandor azul.

—Sí —dice mansamente, sonando casi avergonzada.

Y, bueno, eso no va a funcionar. Tiene que saber lo salvaje que me pone esto.

—Me encanta —gruño, arrodillándome, pasándome la pierna por encima del hombro y tirando de su culo hasta el borde de la cama. Cuando aparto el trozo de encaje, me deleito con lo que solo había sentido antes.

—Todo esto para mí. —Vuelvo a frotarle el coño, noto cómo su pierna se aprieta contra mi hombro mientras su cabeza se inclina tímidamente hacia un lado—. Qué jodido placer.

Trata de presionar cerrando la pierna libre, y yo deslizo un dedo en su húmedo calor mientras le doy un toque.

—No, no, no. No te pongas tímida ahora. Abre bien las piernas para mí, princesa.

Deslizo una mano por la parte posterior de su muslo para abrirla mientras ella exhala un tranquilo *Bien*.

Apretando un beso en el interior de su rodilla, asegurándome de que siente el roce de mi barba, le pregunto—: ¿Sigo?

Tarda un poco en responder. Así que espero y le doy más besos en la cara interna del muslo, sonriendo cuando sus caderas se agitan.

—Nunca... bueno, esto es nuevo.

Me quedo inmóvil un momento, observando su silueta desde donde estoy arrodillado.

—¿Nuevo? ¿Como si nadie hubiera probado esto? —La froto de nuevo, y mi polla salta cuando me doy cuenta de que está aún más mojada que antes.

Ella niega con la cabeza.

El Doctor Imbécil es realmente lo peor. Pero no digo eso. En lugar de eso, tomo la ropa interior de encaje y se la bajo por las piernas. Si esta va a ser su primera vez cabalgando la cara de un hombre, va a ser bueno. Y no va a haber bragas de lujo en el camino.

Cuando se las quito por los tobillos, vuelvo a mi posición.

—Eso es un crimen, Summer. Una vergüenza terrible. —Deslizo un dedo y siento cómo se contrae a mi alrededor mientras jadea—. Parece que tengo algunos errores que corregir. —Bombeo dentro y fuera, observando embelesado cómo su coño recibe mi dedo, y luego dos—. Y ni siquiera estoy triste por ello. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —responde rápidamente, con voz ronca y gruesa.

—Porque si este fuera mi último momento en la tierra, así es como me

gustaría irme. —Empujo con fuerza ahora, viendo su cuerpo temblar con la fuerza, oyéndola maldecir—. La cabeza entre estos bonitos muslos, tu coño en mi lengua.

La abro de par en par, dejo caer la cabeza y me pongo manos a la obra.



22

Summer

Mis ojos se ponen en blanco y veo estrellas. Brillantes y relucientes, casi cegadoras. He oído que el buen sexo es comparable a una experiencia extracorpórea, y nunca he entendido ese sentimiento.

Pero con la cara de Rhett Eaton entre mis piernas, sí.

Sus musculosos brazos me rodean las piernas y una de sus manos se extiende por mi estómago, sujetándome. La otra me rodea el muslo, y sus dedos se clavan con tanta fuerza que siento que podría dejarme moretones junto a los que me dejó al pellizcarme con la silla unos días antes.

Su lengua.

Su. Lengua.

Su maldita lengua.

Me está lamiendo, casi como hizo con la nata montada de mis pechos, con reverencia, pero con la presión justa. La succión justa.

La cantidad justa de dientes. Me mete la lengua hasta el fondo y, cuando intento retorcerme, su mano callosa me empuja con más fuerza contra el colchón demasiado blando de mi espalda. Su barba es espinosa y áspera contra mi coño. Me rechina en el interior de los muslos. Multiplica por diez mi placer. En parte por la sensación en sí, y en parte porque, bueno, porque es Rhett.

Rhett Eaton. Mi amor adolescente. Rhett Eaton. Símbolo sexual. Rhett Eaton.

¿O no? Creo que es una percepción anticuada de la que no ha podido librarse.

Dijo que estaba obsesionado conmigo. Eso fue casi tan impactante como lo bien que se siente tener su boca entre mis piernas.

Pensé que Rhett me odiaba pero me toleraba.

Pero basándome en las cosas que ha dicho, parece que me he

equivocado. Muy, *muy*, equivocada.

—¡Rhett! —Grito, una mano sigue trabajando en mi pezón mientras mi otra se dispara hacia su cabeza. Alterno entre sentirme cohibida y que me importe un carajo porque es condenadamente bueno.

Se retira y hace una pausa—: Dime qué quieres, Summer.

Me está matando con tanta charla. Tener que decir las cosas en voz alta está firmemente fuera de mi zona de confort. Para un hombre al que nunca le ha gustado mucho charlar, tiene mucho que decir cuando me quito la ropa.

Me empujo sobre los codos y le miro, sus ojos siguen fijos en mi coño.

—Quiero que dejes de hacerme decir cosas en voz alta. —Me río a medias.

Sus ojos revolotean hasta los míos y sonríe, la sonrisa más carnal, antes de lamerse los labios y guiñarme un ojo.

—¿Qué puedo decir? Me gustan tus mejillas rosadas y ver cómo te retuerces.

Me sonrojo más.

Me desengancha suavemente las piernas y se pone de pie, imponiéndose sobre mi cuerpo expuesto. Me hace sentir muy vulnerable. Deja caer su camisa estropeada al suelo y me mira ceñudo.

—¿Te he dicho que pares?

—¿Parar qué?

—Tócate. Continúa.

Trago saliva, preguntándome cómo reacciono ante él con tanta fuerza. Me consume, y ni siquiera me planteo decirle que no. En lugar de eso, me dejo caer sobre la cama y deslizo una mano por mi vientre antes de agarrarme un pecho.

Hago lo mismo con la otra, pero cuando mis rodillas se inclinan hacia dentro, su palma callosa empuja un poco una pierna para abrirla.

—No he terminado con eso —gruñe mientras se quita los pantalones y se gira brevemente para sacar algo de su bolso, ofreciéndome una gloriosa vista de su culo.

Redondo y musculoso, y tan malditamente asible.

Cuando vuelve, lleva en la mano un paquete de condones de aluminio. Su polla es enorme y dura y me apunta directamente.

—¿Todavía quieres esto, Summer?

Ahora parece inseguro, como si le preocupara que pudiera rechazarlo.

—Sí —respiro, queriendo darle más—. Te quiero dentro de mí.

Los mechones de su cabello han caído sobre su cara. Parece desordenado y delicioso, y creo que incluso un poco cohibido. Me pregunto qué querrá que le diga. ¿Qué intentará sonsacarme?

Creía que todo eran palabras sucias, pero la forma en que me mira ahora mientras enrolla un condón sobre su longitud de acero me hace preguntarme si es algo más.

—Quiero que estés encima de mí —digo torpemente mientras me siento. Tengo que mejorar mi lenguaje obsceno. Sus ojos se entrecierran mientras aprieta la polla, pero mantengo la mirada en su cara mientras avanza hacia mí, con el corazón retumbando contra mis costillas. Como si quisiera salirse de mi cuerpo y entregarse a este hombre.

Como si supiera algo que yo ignoro.

Cuando por fin se cierne sobre mí, meto la mano entre los dos para agarrar su gruesa polla. Y es *gruesa*.

—Jesús. Voy a pagar por esto mañana, ¿no?

Rhett sonríe.

—Si mañana no andas con las piernas arqueadas, no habré hecho mi trabajo esta noche.

Ahora parece tan juguetón, tan delicioso, tan seguro de sí mismo. Toda su atención está en mí, y sólo en mí. Parece el tipo de hombre en el que podría enredarme fácilmente y quedarme con el corazón roto al final.

Deslizo la cabeza de su polla contra mi núcleo resbaladizo, rechinando sobre su punta, viendo cómo se le cierran los ojos.

Me besa, un beso abrasador que hace que se me doblen los dedos de los pies y mis caderas se arqueen para ir a su encuentro. Y entonces me penetra, lento, constante y delicioso, llenándome y dándole a mi cuerpo el tiempo que

necesita para adaptarse. Levanto una pierna y la envuelvo alrededor de su espalda, acercándolo. Lo quiero más cerca.

—Joder, Summer —gruñe contra mis labios—. Sólo joderr. ¿Cómo estás tan apretada?

Mis uñas patinan sobre su espalda mientras dejo que mis manos vaguen como nunca lo hicieron mientras le daba un masaje. La forma en que estoy tocando a Rhett Eaton no tiene nada de profesional.

Cuando toca fondo, apoyado en la cuna de mis caderas, gime.

—¿Estás bien? Porque creo que esto es lo máximo que puedo aguantar siendo amable.

Le pellizco la barbilla.

—¿Pensé que te había dicho que me arruinaras?

Se yergue sobre mí, mortalmente serio y dolorosamente guapo.

—Cuidado con lo que deseas, princesa.

Tira hasta el fondo y vuelve a meter la mano. Mi cuerpo se estremece y mi cabeza se inclina hacia atrás. Siento cada punto de contacto entre nosotros, cada centímetro de piel. Incluso su mirada se clava en mí, como si atrajera mi alma hasta mi piel con solo mirarme a los ojos.

Establece un ritmo lento pero potente, follándome con fuerza, observando cada uno de mis movimientos, absorbiendo cada ruido.

Por un lado, es casi desconcertante. Por otro, me siento como una maldita diosa debajo de Rhett Eaton. Como si no pudiera apartar los ojos de mí, como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si nunca fuera a olvidar esto.

O conseguir lo suficiente. Sé que nunca lo haré.

Mis gemidos suben de tono cuando tensa mi cuerpo, pero se retira, se arrodilla y vuelve a deleitarse conmigo.

El cambio de presión, de tacto, todo, hace que mi cuerpo se tambalee. Me corre un ligero sudor por el pecho mientras me folla con la lengua como si fuera lo mejor que ha probado en su vida.

—Rhett —jadeo su nombre, completamente perdida en la sensación de que toca mi cuerpo como un instrumento que domina.

—¿Sí, Princesa? ¿Vas a decirme por qué quieres esto ahora? —Se mantiene erguido, agarrándome por los tobillos mientras me dobla como quiere, que en esta coyuntura actual, tiene mis pies cerca de sus hombros mientras se cierne sobre mí como una especie de dios salvaje.

Entonces se está alineando, deslizándose dentro de mí otra vez. Tan profundo.

Llenándome con cada centímetro.

—No lo sé —jadeo, con los ojos fijos en la forma en que su piel brilla por el sudor.

—Inténtalo de nuevo. —Empuja dentro de mí, marcando un ritmo más duro. Su cabeza se inclina hacia atrás, resaltando la protuberancia de su nuez de Adán. Con cada golpe, mis gemidos se hacen más fuertes, más frenéticos, igual que sus movimientos.

—Te tendré gritando toda la noche hasta que me lo digas.

Joder, ¿estoy gritando?

Justo cuando mis terminaciones nerviosas vuelven a enroscarse, cuando busco ese punto que tanto deseo golpear, él se retira y cae al suelo. Dejándome vacía y sin aliento.

—Haré que te corras toda la noche, Summer. Pero no hasta que lo digas en voz alta. Quiero escucharlo. —Sus dedos frotan despacio, muy despacio, mi clítoris hinchado. Me mete dos dedos, el sonido de lo mojada que estoy para él me hace sonrojar. Pero él sólo ríe suavemente, profundamente—. ¿Quieres follarte a un jinete de toros, nena?

Baja la cabeza y me lametea de nuevo, con la lengua plana, sus movimientos medidos, arrastrándome lejos del borde.

—No. —Mis manos buscan mis pechos por sí solas, mi cuerpo ansía liberarse.

Se mete el clítoris en la boca y me roza el coño con los dientes.

—¿Dar un paseo por el lado salvaje con un vaquero en vez de con tus elegantes chicos de ciudad? —murmura, la visión de su cabeza entre mis piernas grabándose a fuego en mi memoria.

—¡No! —Mi respuesta es más contundente esta vez.

Chupa con más fuerza y mis piernas se abren más. Nunca sabré cómo he pasado de no haberlo hecho nunca a ser devorada por el rey de los coños. Pero definitivamente no voy a quejarme. Y menos cuando por fin estoy a punto de soltarme, empujándome sobre él, con los dedos pellizcándome los pezones.

Pero se aparta.

Suelto un gruñido frustrado y me apoyo en los codos. Me dedica una sonrisa diabólica y frunce el ceño, como si supiera exactamente lo que está haciendo.

—Dime por qué lo quieres, Summer. —Su voz es ronca, con una mordacidad que antes no tenía.

Esto.

Me sorprende que hable de sí mismo como de una mercancía. Tal vez esto no es un juego para él en absoluto. Tal vez realmente está tratando de averiguar por qué una chica como yo querría a un hombre como él.

Le clavo los ojos mientras me siento en el borde de la cama y lo alcanzo.

—No quiero *eso*, Rhett. Te quiero *a* ti.

Mis manos lo recorren, buscando suavemente, pero él permanece quieto. Observándome como siempre hace.

—Estoy cansado de hacer lo que *debo* e ignorar lo que quiero. Y lo que quiero eres tú. Dentro de mí. A mi alrededor. Te quiero *conmigo*. Y quiero ser la única.

En voz alta, sueno tan insegura. Pero mi corazón no puede soportar que lo rompan otra vez. No puede soportar que un hombre como Rhett me trate como si no fuera más que un rollo. No sé qué significa todo esto, pero sé que quiero que entienda que esto no es casual para mí. Puede que no sepa lo que es, pero no es eso.

Me mira fijamente, como si estuviera procesando lo que acabo de decirle, antes de inclinarse de nuevo sobre mí, ahuecando mi cráneo entre sus grandes manos con tanta ternura que me duele el pecho.

—Me tienes a mí, princesa. Sólo a ti, te lo prometo —ronca, antes de besarme. Un beso que me consume. Me saboreo en sus labios y siento su barba en mis mejillas. Su cabello cae a nuestro alrededor, encerrándonos en una

burbuja íntima, y sonrío contra su boca porque ahora está a mi alrededor.

Después de un momento de enfriamiento, mi cuerpo se calienta de nuevo para él tan fácilmente. Como si tuviera un interruptor y él fuera el único que sabe dónde está.

No intercambiamos más palabras mientras me tumba suavemente, manteniendo nuestros cuerpos cerca, besándome mientras lo hacemos, arrastrando su boca -su barba- hasta que me convierto en un lío que se retuerce y gime debajo de él. Su cara se cierne sobre la mía, sus codos caen sobre la cama junto a mi cabeza y me mira fijamente a los ojos.

Siempre mirando. Como si parpadeara, yo podría desaparecer.

Me pasa la yema del pulgar por la sien con reverencia, apartándome un mechón de cabello de la mejilla. La punta roma de su polla me roza el muslo mientras disfrutamos de este momento. Esta anticipación. Porque, de repente, esta noche es diferente.

—Nunca había deseado tanto a alguien en mi vida —le confieso.

Su sonrisa de respuesta es suave, una que no estoy segura de haberle visto nunca.

Su pulgar sigue acariciándome la sien con una delicadeza desgarradora mientras se desliza dentro de mí.

Suspiramos al unísono y él dice—: Yo tampoco, princesa. Yo tampoco.

Nos besamos, nos tocamos, se mece dentro de mí, me folla hasta que tiemblo bajo él. En todas las superficies que encontramos. Se pasa toda la noche demostrando lo mucho que me desea, separándome por todas las costuras, viendo cómo me derrumbo ante él una y otra vez.

Sin embargo, creo que también se desmorona un poco para mí.

Cuando los dos estamos deshuesados y exhaustos, me atrae hacia su cuerpo y me abraza como si nunca fuera a soltarme.

Y cuando siente lo fríos que están mis pies, enreda sus piernas calientes contra ellos.

23

Rhett

Kip: ¿Está todo bien? Ninguno de ustedes ha contestado a mis mensajes sobre su reunión con los chicos de Ariat.

Rhett: Sí, papá. Todo va bien. Algunos dormimos por la noche.

Kip: Me preocupaba que pudiera haberte matado. Solo cuidaba de ti, hijo.

Rhett: Casi lo hizo.

Dormí más cómodamente de lo que lo he hecho en, bueno, nunca. Summer se adapta a mí como si estuviera hecha para mí. Ni siquiera me importan sus pies fríos.

Me despierto para acercarme a ella, o para acariciar un trozo de su sedoso cabello, o para rozar con un beso ligero como una pluma esos labios hinchados. Pero nunca siento que me despierte, sino que es una prolongación de mi felicidad. Olemos a jabón y a pasta de dientes con sabor a menta, porque la verdad es que no llevamos tanto tiempo dormidos.

Es la sensación de ser observado lo que finalmente me hace abrir los ojos en la habitación ya iluminada. Summer está debajo de mi brazo, con el cabello enmarañado, los labios hinchados y rosados, la cara desnuda salpicada de pecas como el azúcar sobre una magdalena.

Cuando la miro, no aparta la mirada.

—¿Es ahora cuando me matas mientras duermo? Lo mencionaste en algún momento. —Mi voz matutina es áspera, al igual que su suave risita mientras la aprieto más fuerte—. Has estado jugando a largo plazo todo este tiempo, ¿verdad? No te he gustado en absoluto. Has estado planeando mi asesinato durante más de una década.

Acurruca la cara en mi pecho.

—Cállate.

Sus pestañas rozan mi piel mientras sus dedos se arremolinan en el vello de mi pecho.

—¿Te estás escondiendo de mí, Summer? —empuño su cabello y le doy un tirón, forzando su barbilla.

—Sólo estoy resolviendo cosas en mi cabeza.

Sí, bueno, no puedo decir que no lo viera venir. Sabía que se iría por la mañana. Todas las personas que quiero que se queden nunca lo hacen. Son aquellos de los que no puedo alejarme lo suficientemente rápido los que se quedan. Los que quieren algo de mí.

Gruño sin compromiso, sintiéndome irracionalmente unido a Summer después de desnudarme durante una noche. Algo totalmente nuevo para alguien que solo quiere una noche.

—No me gruñas, Rhett Eaton.

Suspiro y me restriego la cara, queriendo volver a la calma y felicidad de antes de que empezara esta conversación.

—¿Qué estás haciendo?

Me mira de reojo.

—Bueno, para empezar, cómo convencerte para hacerlo otra vez.

Mis cejas se levantan.

—¿Sí?

Ella sonríe.

—Sí, pero mira la hora. Tienes que estar en el estadio para otra entrevista y una reunión con un patrocinador en una hora.

La pongo encima de mí, sin importarme en absoluto el maldito tiempo. Y menos cuando sus piernas se suben a mi cintura y suspira como si supiera que ese es su sitio.

—A la mierda las reuniones. —La agarro por la cintura mientras se muerde el labio.

La sábana le rodea la cintura y el sol le da de lleno por detrás, resaltando la quemadura de barba que le cruza el pecho, justo por encima de donde me miran sus tetas turgentes.

—También estoy intentando averiguar cómo voy a seguir acostándome con un cliente que sólo tiene rollos de una noche.

—A la mierda los rollos de una noche. —Mis manos se deslizan por sus costillas, juntando sus pechos.

—Sería poco profesional de mi parte continuar pero... —Ahora sonríe, parece ligera y dulce y totalmente follable.

—Joder con la profesionalidad —gruño, pellizcándome un pezón.

—Sí, bueno, Kip Hamilton podría no compartir ese sentimiento. Sigues siendo un cliente. —Sus ojos son sobrios.

—Que se joda Kip Hamilton también. Está despedido.

—Rhett...

La hago callar deslizando una mano hacia arriba y metiéndole el pulgar en la boca, observando cómo separa los labios y el destello de su lengua rosada al presionarla.

—Si sigues hablando de cosas que no importan, nos vamos a quedar sin tiempo para hacer cosas que sí importan.

Ella asiente y me chupa el dedo mientras yo le meto mi polla dura como una roca en su culo desnudo.

—Ahora cállate y móntame. Quiero ver estas bonitas tetas rebotar mientras te corres en mi polla.

Sus ojos se abren de par en par, casi cómicamente, pero se pone de rodillas y se deja caer sobre mí con un gemido lascivo.

Le dije que me gustaría irme con la cabeza entre sus piernas, pero creo que me conformaría con estar cerca de ella en mis últimos momentos.

—La entrevista ha ido bien. —Summer se pasea delante de mí mientras

me encinto las manos metódicamente.

—Sí. —Puedo escuchar la música y los vítores de la arena todo el camino de vuelta aquí en el vestuario.

—Y creo que el tipo de Wrangler parecía contento con lo que les decías. —Desde mi periferia, la veo retorciéndose las manos.

—Mhm. —Presto especial atención a mi pulgar. Todavía me duele desde que me lo colgaron hace unas semanas.

—Además, los llevas bien.

Ahora la miro de arriba abajo, serio y ansioso.

—¿Fue un cumplido?

Ella frunce el ceño.

—Sí.

—Huh. —Vuelvo a envolverme, los labios tirando hacia arriba mientras sus dedos golpean contra el lado de su muslo.

—Te hago cumplidos —me dice. Como si eso lo hiciera cierto.

—De acuerdo.

—Sí, lo hago. —Su bota de piel de serpiente pisa fuerte—. ¿Necesitas que me derrita sobre ti como cualquier otra chica de gira? ¿O como cada Barbie presentadora que te entrevista?

Me sonrío las manos. Si los celos de Summer fueran agua, querría bañarme en ella.

—No, princesa. Ver cómo te pones celosa por mí es suficiente victoria para un hombre sencillo como yo. Nunca pensé que me gustaría tanto. Eres francamente adorable, con las mejillas rosadas y tan excitada.

—¡Ja! —ladra en voz alta con incredulidad—. Eso es rico viniendo de ti. Prácticamente me sacaste del bar anoche.

—Y lo volvería a hacer. Emmett sabe que hay un montón de buenos lugares para enterrar un cuerpo en mi rancho. Nadie lo volvería a encontrar si te pusiera una mano encima.

Me río entre dientes, pero Summer se calla. Sus dedos vuelven a golpear

sus piernas, lo que atrae mi mirada hacia su bonita cara desde donde estoy sentado en el banco.

—¿Qué pasa?

—Te mantuve despierto hasta muy tarde anoche. Deberías haber estado descansando, preparándote para hoy. Eres un atleta. Necesitas prepararte.

Se muerde el labio inferior. Parece preocupada.

—Summer, estoy bien. Ven aquí. —Abro un brazo y ella cruza al instante el suelo que nos separa, abrazándome contra su pecho. Aprieto mi mejilla contra su esternón. Siento los latidos de su corazón mientras sus dedos se deslizan por las puntas de mi pelo.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? —susurra—. No me provoques un infarto ahí fuera.

—Esa broma es de muy mal gusto para ti, Summer.

Se ríe, pero es débil.

La abrazo más fuerte y ella se inclina para darme un beso en la cabeza. Me doy cuenta de lo que no está diciendo. Lo que no decimos los dos. No puedo, porque si saliera todos los fines de semana con un mínimo de miedo, nunca me subiría a ese toro. La lógica se impondría. Instintos de supervivencia.

Y habría terminado.

Pero tengo esos instintos bien atados. Un campeonato más y quizá tome mi hebilla dorada y cuelgue el sombrero.

Preferiblemente en la cabeza de Summer Hamilton.

24

Summer

Kip: ¿Por qué Rhett me envió un mensaje diciendo que estoy despedido?

Summer: Él. No lo hizo.

Kip: Lo hizo. Decía: "A la mierda el profesionalismo y a la mierda tú. Estás despedido".

Summer: Bueno, no se equivoca. Eso desde luego no es muy profesional. Sin embargo, no creo que estés realmente despedido.

Kip: Por supuesto que no estoy despedido. Ese idiota se queda conmigo.

Summer: ¿Cómo está tu hombro? ¿Te lo estás vendando? ¿Quieres que vaya a vendártelo?

Rhett: Bien. No vuelvas aquí. Huele a pelotas sudadas.

Summer: Gracias por la vívida descripción. Estuve leyendo sobre la terapia de campo electromagnético pulsado para las lesiones del manguito rotador. ¿Quizá deberíamos probarlo? Hay un fisioterapeuta en la ciudad que lo hace.

Rhett: ¿Esperaba que me dieras más masajes? Pero esta vez en topless.

Summer: Lo haré si vas a la cita que programé para la próxima semana.

Rhett: Masajes diarios. Donde me montas la polla mientras me frotas el hombro. Entonces me iré.

Summer: ¿Tan mal está tu hombro?

Rhett: No, Princesa. Tu coño es así de bueno.

Ver a Rhett esta noche me ha dado ganas de tirar mi cerveza de quince dólares sobre la gente que tenía delante. Emmett fue primero y tenía un gran paseo, algo que sé Rhett vio porque estaba sentado en la parte superior de la puerta con Theo mirando.

Vi el destello de competencia en sus ojos. Se pasó toda la noche con la polla dentro de mí y aún así parece que podría matar al tipo.

Hay una pequeña parte de mí que desea que salte de esa valla y se retire en el acto.

Lo quiero a salvo. Pero también quiero que gane. Quiero eso para él.

Pero también lo quiero para mí.

Es jodidamente confuso. Nunca me he preocupado por otra persona de esta manera, y eso es mucho decir, teniendo en cuenta que he pasado toda mi vida preocupándome por todos los que me rodean.

Theo baja de un salto de su toro y sonríe a Rhett un poco desquiciado. Veo a Rhett hablarle mientras Theo se frota la cuerda del toro, asintiendo y escuchando. Hay una intensidad en su conversación que no había notado antes.

Por lo general, las cosas entre ellos son desenfadadas y amistosas, pero esta noche hay un claro aire de mentor en su interacción. Es alentador y angustioso a la vez.

El toro se golpea contra los lados metálicos del paracaídas, y donde he visto a Rhett retroceder en situaciones similares, Theo sonríe, baja la barbilla y asiente.

La puerta vuela, y también lo hace el toro, como un murciélago salido del infierno. Theo parece un Rhett más joven y pequeño, con las espuelas levantadas cada vez que el toro cae. Cabalga como si su vida dependiera de ello. Y, a juzgar por lo furioso que está el toro y las veces que cambia de dirección, yo diría que su vida depende de ello.

Apenas conozco a Theo, pero contengo la respiración. En las noches que he pasado sentado en las gradas, he visto a otros chicos recibir cabezazos y

pisotones. Los he visto salir en camilla.

En muchos sentidos, es difícil de ver, en otros... No puedo apartar los ojos.

Así que, cuando Theo salta y lanza su sombrero al aire, me pongo en pie y vitoreo. El toro sale del ruedo persiguiendo al payaso, y Theo se empapa de los vítores del público. Se anota un 90, lo que le aúpa a lo más alto de la clasificación de este fin de semana.

Cuando vuelvo la vista hacia la valla, Rhett está sentado allí, sonriendo de oreja a oreja. Tan orgulloso, con el pecho hinchado y el orgullo a flor de piel.

Además, tiene un aspecto delicioso. Oscuro y misterioso, con el sombrero bien calado sobre la cara, camisa de color carbón bajo el chaleco de montar a caballo y esos sencillos zahones marrones.

Así que... Bien.

Cuando se baja de un salto para ir a estirar y calentar, mi calma momentánea se disuelve y aparecen los nervios.

Odio la sensación. Odio tenerla. He aceptado la muerte de muchas maneras. Saber que tu hora puede llegar en cualquier momento a una edad tan temprana te hace cosas raras. De alguna manera, la idea de que me muera es más fácil de tragar que la idea de tener que sentarme aquí en las gradas mientras algo podría pasarle a Rhett.

No quiero ser esa chica que le dice que no se arriesgue porque mi corazón no puede soportarlo. Así que lo empujo hacia abajo, como él me dijo que hace.

Tomo unos cuantos tragos grandes de cerveza y me permito escuchar a escondidas las conversaciones de alrededor. Y cuando llega el turno de Rhett, le doy más tragos.

Lo observo a cada momento, distraídamente consciente de que podría ser el último. Es como si el tiempo se ralentizara. Veo su sonrisa arrogante, la forma en que sus mejillas se pliegan junto a su boca cuando la esboza. Casi puedo sentir la aspereza de su barba en mi cuello con sólo mirarle.

Tira de la cuerda del toro, parece hipnotizado, y yo también intento caer en ella.

Y entonces hace algo que nunca ha hecho. Me mira desde debajo del ala de su sombrero, como si supiera exactamente dónde estoy sentada.

Me guiña un ojo.

Y entonces asiente, y las puertas se abren.

—Estuviste tan cerca.

Suena el murmullo del agua mientras Rhett me pasa una toallita por la espalda. Esta bañera de mierda de hotel es demasiado pequeña para los dos, pero de todos modos estamos metidos en ella. Me ha dicho que si voy a seguir obligándolo a tomar baños de sales de Epsom, tengo que entrar con él.

Así que aquí estoy, sentada entre sus piernas en la bañera más caliente y pequeña conocida por el hombre. Mientras Rhett Eaton me lava. Y me besa.

Así es como quiero irme.

—Ah, si voy a perder con alguien, que sea con Theo. Dale un año o dos, y estará ganando a diestro y siniestro.

—Entonces, ¿como... una versión más nueva y brillante de ti? —Bromeo, pero acabo jadeando cuando me enrolla el pelo en el puño y me da un tirón.

—Cuidado con esa boquita tan bonita, Summer —murmura contra mi oído.

Su erección me aprieta la espalda, pero lo hemos ignorado casi todo en favor de remojarnos un rato.

—¿O qué? —Levanto los labios y miro por encima del hombro, con la esperanza de incitarlo.

Se ríe entre dientes, haciendo que se me ponga la piel de gallina.

—O nada. No me quedan condones.

—No sé si te enseñaron esto en la escuela de vaqueros, pero no puedo quedarme embarazada por hacer mamadas.

Me rodea y me aprieta con fuerza uno de los pechos mientras me empuja contra él.

—Jesús, mujer. Las cosas que salen de tu boca a veces.

Suelto una risita y me ablando contra él.

—Bien. *Está bien*. Tú empezaste.

—¿Empezar qué?

—Esto.

Siento el estruendo de su pecho contra mis hombros.

—No lo hice.

—Sí lo hiciste. Tú me besaste primero —bromeo.

—Pensé que habías dicho que no significaba nada. —Ahora me pasa la toallita por los brazos.

Cierro los ojos y suspiro. Lo dije. Y en ese momento lo decía en serio, o al menos eso quería.

—Necesitaba que no significara nada para poder mantener cierto sentido de la profesionalidad. —Es una afirmación dolorosamente sincera, y hay una parte de mí que desearía poder retractarme.

Pero por mucho que Rhett y yo nos riñamos, no creo que me tome a la ligera. Los hombres que toman a la ligera a una mujer no la miran como Rhett me mira a mí.

Esa mirada podría estar toda en mi cabeza.

Tal vez me estoy deshaciendo por una mirada que ni siquiera existe.

—¿Tomar baños de sales de Epsom con tus clientes es algo que te enseñan en la facultad de Derecho? —Le tiembla el pecho intentando no reírse de su propio chiste. *Tonto*.

Gimo y me cubro la cara con las manos.

—Rhett.

Me da un beso en la coronilla. Estoy segura de que solo para no reírse.

—No tiene gracia. No sé lo que estamos haciendo aquí. He pasado años en la escuela y decenas de miles de dólares para hacer este trabajo. Esto es... No sé lo que estoy haciendo.

—Creo que sí. Creo que estás haciendo lo que quieres por primera vez en tu vida y eso te asusta.

—Sí. Tal vez.

—Creo que no tienes que preocuparte por si soy un cliente o no. Creo que eso no tiene nada que ver con lo que hay entre tú y yo.

—Es la percepción… —intento decir, pero él me interrumpe.

—¿Qué percepción? ¿Has hecho esto antes? ¿Planeas hacerlo más en el futuro? ¿O lo que ha pasado entre nosotros no tiene nada que ver con el trabajo de ninguno de los dos? ¿Crees que si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, sería diferente?

—Podrías haber sido menos cretino conmigo —digo, intentando desviar la conversación de lo que parece algo más grande de lo que estoy dispuesta a afrontar.

—Hablo en serio, Summer. No sé por qué sigues hablando de nuestros trabajos como si importara. No estamos haciendo nada malo. Creo que el Doctor Imbécil te tiene asustada de que haya algo vergonzoso en estar con otra persona. Que necesitas esconder algo que no tienes.

Bueno, mierda. ¿Tiene razón? Hojeo el Rolodex mental de mis relaciones pasadas.

Nunca he salido con chicos. Nunca se los he presentado a mi familia. Una vez Willa me preguntó directamente si era gay antes de asegurarme que no le importaba.

Tal vez la entrada temprana de pensar que necesitaba ocultar una relación con sentimientos genuinos me hizo creer que eso era cierto.

—Yo… bueno… joder.

Me aprieta y me acaricia la nuca.

—Siempre he hecho lo que he querido. Nunca me ha gustado lo que los demás creen que debería hacer. Imagino que una persona en algún punto intermedio entre nosotros dos sería ideal, porque probablemente he quemado algunos puentes por el camino.

Resoplo.

—Probablemente no te equivoques. Yo… —Empiezo a protestar, pero me interrumpe.

—¿Y si dejaras de preocuparte por todo lo que podría salir mal y simplemente dejaras disfrutaras de lo bien que se siente esto?

Me da un beso húmedo en la espalda y mi cuerpo cobra vida cuando sus callosas palmas se deslizan por mi piel enjabonada de la forma más sensual. Echo la cabeza hacia atrás y suspiro al sentir cómo toca mi cuerpo con tanta delicadeza.

Se siente bien.

—Quemaré más puentes para dar una patada en la lata contigo, Summer. Dame una oportunidad.

Mis pestañas se abren y cierran rápidamente. El corazón me da un vuelco que mi cerebro no acaba de procesar. Siento que todo lo que acaba de decir me da una patada en el culo. También se me ha trabado la lengua.

Rhett lo deja, sin embargo, continuando.

—¿Dijiste una vez que te convertirías en entrenadora personal?

Me quedo quieta. ¿Mencioné eso?

—No me acuerdo de eso.

—Lo hago. Leo entre líneas. Te he visto entrenar. He visto lo duro que trabajas y lo fiable que eres. Si pudieras hacer cualquier cosa como trabajo, ¿sería lo que estás haciendo ahora? ¿Lo que hace Kip?

Entorno los labios, agradecida de no tener que enfrentarme a nadie ahora mismo.

—Probablemente no. —Se me quiebra la voz al confesarlo.

—Entonces, ¿por qué lo haces? ¿Por qué mantener la farsa?

Exhalo.

—No es... no es una farsa. Es sólo que disfruto viendo feliz a mi padre. Sé lo orgulloso que está de mí. Sé que le gusta tenerme en la oficina con él, aunque a veces se comporte como un psicópata. Fracturó su familia para quedarse conmigo. Renunció a tanto, y cuando enfermé, dejó todo para estar conmigo todos los días. Siento que vivir algunas de esas cosas por él es lo menos que puedo hacer, ¿sabes? Siento que... Dios, suena terrible decirlo, pero siento que si no fuera por mí, su vida sería mucho más fácil. Y si puedo ayudarle

formando parte del negocio que se ha pasado la vida construyendo, si puedo continuar por él, bueno, es lo menos que puedo hacer para recompensarlo.

Rhett no responde. Se limita a seguir acariciándome el brazo.

—No puedo hablar por Kip, sólo por la forma en que ha hablado de ti y de tu hermana a lo largo de los años de pasada. Y puede que sea un imbécil psicópata, pero no me parece el tipo de hombre que espera una retribución por el tiempo pasado con su hija.

Me escuecen los ojos y asiento con la cabeza. Hay una vocecita en el fondo de mi cabeza de complacer a la gente que grita *¡sí!* Creo que en el fondo sé que Rhett tiene razón, pero afrontarlo también significa afrontar que he pasado los últimos años de mi vida persiguiendo sin descanso un sueño que en realidad no es el mío.

Se me escapa un suspiro y dejo caer la barbilla sobre el pecho, apretando los ojos con fuerza, deseando volver a levantar ese muro en mi mente que Rhett acaba de atravesar.

Esta vez, me besa la nuca, los labios se mueven contra mi piel húmeda mientras susurra—: Vamos a la cama.

Él se queda detrás de mí, recogiendo nuestras toallas, mientras yo me siento en la bañera escurriendo, observando cómo el agua se arremolina en un ciclón. Un reflejo perfecto de cómo me siento por dentro.

Agitada. Dando vueltas. No soy yo misma y, sin embargo, soy más yo misma de lo que nunca me he sentido.

—¿Summer?

Cuando miro a Rhett en todo su esplendor, con las puntas de su larga melena mojadas y goteando sobre sus tonificados hombros, un escalofrío me recorre la espalda. Me tiende una toalla y lo único que quiero es acercarme a él.

Así que lo hago. Me pongo de pie, sintiendo el agua resbalar sobre mí como una piel que he mudado. Como si Rhett hubiera limpiado recuerdos y complejos con esa toallita. Cuando salgo de la bañera, espero que deje caer su mirada sobre mi cuerpo, pero se clava profundamente en mis ojos.

No sé por qué no esperaba que lo hiciera. Ha sido muy respetuoso. ¿Es la

reputación? ¿Su mirada? ¿Las cosas que dice?

Me parece injusto pensar que no sea un caballero. Un vaquero de pueblo, tosco, con fama de mujeriego, y me trata mejor que ningún otro hombre. Que cualquier persona.

Suspiro somnolienta cuando me envuelve los hombros con la toalla. Pero no se queda ahí. Me seca suavemente. El cabello, el cuello, la espalda. Se arrodilla a mi lado y me seca las piernas con mucho cuidado. Creo que me seca mejor que yo misma.

Pero me da un suave pellizco en la nalga antes de levantarse, con una sonrisa infantil en la cara y un brillo diabólico en los ojos.

—Túmbate. —Señala la cama, y donde normalmente le daría un beso, me voy.

Porque quiero. Porque ya no *tengo que luchar contra* él. Porque ya no quiero luchar contra él.

Cuando llego a la cama, me tumbo boca abajo, sintiendo que podría quedarme dormida en el sitio, encima de la cama, envuelta en una toalla. Dejo que se me cierren los ojos, pero al cabo de unos latidos, se abren aleteando.

Me quitan la toalla. Escucho el chorro de loción y el roce de las palmas de las manos de Rhett.

Esas manos cálidas y callosas se deslizan por mi espalda desnuda y gimo porque me siento bien, pero sobre todo porque no me canso de que Rhett me toque como lo hace.

—Siento que debería ser yo quien te diera el masaje.

—Siento que te equivocas —ronca. Y me derrito en la cama, empapándome de esta faceta suya que ni siquiera sabía que existía. Dulce, tierno y desmayado.

De alguna manera, el hecho de que tenga un aspecto tan rudo y desgarbado hace que el desvanecimiento sea más intenso. No parece un hombre blando, de los que dicen cosas bonitas o te llevan a citas lujosas.

No se parece en nada a ningún hombre con el que haya estado. Y eso es una bendición.

—Me encantan tus pecas —murmura desde detrás de mí, mientras

me recorre la espalda con la yema del dedo—. Me recuerdan a todas las constelaciones. Como si pudiera trazar líneas entre ellas y aparecieran dibujos.

Es algo tan extrañamente adorable. Muevo los dedos de los pies, tarareo suavemente e inclino la mejilla contra la cama para devolverle la mirada.

—Justo aquí, hay dos tan juntas que casi parecen una.

—Como estrellas binarias —murmuro.

—¿Qué son las estrellas binarias? —Su dedo recorre con ternura el lugar del que habla.

—Son dos estrellas que nos parecen una sola cuando las vemos en el cielo. Pero en realidad son dos. Pegadas por una atracción gravitatoria, siempre orbitando una alrededor de la otra.

—Algo así como nosotros dos, pegados —reflexiona.

Es ese pensamiento de nosotros pegados dando tumbos por mi conciencia que se desvanece lo que me lleva al sonido de mi teléfono zumbando en la mesilla de noche.

Lo que lleva a Rhett a quitarme las manos de encima.

Lo que hace que se me caiga el estómago, porque lo que Rhett dice a continuación es—: Dice Rob llamando.

Me apoyo en los codos y miro a Rhett por encima del hombro.

—¿Por qué te llama?

—No lo sé —digo sinceramente. Sin embargo, si tuviera que adivinar, tendría algo que ver con que Rhett me guiñara un ojo antes y después de su paseo de esta noche. El evento de esta noche fue retransmitido, lo que significa que es factible que alguien lo haya visto. Ese alguien siendo Rob, que solía darme alegrías en la barriga cuando llamaba. Pero ahora mismo, mirando la pantalla encendida de mi teléfono en la mano de Rhett, lo único que siento es pavor.

—No quiero hablar con él —digo, dándome la vuelta y sentándome, volviendo a ponerme la toalla a mi alrededor. Se abre un tarro de gusanos que aún no estoy dispuesta a mostrarle a Rhett. Tengo que averiguar adónde va esto antes de ir por ese camino y exponerlo todo.

Rhett me empuja el teléfono, su cara dura e ilegible.

—Contesta.

Lo miro con el ceño fruncido, preguntándome si de verdad puede manejar esto. Teniendo en cuenta cómo se ha puesto con Emmett, creo que no. Pero no estoy de humor para discutir, así que me subo a la cama para apoyarme en el cabecero y tomo el teléfono de la mano de Rhett. Sin mirarle a los ojos, deslizo el dedo por la pantalla para contestar.

—¿Diga?

Rhett se tumba en la cama a mi lado.

—¿Summer? —pregunta Rob, su voz pulida y suave. No me pone los pelos de punta.

No suena áspera y sexy, como neumáticos crujiendo sobre grava.

—Sí. —Obviamente. ¿Quién diablos más podría ser?— ¿Qué pasa? ¿Pasa algo?

—¿Por qué siempre tiene que ir algo mal para que te llame?

Se me tuerce la cara y pongo los ojos en blanco. Hace un año, eso podría haberme sonado dulce, ahora solo me parece estúpido.

—No deberías llamarme para nada.

La cabeza de Rhett gira en mi dirección, y siento su mirada clavada en mí como una caricia.

—Lo sé —dice Rob. Aunque apenas lo escucho por encima del torrente de conciencia que Rhett está espoleando en mí.

—De acuerdo, entonces... —Ahogo un chillido cuando Rhett de repente me levanta y me pone encima de él. Mi toalla se cae, y estoy a horcajadas sobre Rhett Eaton, desnuda, sus manos agarrando mis caderas mientras mira mi cuerpo como si fuera su próximo bocado.

—Lo siento —respiro, tratando de no sonar tan conmocionada como me siento—. Se me ha caído el móvil.

Rhett frunce el ceño y se pasa un dedo por los labios en señal universal de *shh*.

Estoy momentáneamente confusa.

Y entonces sus manos empujan mis caderas, justo cuando se empuja hacia abajo en la cama, alineando su cara con mi. . .

—Oh, Dios —murmuro, mirando fijamente los iris miel de Rhett. Todo son problemas y promesas. Le abro los ojos de par en par, como diciendo: *¿Me estás tomando el pelo?*

Pero la boca de Rhett se tuerce en una sonrisa diabólica.

—¿Todo bien? —pregunta Rob, que es justo cuando las manos de Rhett se apoderan de mis caderas, como si fueran asas, y tira de mi coño hacia abajo sobre su cara barbuda.

Respiro y dejo que se me salgan los ojos de las órbitas cuando Rhett me lanza su lengua. No puedo apartar la mirada.

—Sí, sí. Lo siento, sólo... torpe.

Creo que Rob se ríe, pero en realidad no estoy escuchando. Estoy demasiado ocupada viendo al chico malo entre mis piernas hacer algo muy, *muy* malo.

—¿Dónde estás ahora?

Mi cerebro tartamudea mientras Rhett chupa mi núcleo.

—En mi habitación de hotel. —No es mi habitación, es la de Rhett. Pero siento que pertenezco aquí, y basándome en la mirada de Rhett, a él también le gusta como suena.

—Así que, escucha, quería hablar contigo. Sólo saber cómo estás —Rob parlotea incómodo, y debería ser incómodo para él, incluso si no sabe lo que está pasando en este momento.

—Hm —tarareo y dejo que mis ojos se cierren cuando Rhett arrastra la puntiaguda punta de su lengua sobre mi clítoris.

—Te vi en el hospital el otro día. Con ese jinete de toros.

—Rhett —intento decir su nombre, pero en realidad suena más como un gemido. Sus fuertes manos me agarran el culo mientras me aplasta contra su cara.

—Sí. Da igual. —Rob suena vagamente molesto por la mención de su nombre, lo que me cabrea un poco. Así que giro mis caderas sobre la cara de

Rhett, excitándome por la forma en que gime feliz cuando lo hago.

Que se joda Rob por nunca hacer esto por mí. No le importaba que me lo metiera en la boca, y no sé por qué nunca me di cuenta de la injusticia. Pero ahora lo veo alto y jodidamente claro.

—Hay que tener cuidado con hombres así.

Mi cuerpo se enrosca, esa línea que sube por la cara interna de mi muslo tirando con fuerza mientras las manos de Rhett recorren mi torso con tanto deseo. Podría derretirme sobre él y quedarme aquí para siempre.

—¿Hombres como qué, Rob? —Muerdo, con voz gruesa. Levanto la cara de Rhett, de repente preocupada por si lo asfixio, pero cuando bajo la mirada, solo veo victoria en sus ojos y mi humedad brillando en su barba mientras se relame los labios.

Es lascivo.

Y me encanta. Así que vuelvo a sentarme, enredo una mano en el cabello de Rhett y tiro de las raíces.

—Ya sabes, Summer. No como nosotros. —¿Siempre ha sido tan pretencioso?— Inculto. Ingobernable. Sólo una raza diferente.

Una vena protectora surge en mí. ¿Rob cree que puede tratarme como lo ha hecho y luego insultar a Rhett? ¿Seguir haciéndome la vida imposible?

Que se joda.

—¿Sabes lo que es, Rob? —Ahora estoy jadeando, y no estoy del todo segura de cómo no se ha dado cuenta de que no estoy sentada educadamente en mi habitación de hotel sola.

Supongo que se puede ser médico y seguir siendo estúpido.

La lengua y los labios de Rhett trabajan furiosamente entre mis piernas y me empujan hacia la liberación. Y ni siquiera me resisto. Ahora lo estoy persiguiendo.

—Es de la raza que es lo suficientemente hombre para comer coños.

—¿Perdona? —Rob balbucea al otro lado de la línea, pero son los grandes ojos de Rhett los que miro mientras cabalgo sobre su cara. Y cuando sus dientes rozan mi clítoris, exploto.

—¡Ahh! ¡Rhett! —Hago clic en el lateral del teléfono para colgar mientras lo tiro y me desplomo hacia delante sobre la cama, abatida por lo que parece un maremoto de agua hirviendo que me cubre. Mi cuerpo tiembla y se estremece. Me derrumbo y adoro cada segundo de mi perdición.

Sólo nos escucho jadear durante unos segundos hasta que Rhett rompe el silencio.

—Vaya mierda, princesa. —Me da una palmada en el culo mientras me tumbo a su lado—. Espero que haya sido tan satisfactorio para ti como lo fue para mí.

Me río. No puedo evitarlo. Creo que Rhett Eaton acaba de derretir algunas de mis neuronas. Y algunos de mis límites también, porque eso fue muy, muy, muy fuera de lugar para la versión educada y complaciente de Summer.

—Realmente lo fue. —Me cubro la cara con un brazo para ocultar el rubor que me produce lo que acabo de hacer. Lo que acabo de *decir*—. Pero también, tan malditamente grosero, Rhett Eaton.

Ignora por completo mi regaño en favor de preguntar—: ¿Crees que te escuchó gritar mi nombre? —El regocijo en su voz no es ni remotamente disimulado.

Vuelvo a soltar una risita y mi otro brazo se une al primero, cubriéndome la cara por lo que ha sido una experiencia tan estimulante como algo embarazosa.

—Dios. No lo sé.

Rhett se ríe entre dientes, ahora con las manos sobre el pecho desnudo. Es todo sonrisas mientras sacude la cabeza y mira al techo.

—Eso espero. Creo que me excita que otras personas te escuchen gritar mi nombre.

Sonrío y me tumbo boca abajo, hundiendo la cara en las almohadas porque creo que a mí también me excita. Me dan ganas de cavar un agujero y meterme ahí para esconderme, pero también de echarme a reír porque Rhett sobrepasa todos los límites que yo creía tener.

No está avergonzado, más bien está orgulloso de mí y quiere que todo el mundo sepa que me enrollo con él. Lo cual es una experiencia totalmente

nueva.

Lo medito, sintiéndole bajar de la cama y oyéndole arrastrar los pies detrás de mí. Cuando vuelve a la cama a mi lado, dice—: Ya sé qué significan las pecas de tu espalda.

—¿Ah, sí? —Chillé.

—Sí. —Siento una fina punta en mi espalda—. ¿Estás dibujando sobre mí?

—No, estoy escribiendo sobre ti.

—¿Qué estás escribiendo? —Me río porque es ridículo. Me siento como si estuviera en el instituto otra vez.

Su risita es grave y profunda. Me revuelve el estómago y me produce un cosquilleo.

—Tendrás que ir a ver.

Rhett suena tan satisfecho, tan engreído, y cuando me giro y le devuelvo la mirada, su expresión coincide a la perfección.

—Bien —digo, bajando de la cama. Me meto en el cuarto de baño, que aún huele a sales de lavanda, y me pongo de espaldas al espejo. Le echo una mirada curiosa mientras me observa desde el borde de la cama y me vuelvo para ver lo que ha escrito.

Ha conectado las pecas para decir Mía.

Y Dios, en este momento, siento que eso podría ser cierto.

25

Rhett

Rhett: Ven a mi habitación.

Summer: No. No voy a andar de puntillas por la casa de tu padre y tener sexo contigo en el mismo piso que él. Eso es de mal gusto.

Rhett: No hay nadie con quien prefiera ser de mal gusto.

Summer: Mi respuesta sigue siendo no.

Rhett: Iré a tu habitación. Así no estaremos en el mismo piso. Todos ganan.

Summer: Eres un animal.

Rhett: Podemos llamarlo una reunión de equipo.

Summer: ¿Vas a llamar a tener relaciones sexuales una reunión de equipo?

Rhett: ¿Construcción de equipo?

Summer: ¿Qué estamos construyendo? LOL.

Rhett: Un informe.

Summer: Buen intento.

Rhett: ¿Me enviarás al menos un desnudo para que pueda pajearme solo y triste?

Summer: Eres patético. ¿Quieres dar una vuelta nocturna en el cubo oxidado? ¿Buscat la constelación que deletrea MÍA? ;)

Rhett: Sí. Si te pongo a cuatro patas, seguro que encuentro esa.

—¿Qué tal el viaje juntos? —pregunta mi padre a mi lado, con la boca

llena de comida. Los modales en la mesa son un arte perdido en esta casa. A mi padre le bastaba con comer delante de tres niños pequeños.

Bueno, cuatro chicos jóvenes, teniendo en cuenta que Jasper bien podría ser uno de nosotros por lo mucho que merodeaba.

También está aquí esta noche. Hice el viaje fuera de la ciudad para la cena del domingo antes de Beau despliega de nuevo.

—¿Alguien va a contestarme? —pregunta Harvey pregunta.

Miro a Summer, que está en el extremo opuesto de la mesa, con los ojos muy abiertos y el tenedor congelado en el aire.

Casi me río. Es una mentirosa terrible.

—Estupendo. —Me encojo de hombros y miro mis espaguetis con albóndigas. Cade puede ser un imbécil gruñón. Pero es un imbécil gruñón que sabe cocinar.

—¿Sí? —pregunta Beau, con una sonrisa curiosa en la cara—. ¿El niño salvaje te trata bien, Summer?

Enseguida se llena la boca con un bocado de fideos, asintiendo con una risa aguda y torpe, antes de señalarse la boca disculpándose, como si ésa fuera la razón por la que no contesta.

Sus ojos se clavan en los míos. Y me río. No puedo evitarlo.

—Te está llevando a la ruina, ¿no? —pregunta Beau. Bendito sea. Es tan dulce que no se da cuenta del botón que está presionando. Pero Cade sí. Lo sé por la forma en que me mira a través de la mesa.

Es difícil saber qué tipo de ceño fruncido es este, pero creo que podría ser uno que dice *No te estarás tirando en serio a la hija de tu agente, ¿verdad?*

Yo tampoco estoy seguro de que mi padre se deje engañar.

¿A mí? No me importa. Si me importara lo que piensan, habría dejado de montar toros hace años. Me encantaría sentarme junto a Summer y pasar mi brazo por el respaldo de su silla. Pero sé que aún no ha llegado a ese punto. A diferencia de mí, a Summer le importa *mucho* lo que piense la gente.

Summer levanta la servilleta y se limpia los labios mientras respira hondo. Veo cómo se aplastan y vuelven a llenarse bajo la presión de sus dedos y

tengo que moverme en la silla para acomodar la forma en que mi polla se expande en mis pantalones.

Sonríe serenamente a mi hermano.

—No, todo ha ido absolutamente bien. Sin incidentes. ¿Cuándo te despliegas? Supongo que nos veremos en el último fin de semana de rodeo. —Mira inocentemente alrededor de la mesa. Pero sé que su comentario es cualquier cosa menos inocente—. Es en la ciudad. Estoy segura de que todos son capaces de conducir para apoyar a Rhett.

Eso hace que se pierda mucho el contacto visual y que aumente el índice de masticación. No me sorprende. Mi familia no me apoya en esta aventura. A estas alturas, no es una conversación nueva para mí.

—Lo siento, Sum. —Mis ojos se entrecierran ante Beau, acortando su nombre como si la conociera tan bien como para hacer eso—. Me voy a principios de semana. Papá y yo vamos a hacer un viaje por carretera por todo el país.

Pero Summer es una solucionadora. Summer apoya a la gente que quiere. Estoy seguro de que no puede entender esto. Así que sigue mirando a todo el mundo expectante.

—¡Ya voy! —chilla Luke—. ¡Quiero ser jinete de toros, como el tío Rhett!

Summer sonríe.

—Genial, puedo llevarte...

—No. —La voz de Cade es totalmente ártica. Esta no es una conversación que le guste tener.

En absoluto.

Es Jasper desde debajo del ala de su gorra del equipo quien toma el control de la conversación.

—Me uniré a ti, Summer. Vivo cerca del estadio y salimos esa noche.

Se levanta con un gesto seco de la cabeza, echa los hombros hacia atrás y mira a mi padre y a mis hermanos.

—No importaría si tuvieras un partido. Podrías tomarte la noche libre. Así de lejos estás de conseguir un puesto en los playoffs. —Beau se ríe de su

propia broma.

Jasper pone los ojos en blanco, sacude la cabeza y murmura—: Puto imbécil. —Pero su voz no contiene veneno. Jasper y mi hermano mediano son mejores amigos, de esos que la mayoría de nosotros nunca llega a tener. Prácticamente hermanos. Dios sabe que Jasper necesitaba a alguien.

O unos cuantos. Y esos alguien resultaron ser los chicos Eaton.

—Bueno —exclama Beau dando palmas— ¿quién se apunta a una excursión a The Spur? Quiero bailar con Summer antes de irme.

Me rechinan los dientes mientras miro a mi hermano.

—Te vas a estropear los dientes haciendo eso, hijo. —Harvey pasa una mano por el respaldo de mi silla y me sonríe. Es una sonrisa espeluznante. Una sonrisa cómplice.

—Gracias, papá.

—Cuando quieras. Ya sabes que soy una fuente de buenos consejos. —Él se inclina más cerca mientras todos los demás se lanzan a hablar de planes para más tarde esta noche. Baja la voz—. Por eso te voy a dar un consejo: relájate. Si alguna vez tienes algo que nadie más quiere, tienes que preguntarte dónde está el valor.

Miro a mi padre, con cara de confusión.

—¿Qué?

Sonríe con nostalgia, observando a todos alrededor de la mesa.

—Nunca importó de quién eran los ojos de tu madre. Porque sus ojos siempre estaban puestos en mí. —Me da una palmadita en el hombro y se echa hacia atrás en su silla, dejándome mirando la vieja mesa de roble bajo mis codos. Las líneas de la madera son un testimonio de todas las comidas que he comido en este mismo lugar a lo largo de mi vida.

Mientras la animada conversación se desarrolla a mi alrededor, pienso en mi madre.

Pienso en Summer.

Y cuando la miro, sus ojos están clavados en *mí*.

Decido seguir el consejo de mi padre. Dejar de golpearme el pecho como un puto gorila cada vez que alguien mira a Summer. Decido sentarme en The Spur y empaparme de ella. Beau y Cade han cogido los sofás de la parte elevada del bar. Es el mismo sitio que ocupan siempre, y mágicamente nunca está en uso.

Creo que somos tan queridos en la ciudad como para merecer un sitio especial. Beau llegó antes que Summer y yo, pero no me extrañaría que alguien se moviera de la mesa al verle entrar.

Eso, o que Cade les frunciera el ceño y los echara a correr.

En cualquier caso, desde donde estoy sentado, tengo una vista perfecta del espacio que despejan para pista de baile los domingos de Honky Tonk. Estoy bastante seguro de que es sólo una manera de sacar a la gente los domingos por la noche, y funciona.

Música country de la vieja escuela, baile en línea, paso a dos. Chestnut Springs es un pueblo bastante pequeño, pero no todo son vaqueros y rancheros. Por eso siempre me hace gracia ver a gente disfrazada de vaquero los domingos por la noche.

Eric, el asesor financiero del banco, tiene una enorme hebilla de plata en el cinturón y lleva una maldita corbata de bolo. Este tipo no ha puesto un pie fuera de un banco reluciente y limpio en años, y sé que creció asistiendo a una escuela privada en la ciudad.

Laura está aquí, tan obviamente intentando llamar mi atención que casi me siento mal por ella. La vergüenza de segunda mano es espesa. A diferencia de Cade, que abraza a todas las mujeres que se le acercan y les da la espalda como si eso pudiera hacerlas desaparecer, a mí me cuesta rechazarlas.

No en un sentido físico, porque he pasado muchas noches acurrucado con una mujer en un bar sólo porque me da pena cerrarles el paso. Aunque no haya pasado nada más que eso, claro, basta una foto mía con ellas para que llegue a internet y estallen las especulaciones.

Dicho esto, nunca he sentido la necesidad de cerrarlas. No le debía nada

a nadie y no hacía daño a nadie.

Pero al ver a Summer dando dos pasos torpemente con Beau ahora mismo, riendo y tropezando con los pies del otro, se me retuerce el pecho.

No estoy seguro de cómo caí tan fuerte, y tan rápido. No estoy seguro de nada, en realidad. De mi carrera. De mi salud. Pero estoy jodidamente seguro de que Summer cambiará las reglas del juego en más de un sentido.

También estoy bastante seguro de que he terminado de ser maduro y de ver a mi hermano bailar y disfrutar de mi chica. Dejo la botella de cerveza sobre la mesa y me levanto del sofá. Cade me mira con el ceño fruncido y yo lo ignoro mientras doy media vuelta y me dirijo a la pista de baile.

Capto la mirada de Summer por encima del hombro de Beau y me sonríe. Se me cae el estómago. Me pican las yemas de los dedos por tocarla... y joder... esos labios.

Llevamos medio día y no besarla me está volviendo loco.

Después de una temporada entera sin querer nada más que estar en casa, de repente quiero estar de viaje, sólo porque puedo estar a solas con Summer cuando lo estoy.

Mi mano aprieta el hombro de Beau.

—Voy a interrumpir ahora.

Mira por encima del hombro con una sonrisa. Una sonrisa cómplice. *Maldito perturbador de mierda*.

Beau se comporta como un bobo, pero el hecho es que no se consigue el nivel que él tiene siendo un bobo. No, es mucho más listo de lo que parece. Y a veces me pregunto si está mucho más jodido de lo que dice.

—Claro que sí, hermanito. —Me da una palmada en la espalda y tiende la mano de Summer hacia la mía antes de darse la vuelta con un guiño. Con suerte, para ir a hacer compañía a un Cade de aspecto miserable y asustar a Laura para que no hable con él también.

Me pongo delante de Summer, le paso una mano por la cintura y entrelazo mis dedos con los suyos antes de contemplar sus ojos brillantes y sus mejillas sonrojadas. Parece feliz.

—¿Te diviertes?

—Sí —respira—. Hace siglos que no salgo a bailar. —La guío en un fácil paso a dos, habiendo tenido mucha más práctica en bares country que Beau. Sé cómo guiarla sin parecer un bufón—. Me hace extrañar a Willa.

—¿Quién es Willa? —Me inclino más cerca, deseando poder chasquear mis dedos y hacer que todos los demás desaparecen.

—Mi mejor amiga. Te gustaría. —Summer resopla—. Es una especie de versión femenina de ti.

—Quizá por eso me manejas tan bien.

—¿Manejarte? Rhett Eaton, no creo que nadie pueda realmente manejarte. Yo sólo te acompaño.

—Joder, sí, lo haces.

Suelta una carcajada y siento su aliento en mi cuello. El vestido que lleva es ceñido y ceñido sobre el torso, y luego suave y vaporoso alrededor de las piernas. Me suplica que se lo suba y la doble.

—Conocí a Willa tomando clases de equitación. Cuando volví a enfermar y tuve que dejarlo, ella siguió viniendo a visitarme al hospital. Nunca dejó de hacerlo. Compartiendo fotos, vídeos. Estoy bastante seguro de que incluso te vimos montar juntos.

Su cabeza se inclina tímidamente hacia abajo cuando lo admite.

—¿Sabe lo nuestro? —Lo nuestro. Eso fue una estupidez decirlo. No hay un "nosotros" todavía. T*odavía*. Pero no necesito aterrorizar a Summer mientras trabajo en eso t*odavía*.

Pero no parece asustada. Aprieta los labios y me mira a los ojos. La canción cambia a algo más lento, y ella automáticamente da un paso hacia mí, alineando nuestras caderas y deslizando su mano sobre mi hombro para rodear mi cuello con ambos brazos.

—No. Bueno, en realidad no. Creo que hace unas semanas me sugirió que... como ella lo dijo, *montarte como un bronco*.

Mi polla se estremece.

Me inclino para susurrarle algo al oído, pero antes no puedo resistirme a darle un beso.

—Apruebo esta amistad.

Se ríe y me pasa los dedos por la base del cuero cabelludo, por el cabello, como siempre parece disfrutar.

—Cuidado. La gente de aquí va a pensar que el infame soltero Rhett Eaton está ocupado.

Me río entre dientes y echo un vistazo a la barra.

—La gente está mirando —murmura.

Levanto una mano y empujo su barbilla hacia mí.

—Bien. Que miren.

Ella sólo me parpadea. Y odio que alguien la haya hecho sentir que no vale la pena que la vean con ella. Como si fuera un sucio secreto que esconder.

—Van a hablar.

—Entonces deja que hablen. Sabes que me importa una mierda lo que piense la gente, Summer. Y no hay nadie con quien prefiera arruinar mi reputación.

Con una mano en la barbilla, la beso.

Que se joda esta gente. Que se joda Rob. Que se joda su hermana de mierda.

Que se joda cualquiera que haga sentir a esta mujer menos de lo que es.

Al principio se pone rígida, sorprendida, pero cuando sus dedos vuelven a moverse en mi cabello y sus labios se deslizan contra los míos, sé que tengo su permiso para seguir. Para seguir arruinando mi reputación, aquí y ahora, con ella.

Si prestara atención a otra cosa que no fuera la mujer que tengo en mis brazos, escucharía los corazones de las niñas romperse y el sonido de mis hermanos gritando y riendo.

Pero lo único que escucho son los latidos de mi corazón y el dulce suspiro de Summer cuando mi lengua baila con la suya.

Estamos aquí. A la vista de todos. Besándonos. En medio de una pista de baile improvisada. Sin duda levantando algunas cejas. Haciendo una declaración.

flaw·less

Hacer lo que queremos en lugar de lo que deberíamos.



26

Rhett

Summer: ¿Quieres dar una vuelta a medianoche?

Rhett: ¿Ahora quién es el animal?

Summer: Sigues siendo tú. Soy la princesa.

Rhett: Jodidamente cierto que lo eres. *Mi* princesa.

Summer: Bueno, Neanderthal. ¿Nos vemos fuera? Trae un condón.

Summer: En realidad, algunos condones.

Rhett: Acabo de comprar una caja entera. Tendrías que haber visto la cara que me puso la cajera.

Verano: Genial. Probablemente saldremos mañana en el periódico de la ciudad.

Rhett: Menudo titular sería ese.

Summer: Qué asco. ¿Vamos a salir o qué?

Rhett: Ponte una de esas faldas remilgadas, pero sin bragas. Nos vemos en el cubo de óxido.

—¿Qué es esto? —Summer coloca una bolsa de regalo en medio de la mesa donde estoy sentada, disfrutando de un café a solas. Me siento un poco agotada después de despedirme de Beau esta mañana. Él y mi padre se pusieron en camino juntos para conducir de vuelta a Ottawa, y mientras Summer ha estado en el gimnasio, yo he pasado la última hora preguntándome si lo que siento al despedirme de mi hermano es lo que sienten todos cada vez que me voy a un evento.

—Es una bolsa, Summer.

Me pregunto cómo se sentirá Summer cuando me vea subir a lomos de un toro enfurecido. No sé por qué, pero nunca he dedicado mucho tiempo a pensar en cómo mi trabajo puede hacer sentir a los demás. He estado demasiado ocupado sin preocuparme por lo que piensen los demás.

Y tratando de no aterrorizarme con las realidades de este deporte.

Levanta la cadera y ladea la cabeza, haciendo que su espesa coleta caiga por su esbelto cuello. Los cabellos de la frente se le pegan a la piel húmeda después del entrenamiento.

—No me digas, Eaton.

—¿De dónde ha salido?

Le dirijo una sonrisa ladeada.

—De mí.

Junta los labios, evaluándome.

—¿De qué se trata?

Hemos pasado los últimos días robándonos besos en el pasillo. O conduciendo mi vieja camioneta hasta el campo para hundirnos el uno en el otro bajo el cielo abierto. Es romántico como la mierda. También es el mejor sexo que he tenido nunca.

Aunque casi he convencido a Summer de que se salte las normas, es muy estricta con lo de "no follar en casa de tu padre" y sigue convencida de que tiene que ocultar lo que hacemos por alguna estúpida razón, aunque todo el mundo sabe lo que hacemos.

Nunca he estado más motivado para conseguir mi propio lugar para poder doblegarla cuando me plazca.

—No sé cómo hacen los elegantes como tú los regalos, pero aquí te enteras de qué es el regalo cuando lo abres.

Su boca se dobla por las comisuras.

—No tengo nada que darte.

Me río. Qué cosa dice Summer, siempre preocupándose por los demás.

—No quiero nada, Princesa. Es un regalo, porque sí. Ahora siéntate y ábrelo.

Mueve la cabeza de un lado a otro mientras retira la silla.

—Me encantan los regalos —murmura, con los ojos brillantes mientras tira del pañuelo de papel que he metido ahí al azar.

Cuando mete la mano en la bolsa, se queda quieta y me mira. En un instante, lo saca todo.

Con las chaparreras libres de la bolsa, hace un pequeño suspiro de satisfacción.

—Rhett.

Doy un sorbo a mi café y disfruto observándola, cada gota de emoción que se dibuja en su rostro. Nunca me había excitado tanto hacer un regalo a alguien como ahora.

—¿Te gustan?

—¿*Me gustan*? ¿Me tomas el pelo? *Me encantan*. ¿Pero son del primer rodeo al que fuimos?

Me encojo de hombros.

—¿Los has pedido o algo?

—No.

—¿Los compraste mientras estábamos allí?

—Sí.

Su boca se abre y se cierra mientras los sostiene de nuevo. Son realmente preciosos. La artesanía es de primera. Y el precio también. Cuando se me adelantó, los compré lo más rápido que pude.

Pero no es un regalo completamente desinteresado. Me muero por verla en ellos.

—¿Por qué?

—¿Dónde más se puede encontrar un buen par de chaparreras de tamaño infantil?

Pone los ojos en blanco.

—Las compré porque te vi mirándolas. Vi la expresión de tu cara. Y luego me dijiste que tuviste que dejar de montar cuando enfermaste. Pensé que

querrías empezar de nuevo en algún momento. Tal vez aquí. Conmigo. Entonces te vi en mi caballo, un jodido caballo natural, y supe que había tomado la decisión correcta.

Parpadea, con los ojos más brillantes que hace unos segundos. Su sonrisa es acuosa mientras baja la mirada y pasa sus delicados dedos por las tachuelas de plata pulida.

—Creía que me odiabas.

Sacudo la cabeza, un poco avergonzado por lo cretino que había sido con ella.

—Lo único que odiaba era lo mucho que te deseaba, princesa.

—Gracias. —Lo dice con tanta seriedad que toca cuerdas que no sabía que existían. Esos grandes ojos marrones conmovedores... joder, haría cualquier cosa que me pidiera. Estoy completamente loco por esta chica, y ni siquiera la vi venir.

—De nada. —Mi voz es ronca, y sé que también necesito decirle qué es esto. Decirle cosas en las que he estado pensando. Como que una vez que termine la temporada, una vez que no sea un cliente para ella, voy a dedicar toda mi temporada baja a convencerla de que me dé una oportunidad. Una verdadera oportunidad.

Una oportunidad de serlo todo.

Pero me acobardo, no estoy seguro de poder soportar un rechazo u otra persona que me abandone. Especialmente una que se ha vuelto tan importante para mí como Summer. Así que, en vez de eso, le digo—: Póntelas y me lo agradecerás de rodillas.

Summer refunfuña mientras la conduzco escaleras arriba, con su mano enredada en la mía de una forma condenadamente perfecta. Se queja a medias y con una pequeña sonrisa. Algo así como que si la prensa se enterara de que soy adicto al sexo, se lo pasarían de fiesta.

Cuando llegamos a mi habitación, cierro la puerta y le doy un

empujoncito para que entre en el amplio espacio. Los techos con vigas de madera ostentan una lámpara de araña con cuernos que cuelga sobre una cama de pino con cuatro postes. Unas grandes puertas correderas dan a un espacioso patio en el segundo piso, donde hay un pequeño bistró de hierro forjado con vistas a las Montañas Rocosas.

—Vaya —respira, impresionada por las vistas. Se detiene y se queda mirando—. ¿Por qué demonios te tomas el café abajo con una vista así?

La observo mientras admira el paisaje: la esbelta columna de su cuello, el afilado ángulo de su mandíbula, la delicada oreja adornada con un discreto pendiente de oro. Summer es todo clase. Brillante, correcta y educada.

Es jodidamente caliente. También me dan ganas de ensuciarla un poco.

—La vista de abajo ha sido mejor últimamente.

Me lanza una mirada juguetona, frunce los labios y niega con la cabeza.

—Enséñame las chaparreras. —Doy un paso atrás y señalo el cuero a medida que tiene en la mano.

Summer se gira para mirarme.

—Llevo ropa de entrenamiento. Esto necesita vaqueros. —Ella los levanta en mi dirección.

—No necesitan nada. Quítate la ropa. Déjame ver. —Muevo la barbilla en su dirección.

Sus ojos oscuros se encienden.

—¿Quieres que me los ponga sin nada debajo?

—Joder, sí, quiero.

Sus mejillas se vuelven rosadas ante mis ojos.

—No me he duchado. Estoy toda sudada.

—No me importa mucho, princesa. —Cruzo los brazos sobre el pecho—. Tengo toda la intención de estar todo sudado ahora mismo de todos modos.

Sus mejillas se crispan mientras desvía la mirada momentáneamente. Tímida pero... ansiosa.

Deja caer los pantalones sobre el suelo de madera con un fuerte golpe y

junta los labios. La mancha rosada de sus mejillas se intensifica hasta igualar el color rosa de sus labios.

Se desnuda y yo la miro como un voyeur. Literalmente se desnuda y ni siquiera intenta ser sexy. Es sólo que es *ella*, y todo lo que hace es sexy para mí.

Camiseta de tirantes y sujetador. Sus turgentes y doradas tetas rebotan juguetonas. Una pizca de pecas salpica la parte superior y me gustaría trazar cada una de ellas. Escribir *mi nombre en* cada una de sus tetas.

Se quita los leggings ajustadísimos, agachándose para despejarse los tobillos y los dedos de los pies, y los tira hacia la pila de ropa de gimnasia que tiene al lado antes de enderezarse y mirarme. Todo curvas, líneas suaves y músculos tonificados.

—¿Así? —exhala, los labios hinchados entreabiertos, los ojos un poco encapuchados.

—¿Sin bragas? Sí. Estoy de acuerdo contigo sobre la vista aquí arriba. Muy superior.

Ella me devuelve una tímida sonrisa y yo avanzo a grandes zancadas, necesitando estar cerca de ella. Necesito contacto. Deslizo las manos por sus caderas y los globos de su redondo culo mientras caigo de rodillas frente a ella.

—Eres demasiado, joder. Demasiado hermosa. Demasiado buena.

—No, tú lo eres. —Su mano me acaricia la mejilla, las uñas rozando mi barba incipiente—. Creo que he perdido suficiente tiempo con hombres que no son lo suficientemente buenos como para saber que tú eres mejor que bueno. Más que suficiente.

Cierro los ojos y lo absorbo por un momento. Escuchar que soy suficiente para alguien como Summer. No sabía cuánto necesitaba escuchar eso.

Lo único que puedo hacer es sacudir la cabeza, darle un beso en el estómago y tomar las chaparreras que tiene a su lado. Se las engancho a la cintura, paso la suave correa de cuero por la hebilla y observo cómo brillan los detalles plateados bajo los huesos de su cadera.

Enrollo un trozo suelto de cuero alrededor de su pierna, abro la cremallera por arriba y tiro de ella hacia abajo, con cuidado de no atrapar ninguna piel desnuda. Cuando paso al lado opuesto, noto un ligero temblor en

la mano y vuelvo a sacudir la cabeza.

Summer me enreda los dedos en el pelo mientras me bajo la cremallera. Me inclino hacia delante y le doy una larga y firme lamida en la raja del coño. Porque no puedo estar tan cerca de ella y no prestarle algo de atención.

Me aprieta el pelo y tira de mí. Me retumba el pecho cuando le doy un fuerte tirón del clítoris con la boca.

—Para una chica a la que nunca le han comido el coño, seguro que has desarrollado el gusto.

Se tensa, empujando mi cabeza hacia atrás.

—¿Es demasiado? —Abre mucho los ojos, me mira y susurra—: Mierda, lo siento.

Me agarra por los hombros e intenta levantarme, pero yo le meto dos dedos en su agujero ya resbaladizo y caliente. Tan preparada para mí.

—Summer, para. *Nunca* es demasiado. Soy yo quien ha desarrollado el gusto.

Vuelvo a inclinarme hacia delante, de rodillas ante esta chica, y le doy otro lametazo largo y firme.

—Nunca hay demasiado de esto. Me comeré este precioso coño todo el día, todos los días, si eso significa que puedo verte retorcerte y suplicar por mi polla. Me encanta hacer esto por ti.

Mis dedos la penetran lánguidamente mientras chupo con fuerza su clítoris, sabiendo que puedo acercarla y luego apartarme para verla ponerse nerviosa y enfadada. Desesperada.

A mí también me encanta.

Cuando se inclina sobre mí, me aparto y me pongo de pie, agarrándola del cráneo para plantarle un beso firme en la boca.

—¿Ves qué jodidamente bien sabes? —Deslizo la lengua en su boca y me trago el sucio gemido que emite al fondo de la garganta.

Ahí es donde pienso ir ahora.

Me alejo para ver mejor. Sexy, chaparreras de cuero de lujo, tetas agitadas, ojos un poco vidriosos.

Joder.

Sí, me encanta esto.

—Gira. —Giro el dedo y la veo tragar saliva—. Déjame verte.

Junta los labios y sus pezones se contraen aún más cuando se lo ordeno. Puedo ver la humedad que brilla en su coño desnudo. Pero si miro demasiado, la tiraré al suelo y me pondré a ello.

Se gira lentamente y siento una opresión en el pecho. Y cuando observo los pliegues bajo ese culo perfecto en forma de melocotón mientras gira, una dolorosa opresión en mis vaqueros también. Culo desnudo rodeado de suave cuero. Sí, mi mente pervertida se *acelera*.

De cara a mí de nuevo, me golpea con un movimiento de sus labios.

—¿Qué tal estoy?

—Perfecta. —Mi voz es de grava.

—¿Sí? —Su cabeza se inclina.

Le dirijo un dedo, instándola a que se acerque. Sus pies descalzos se acercan a mí y yo le cojo la barbilla, inclinando su rostro fresco hacia el mío, con el corazón palpitándome en el pecho.

—Qué princesa más hermosa —musito, dejando que una sonrisa se dibuje en mis labios—. ¿Y sabes cuál es el lugar de las princesas hermosas, Summer?

—¿Dónde? —Su voz es suave, pero gruesa.

Señalo el suelo de madera debajo de mí.

—De rodillas.

Sus ojos se abren de par en par, pero junta los labios para ocultar una sonrisa hambrienta. A mi chica le gusta que le hable así.

—Quítate la camisa, Rhett —es su única respuesta.

Me agarro el escote con una mano y tiro con fuerza, arrancándomelo y tirándolo. Me pasa las palmas de las manos por el pecho, con suavidad sobre los hombros, todavía tan cuidadosa conmigo. Sonríe cuando sus dedos aprietan el bulto de mi bíceps.

Hace que mi polla se retuerza. Y entonces sus manos se deslizan por mi

torso mientras baja al suelo a mis pies. Y de repente, se apresura, las manos tanteando mi bragueta como si no pudiera llegar a mi polla lo bastante rápido. Como si estuviera hambrienta. La vista desde arriba es fantástica. Cabello oscuro y brillante y pezones erectos y puntiagudos.

Mi polla se levanta entre los dos cuando me baja los calzoncillos, y ella no tarda en rodearme con las manos y pasarme la lengua por la cabeza mientras me mira con los ojos muy abiertos.

—Sigue mirándome así y te soplaré en la cara, Summer.

Se ríe y vuelve a hacerlo.

—Bien. Hazlo.

Gruño, un sonido profundo y salvaje.

Pero no me da ninguna oportunidad. Se abre de par en par y me lleva hasta el fondo de su garganta, tarareando mientras avanza.

Mi cabeza cae hacia atrás y cierro los ojos.

—Joder, Summer.

Me la chupa despacio, pero con firmeza, las manos trabajando la base, la cabeza moviéndose ansiosamente.

Cuando por fin me decido a mirarla, me la encuentro con una expresión casi de adoración.

Deslizo una mano por la línea de su mandíbula.

—Te encanta esto, ¿verdad?

Ella tararea y asiente, inclinando un poco la cabeza hacia mi mano.

Mi mano opuesta se enreda en su espesa coleta.

—Tócate.

Parpadea pero retira una mano, deslizándola entre sus piernas, con los ojos encapuchados cuando llega allí.

—Eso es. —Introduzco un dedo en su boca lentamente, dejando que se concentre en sí misma, viéndola deslizar un dedo dentro y sacarlo para arremolinarse en su clítoris, con los párpados aleteando mientras lo hace.

Cuando sus ojos se cierran y gime, casi exploto en el acto. Le aprieto más

la coleta, manteniéndole la cabeza quieta, y aumento la velocidad de mis embestidas dentro de su boca.

—Qué buena puta eres. Follándote los dedos mientras yo te follo la garganta.

Sus ojos se vuelven instantáneamente hacia los míos, abriéndose de par en par mientras su pecho y su cuello se vuelven rosas.

Parece una muñequita de rodeo delante de mí. Grita alrededor de mi polla, con el cuerpo temblando mientras se desgarra debajo de mí.

Y yo soy el afortunado hijo de puta que puede verlo. Es demasiado. No puedo esperar más. Mis manos están bajo sus brazos y la levanto, me quito los pantalones, la inclino y la empujo de cara a la cama.

Se arrastra a cuatro patas, desnudándose ante mí, gimiendo desesperadamente.

—Rhett, por favor.

Me aprieto la polla con fuerza en el puño, con los ojos clavados en su coño que se aprieta y se suelta con las réplicas de su orgasmo.

—Joder. Summer. Aguanta. Necesito un condón.

—No —gimotea—. Lo quiero. Te quiero a ti. Sólo a ti. —Me mira por encima del hombro, con los ojos desorbitados y brillantes. No creo que sea su intención, pero su espalda se arquea, empujando su culo hacia mí.

—Nunca he dejado de usar preservativo —le digo, relamiéndome los labios.

—Tengo un DIU. Estoy limpia.

Mis manos están en su culo, frotando. Separando. Vuelve a temblar un poco. Mi polla palpita como nunca, y mi cama la pone a la altura perfecta para deslizarme en ella.

—¿Estás segura, Summer? —Pregunto, deslizando dos dedos en su coño chorreante.

—Sí. Sí, sí, sí —canta, moviendo las caderas hacia mí.

Gimo y chasqueo la gruesa cabeza de mi polla contra ella.

—Más. —Sus finos dedos agarran las sábanas. No se mueve, pero me

suplica...

Le rodeo las caderas con las manos y la empujo despacio, con cuidado. Ella siempre se siente tan pequeña, y mirando hacia abajo, viendo la forma en que su cuerpo se estira para tomarme, sólo hace que ese hecho sea evidente.

—Joder —exhala—. Eso se siente...

—Increíble —termino, saboreando la sensación de estar desnudo dentro de ella mientras me siento hasta la empuñadura. Piel con piel. Memorizando cada pulso, cada movimiento y aleteo. Es de otro puto mundo.

—Otra vez.

—Princesa, necesito un segundo. Deberías ver cómo te ves desde aquí.

—Dímelo. —Se contonea contra mí y vuelve a mirar por encima del hombro. Mejillas sonrojadas, mechones de cabello en las sienes. Un brillo hambriento en sus ojos. Siento cómo su coño se aprieta contra mi polla cuando dice—: Dime qué aspecto tengo.

Gruño y deslizo una mano por su espalda, presionándola contra la cama, mientras con la otra agarro la correa trasera de sus chaparreras y le levanto el culo, colocándola como quiero.

Lo saco y lo vuelvo a meter.

—Estás perfecta.

—Más.

Entro y salgo de ella, dejando que una mano recorra su columna.

—Me encanta esta hendidura en tu espalda. Y este culo. —Lo aprieto con fuerza, lo agarro y lo suelto, observo cómo las blancas huellas dactilares se vuelven rosadas y sonrío cuando vuelve a meneármelo. Le doy una bofetada firme y escucho cómo se le escapa el aliento de los pulmones.

Me meto entre los dos y froto un dedo contra su coño, donde se abraza a mi polla. Un escalofrío recorre su espalda mientras lo hago.

—Parece que hayas nacido para recibir mi polla.

Ella gime.

—Jesús, me encanta cuando dices mierda como esa.

Sonrío victorioso y me abalanzo sobre ella, observando cómo su cuerpo tiembla con la fuerza de mi embestida.

—Princesa, pareces hecha para mí.

Responde en voz baja. Pero la capto igualmente.

—Siento que estoy hecha para ti.

Eso es todo lo que necesito para desatarme. Agarro la correa de cuero alrededor de su cintura con una mano, su culo con la otra, y me la follo como si estuviera hecha para mí.

No se desmorona. Recibe cada caricia, arqueando la espalda y empujando más. Me deja llevarla más lejos, más profundo que nunca.

El sudor resbala por mi sien y sus gemidos se convierten en gritos.

—Vas a tomarlo, Summer. Cada puto centímetro. Y vas a gritar mi nombre cuando te corras.

Como si fuera una orden, siento su cuerpo temblar y agitarse debajo de mí.

Y cuando grita mi nombre mientras me derramo dentro de ella, oleada tras oleada, me doy cuenta de algo que me hace tambalear.

Summer no está simplemente hecha para mí.

Ella es para mí.

27

Summer

Summer: ¿Vas a venir al rodeo conmigo este fin de semana?

Papá: No me lo perdería. Yo invito las cervezas. Tal vez algunos de esos mini donuts de canela también.

Summer: Suena saludable.

Papá: Si este fuera mi último momento en la tierra, me gustaría irme con una cerveza en una mano y un mini donut en la otra.

Summer: Te odio.

Papá: Yo también te amo

Entramos en el restaurante de moda del centro, todo blanco y plateado y de líneas modernas, y Rhett parece fuera de lugar. Francamente, me *siento fuera de* lugar aquí, como si algo dentro de mí hubiera cambiado en los últimos dos meses.

Antes de mi estancia en Chestnut Springs, éste era el tipo de lugar al que me habría encantado venir a cenar. Pero pasar largos días en las praderas, ver las montañas, estar rodeada de gente que valora cosas diferentes, bueno, estoy pensando que se me han pegado. Que quizá mis prioridades han cambiado.

La mano de Rhett choca contra la mía mientras echa un vistazo al restaurante. Me ha devuelto la mano sin siquiera mirar, posiblemente sin siquiera pensarlo.

La chica a la que le gustan los sitios así aparece en mi cabeza, diciéndome que no debería tomarlo de la mano en público. Que no es apropiado. Que meteré a uno de los dos en problemas.

Pero a la chica nueva -la chica azotada por el viento y besada por el sol con preciosas chaparreras personalizadas que hace el amor en la parte trasera de

una vieja camioneta oxidada en medio del campo- le importa un carajo.

Me dice que deslice mi mano suave entre la áspera de Rhett y le dé un apretón. Cuando su mejilla se estremece, sé que he escuchado a la chica adecuada.

Esa sonrisa es mi kriptonita. Y esas manos. Y esa boca, incluyendo los dedos que salen de ella. La polla, también. Gran fan de la polla de Rhett Eaton.

En realidad, parece que soy una gran admiradora de Rhett Eaton, y no del vaquero engreído que todo el mundo ve. El hombre que me besa dulcemente, que me hace sentir cuidada, como si no fuera una carga... el que es solo un poco vulnerable e inseguro.

El hombre que nadie más ve realmente. No estoy segura de por qué ha optado por mostrarme ese lado de sí mismo, pero sé que tengo que manejarlo con cuidado. Sé que Rhett es mucho más sensible de lo que parece. Sus heridas son profundas y las ha remendado con una imagen pública y una sonrisa arrogante que no encajan con el hombre con alma que he llegado a conocer.

—Ahí está. —Su mano opuesta se levanta en señal de saludo y me sujeta con fuerza mientras cruza la sala hacia la mesa donde Jasper ya está sentado.

Jasper tampoco parece de aquí. Su barba desaliñada le cubre la mayor parte de la cara y su desgreñado pelo rubio oscuro asoma por debajo de la gorra del equipo que lleva puesta.

—Hola, chicos. —Los ojos de Jasper se posan en nuestras manos entrelazadas y aprieta los labios—. Rhett, creo que nunca te había visto tomar la mano de una chica —continúa mientras acercamos nuestras sillas frente a él.

Me ruborizo y aparto la mano, pero en cuanto nos sentamos en las sillas transparentes de Lucite, Rhett cruza el espacio que nos separa y vuelve a agarrarla, frotándola con el pulgar en movimientos tranquilizadores.

—No sabía que dejarse crecer la barba para los playoffs era una cosa cuando ni siquiera estás cerca de llegar a los playoffs —murmura Rhett.

Jasper sonríe y baja la barbilla para leer el menú que tiene delante.

— Vicioso, pequeño Eaton. —Levanta la cabeza el tiempo suficiente para añadir—: Encantado de verte, Summer.

Hay algo diferente en Jasper. Algo tranquilo e introspectivo. Algo dulce,

pero también algo muy alejado. No puedo poner mi dedo en él. Lo único que sé es que he escuchado a mi padre hablar de que los porteros son un tipo de atleta diferente a los jugadores de hockey normales.

—A ti también —le digo con sinceridad.

—Gracias por reunirte con nosotros hoy —dice Rhett—. No me gustan las cenas fuera antes de montar.

Jasper gruñe.

—Sí, eso he escuchado. Jugar con el estómago lleno me da ganas de vomitar.

Se me tuerce la boca. Me espera una tarde interesante intentando entablar conversación con Jasper. Al menos me distraerá de la angustia de que Rhett vuelva a montar este fin de semana.

Mi teléfono suena con fuerza en mi bolso, demasiado en el tranquilo restaurante.

—Mierda. Lo siento, chicos. —Rebusco en mi bolso sobredimensionado, esperando desesperadamente encontrarlo y callarlo, reprendiéndome en silencio por haber tirado aquí todo, incluidos recibos que nunca necesitaré.

Mi mano se cierra sobre el bloque vibratorio y lo saco justo cuando el camarero viene a llenar nuestros altos y esbeltos vasos de agua.

El nombre Doctor Imbécil parpadea en mi pantalla mientras silencio el timbre. Levanto los ojos hacia Rhett, que me mira el teléfono con cara entre divertida y asesina.

—¿Cuándo hiciste eso? —Susurro.

—Un día te dejaste el móvil desbloqueado —murmura, asomándose justo por encima de mi hombro, con cara de niño regañado que no lo siente en absoluto.

Me quedo con la boca abierta e intento no reírme.

—Muy maduro —le contesto mientras apago el teléfono y lo vuelvo a meter en el bolso mientras le lanzo a Jasper una mirada de disculpa—. Lo siento. Dime, ¿has estado alguna vez en alguno de los eventos de Rhett?

—No desde hace mucho tiempo. Nuestras temporadas se solapan y mi agenda suele estar repleta de...

Mi teléfono vuelve a sonar y hago una mueca de asco mientras lo saco de nuevo. No me molesto en mirar a Rhett, porque por la postura de su cuerpo junto al mío sé que está a punto de romper algo.

No hemos hablado mucho de lo que somos ni de adónde vamos. Tengo tantas ganas de no sentirme necesitada o pegajosa que no me atrevo a preguntar. No me ha dicho nada, pero su cuerpo lo dice todo.

Su cuerpo dice que soy suya.

Cuando esta vez saco el teléfono, el nombre de mi hermana aparece en la pantalla, lo que me hace fruncir el ceño. Rara vez me llama.

Lanzo una mirada de preocupación a Rhett, cuya expresión me dice que está igual de confuso.

—Lo siento, voy a atender esto —anuncio a los dos hombres, que responden con murmullos que me decían que siguiera adelante.

Deslizo el pulgar por la pantalla y me acerco el teléfono a la oreja.

—¿Winter?

—Summer, ¿dónde estás ahora? —Su voz es ártica, como de costumbre, pero también hay un hilo de algo más ahí.

—Salí a cenar.

—¿En la ciudad o fuera?

Nunca se ha interesado por dónde estoy.

—Estoy en la ciudad. Winter, ¿qué pasa?

Rhett me mira, con la preocupación grabada en su rostro.

—Nuestro padre tuvo un ataque al corazón.

Se me revuelve el estómago.

—¿Qué?

—Es muy leve. —Olfatea, y ahora mismo me la imagino inspeccionándose las uñas, como si yo fuera una simplona por no haberme hecho médico—. Se va a poner bien. Pero está aquí en el hospital si quieres verlo.

Mi corazón retumba contra mi caja torácica.

—¡Claro que quiero verlo! —Las palabras salen con más fuerza de la que pretendo mientras el pánico se filtra por mis venas—. ¿Cuándo ha ocurrido esto? —Ya estoy de pie, metiendo los brazos en el abrigo.

Los chicos también están de pie, dispuestos a seguirme, aunque no saben lo que está pasando. Siento una punzada en el pecho al saber que hay gente que me apoya. Es algo inusual y, a pesar de la ansiedad que bulle en mi interior, su apoyo silencioso me tranquiliza.

—Hace unas horas —responde Winter.

—Winter. ¿Me estás tomando el pelo? Papá tuvo un ataque al corazón hace unas horas, ¿y me lo dices ahora?

—No seas dramática, Summer. No es como si pudieras haber hecho algo por él con una licenciatura en Derecho —se burla, y las lágrimas me escuecen en los ojos.

—¡Podría haber estado allí con él! También es mi padre, Winter.

Suspira como si yo fuera la persona más incómoda del mundo para ella. Y supongo que es posible que lo sea. Ella no pidió este jodido lazo familiar. Pero yo tampoco, y estoy cansado de que me traten como si lo hubiera hecho.

—Bueno, él está aquí ahora. Y está bien. Se quedará un par de días en observación. Eres bienvenida a visitarlo. —Me cuelga.

Rhett me está hablando, pero todo lo que veo es blanco. Furia blanca y caliente. Rabia por haberme perdido los últimos momentos con la única persona que realmente se ha preocupado por mí. Rabia porque Winter y mi madrastra sigan tratándome así siendo una adulta.

Rhett me masajea la nuca.

—Vamos, Summer. Yo te llevo.

—Lo siento, Jasper —digo con dificultad, intentando contener la rabia que bulle bajo la superficie.

Me hace un gesto con la mano.

—No hay nada que lamentar. Vete. Saluda a ese loco de mi parte.

Asiento con la cabeza antes de que Rhett me saque por la puerta, directo a

mi vehículo, donde abre la puerta del pasajero y me mete dentro como si estuviera en una especie de coma. Sus movimientos son rápidos y eficientes, llenos de preocupación, llenos de mucho cuidado.

Se inclina y me besa el pelo antes de dar un portazo y saltar al lado del conductor. Después de ajustar el asiento y los retrovisores, pasa la mano por encima del respaldo de mi asiento para dar marcha atrás y me dice—: Yo también estoy en contra de pegar a las mujeres, pero apoyo totalmente que decapites a tu hermana.

Se me escapa una carcajada oscura, y entonces, pisa el acelerador.

Volamos hacia el ala de cardiología. Reconozco muy bien las paredes color menta.

—¿Dónde está? —Miro a mi hermana con los ojos entrecerrados. Parece una muñeca de porcelana -cabello rubio pálido y piel perfecta- junto a mí, con todas mis pecas.

—Está hablando con el cardiólogo. Así que contiene tu rabieta. —Levanta la mano e inspecciona sus uñas. Es una forma de insultarme. Actúa como si sus cutículas fueran más interesantes que yo.

Me tiembla la voz cuando digo—: No puedo creer que no me lo dijeras.

Ella suspira y mira hacia la puerta cerrada de la habitación de nuestro padre.

—Winter, ¿y si hubiera sido más grave? ¿Y si hubiera perdido la oportunidad de estar con él? Todo porque... ¿qué? —Mi voz se quiebra y Rhett se acerca detrás de mí, su cuerpo firme y su mano firme en la parte baja de mi espalda.

Sus ojos se dirigen hacia donde me está tocando, pero se limita a parpadear.

—¿Porque tienes alguna venganza contra mí por cómo fui concebida? —Continúo—. Sabes que yo no estaba allí para eso, ¿verdad? No tuve exactamente elección en el asunto. ¿Hablaron de eso en la facultad de

medicina? Porque ese hombre de esa habitación —señalo la puerta cerrada— es todo lo que tengo. Marina y tú se han asegurado de ello. No sé muy bien qué más quieres de mí.

Todo se derrama de mí, como si se hubiera abierto la presa y no pudiera evitar que el agua saliera a borbotones. Es vergonzoso.

Es catártico.

O lo sería si Winter hiciera algo más que mirarme sin comprender. Es tan robótica, y casi me siento mal por ella. *Casi*.

Ella se ilumina con una sonrisa falsa y mueve su foco de atención por encima de mi hombro.

—Oh, bien. Rob, estás aquí.

Rhett se pone rígido detrás de mí y yo me quedo inmóvil, negándome a girarme. En ese momento me doy cuenta de que la he cagado. Todo con Rhett fue demasiado rápido, un borrón de orgasmos y miradas persistentes. Me olvidé del mundo que nos rodeaba.

El mundo que me rodea. Y esto es algo que debería haberle dicho a Rhett antes de entrar hoy en el hospital con él.

Cuando veo a Rob Valentine, con el cabello peinado y una camisa de cuello bajo un jersey elegante, me pregunto qué me atrajo de él. Al lado de Rhett, es tan... decepcionante.

—¿Qué carajo *está* haciendo aquí? —gruñe Rhett.

Los ojos de Winter se abren de par en par y se echa hacia atrás.

—Es mi marido. La pregunta es, ¿qué *estás* haciendo aquí?

—Hola, cariño. —Rob picotea a Winter en la mejilla, obviamente no afectado por su comentario grosero.

Ahora Rhett se acerca, empuja un brazo delante de mí y me guía detrás de él, usando su cuerpo como escudo para mí.

—¿Es esto una especie de broma de mal gusto? —Desde detrás de la corpulenta figura de Rhett, le veo volver su mirada hacia Rob, tan lentamente que es casi espeluznante. Un depredador midiendo a su presa.

Le aprieto el brazo.

—¿Podemos irnos ya, por favor? Necesito hablar contigo en privado. —El corazón me late tan fuerte que siento vibrar mi pecho. Ahora soy siempre consciente de mi corazón. El cambio de ritmo, de intensidad... Nunca dejaré de pensar en ello.

Y ahora mismo, está bombeando más fuerte de lo que creo que nunca lo ha hecho.

Porque mi secreto más profundo y oscuro está peligrosamente cerca de ver la luz del día.

—Aquí no hay bromas, amigo. —La forma en que Rob lo dice es casi como si le hablara a un perro.

Y Rhett no pasa por alto el insulto. Golpea directamente.

—¿Ser un depredador con tu paciente adolescente no era suficientemente malo? ¿Tenías que darte la vuelta y casarte con su hermana mayor?

El estómago se me sube a la garganta. El miedo me inmoviliza, me congela en el sitio.

Todo parece moverse a cámara lenta. Me agarro a Rhett, sintiendo que avanza. La puerta de la habitación de hospital de Kip se abre.

—¡Rhett, detente! —No me escucha. Estoy entrando en pánico ahora. Así no es como nada de esto debía salir—. Rhett. —Agito su brazo—. Por favor, para.

—¿Qué? —La piel de Winter es del color de su cabello. Su cara está pálida y dibujada.

—Ignora al campesiono, Winter. Así es como se divierte la gente como él. Vámonos. —Él intenta arrastrar con él a su inmóvil esposa.

Rob es tan engreído, tan seguro de sí mismo, que ni siquiera lo ve venir. Los hombres como Rhett no son un factor en su realidad. Educados y restringidos por la corrección social cuando alguien que les importa ha sido herido. Es todo instinto y sentimiento.

Rhett no es un campesino, es más como un león. Y Rob está jodiendo con su orgullo. Es por eso que no me escucha rogándole que se detenga.

Rhett echa los hombros hacia atrás.

—Bueno, me alegro de que la gente como yo no se divierta rompiendo códigos profesionales y pasando años coaccionando a mujeres jóvenes para que sean un sucio secretito para salvar su jodido pellejo. La gente como yo dice lo que quiere decir. —Con una sonrisa oscura, levanta un dedo y apunta directamente a la cara de Rob—. Y tú, *amigo*, eres la mierda pegada a mi bota.

Mi hermana tiene la boca floja. Veo cómo sus ojos se llenan de pensamientos. Todos me observan. Sus miradas pican en mi piel, y desearía poder darme la vuelta y correr. Llevarme a Rhett conmigo y esconderme.

Pero no puedo. Porque Rob toma la decisión más estúpida que podría tomar en este momento.

Se vuelve hacia mí, los ojos entrecerrados con maldad, su voz puro veneno.

—Se suponía que tenías que mantener la boca cerrada.

Es una mierda lo que me dice, pero no me importa mucho Rob. Es de mi hermana de quien no puedo despegar los ojos. Ella no se merece esto.

El brazo de Rhett vuelve a salir disparado delante de mí y, cuando sale su voz, apenas la reconozco. Es tan fría que un escalofrío me recorre la espina dorsal.

—Vuelve a hablarle así y te enterraré, joder. Y créeme, no te echaré de menos.

Rob le hace un gesto despectivo con la mano.

—Abajo chico.

Eso es lo que no debe decir, porque antes de que tenga la oportunidad de rogarle a Rhett que retroceda, ha tirado de su brazo hacia atrás y está asestando un golpe a la cara de engreído de mierda de Rob.

—¡Rhett! —Grito justo cuando la sangre brota de la nariz de Rob y el hospital que nos rodea se llena de vida. Las enfermeras entran corriendo, Rob grita algo sobre demandar y Winter se queda mirando a su marido como si no lo hubiera visto nunca. Siento una grieta en el pecho por ella. Parece joven. Parece perdida.

Ojalá pudiera abrazarla.

Por muy tensa que sea nuestra relación, sigue siendo mi hermana mayor.

Y nunca dejaré de desear más con ella.

Me tapo la boca con las manos mientras asimilo la escena que tengo delante y, cuando me giro a la derecha, veo la puerta abierta de mi padre, sentado en su cama con la piel pálida y una expresión sombría en el rostro.

Me aprieto las sienes mientras miro los cálidos ojos de Rhett.

—Lo siento —dice como si acabara de darse cuenta del caos circundante—. Joder. Lo siento mucho, Summer. Yo sólo... joder. Nadie te habla así. Nadie. Nunca.

Con una gasa pegada a la nariz, Rob interviene.

—Voy a sacarte todo lo que vales.

Me giro, levantando una mano, con la paciencia frita.

—Rob, *vete a la mierda*. Vete a que te arreglen la nariz y déjala donde debe estar. Que *no es* asunto mío. Tú ve por Rhett y yo empezaré a hablar. Así que cállate, ¿de acuerdo?

Sacude la cabeza, como si no pudiera creer que la chica educada y dócil a la que ha estado engañando durante años le dijera eso. Y es Winter quien lo aparta. Es Winter quien no me mira a los ojos.

Le doy la espalda, mirando a Rhett.

—Tienes que irte.

—¿Qué? —Parece realmente confundido.

—¿En serio, Rhett? —Susurro-grito—. Esto es un puto desastre. Mi padre está en el hospital, y acabas de soltar mi mayor y más complicado secreto de una manera muy, muy espectacular. Tienes que irte. Hablaremos más tarde. No te necesito aquí haciendo todo el rollo posesivo ahora mismo.

Rhett parpadea, un poco de color asoma bajo su barba incipiente. Tras un profundo suspiro, finalmente dice—: Bien, de acuerdo. —Se acerca, me levanta la barbilla y me pasa el pulgar por debajo del labio inferior—. Pero quiero dejar clara una cosa. No soy posesivo. Soy protector. Y nunca dejaré de protegerte. Volvería a pegarle a ese cabrón en un santiamén si eso significara evitar que te hablara de esa manera.

Asiento con la cabeza, un poco abrumada por lo que acaba de decir, pero

demasiado agotada para hacer nada más.

—De acuerdo —es todo lo que respondo.

Estoy demasiado nerviosa para elaborar mis pensamientos y sentimientos en este momento, y temo lo que encontraré allí. Lo único que sé es que necesito estar con mi padre y aclarar mis ideas.

Rhett se inclina hacia mí y me besa en la frente. El roce de la barba contra mi piel me pone los pelos de punta. Gira sobre sus talones y sale a grandes zancadas por las puertas batientes. Todos los ojos de la sala lo siguen.

Los míos incluidos.

28

Summer

Rhett: Lo siento mucho.

—Si no me hubiera dado ya un infarto hoy, eso podría haberme dado uno.

Inclino la cabeza contra el respaldo del incómodo sillón acodado en un rincón de la habitación de mi padre y dejo que se me cierren los ojos.

—Eso no tiene gracia.

—¿Los problemas de corazón son contagiosos? Porque creo que tú me contagiaste a mí.

Sacudo la cabeza, con los labios torcidos. Nunca me ha dejado vivir preguntándole eso cuando era joven. Me preocupaba que se acercara demasiado a mí o que pasara demasiado tiempo a mi lado, por si mi defecto cardíaco congénito era contagioso.

—Sigue sin hacerme gracia.

—¿Crees que Rob tiene la nariz rota?

Suspiro pesadamente.

—No lo sé. No soy la médica de esta familia.

—¿Esperar que lo sea me convierte en un imbécil?

Ahora suelto una carcajada triste. Kip y yo tenemos una relación padre-hija que roza la amistad, y no la cambiaría por nada del mundo.

—Ya eras un imbécil.

—Sí. Es verdad —musita desde la cama a mi lado. Lo miro de reojo. Su cabello oscuro está un poco más revuelto de lo habitual, posiblemente incluso luce algunas mechas plateadas más de lo que recordaba. Mi padre parece...

mayor. No me había dado cuenta hasta hace poco. Supongo que eso pasa cuando te acercas a los sesenta.

Pero su mortalidad me llama mucho la atención ahora mismo, postrado en una cama de hospital, sin el aspecto de traje, lenguaraz y perturbador de la mierda en una oficina lustrosa que suele tener.

Me escuecen los ojos mientras le estudio. Junto los labios para evitar que tiemblen, para contener la respiración agitada.

Cuando me mira, cierro los ojos. Los aprieto con fuerza y evito las lágrimas que se acumulan detrás de mis párpados.

—Summer, cariño, ven aquí. Estoy bien. —Su voz es suave, tan relajante. Me devuelve a los largos días pasados en la sala infantil con él a mi lado.

Se me escapa un sollozo y él levanta un brazo, haciéndome un gesto para que me acerque a él. Y mientras las lágrimas se derraman por las mejillas, me arrastro hasta la estrecha cama del hospital y bajo el brazo de mi padre. Incluso por encima del terrible olor a sábanas de hospital, puedo olerlo a él, ese olor intrínsecamente reconfortante.

—Tenía tanto miedo, papá. Yo... En cuanto me enteré, vine. Debería haber venido antes.

Su ancha palma me frota el brazo de arriba abajo mientras inclina la mejilla sobre mi cabeza.

—No, no deberías haberlo hecho. No es tu trabajo cuidar de mí. Le pedí a Winter que no te llamara antes. Ella quería hacerlo. Pero no quería que te preocuparas.

Eso me hace llorar más. Me acurruco en su pecho, frotando mis lágrimas húmedas contra la áspera bata de hospital que aún lleva puesta.

—Papá, la he cagado de verdad.

—Sí. —Sigue frotándome el brazo—. Lo vi.

—No quería que saliera así. Winter. No quería que ella...

Su voz se vuelve mortal mientras sus dedos se aprietan con fuerza.

—¿Ese cabrón te obligó a algo?

—No. Él... Yo, bueno, ya sabes, siempre estuve enamorada de él. Incluso

cuando se convirtió en sólo chequeos. —Mi padre gruñe. Era una broma, en realidad. Yo no era sutil, y es difícil no estar enamorada de un médico joven y guapo que te ha salvado la vida como él me la salvó a mí—. Fue más o menos cuando cumplí dieciocho años. Era legal y salí con unos amigos a tomar unas copas. Me encontré con él en el bar y, en lugar de ir de fiesta, acabamos conduciendo toda la noche y hablando. Las cosas despegaron a partir de ahí.

—¿Por cuánto tiempo?

Soplo una frambuesa y giro la cabeza para mirar al techo.

—Dos años.

—Por Dios —murmura Kip—. ¿Y después?

—Entonces... Winter. —Trago con fuerza, dejándome llevar por el dolor atroz que sentí cuando me dijo que iba a salir con ella. Entonces no me lo podía creer. Pero ahora sí. Yo era joven, y tan jodidamente dispuesta para un hombre sin límites profesionales. No sé cómo no lo vi de esa manera. Winter empezó en el mismo hospital, y él quedó prendado al instante.

Y me olvidaron al instante.

No me amó, me usó y me descartó. Y ahora me eriza la piel.

—Le prometí que nunca se lo diría a nadie. No quería arruinar su carrera. Quiero decir.. está claro que es bueno en lo que hace. Pero...

—¿Pero qué? —Kip suena francamente asesino.

—Siempre me daba largas. Una que otra llamada, o mensaje de texto. Una conversación en un evento familiar. Se cuidaba de no cruzar nunca la línea física una vez que Winter entraba en escena, pero siempre me hacía pensar que quizá, quizá, las cosas podrían cambiar.

Lanzo una carcajada triste. Al decirlo en voz alta parece tan obvio.

—Porque quería mantenerte a raya —me dice mi padre.

—Sí. Parece tan descarado ahora. Tan manipulador. Pensar en cómo mi vida personal ha jugado estos últimos años, yo sólo... Supongo que es por eso que dicen que la retrospectiva es 20/20.

—Maldito refrán estúpido —murmura Kip mientras su mano vuelve a deslizarse arriba y abajo—. Por supuesto, la retrospectiva es 20/20.

Sonrío, pero a medias.

—Necesito encontrar a Winter.

—Tienes que darle algo de tiempo. Y yo voy a tener que tratar con Marina. Y tú vas a tener que contar por qué Rhett Eaton se comporta como un dragón que escupe fuego a tu alrededor. Pero por ahora, acuéstate aquí con tu viejo por un minuto. Por los viejos tiempos.

No discuto con él, simplemente inspiro profundamente por la nariz, buscando consuelo de una forma que me hace sentir como la niña pequeña que fui una vez. En este mismo hospital. En esta misma ala. Con la única persona que nunca dejó de ayudarme.

Y me duermo.

Me despierta mi madrastra, Marina, empujándome el hombro en una habitación en penumbra. Tiene el cabello rubio pálido y rasgos severos. Como ella. Lleva un vestido gris bajo la bata blanca. Es una doctora muy respetada aquí, pero no se ha molestado en venir a ver a su marido en las últimas horas, desde que sufrió un infarto.

Aunque siempre ha sido cruel.

—Fuera. —Señala la puerta.

Nunca le he gustado. Y por un lado, ¿quién puede culparla? Pero por otro… madura de una puta vez.

—No. —Me levanto para sentarme y me paso los dedos por el cabello, intentando orientarme.

—Sí. Ya has hecho suficiente aquí por un día.

Mi corazón se desploma al recordar lo que pasó antes. Con Winter. Los músculos de mi pecho se contraen y dejo de mirarla.

Una razón más para que me odie. Para que mi hermana me odie.

—Escucha, yo…

Levanta la mano, la palma en horizontal para impedirme hablar, y sus

ojos arden con una furia glacial.

—Para ti, el abandono del hogar es hereditario. No puedes evitarlo. Lo comprendo. Pero vas a desplazar el pulsómetro de Kip y crear más trabajo para todos. Este no es el momento para una fiesta de pijamas. Vete a casa.

Me quedo boquiabierta mirando a esa mujer. Esta mujer que sólo me crió porque Kip nunca la dejó acercarse lo suficiente. Eso no le impidió hacerme comentarios como este a lo largo de los años. He desarrollado una piel gruesa cuando se trata de Marina Hamilton. Sus golpes solían doler, pero ahora...

Beso a mi padre en la frente y salgo de la estrecha cama, con las extremidades pesadas como el plomo y los ojos irritados como si tuvieran arena. Seguramente son migas de rímel de tanto llorar.

—Me siento mal por ti, Marina —digo uniformemente, cepillándome la ropa.

—No necesito tu compasión —escupe en voz baja, cogiendo el historial de mi padre y fijando la mirada en los papeles que tiene delante.

—Pero la tienes. Y tienes mi perdón por lo horrible que has sido conmigo toda mi vida.

Ella se burla y yo me levanto todo lo que puedo mientras me dirijo a la puerta para salir. No merece la pena pelearse con Marina. Sin embargo, eso no me impide decirle unas palabras de despedida, aunque me tiembla la voz al hacerlo.

—Te has pasado la vida haciendo daño a mi padre, y odio eso. Pero lo que pase entre tú y Kip no es asunto mío. Ambos son adultos. Pero *nunca* te perdonaré que me hayas hecho imposible tener una relación con Winter. Crees que todas tus maniobras a lo largo de mi vida sólo me perjudicaron a mí, pero también perjudicaron a Winter. Hiciste que sintiera que no podía contarle cosas que ella merecía saber. Hizo que ambas estuviéramos aisladas cuando podríamos habernos tenido una aotra. Y eso es —la señalo, directo a la cara— culpa tuya y de tu jodida venganza.

Y entonces giro sobre mis talones y me voy. Demasiado enfadada para mirarla ni un momento más.

Salgo a trompicones de la habitación en busca de un lavabo para arreglarme la cara y aliviar la vejiga. Y tal vez para llorar un poco más a solas.

Tengo que encontrar a Winter. Llamar a Winter. Darle explicaciones a mi hermana.

Pero cuando doblo la esquina y llego al espacio de espera, lo que me encuentro es a Rhett Eaton, con los brazos acordonados cruzados sobre el pecho, el pelo suelto alrededor de los hombros, la barbilla barbuda inclinada hacia arriba, mirando al techo. Sus iris dorados bailan de un lado a otro como si estuviera observando algo.

—¿Qué haces aquí? —Pregunto.

Se sienta recto, me mira al instante mientras se aclara la garganta y se agarra a los reposabrazos.

—Esperando. Supongo. Sí, esperando. Quería asegurarme de que estabas bien.

—¿Qué hora es?

Señala con la cabeza la pared detrás de mí.

—Casi las dos.

—¿Las dos de la mañana?

—Sí.

Suspiro y me froto la cara.

—Te pedí que te fueras.

El silencioso zumbido del hospital a mis espaldas es apacible en su familiaridad.

—Bueno, no quería irme. Quería sentarme aquí y esperar a hacer las cosas bien contigo. Me sentaré aquí todo el fin de semana si es necesario.

—No, no lo harás. Cabalgarás mañana. Deberías estar descansando.

—Summer. ¿No lo entiendes? —Se levanta, extendiendo las manos en señal de frustración—. Me preocupo por ti.

Respiro fuerte y asiento con la cabeza mientras dejo caer la mirada hacia sus botas desgastadas.

—Cierto. Pero no lo suficiente como para dejar de hablar cuando te lo supliqué. No lo suficiente como para pensar en las repercusiones de que te

vayas. Las repercusiones que recaen sobre *mí*.

—Se lo merecía, Summer —gruñe Rhett.

—¿Y qué pasa conmigo, Rhett? —Mi voz está al borde de la estridencia—. ¿Qué me merezco? ¿No merezco la oportunidad de contar mi propia historia? ¿No lo entiendes? Ese era *mi* secreto que contar. —Mis pulgares se clavan en mi pecho casi dolorosamente antes de señalarlo—. Prometiste guardar ese secreto. Y rompiste esa promesa. Yo *confiaba* en ti.

Parpadea, sus ojos se ablandan mientras sus hombros se hunden.

—Secretos así te pesarán, Princesa. Nunca me dijiste que era parte de tu familia. Quiero decir, joder. ¿Qué tan repugnante puede ser una persona?

—¡No me princeses! No hace tanto que nos conocemos. Siento mucho no haber soltado todos mis secretos más sucios de buenas a primeras. Qué egoísta soy. —Mi voz sube a otro nivel y siento que la somnolencia de antes desaparece y es sustituida por el pánico. Por angustia.

—No deberías guardar secretos que te comen viva porque te preocupa lo que pensará la gente. Y definitivamente no porque alguien te esté manipulando para ello.

—¡Ya lo sé! ¿Crees que no lo sé? Pero era mi historia y tú me la quitaste. De la forma más pública y humillante posible. Y por mucho que Rob me hiriera, no voy a hundir su carrera. —Esa declaración cae como una bomba atómica, silenciando todo a nuestro alrededor.

La expresión de Rhett se queda en blanco.

Desvía la mirada, como si le doliera mantenerla fija en mí, y sacude sutilmente la cabeza.

—Jesús. ¿Todavía sientes algo por él?

Agito una mano delante de nosotros mientras me peino el cabello con la contraria.

—¡No! ¡Claro que no! No. Es que es complicado. Y no se trata de él. La verdad es que no. Sé que no le importa lo que piense la gente. ¿Pero a mí? A mí sí. Y sigues pisoteando eso. Quizá no debería importarme tanto lo que piense la gente, y quizá a ti debería importarte más. Quizá tu familia no te apoye, o quizá tengan miedo de que cada vez que salgas por esa puerta sea la última vez que te

vean.

Estoy jadeando y Rhett parece impresionado por lo que acabo de decir.

—Los sentimientos de otras personas están en juego. No todo gira en torno a ti y a lo que tú quieres, Rhett. No cuando amas a alguien. A mí me importa lo que mi hermana piense de mí, aunque no deba, aunque sea mala. ¿Y mi padre? —Señalo detrás de mí—. El hombre en esa habitación, que podría haber muerto hoy, es la única persona que realmente se preocupa por mí, la única persona que tengo. Ambos se merecían algo mejor que enterarse de esto de la forma en que acaba de salir. Quizá Rob tuvo lo que se merecía, pero ¿y el resto de nosotros?

Le rechinan los dientes mientras me mira sin pestañear. Se pasa una mano por la boca.

—Lo entiendo. Lo entiendo. Y siento mucho haber estallado como lo hice. Pero Summer —se acerca a mí, pero yo retrocedo— a mí también me tienes. No sé de qué otra forma demostrarlo. No paro de decírtelo y es como si no me escucharas.

Me escuecen los ojos. Me está diciendo todas las cosas que tanto quiero escuchar. Me está ofreciendo todo el apoyo que tan desesperadamente quiero de él. Pero también estoy jodidamente enfadada con él por traicionar mi confianza y por tener razón en tantas cosas y equivocarse en tantas cosas a la vez.

Me enfada que esto no sea más fácil. Nada en mi vida lo ha sido. En este momento, no me siento con el vaso medio lleno, y me desquito con el buen hombre que tengo delante. Porque por mucho que quiera, no puedo confiar en un hombre que está tan ocupado en que no le importe lo que piensen los demás que me hará daño para demostrarlo.

—Oh, te escucho, Rhett. Es sólo que no te creo. Lo que hiciste esta noche no se siente como si te preocuparas por mí. Parece como si hubieras perdido el control y te hubieras descontrolado. —Una oleada de náuseas me golpea y me tapo la boca con una mano mientras lo miro con ojos llorosos—. Vete a casa. A tu hotel. Vete. Ahora mismo no puedo contigo.

—¿Qué significa eso? ¿Para ti y para mí?

Se me cierran los ojos. Incluso ese pequeño movimiento duele. Me duele

todo. Una risa que se mezcla con un sollozo salta de mis labios.

—No lo sé, Rhett. Ni siquiera estoy segura de que existamos tú y yo. Nunca hemos estado más que aquí y ahora.

Y entonces lo empujo para llorar en el lavabo, tal y como había planeado.

Bueno, un poco más de lo que había planeado.



29

Summer

Summer: Winter, ¿podemos hablar, por favor? Hoy vuelvo al hospital. Puedo encontrarme contigo en cualquier lugar, a cualquier hora. No espero que me perdones. Sólo me gustaría contarte mi versión de la historia.

Winter: No hay nada que perdonar.

Summer: Okay. ¿Podemos seguir hablando? Sé que las cosas están tensas entre nosotras, pero te quiero. Quiero asegurarme de que estás bien.

Winter: No estoy bien. Estoy embarazada. Y el padre de mi hijo me ha estado mintiendo durante años. No estoy preparada para hablar. Por favor, deja de preguntar. Te contactaré cuando esté lista.

Rhett: ¿Cómo está Kip?

Summer: Aparentemente, bien.

Rhett: ¿Cómo estás tú?

Summer: Cansada.

Rhett: ¿Qué puedo hacer para ayudar? Dímelo.

Summer: Nada.

Rhett: ¿He mencionado cuánto lo siento?

Summer: Sólo ten cuidado esta noche, por favor.

—Háblame del vaquero.

Decido no darme la vuelta. En lugar de eso, me dedico a reordenar algunas

de las flores de mi padre en su jarrón.

—¿Hm? —pregunto como si no le hubiera oído.

—Ya sabes. Cabello largo. Golpea a la gente que te ha hecho daño. Aparece en tu pared cuando eres adolescente.

Gimo, dejando caer la barbilla sobre el pecho.

—Apuesto a que pensabas que no me acordaba de eso.

—Sí. —Miro fijamente las zapatillas blancas en mis pies. Por fin he vuelto a casa esta mañana. Como si eso fuera a hacerme sentir mejor, me he duchado, me he secado el cabello y me he puesto un bonito conjunto de sujetador y tanga a juego. Me puse unos vaqueros y un suave jersey gris y volví para hacer compañía a papá.

Sintiéndome ligera como la lluvia. Si este fuera mi último momento, querría ser feliz con mi padre. Así que me estoy obligando a sentir eso. A hacer eso. A controlar lo que pueda.

Y estoy fallando porque estoy enferma por Winter. Estaba literalmente enferma por el último mensaje que me envió. Tengo que mantenerme ocupada de alguna manera.

Rhett monta esta noche, y el bar de Willa da un concierto este fin de semana, así que estoy aquí con Kip, que ahora hace preguntas que no quiero responder.

Con un suspiro, me doy la vuelta y miro a mi padre, que parece muy satisfecho de sí mismo.

—Deberías tener peor aspecto. Acabas de tener un infarto.

Me hace señas para que me vaya.

—Un pequeño ataque al corazón. ¿Y sabes qué me haría sentir mejor?

—¿Qué? —Me animo, deseoso de algo que me mantenga ocupado y fuera de mi cabeza.

Algo que no sea arreglar flores que no necesitan ser arregladas.

—Cuéntame lo que pasó con Rhett.

—Ugh. —Cruzo la habitación dando pisotones, sintiéndome notablemente infantil al dejarme caer en la silla junto a él—. No sé qué decirte.

—¿Te gusta?

Joder, esto es incómodo. Ni siquiera puedo mirar a Kip. Ha descubierto más cosas sobre mi vida sexual en las últimas veinticuatro horas de las que me hubiera gustado que supiera en toda mi vida.

—Sí, papá. Me gusta. No es como parece. Nada como todo el mundo piensa.

—Lo sé.

Mi cabeza gira en su dirección.

—¿En serio?

—Por supuesto, lo sé. Llevo ayudando a ese chico más de una década. Me cabrea porque es una puta bala perdida, pero me cae bien. Sabía que al final os llevarían bien.

Parpadeo, recordando la forma en que Kip despotricaba de él cuando todo este asunto de la leche saltó por los aires. Lo vi como frustración, pero ahora pienso que podría ser afecto. Frustración porque las cosas no le iban bien, más que frustración *dirigida* a él.

—Bueno, genial —digo, dejándome caer en la silla—. Vaya manera de hacer de casamentero raro. Funcionó.

Siento que mi padre me mira fijamente. Su mirada me hace un agujero en la determinación de no decir nada más.

—Dejé que se metiera en mis pantalones, ¿de acuerdo? —le digo.

Mi padre se ríe.

Me llevo las manos a la frente mientras miro al techo.

—Me dijiste que no dejara que se metiera en mis pantalones, y te ignoré como si fuera una locura. Y luego dejé que se metiera en mis pantalones. Así que, cuando volvamos al trabajo, puedes despedirme y hacerme saber lo poco profesional que soy. Además, ¿podemos no volver a hablar de mi vida sexual después de esto?

Cuando se le pasa la risa a Kip, me mira y me aprieta el codo.

—Bien. No creo haberte dicho que no te enamoraras de él.

—Yo no lo amo.

Se encoge de hombros y frunce el ceño de forma sarcástica, como diciendo: *De acuerdo, claro, pero los dos sabemos que eres una mentirosa.*

Cruzo los brazos, decidida a no darle más información con la que acosarme. No quiero hablar de ello. Y definitivamente no quiero considerar el hecho de que podría estar enamorada de Rhett Eaton.

El estado actual de las cosas ya duele lo suficiente sin lanzar la palabra con A.

—¿Quieres transmitir su evento y hablar de lo terrible que es?

Resoplo. La pierna que tengo cruzada se sacude mientras intento evitar el contacto visual con mi padre. Me ha colgado una zanahoria a la que casi no puedo resistirme.

Por un lado, quiero verlo porque ya echo tanto de menos a Rhett que tengo un dolor constante en el pecho. Por otro lado, no quiero verlo porque tengo un dolor constante en el pecho que solo empeorará con la ansiedad de verlo montar.

—De acuerdo. De acuerdo. —Soy débil. Soy tan jodidamente débil. Una masoquista, en realidad.

Kip sonríe, toma su iPad y da unas palmaditas en la cama mientras se acerca. Me tumbo en la cama a su lado y veo que ya ha puesto en cola la emisión en directo.

Traidor.

Cruzo los brazos y me reclino para observar. El comienzo incluye un montón de fuegos artificiales, chicas con pantalones de cuero que sostienen pancartas y los locutores que hacen un repaso de la clasificación de cara a los Campeonatos del Mundo, que se celebran dentro de dos semanas. Sólo hablan de esa maldita hebilla de oro. Suenan como Rhett.

Reconozco los nombres de muchos de los chicos mientras hacen sus turnos. Le cuento a mi padre todo lo que he aprendido sobre este deporte. La puntuación, lo que hace que un toro sea bueno, cómo frotan las cuerdas para ablandar la colofonia y amoldarla a sus manos.

Escucha embelesado, aunque hay una parte de mí que está segura de que sabe mucho de lo que le estoy contando. Creo que sólo necesito llenar el espacio

con algo que no sea mi vida sexual.

Siseamos y gemimos al unísono cuando los chicos se caen o cuando el payaso del rodeo escapa por los pelos. Es un deporte terrorífico.

—Oh, ese es Theo. —Señalo la pantalla—. Es el protegido de Rhett. Como un hermano pequeño.

—Oh, bien. Otro Rhett. Justo lo que este mundo necesita —bromea mi padre.

Me río, pero es a medias, porque el primer pensamiento que salta a mi cabeza es, Rhett es insustituible.

La palabra con "A" aparece de nuevo y yo la alejo, cruzando los brazos sobre las costillas como si pudiera exprimir ese pensamiento fuera de mi cuerpo.

Los pulmones se me endurecen en el pecho cuando veo a Rhett subirse a los paneles de la valla para ayudar a Theo. No es un entrenador de gira, así que no necesita estar allí. Simplemente está. Un destello de culpabilidad me golpea por haberle dicho lo que le dije sobre que no todo giraba en torno a él.

Fue cruel decirlo.

Veo cómo se abre la puerta y sale ruido de la diminuta pantalla de la tableta. Las piernas de Theo se balancean y su brazo se mantiene en una posición perfecta. El toro, de aspecto salpicado, se encabrita, recto y no demasiado alto, así que Theo clava las espuelas.

Y entonces es cuando todo se va a la mierda.

El toro gira con fuerza y rapidez, y Theo no está preparado. Sale despedido hacia delante sobre el cuello del toro. Su sombrero vuela en una dirección y su cuerpo inerte en la otra. Jadeo y me tapo la boca con la mano mientras salgo disparada hacia delante. Cuando cae al suelo, el polvo flota a su alrededor mientras yace inmóvil.

—Mierda. —escucho la voz de Kip, pero apenas me doy cuenta porque el toro ha abandonado al payaso que perseguía, y ahora sus 2000 libras se abalanzan sobre un Theo que no se mueve.

Apenas registro lo que ocurre fuera del ring, por eso apenas lo veo venir. Rhett sale corriendo por la izquierda de la pantalla y se lanza sobre el cuerpo de

Theo como un escudo.

Desinteresado, heroico y estúpido.

Y justo a tiempo para soportar la embestida del toro.

Sólo sé que grito.



30

Rhett

Kip: Espero que no estés muerto, pero sólo porque mi hija está angustiada por ti en este momento, y si estás muerto, no puedo patearte el trasero por lastimarla.

Las luces parpadean y se proyectan alrededor de la bahía donde se detiene la ambulancia del hospital. He espantado a los paramédicos en todo momento. Tengo las costillas jodidas. No necesito que un profesional médico me lo diga.

Theo ha estado entrando y saliendo de la conciencia porque es demasiado jodidamente estúpido para llevar casco, y no me voy de su lado.

Abren las puertas traseras y levantan la camilla de Theo. Está atado a una tabla dura. Algo que espero que sea sólo por precaución, teniendo en cuenta que puede mover los pies con facilidad. Estuvo despierto el tiempo suficiente como para que pudieran hacerlo.

Lo sigo, ignorando el dolor punzante en la espalda y sintiendo cada año de mi edad unas cien veces más. No ayuda que anoche no haya pegado ojo.

Cuando cerré los ojos, todo lo que vi fue a Summer. Sus labios perfectos. Sus profundos ojos marrones envueltos en lágrimas.

Jodidamente inquietante.

Pero ahora solo necesito saber que Theo está bien. Sigo a la sala de urgencias, ignorando las miradas escépticas que me lanza una paramédica. Sabe que les estoy mintiendo sobre mi lesión. Además, he montado un escándalo por ir con Theo, así que probablemente no les caiga bien.

Haré que un médico me revise más tarde.

—Tú. —Me señala—. Siéntate ahí. —Señala la silla de plástico que hay

justo dentro de la puerta mientras hacen pasar a Theo, y esta vez escucho.

Jadeo cuando me inclino para sentarme, dejo caer la cabeza entre las manos y respiro entrecortadamente, esperando que el dolor disminuya si no me muevo.

No estoy seguro de cuánto tiempo permanezco aquí sentado perdido en el dolor de mis costillas y la preocupación por mi amigo cuando escucho—: Rhett. Cabello largo. Guapo. ¿Probablemente un imbécil contigo?

Es la voz angustiada de Summer, rebosante de dolor, ansiedad y pánico. Como si no me sintiera ya lo bastante mal por mi comportamiento de imbécil de ayer y por haberla hecho llorar -joder, eso me ha matado-, ahora tengo que escuchar su voz aterrorizada.

Es como rodar sobre cristal, mil cortes por todo el cuerpo, escucharla tan disgustada. Y *yo* le hice eso. Ayer. Hoy.

—¡Rhett!

Cuando la veo, jadeo. El dolor irradia por todas partes. Se le cae el rímel por la cara mientras corre por el pasillo hacia mí con los dedos enredados en los puños de las mangas.

Hermosa y devastada.

Yo lo *hice*.

—Dios mío. ¿Estás bien? —Cae de rodillas frente a mí, las manos revolotean sobre mis piernas antes de dejarse tocar—. ¿Estás bien?

Sus ojos me escrutan, como si fuera capaz de ver huesos rotos a través de mi ropa y mi piel.

—Estoy bien. —Me duele demasiado como para moverme. Una parte de mí piensa que debería tocarla. La otra parte sabe que debería salvarla del dolor de esto, de verme hacer esto. Con mi padre y mis hermanos, sus emociones están encerradas. No sé si realmente temen por mí o sólo se burlan de mí.

Pero con Summer, puedo verlo claramente.

Miedo.

—Te he visto. —Sus manos se mueven suavemente, muy suavemente, por mis brazos y mis hombros. Ella solloza mientras me asimila—. Lo vi pasar.

Se me agrieta el pecho. Después de las palabras que intercambiamos anoche, no sé qué pensar de esto. Pero sé que verla tan alterada me está matando. Me revuelve el estómago.

Cuando me toca las costillas, me estremezco. Me levanta la camisa antes de que pueda detenerla.

—Oh, Dios. Rhett. —Su voz se quiebra, y veo caer una lágrima gorda de su ojo. Rueda por sus pestañas oscuras y salpica su mejilla.

Me rompe el puto corazón.

Aún no me he mirado las costillas, y no pensaba hacerlo. Noto su uña en la piel y doy un respingo, apartando su mano mientras la camiseta vuelve a caer para cubrir lo que parece ser un moratón de mil demonios.

—Iré a buscar al médico.

Se da la vuelta para irse y la agarro de la muñeca.

—No.

—¿No? —Se le tuerce la cara de auténtica confusión.

—No. Veré a un médico más tarde. Un médico de aquí querrá ingresarme y me impedirá montar.

Parpadea. Una vez. Dos veces. Tres veces. La punta de su nariz está roja de llorar.

—¿Vas a montar?

—Probablemente no mañana. Pero sí, voy a montar. No he llegado hasta aquí para perderme la oportunidad de la hebilla.

Menea la cabeza como si no pudiera creerse lo que acaba de escuchar.

—Tus costillas están probablemente rotas. Podrías tener daños internos.

—Estaré bien —refunfuño, apartando la mirada porque ya no puedo mirarla. Me duele más que las costillas.

—Rhett, por favor. Sé lo suficiente para saber que no montarás a tu mejor así. No es seguro.

Estoy agitado porque me está matando ahora mismo. Y quiero ceder.

Quiero.

Para ella, sí.

No se equivoca. Pero también odio cuando la gente me dice que deje de montar. Quiero la última victoria. Es todo lo que tengo. Ayer me dijo cosas que me dolieron. Que resonaron. Eso me hizo darme cuenta de que no la tengo, no realmente.

Así que tal vez estoy enojado. Un poco herido.

Sé que no es justo hacerle pasar por esto cuando ya ha sufrido tanto. Quiero protegerla de cualquier imbécil que pueda hacerle daño. Y eso tiene que incluirme a mí.

Quizá por eso digo algo de lo que luego me arrepiento.

—Dormimos juntos un par de semanas, Summer. No me digas lo que tengo que hacer. —Le escupo las palabras enfadado y mezquino y veo cómo aprieta los labios.

Me odio al instante.

Se pone en pie, respira hondo y se limpia la nariz mientras se endereza, tan llena de gracia y clase. Tan jodidamente fuera de mi alcance. Se aleja de mí como yo quería, aunque podría ponerme enfermo.

El arrepentimiento late en cada miembro. Recorre cada vena. Chamusca cada nervio.

Me hace un gesto con la cabeza y se marcha. Llevándose mi puto corazón con ella mientras avanza.

—¿Dónde está Summer? —pregunta mi padre cuando entro en la cocina.

Y ahí está. La razón por la que volví a tomar café en mi habitación esta mañana. Pero incluso la vista desde mi terraza ya no parece tan impresionante.

Mientras reflexiono sobre cómo responder a la pregunta de mi padre, me acerco cojeando a la cafetera a por otra taza, intentando no parecer tan herido como estoy pero sintiéndome como si me hubiera atropellado un puto camión Mack.

Costillas rotas, como confirmaron los médicos de la gira. Me quedé en la ciudad una noche más. Dieron de alta a Theo con una conmoción cerebral grave, pero montó la noche siguiente de todos modos. Quise decirle que no lo hiciera y me mordí la lengua con tanta fuerza que me sangró.

Le había dicho a Summer que no me dijera lo que tenía que hacer, así que ¿quién carajo soy yo para decirle a otro tipo igual que yo que no debería montar?

Ha montado bien y yo lo he observado desde la barrera. Puede que me falten algunos tornillos, pero conozco mis límites, y la cantidad de dolor que tengo ahora mismo no me sirve para sentarme en un toro. Me pone detrás de ir en el Campeonato del Mundo, pero sólo me desliza en segundo lugar. Emmett en primero y Theo en tercero.

—En la ciudad con su padre —digo finalmente. Es una respuesta segura, y es verdad. No sé dónde más estamos. Duré todo un día antes de enviarle mensajes. Disculpándome.

Pero joder, no es ni de cerca suficiente. Estaba tan alterado, tan preocupado, con tanto dolor... pero no hay excusa para lo que dije. Especialmente considerando lo lejos que está de la verdad.

A medida que la frustración que ardía en mis entrañas se enfriaba, se transformaba en una pesada roca.

Me hace sentir enfermo. Nauseabundo. Mareado.

Nunca me he sentido mal por una chica. Nunca he cometido un error más grande. Y ella todavía no ha respondido.

Cade irrumpe por la puerta trasera, entrando en la cocina, con aspecto de vaquero vengador, enfadado y vestido de negro, con el sol brillando a sus espaldas.

—¿Por qué los chicos de la litera hablan de que anoche te dio una paliza un puto toro?

Siento que mi padre se queda quieto mientras levanta la vista de su periódico.

Por supuesto, todos esos imbéciles van de boca en boca.

—¿Rhett? —Mi padre frunce una ceja mientras Cade respira

agitadamente y me fulmina con la mirada.

—Uno de los chicos fue noqueado. Mi chico. El hijo de Gabriel. Cuando el toro fue por él, yo... —Me froto la barba, recordando aquel momento. ¿Qué se me pasó por la cabeza? No estoy del todo seguro. Lo único que sé es que no podía quedarme sentado viendo cómo un toro corneaba a uno de mis mejores amigos—. Actué por instinto, supongo. Salté encima de él.

—¿Tú qué? —Exclama mi padre al mismo tiempo que Cade ladra—: Siempre supe que eras estúpido, pero esto es el colmo.

—¿Estás bien, hijo?

Abro la boca para contestar, pero Cade me corta.

—No, no está bien. Se gana la vida montando putas vacas furiosas con testículos. Está de pie torcido como una polla rota. Y está claro que tiene más de un tornillo dando vueltas en su gruesa cabeza.

Miro fijamente a mi hermano mayor, que está furioso.

—Siempre has tenido facilidad de palabra.

Mi padre se ríe entre dientes, pero vuelve a centrarse en mí.

—Parece que estás entero.

—Mis costillas no —respondo, antes de volver a llevarme el café humeante a la boca.

—Entonces, ¿estás fuera de combate esta temporada?

No se me escapa la punzada de esperanza en la voz de mi padre. Lo que significa que me siento como una escoria cuando le digo la verdad.

—No. Todavía voy a Las Vegas. Última oportunidad para esa hebilla.

—¿Te pateó un caballo en la cabeza de niño cuando yo no estaba mirando? —pregunta Cade—. ¿Beau te dio una paliza muy fuerte una vez? Si te sacudo lo bastante fuerte, ¿te hará pensar con claridad?

Cade está enfadado, pero mi padre sólo parece triste. Su parpadeo dura unos latidos de más mientras asiente con la cabeza y dobla su periódico.

—¿Cuándo vuelve Summer? —pregunta mientras se levanta de la mesa.

—No lo sé. —Me miro los pies cuando lo digo.

Cade se burla.

—Su padre tuvo un ataque al corazón, así que ella está con él en este momento.

—Entonces, ¿volverá pronto? ¿Kip está bien? —Mi papá parece tan esperanzado. Le gusta Summer. Sé que los dos disfrutaban los cafés matutinos y la conversación fácil. Creo que todos disfrutaron tenerla aquí en el rancho.

—Papá, no lo sé. Pero sé que Kip va a estar bien.

Me sonríe y me saluda con la mano antes de darse la vuelta.

—Tengo que hacer unos recados en la ciudad. Volveré más tarde.

Yo no digo nada. Una casa llena de hombres no ha sido propicia para sentarnos a hablar de nuestros sentimientos. Nunca he tenido ese tipo de relación con mi padre. Ni con mis hermanos. Nos cuidamos, nos molestamos y a veces nos peleamos.

Que es lo que parece que Cade está deseando mientras da unos pasos amenazadores hacia la cocina.

—Chica lista —dice mientras apoya una cadera en la encimera y cruza los brazos, con la tela de su abrigo negro raspando.

—Que te jodan, Cade. —Sacudo la cabeza.

—No, Rhett. *Vete* a la mierda. Maldito cabeza hueca. Tuviste algo con esa chica.

Suelto una carcajada.

—Cade, ni siquiera te gusta.

—Me gusta porque es buena para ti. Me gusta porque no acepta nuestra mierda, y no se revuelca por ti como un cachorrito enamorado. No me gusta porque es más lista que yo, y eso es jodidamente molesto.

Mis dientes se aprietan y rechinan mientras mi hermano mayor me mira fijamente.

—Eras una persona diferente con ella. Eras feliz. No tenías esa mirada de niño triste y perdido. El que siempre buscaba atención y hacía tonterías para conseguirla. Porque tenías *su* atención. Eres demasiado estúpido para verlo.

—¿Esta es tu versión de una charla de ánimo?

—No, idiota. Es lo más parecido a una patada en el culo que puedo darte sin golpear a un hombre con las costillas rotas.

—Todavía podría llevarte. —No podría. Cade es más grande. Más alto. Y más malo.

—Estás tan ocupado corriendo por ahí siendo un chico de rodeo que ni siquiera te das cuenta de lo que tienes. ¿Crees que todos nos metemos contigo por montar toros porque estamos siendo imbéciles? Es porque te amamos. No recuerdas cuando murió mamá. Pero yo sí. Yo estaba allí. Vi a nuestro padre sostenerla mientras se desangraba. De repente, a los ocho años, yo te cuidaba a ti y a Beau porque papá era una cáscara de sí mismo, concentrado en cuidar a Violet. Y ahora soy padre soltero. Veo crecer a Luke cada día y temo el día en que no pueda ser yo quien lo mantenga a salvo.

Me muerdo el interior de la mejilla. Sé que Cade habla en serio ahora mismo porque no creo recordar que me haya dicho nunca que me quiere.

—Cuando tienes un hijo, todo el mundo te advierte sobre las noches en vela. Los cambios de pañal explosivos. De cómo crecen tan rápido que pierdes dinero vistiéndolos. Lo que no te dicen es que nunca volverás a pasar otro día de tu vida sin preocuparte por otra persona. Nunca volverás a relajarte del todo porque esa persona que creaste siempre, siempre estará en tu mente. Te preguntarás dónde estará, qué estará haciendo y si estará bien.

Sus palabras me escuecen en el puente de la nariz y resoplo para despejarme. El dolor me atraviesa mientras lo hago. *Joder*, *me duele todo*.

—No saber dónde está Beau o qué está haciendo ya es bastante malo. Pero está sirviendo a este país, tiene una buena razón para estar fuera. ¿Pero tú? Tú lo ganaste todo. Dos veces. Ganas millones de dólares. Si tuvieras cerebro, tomarías ese dinero y te establecerías muy bien. ¿Cuándo es suficiente para ti?

Ahí le interrumpo.

—Tengo toda la intención de poner mi dinero en este lugar. Pienso volver aquí y ayudarte. Necesito algo que hacer conmigo mismo.

La mirada de Cade se estrecha.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—¿Después de esta temporada?

Suspiro.

—No lo sé. Algunos días ni siquiera sé si me sigue gustando o si es lo que conozco. Dejarlo es duro. Toda mi identidad está envuelta en montar toros.

—Con ella, no lo era. Y no quiero una herencia tuya. —Se aparta del mostrador, sacudiendo la cabeza—. Quiero ser pobre y tenerte cabreándome durante años.

Para Cade, ese sentimiento es, bueno, como un disparo al corazón. Se aleja de mí y sólo se detiene cuando toca la puerta, con los dedos golpeando el marco. Me mira por encima del hombro.

—Rhett, trabajar en el rancho no es algo para hacer contigo mismo. Es un trabajo. Un trabajo que amo. No lo haría si no fuera así. Necesitas descubrir lo que amas y hacer de eso tu vida también.

La única palabra en mi cabeza cuando la puerta se cierra detrás de él es *Summer*.

31

Summer

Rhett: Por favor, contesta el teléfono. No quise decir lo que dije.

Rhett: Joder, me odio tanto por hacerte esto.

Rhett: ¿Estás bien? ¿Puedo tener alguna señal de vida para dejar de andar sintiéndome mal todo el tiempo?

Rhett: Tu padre me ha dicho que sigues vivo. También dice que me va a cortar el pelo mientras duermo.

Rhett: Quiero explicarme. Quiero disculparme. Quiero escuchar tu voz. Incluso si eres tú la que me echa la bronca. Me lo merezco. Por favor, contesta.

Rhett: Voy a volar tu teléfono para el resto de tu vida.

Rhett: No fue sólo dormir juntos. Ni siquiera cerca. Era todo. Y me asustó.

Rhett: No puedo perderte.

—He escuchado que estás dirigiendo un barco apretado por aquí. Realmente sacudiendo el látigo.

Levanto la cabeza del contrato que estoy revisando cuando Kip entra en mi despacho como si no le hubiera dado un infarto la semana pasada.

—No deberías estar aquí.

Pone los ojos en blanco y se sienta en la silla de enfrente.

—¿Vas a chivarte de mí, princesa?

Me estremezco y mi padre hace un gesto con la cabeza.

—¿Ya eres demasiado mayor para ese nombre?

Mis labios se rozan y me trago el dolor que me sube por la garganta.

—Sí —balbuceo—. Creo que sí. ¿Sabes algo de Winter?

Doy vueltas en la silla de la oficina y me agacho para sacar algo, lo que sea, del archivador. Necesito un respiro lejos de ese maldito apodo. Un descanso de sus incesantes llamadas y mensajes. Rhett Eaton no solo me ha destrozado el corazón, sino que también ha arruinado mi juego de disfraces y mi apodo favoritos de la infancia.

—No. —Papá vacila sólo un poco, pero es suficiente para convencerme de que no me está contando toda la historia—. ¿Disfrutas de tus días aquí sin mí? —bromea, lo bastante perspicaz como para cambiar de tema.

Suspiro y levanto los papeles que tengo delante, los golpeo contra el escritorio para igualar todos los bordes antes de deslizar un clip sobre la esquina superior.

—Sinceramente, papá, la verdad es que no. Me gusta cuando estás aquí. Estás chiflado como una cabra. —Sonrío y deslizo las hojas en la carpeta que tengo a mi lado—. Pero tú eres mi chiflado.

Espero que se ría, pero se lleva los dedos a la barbilla y me mira con atención, como si no pudiera decidir qué decir a continuación, lo cual es algo realmente especial en un hombre como Kip Hamilton.

—Tú también eres mi chiflada. Pero, ¿eres una chiflada feliz?

—Bastante feliz.

Ordeno las cosas en mi escritorio como el manojo de nervios que soy. Suena mi teléfono y hasta eso me hace sobresaltarme. Rhett ha sido implacable durante una semana entera, pero todavía estoy dándole el tratamiento de silencio. No estoy preparada para hablar con él. O tal vez tengo miedo de hablar con él.

—¿Vas a contestar?

Por fin me encuentro con los ojos de mi padre.

—No.

—Sabes que lo *suficientemente feliz* no es realmente lo suficientemente feliz, ¿verdad? —Se me escapa un suspiro mientras aprieto la espalda en la silla, echando los hombros hacia atrás—. Sobre todo porque no me pareces muy feliz.

Gruño.

—Sólo estoy teniendo un día.

—No digas tonterías, Summer. Te he observado toda tu vida. Sé cómo eres feliz, y no es así cuando estás aquí. ¿Sabes por qué trabajo tanto aquí? ¿Largas horas? ¿Fines de semana?

Se me acabaron las estupideces, así que le digo la verdad sin rodeos.

—Sinceramente, siempre pensé que era para no tener que pasar tiempo con Marina. —Mi madrastra no es una persona agradable.

Ahora le toca a él acobardarse. No hablamos mucho de sus aventuras amorosas. Es incómodo, porque yo soy el subproducto de ello, y no quiero escucharlo decir que se arrepiente.

—No. Lo hago porque me encanta lo que hago. Construí esta empresa desde los cimientos y me dejé la piel para llevar a Hamilton Elite hasta donde está hoy.

—Lo sé. Y un día, podrás pasármelo a mí y disfrutar de una lujosa jubilación.

—No, Summer. Ese nunca fue mi objetivo final. Quería demostrarte que todo era posible. Que nuestras transgresiones no nos definen. Hice una mierda, pero una de las mejores cosas de mi vida salió de ello. Las cosas siempre serán tensas entre Marina y yo, porque por mucho que me disculpe con ella, no me atrevo a decir que me arrepiento. Porque te tengo a ti.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Sí, bueno, apuesto a que no sabías que sería tan pesada cuando firmaste para quedarte conmigo.

—Summer, para. —Se inclina hacia delante, una mano ancha extendida sobre la mesa entre nosotros—. Si Marina o ese pedazo de mierda con el que se casó tu hermana alguna vez te hicieron sentir indigna aunque fuera por un momento, quítatelo de la cabeza. No eres una carga. No eres una pérdida de tiempo. Eres muy deseada. Y cualquiera que te haga sentir que eres algo menos merece el puño de Rhett Eaton en su cara. O el tuyo. Tú también puedes devolver el golpe, ¿sabes? Te sacaré de apuros cada puta vez.

Una lágrima resbala por mi mejilla y asiento con la cabeza.

—Sé que lo harás. Y yo también quiero ser eso para ti. Quiero estar aquí ayudándote. Continuando tu legado.

—Summer. —Su voz cae junto con sus hombros—. Este lugar no es mi legado. Este lugar es donde ocupo mi mente y mi cuerpo. Este lugar es mi pasión. Mi legado es mostrarte que si persigues algo que amas, harás que funcione. Sangre. Sudor. Lágrimas. Y mucho amor. ¿Sientes lo mismo por este lugar?

Resoplo y parpadeo rápidamente, mirando la oficina brillante, luminosa, inmaculada y moderna. Lo único que quiero es el olor de las esterillas sudorosas de un gimnasio y el tintineo de las placas en el extremo de una barra. Quiero campos abiertos, aire fresco y las Montañas Rocosas al final del horizonte.

Quiero un hombre que huela a cuero, que parezca un vaso de bourbon y que me llame princesa mientras dibuja en mi espalda.

Quiero que Rhett deshaga lo que dijo.

Quiero que me ame. Más de lo que ama cualquier cosa. Me lo merezco. Él me enseñó que lo merezco.

—No, no quiero. Es que no quiero decepcionarte —sollozo, mi control se resquebraja.

Kip cruza el escritorio, levantando la palma de la mano y moviendo los dedos hasta que pongo mi mano sobre la suya.

—Escúchame con atención, Summer. La única forma en que podrías decepcionarme es no viviendo tu vida al máximo. No yendo tras lo que te entusiasma. Te lo mereces. Y tú te mereces a alguien que quiera eso para ti.

Me rodea la muñeca con los dedos mientras intento apartarme.

—No soy estúpido. Sé que las cosas están tensas entre Rhett y tú después de la explosión. Pero también sé que los hombres no miran a una mujer como él te mira a ti a menos que estén locos por esa persona. Sé que estás tan acostumbrada a complacer a todo el mundo que das y das hasta que no te queda nada que dar. Rhett puede ser un poco áspero, pero tal vez tú lo suavizas y él te suaviza a ti. No se. Sólo tú puedes tomar esas decisiones. Pero lo que vi esa noche fue un hombre que quemaría todo para defenderte. Vi a un hombre que lo arriesgaría todo para cuidar de ti.

—No necesito que me cuiden.

—Tal vez no. Pero ese hombre lleva su amor por ti en la manga para que todo el mundo lo vea. Y no le importa una mierda quién lo vea. Lo gritaría desde las cimas de las montañas si se lo pidieras. Lo lleva escrito por todas partes. Y tú definitivamente necesitas eso.

Exhalo un suspiro y miro al techo. Rhett amándome. Parece tan improbable.

Tan inverosímil.

—¿Vas a ir a Las Vegas para la final?

Kip llama mi atención con ese comentario.

—¿Estás intentando jugar a la casamentera otra vez? Es jodidamente molesto.

—Bueno, ¿lo harás?

—Por supuesto que no. Trabajaré para compensar que tu viejo culo esté de baja —intento bromear. Nos resulta familiar, pero me sale aguada.

La idea de Rhett persiguiendo su tercer título sin un alma en las gradas que le conozca de verdad es un puñetazo en las tripas. No debería importarme tanto, pero me importa. Hace que caigan más lágrimas pensando en el chico salvaje que perdió a su madre, que no tiene el apoyo de su familia, cabalgando lesionado por lo que podría ser la última vez. Un estadio lleno de extraños animándole, pero ni una sola persona que le quiera allí para presenciarlo. Nadie con quien compartirlo.

—No, no lo harás. Porque estás despedida.

Me quedo quieta y encuentro la mirada de mi padre, con una sonrisa triste jugueteando en mis labios.

—Ja. Ja. Muy gracioso.

—No estoy bromeando. Estás despedida. Tienes hasta el final del día para recoger tu escritorio y te daré seis semanas de indemnización.

—¿Estás de broma? —Mi ritmo cardíaco se acelera. No puede estar hablando en serio—. Estudié derecho para poder hacer esto. Para poder ser la más adecuada para ti aquí.

Empuja para levantarse, sacudiéndose el polvo de las manos como si hubiera hecho un gran trabajo aquí.

—Sí. Y ahora vas a ir a buscar algo que hacer que sea lo mejor para ti. Vas a dejar de preocuparte por lo que los demás piensen de ti o quieran de ti. Y vas a salir al mundo y ser egoísta por una vez. Toma lo que quieras y deja de sentirte culpable por ello. Hazme caso, la culpa te comerá viva.

Golpea mi mesa con el puño y sale a grandes zancadas de mi despacho, diciendo por encima del hombro—: Tengo que ir a mi reunión.

Tan casual, como si no hubiera volado toda mi vida para enseñarme una lección de amor duro.

Me miro en el espejo, me froto los ojos y quiero que desaparezcan las manchas rojas del cuello y el pecho. El corazón me late tan fuerte que veo cómo se me eriza la piel de la garganta cada vez que bombea.

Es reconfortante y distrae. Estoy viva, pero ¿lo estoy realmente? ¿O sólo he estado escabulléndome, dando prioridad a los demás?

Me presiono el pecho con la palma de la mano, justo encima de la cicatriz, para sentir cómo bombea el órgano.

¿Acaso ahuyenté al único hombre, aparte de mi padre, que me puso en primer lugar? ¿Se pasó de la raya? ¿O estaba tan desconectada de lo que quería que me perdí la parte en la que nos enamoramos? ¿Lo descarté cuando era eso lo que intentaba decirme?

Pasamos semanas juntos. Viajando. Haciendo ejercicio. Comiendo. Me dio su última alita de pollo y me dejó calentarme los pies sobre él sin rechistar.

No eran proclamaciones en voz alta. Pero seguían ahí. Y yo las echaba de menos, mientras ignoraba lo que sentía.

Sacudo la cabeza y me paso los dedos por el cabello, alisando con las manos la bonita falda lápiz granate que llevo puesta. Todo lo que tengo de ropa es lo que recuperé de mi habitación de hotel y lo que dejé en casa de mi padre en la ciudad. Todas mis prendas favoritas siguen en el rancho Wishing Well, junto

con buena parte de mi gente favorita.

Respiro hondo, me doy la vuelta, salgo del lavabo y bajo a mi despacho con tacones altísimos, negándome a pasear por aquí como si me acabaran de despedir. Levanto la barbilla y pongo cara de juego, dejando que mis caderas se balanceen.

Hago de este estúpido pasillo mi pasarela.

Hasta que echo un vistazo a la sala de juntas y veo a Rhett Eaton sentado en la misma silla en la que le conocí hace dos meses.

Mis pasos vacilan y me detengo a mirarlo. Está recostado en la silla, con un pie calzado sobre la rodilla.

Es devastador con sus líneas escarpadas, su pelo salvaje y sus ojos miel. Demasiado masculino para estar sentado en un espacio tan pulido. Lo abruma.

Me abruma.

Me duele la garganta sólo con mirarlo. Y cuando sus ojos se deslizan hasta encontrarse con los míos a través del cristal, siento que se me abre el pecho.

Recuerdo con demasiada nitidez cómo se movía por encima de mí, el aprecio de su mirada cuando modelé mis chaparreras para él, la forma en que me besó con tanta ternura en una sala llena de gente.

También recuerdo que llamaba a lo que hacíamos "*dormir juntos un par de semanas*". Rob me dijo algo parecido cuando rompió conmigo para estar con mi hermana, que sólo nos acostábamos, así que no debería importar. Me dolió entonces, pero esta vez fue insoportable.

Pero creo que lo que más me dolió fue la forma en que se desentendió de mi preocupación por él. Me hizo sentir como una loca autoritaria por preocuparme por él.

Y eso me basta para ponerme en acción. Giro la cabeza y sigo por el pasillo, resistiendo las ganas de correr y esforzándome por parecer tranquila y serena.

No me siento tranquila y serena. Pero prefiero morir antes que dejar que Rhett vea lo profundamente que me hirió.

—¡Summer! —Empuja la puerta justo cuando paso. Una bocanada de su olor me persigue como un recuerdo inquietante—. Quiero hablar contigo.

—Estoy bien, gracias —digo sin volverme hacia él.

—Por favor. Sólo cinco minutos.

El tono suplicante de su voz casi hace que me detenga. Casi.

—Creo que ya has dicho bastante, ¿no? —Miro el reloj, preguntándome cuánto tardaré en largarme de aquí, y entonces recuerdo que ya no trabajo aquí, así que no importa.

—No he dicho lo suficiente. —Lo siento caminar detrás de mí, su presencia cálida y sólida se cierne sobre mí, pero no me supera.

—Acabas de salir de una reunión. Vuelve.

—Esa reunión no importa.

Me burlo de ello y me dirijo a mi despacho. ¿Mi despacho? ¿Mi antiguo despacho?

—Tú eres lo que importa. —Me toma del brazo y yo se lo retiro.

Al girarme, aprieto los dientes. Me siento... acorralada. Como si pudiera atacar.

—Rhett. Fuera. Vete.

—De ninguna manera, princesa. —Cierra la puerta y se apoya en ella, sus manos capturadas a sus espaldas—. Tengo algunas cosas que necesito decirte, y vas a escuchar.

Doy la vuelta a mi escritorio y trato de parecer aburrida, levantando un expediente y abriéndolo.

—Bueno, ya que me has atrapado aquí, supongo que no tengo elección.

—No, supongo que no. Llevo una semana intentando contactar contigo.

—Mhm. —Miro fijamente la carpeta. Aunque ni siquiera sé lo que estoy mirando.

Todo mi cuerpo está en sintonía con él. A decir verdad, es todo en lo que puedo concentrarme.

—He estado ocupada.

—Y una mierda. Me estás ignorando, y me lo merezco.

Parpadeo, no lo había visto venir.

—Escucha, Summer. —Se pasa una mano por el cabello y siento un hormigueo en los dedos al recordar cómo lo haría yo misma—. Lo siento. Lo siento muchísimo. Siento haber traicionado tu confianza. Créeme cuando te digo que me quita el sueño.

Levanto los ojos para comprobarlo. Parece cansado.

—Reproduzco esa interacción en mi cabeza cuando me acuesto en la cama, pensando en todas las formas en que podría haberlo manejado mejor. En todas las formas en que podría haberte defendido sin herirte.

Las lágrimas brotan de mis ojos, porque aparentemente, esa es mi nueva cosa.

Desde hace una semana, lloro a moco tendido. Después de años de ver el vaso medio lleno, soy un desastre medio vacío, llorón y deprimido.

—Mierda. —Él gime, y su cuerpo se tensa mientras empuja hacia atrás contra la puerta, como si se obligara a alejarse de mí—. Por favor, no llores. Odio cuando lloras. Es como una bala en mi pecho.

—Has recibido muchas balas, ¿verdad? —Mi voz es débil, y odio eso.

—No —ronca— pero lo haría. Por ti, lo haría.

Gimo en silencio ante eso, intentando disimularlo con un *Hmm*.

—Dije muchas cosas de las que me arrepiento. Sobre todo, lo que dije sobre nuestro tiempo juntos. Puedo culpar a derramar tus cosas privadas en salir en tu defensa en mi propia manera descuidada. Porque puede que tú aún no sepas lo que vales, pero yo sí. Y con gusto golpearé en la cara a cualquiera que te haga cuestionarlo. Pero decirte lo que hice en el hospital esa noche, lo dije para herirte.

—Bueno, funcionó.

Hace una mueca de dolor, pero continúa.

—Nunca me lo perdonaré.

Y entonces volvemos a estar como estábamos. Suspendidos en el tiempo. Mirándonos fijamente como si pudiéramos encontrar las respuestas a nuestros problemas escritas en la cara de la otra persona.

—Dime qué hacer, Summer. Dímelo y lo haré. ¿Fui poco claro antes?

Porque quiero ser claro como el cristal ahora. Te amo. Te amé desde el momento en que entraste en esa sala de juntas y me sonreíste como si supieras algo que yo no sabía. Me molestó, y no podía dejar de pensar en ello. Quería saber lo que tú sabías. Me obsesioné con ello, pero creo que me obsesioné contigo.

Asimilo sus palabras como un gato absorbe el sol. Sus mejillas se sonrojan y sus pies se mueven nerviosos. Son muchos sentimientos para alguien como Rhett Eaton.

—Y todavía lo hago. Siempre lo estaré. ¿Esto entre nosotros? ¿Para mí? Lo es todo. Es todo. Tú lo eres. He pasado años pensando que no tenía a alguien que realmente me apoyara. Pero eso era sólo porque aún no te había conocido. Estabas ahí fuera, deseándome. Y bastó un encuentro contigo para que yo también te quisiera. Unas semanas para saber que yo también haría cualquier cosa por apoyarte. —Sacude la cabeza y mira por la ventana—. Estuviste ahí fuera todo este tiempo, y ahora sé que existes, y nunca podré volver atrás. No querría si pudiera.

Mis lágrimas están calientes en mis mejillas. Su mirada vuelve a posarse en mí, siguiéndolas mientras se derraman.

—Así que tómate tu tiempo. Haz lo que necesites. Sigue con el hombro frío, ódiame, consigue un muñeco de vudú para pincharlo con una aguja. No me importa una mierda. Me lo llevaré todo. Sólo piensa en lo que te estoy diciendo. Piensa en serlo todo conmigo. Seguiré viniendo, pase lo que pase. Tú eres mi prioridad. Seguiré intentándolo porque no voy a renunciar a ti. Jamás.

No sé cuándo se derramaron las lágrimas sobre mis mejillas, pero dos regueros rectos de ellas fluyen silenciosamente mientras veo a este hombre derramar su corazón ante mí.

—¿He sido claro?

Asiento con la cabeza. Me quedo muda. Me siento increíblemente frágil. Asiente y se da la vuelta para irse, pero se detiene cuando hablo.

—¿Cómo están tus costillas?

Me mira por encima del hombro.

—Bien. Están bien, Summer.

Me muerdo el labio inferior, sintiéndome un poco incómoda por mi respuesta a Rhett declarando su amor por mí.

—¿Vas a ir a Las Vegas?

Suspira y baja los ojos.

—Sí.

Vuelvo a asentir, sin saber qué decir. Dice que soy su prioridad, pero montar cuando sabe que se está buscando problemas, cuando sabe que me pone frenética, cuando sabe que me quedaré en un mundo sin él si las cosas van mal...

Parece que sigue sintiendo que los toros y la hebilla son su prioridad.

32

Summer

Summer: ¿Quieres ir a almorzar?

Willa: Es viernes por la mañana. ¿No estamos trabajando los dos?

Summer: Me despidieron.

Willa: ¡Eso no es propio de ti! ¿Cuándo ha ocurrido esto?

Summer: Hace una semana.

Willa: Manera de mantenerme al tanto. ¿Por el vaquero caliente?

Summer: No. Por mi padre.

Willa: Bueno, mierda. La Alondra. 10:30. Empezaré con las mimosas.

Entro en el lugar favorito de Willa y mío para almorzar y veo su melena pelirroja, lisa como un póquer alrededor de los hombros, desde la puerta principal. Delante de ella hay dos mimosas... y otras dos aparcadas al otro lado de la mesa.

Supongo que va a ser una de esas mañanas. De las que necesito después de estar deprimida toda la semana.

—¡Hola! ¡Estás aquí! —Mi mejor amiga sale disparada de su silla y me envuelve en sus brazos. Willa da los mejores abrazos. Es mucho más alta que yo, lo que pone mi cabeza a la altura del pecho.

Así que hago lo que llevo haciendo desde que éramos adolescentes. A estas alturas es un apretón de manos secreto. Dejo caer la cabeza y, bromeando, le doy un codazo en las tetas.

—Te he echado de menos —le digo, sobre todo a sus tetas.

Las dos nos reímos.

—Eso dicen todos. —Me alborota el cabello y nos separamos, sonriéndonos. A veces, estoy tan concentrado en sentir que no tengo familia que me olvido de Willa. Ella también podría ser mi familia.

—Me preguntaba por qué has estado tan callada —me dice mientras vuelve a su asiento y extiende una servilleta sobre su regazo—. Pensé que estabas trabajando en la bomba atómica que cayó en el hospital. O posiblemente salvando caballos a diestro y siniestro. Demasiado ocupada montando a caballo para hablar conmigo.

Pongo los ojos en blanco y hago lo mismo.

—No. He estado deprimida.

—¿Porque papá Hamilton te despidió?

—¿Podemos no llamarlo así? —alcanzo una mimosa y bebo un trago.

Willa me hace un gesto con las cejas. Siempre bromea con que le gusta mi padre. Aunque en realidad no sé hasta qué punto bromea, porque no para de mirar a hombres mayores.

—Así que te despidió. ¿Por qué?

Vuelvo a beber.

—Porque dice que no me gusta trabajar allí como debería.

Ella resopla.

—No me digas. Me alegro de que te haya hecho entrar en razón.

—Ahora tengo que averiguar qué quiero hacer con mi vida. Es una pregunta difícil de responder. Básicamente, me he pasado la última semana en chándal dándole vueltas al hecho de que todo lo que he hecho es lo que creía que los demás querían que hiciera. No tengo ni idea de lo que realmente quiero.

—Bueno, como la chica de veinticinco años que trabaja en el bar de su hermano a tiempo completo sin otras perspectivas de las que hablar, brindaré por ello.

—Bueno, eres gerente, haces trabajo de oficina durante el día. No es sólo camarera.

Ladea la cabeza y sus ojos verdes me observan con una sonrisa burlona.

—¿ Lo soy? ¿O me estoy emborrachando por la mañana con mi mejor

amiga?

Chocamos las copas, nos bebemos la primera mimosa y enseguida pedimos la segunda.

—Entonces, ¿tienes alguna idea? —pregunta Willa.

—No —digo un poco demasiado rápido.

—De acuerdo, si no quieres hablar de eso, ¿podemos hablar del tipo caliente de los Wranglers?

—Ugh. —Me dejo caer contra el alto respaldo del sillón tapizado. Este restaurante es ecléctico hasta decir basta. Sillas desparejadas en cada mesa. Arañas antiguas por todas partes. Papel pintado de flores, papel pintado de rayas y papel pintado de lunares. Me hace sentir como si estuviera tomando el té en casa del Sombrerero Loco. Pero con mimosas.

—Estamos... No sé lo que somos. Entró en mi oficina el día que me despidieron.

Bebo.

—¿Porque estabas ignorando todas sus llamadas y mensajes?

—Sí.

Bebo.

—¿Qué ha dicho?

Bebo.

Me paso los dedos por los labios y miro por los grandes ventanales la soleada calle del centro, pensando en lo que sentí cuando Rhett me tocó los labios.

—Que me ama.

—Bueno, mierda. —Willa también se deja caer en su silla—. ¿Qué le dijiste a eso?

Muerdo mi labio inferior entre los dientes.

—Le pregunté cómo sentía de las costillas. No sabía qué decir. Me había enfadado mucho con él, así que me tomó por sorpresa. Me dijo que yo era su prioridad. Que siempre iba a volver.

Willa suspira con nostalgia.

—Tan jodidamente romántico.

—Claro, y luego me dijo que aún iba a correr en la final, y no sé qué pensar de eso.

—¿Qué quieres decir?

Bebo.

Suspiro.

Vuelvo a mirar a mi mejor amiga.

—No quiero ser la chica que le dice a alguien que deje de hacer algo que le gusta. Todo el mundo le dice que pare. ¿Sabes que su familia ni siquiera viene a verlo cuando se acercan los eventos? Está allí solo. Y odio eso por él.

Suspiro de nuevo, pensando en lo mucho que eso me molesta. Toda su familia cercana, pero aún así tan solo.

—Entre las lesiones del hombro y las costillas, está lo suficientemente lesionado como para no poder montar como lo hace normalmente. No con seguridad. Yo lo sé. El lo sabe. Sabe que podría acabar mal, muy mal. —La ira se apodera de mi voz—. Y va a salir y hacerlo de todos modos. Me dejará en la estacada si ocurre algo terrible. Ya lo he hecho. He recogido los pedazos de tanta mierda pesada en mi vida. No estoy segura de querer apuntarme a preocuparme por alguien más de lo que se preocupa por sí mismo.

Mi amiga sorbe con elegancia mientras canturrea pensativa. Veo cómo le da vueltas a la cabeza mientras reflexiona sobre mis palabras.

—Quizá no sabe lo que es hacerte una prioridad porque nadie lo ha hecho nunca por él.

Abro la boca, pero no sale ningún sonido. Vuelvo a cerrarla, dándole vueltas a ese pensamiento en mi mente. Kip se aseguró de que siempre supiera que yo era su prioridad, independientemente de lo que ocurriera en nuestras vidas. Winter también.

Pero Rhett... ...como que se perdió en la confusión de la vida y la tragedia y luchando por salir adelante. ¿Realmente no sabe lo que se siente al ser la prioridad de alguien?

—Veo que te he dejado muda. Gracias por venir a mi charla TED. Ahora dime, ¿amas a este hombre?

Mi ritmo cardíaco se acelera y juro que puedo sentir la sangre bombeando por mis venas. Sólo me lo he confesado a mí misma. En mi cabeza. Decirlo en voz alta hace que parezca increíblemente real.

Pero tal vez eso es lo que Rhett necesita de mí.

Me llevo la mimosa a los labios, me tapo los ojos con una mano y murmuro—: Sí —antes de beberme el resto de la bebida. Realmente las sirven en vasos pequeños.

Y entonces me siento con la mano sobre la cara, intentando averiguar qué significa eso.

Escucho a Willa decir a un camarero que nos sirva otra ronda.

—¿Está bien? —El tipo suena escéptico porque probablemente parezco borracha. No lo estoy, pero dos mimosas con el estómago vacío tampoco es una buena receta para la sobriedad.

—¿Ella? Oh, no. Ella es un desastre. Tráele un trago a la dama.

El tipo suelta una risita y lo escucho marcharse mientras yo sigo escondida bajo la palma de mi mano.

Sonrío y abro los ojos para decirle a Willa que no creo que necesite otra ronda, pero ella tiene la cabeza inclinada hacia abajo mirando el móvil, con los pulgares deslizándose furiosamente por la pantalla.

—¿A quién envías mensajes?

—Nadie. Estoy reservando nuestros vuelos.

Resoplo. Siempre se inventa cosas así para despistarme.

—¿Ah, sí? Dímelo, mejor amiga. ¿Adónde vamos? ¿A México? Ooh. ¿Un fin de semana en París? Podemos beber vino junto a la Torre Eiffel.

—Tienes un gusto caro para una desempleada.

—Por favor, no me lo recuerdes.

—Nos vamos a Las Vegas.

Me inclino hacia delante y coloco mi vaso en la mesa frente a mí.

—¿Perdón?

—No te hagas la tonta. Es impropio. Ya me has escuchado. —Ni siquiera me mira.

—¿Cuándo?

Una lenta sonrisa felina se dibuja en sus labios. Parece demasiado satisfecha de sí misma, algo que hace saltar inmediatamente las alarmas en mi cabeza.

—En unas horas. Llegaremos a tiempo para cenar e ir al rodeo. Quizá monte a un vaquero esta noche también.

Me guiña un ojo y la miro boquiabierta.

—Ni siquiera estás bromeando, ¿verdad?

—¿Por qué iba a bromear con esto? —Sus cejas se fruncen.

—Estás loca.

Willa se ríe ligeramente, pasando un dedo por el borde de su copa de champán.

—Algunos dirían que eso es cosa de pelirrojas.

—No sé si esto es una buena idea.

El camarero nos deja las bebidas y me mira, probablemente para ver si me balanceo en mi asiento o algo así.

—Es una gran idea. Será divertido. Y tendrás a tu príncipe azul. De nada.

El silencio se extiende entre nosotros mientras la miro fijamente. Lo que pasa con Willa es que no se la puede mirar fijamente. La verdad es que no. Es demasiado valiente. Me devuelve la mirada, arqueando una ceja bien formada.

—Si este fuera tu último momento en la tierra, ¿querrías...?

Levanto una mano para detenerla, negando con la cabeza.

—Ojalá la gente dejara de usar ese dicho contra mí. —Suelto un suspiro y bebo. Porque hoy me voy a Las Vegas. Porque en mis últimos momentos, querría estar con Rhett

Yo también querría que supiera que lo amo. Cada estúpido, impulsivo, hueso roto de su cuerpo.

33

Rhett

Summer: Buena suerte esta noche.

Rhett: Te amo.

Los chicos charlan a mi alrededor mientras me pego las manos con cinta adhesiva. Intento no prestarles atención para poder entrar en esa zona en la que todo desaparece y lo único que veo es el trabajo que he venido a hacer esta noche.

Excepto que lo único que veo es una chica preciosa con pecas sobre el puente de la nariz, ojos de cierva muy abiertos que me miran como si mereciera la pena conocerme y una lengua afilada que me hace reír.

Las últimas dos semanas las he pasado reproduciendo en mi cabeza todo lo que había entre nosotros. El cuidado que puso en curarme, la energía que puso en planear entrevistas favorables para mí, la forma en que silba en la multitud por mí. Siempre la encuentro allí, y siento una punzada de pesar en el pecho al saber que no estará aquí esta noche.

He probado lo que se siente cuando alguien aparece por ti, y ahora lo estoy deseando. Bastaron dos meses de pasar cada momento de vigilia con otra persona o de pensar en esa otra persona para llegar a un punto en el que siento que ella pertenece a mí.

Y yo pertenezco a ella.

Es la cosa más loca e inexplicable que me ha pasado nunca. Lo cual es mucho decir, considerando toda la mierda que he hecho.

—¿Listo? —Theo me da una palmada en el hombro y yo hago una mueca

de dolor. Las costillas no están tan mal como antes. Pero tampoco están muy bien, ni mucho menos. No hay forma de compensarlas, porque mi hombro también sigue jodido. Los médicos de la gira me han recompuesto lo mejor que han podido. Y al menos no me han fastidiado por no subir esta noche—. No vas a dejar que Emmett gane, ¿verdad?

Me asalta un atisbo de duda. Lo alejo.

—Ni hablar.

Tiré de un buen toro. Un toro malo. Un toro que hace o deshace a los hombres que lo llevan a dar una vuelta. Tengo la ventaja de montar el último, lo que significa que sabré lo duro que tengo que ir para conseguir esa hebilla.

De la hebilla que ya tengo dos.

No he podido evitar las palabras de mi hermano. *¿Cuánto es suficiente*? Esa es la pregunta a la que he dado vueltas durante semanas. Dándole vueltas en mi mente desde todas las perspectivas para ver si puedo responderla.

Pero no puedo.

No sé cuándo será suficiente. Lo único que sé es que, de algún modo, aún me siento incompleta. Como si aún no hubiera terminado, como si siguiera buscando algo.

—Yo subo primero. —Theo sonríe—. Bolas a la pared. ¿Verdad, Jefe?

Sonrío, pero lo hago a la fuerza. Antes de aquella noche en la que lo noquearon, nunca me había puesto nervioso por él. Lo he convencido de que tiene que llevar casco. Que los conejitos de la hebilla lo seguirán queriendo aunque lleve casco porque prefieren su versión andante y parlante a su versión vegetal.

Asiento con la cabeza.

—Ya lo sabes, chico. Dale con las espuelas.

Nos damos un fuerte apretón de manos y una palmada en el hombro. A mí me duele de verdad. Se da la vuelta y sale de la habitación, dirigiéndose por el túnel hacia el ring. Normalmente, iría a verlo, pero no estoy en mi mejor momento, y lo sé. No necesito ver a otros tipos ser expulsados. Necesito concentrarme en mí ahora mismo. Muros mentales arriba.

Los veo marcharse uno a uno, y casi siempre permanezco encorvado, con

los codos apoyados en las rodillas y las manos colgando entre ellas. Mis botas están gastadas, rotas, probablemente en las últimas. Mis botas y yo somos almas gemelas. Dejo que mis ojos se paseen por los parches de los patrocinadores de mi chaleco. Los he llevado con mucho orgullo, pero hoy no puedo evitar preguntarme si arriesgar mi vida para conservarlos merece la pena. Es una idea que nunca se me había pasado por la cabeza.

Lo alejo.

La puerta se abre y los sonidos del espectáculo se filtran en la sala. El zumbido de la multitud. El estallido de los fuegos artificiales. El estruendo de la voz del locutor. Todo tan familiar, como la banda sonora de mi vida.

—Te toca, Eaton. —Theo me sonríe desde la puerta.

—¿Por qué sonríes como un asesino en serie?

Sonríe aún más. Me recuerda a su padre. Este lugar me recuerda a su padre.

Ese año todos le vimos caer. Un escalofrío recorre mi espina dorsal.

—Emmett no superó mi puntuación. Somos tú y yo, viejo.

Se me levanta un lado de la mejilla y asimilo su emoción y entusiasmo. Creo que yo también solía ser así. Ahora, estoy siguiendo los movimientos.

—Orgulloso de ti. —Le doy una palmada en la espalda al pasar y camino por el túnel oscuro hacia el brillo y el glamour del ring. Incluso hay animadoras en este evento. Es todo un espectáculo de Las Vegas.

No hago mis estiramientos porque no creo que importen esta noche. Todo está tenso y dolorido.

Subo tres escalones y ya estoy en la zona de espera, poniéndome el casco y observando a mi toro, Filthy McNasty -un puto nombre muy apropiado-, que baja agresivamente por la rampa. Resopla y sacude la cabeza, con la cola agitándose contra su costado como un látigo. Agitado.

Y por primera vez en mis once años de carrera profesional, lo siento.

Miedo.

Lo hago a un lado mientras me subo a la valla y contemplo el ancho y musculoso lomo del toro. Dos mil libras de puro músculo. Hace sonar los

paneles al chocar.

—Súbete cuando estés listo —me dice un entrenador, dándome un pulgar hacia arriba.

Un pulgar hacia arriba.

Este momento no se siente como una situación de pulgar hacia arriba. Se siente como si estuviera a punto de pasar ocho segundos en un dolor insoportable.

Asiento con la cabeza y me subo al toro, apartándolo todo, intentando encontrar esa tranquilidad, esa calma. Paso la mano por la cuerda del toro, dejando que los golpes vibren a través de mi mano mientras observo la repetición del movimiento, intentando perderme en él.

Pero el ruido del público aumenta y, cuando miro a la pantalla gigante, veo las imágenes en las que aparezco saltando encima de un Theo inconsciente. Aún no lo he visto, ni pensaba hacerlo.

Veo cómo el toro me golpea, lanzándome por los aires antes de dar media vuelta y abandonar el ruedo. Aterrizo sobre mi hombro malo, y me ves rodar sobre mis rodillas, ahuecando mi costado.

Podría haber sido mucho peor.

Ese destello de miedo vuelve a encenderse en el fondo de mi mente. Se me revuelve el estómago.

Pienso en Summer. *Buena suerte*.

Sacudiendo la cabeza, vuelvo a mirar hacia abajo y empujo el guante contra la cuerda, tensándola hasta que está en su punto.

Pero no está bien.

Un silbido agudo atrae mi mirada hacia las gradas. Antes de Summer, era ajeno a la multitud, ahora siento que tengo un radar para ella. Y un imbécil que silba de la misma forma acaba con mi concentración.

Mi vista se fija en un destello blanco y el mundo a mi alrededor se vuelve borroso.

Summer está aquí.

Lleva un vestido de lino blanco y sobresale como un puto pulgar dolorido.

Mi jodido pulgar dolorido.

Parpadeo. Parpadeo otra vez. Como si ella no fuera real. ¿Por qué vendría hasta aquí para verme hacer algo que claramente no cree que deba hacer?

Kip me dijo que la despidió, así que sé que no es trabajo.

La miro fijamente y creo que ella me devuelve la mirada. A través del anillo de tierra. A través de la multitud. Nos miramos fijamente y nos perdemos el uno en el otro.

Me hace un pequeño gesto con el pulgar hacia arriba, uno que hace que me duela el pecho al recordar que estaba en la carretera con ella. Lo único que puedo hacer es devolverle la mirada. Siempre la estoy mirando, joder.

Quiero pasarme el resto de mi vida mirándola.

Entonces ella articula—: *Te amo*.

Aprieto la mandíbula y algo se rompe dentro de mí. El miedo me golpea como un maremoto y saco la mano para alcanzar la valla y levantarme.

La fama. La hebilla. Nada de eso importa. Ni un poco. Todo lo que quiero es escuchar esas palabras de sus labios.

No quiero pasar mis últimos momentos en un toro. Quiero pasarlos escuchándola susurrar eso en mi oído.

Y entonces me voy, balanceando una pierna sobre la valla.

—¡Eaton! ¿Qué haces? —me grita uno de los entrenadores cuando me dejo caer en el rellano y tiro el casco, tomando en su lugar mi sombrero marrón favorito.

—He terminado.

—¿Tú qué? —El tipo parece realmente confundido.

—Considera este mi aviso de jubilación. Estoy fuera. Ese toro tiene una noche libre. —Y Theo gana su primer título mundial.

Y vivo para respirar un día más. Esa parte también es muy importante.

Atravieso a zancadas la zona de montaje y me dirijo directamente a la puerta que da a las gradas. Es todo una suposición porque sólo tengo una idea general de dónde está sentada Summer.

Pero le dije que seguiría viniendo por ella. Que nunca pararía. Y eso es lo que voy a hacer.

Subo un tramo de escaleras y termino en el concurrido entresuelo, tratando de decidir entre la sección 116 y la 115. Elijo la 116 y salgo disparado escaleras arriba, ignorando la puntada en las costillas mientras lo hago. Elijo la 116 y salgo disparado escaleras arriba, ignorando la punzada en las costillas. Tengo visión de túnel y me he pasado de la sección por una.

Pero no me importa. En lugar de volver a bajar, giro por uno de los pasillos. Veo a Summer de pie, con las palmas de las manos apretadas contra las mejillas, la cara blanca como una sábana. Los ojos rebosantes de humedad.

Yo lo *hice*.

No quiero hacerla llorar nunca más.

—Disculpe. Disculpe. —Sonrío y me abro paso mientras la gente se levanta para dejarme pasar.

—¿Puedo pedir un autógrafo? —pregunta alguien.

—En un minuto. Tengo que hacer algo antes.

Los murmullos me siguen por toda la sección, y entonces estoy en el asiento de pasillo de Summer. Me da la espalda, sigue mirando hacia abajo, hacia la rampa de los toros, de puntillas, intentando ver hacia la zona de montaje. Ni idea de que ya no estoy allí.

Definitivamente, pasaré a la historia de esta liga por la retirada más dramática, así que quizá eso sea algo.

Y entonces no puedo contenerme. La alcanzo. Suspiro cuando mis manos rodean la parte superior de sus brazos. Es como si toda la ansiedad que me invadía desapareciera.

Como si hubiera encontrado lo que buscaba, a quien buscaba.

Se gira hacia mí, con sus grandes ojos marrones de cierva y sus perfectos labios hinchados.

—¿Qué haces? —jadea, con las manos cayendo instantáneamente sobre mi pecho como si estuviera comprobando si soy real.

—Podría preguntarte lo mismo, Princesa.

—A la mierda mi vida! ¿también te llama princesa? Ugh. Injusto. —Una pelirroja larguirucha que está detrás de ella se cruza de brazos y pone los ojos en blanco. Pero tiene una expresión juguetona en la cara. Me gusta al instante.

Summer la ignora, perdiéndose tanto en mis ojos que por un momento casi parece estar en otra parte.

—Es que... Tenía que estar aquí. No podía soportar la idea de que estuvieras aquí solo. Eres... —Se le quiebra la voz y se le llenan los ojos de lágrimas—. Tú también lo eres todo para mí.

Una lágrima se desliza por una de sus mejillas y se la quito de un manotazo antes de peinarla suavemente por detrás de la oreja y apoyarle la cabeza en la palma de la mano.

—Por favor, no llores. Me mata cuando lloras. —Tiro de ella y la aprieto contra mi pecho.

Y me siento tan jodidamente bien. Sus brazos me rodean suavemente, sus dedos recorren con cuidado el lado dolorido de mis costillas. Siempre pensando en mí.

Igual que yo siempre estoy pensando en ella. Tardé un tiempo en entender por qué, qué significa y cómo se lo demuestro.

Tal vez soy tan tonto como dice Cade.

—Tienes que volver allí y montar tu toro. Tienes que ganar este campeonato. —solloza contra mi pecho.

Escucho el parloteo del entorno y la voz del locutor, pero no distingo nada. La mujer que tengo delante es el centro de mi atención. El centro de mi universo.

Una sonrisa irónica se dibuja en mis labios y levanto su cabeza para que me mire. La siento pequeña y frágil entre mis brazos, y no me extraña que tiemble cuando le paso el pulgar por los labios.

—Dilo. Quiero escucharlo.

Sus pestañas se agitan, apelmazadas por la humedad de sus lágrimas. Y entonces vuelve a clavar sus ojos en los míos. Se me retuerce el pecho y la acerco para que nuestros cuerpos se encajen.

Me importa una mierda quién esté mirando.

—Te amo —dice, con voz suave pero segura.

La miro y me pregunto qué demonios he hecho para tener esta maldita suerte.

—Yo también te amo. Y no necesito montar esta noche. Ni nunca más. Escuchar eso de tus labios es la mayor victoria de mi vida.

Tomo mi sombrero y se lo pongo en la cabeza. Como me dije a mí mismo que haría. Y luego la beso.

Primero suave y escrutadora, antes de agarrarme de la camisa y poner las cosas un poco desesperadas. Gime y desliza su lengua en mi boca. Mi chica ansiosa siempre es la primera en hacerlo.

Es el mejor beso de mi vida. Es el mejor momento de mi vida. Porque encontré la pieza que me faltaba. No tengo ni idea de lo que voy a hacer con el resto de mi vida, pero sé que voy a hacerlo con Summer. Voy a seguir volviendo, a seguir demostrándole que somos mejores juntos.

Así que, estamos aquí besándonos. Con las cámaras grabando. En medio de una gran multitud. Sin duda levantando algunas cejas. Haciendo una declaración y sin importarnos una mierda quién nos vea.

Elegirnos el uno al otro. Encontrarnos. Presentarnos el uno al otro.

Y todo sobre el momento es impecable.

EPÍLOGO

Rhett

Un año después...

Llego a la entrada del Rancho Wishing Well y respiro hondo.

Joder, qué bien se siente estar en casa. Han sido dos semanas en la carretera. Que son unos catorce días más de lo que quiero estar lejos de Summer.

Pero soy feliz. Estoy realizado. Lo tengo todo. Mi salud. Un trabajo como entrenador en el circuito WBRF. Y la chica de mis putos sueños esperándome a un par de minutos por este camino de grava.

Será mejor que esté desnuda. Desnuda y preparada. Puedo sentir cómo me hincho en mis vaqueros ante la perspectiva. Al pensar en nuestros chats de vídeo mientras he estado fuera.

Normalmente, este trabajo sólo me lleva unos días. Voy y vengo en avión, pero esta vez di un curso a un grupo de jóvenes promesas. Fue divertido.

Pero echo de menos a mi chica algo feroz.

La carretera serpentea más allá de la casa principal y luego se funde con una parte más nueva. *Nuestra parte*. Al final de este camino está *nuestra casa*. Y creo que nunca me cansaré de referirme a ella de esa manera.

Lo único más satisfactorio sería poder llamar a Summer *mi mujer*.

—Mm —tarareo y golpeo con la mano el volante de mi nueva camioneta. La que Summer me hizo comprar porque es "más segura". Y porque la vieja no paraba de averiarse porque nunca encontraba tiempo para hacerle ningún trabajo.

Pero creo que la camioneta nuevo merece la pena aunque sólo sea porque significa que cuando me acerque al bungalow recién construido y vea a mi chica sentada en la escalera de entrada junto a mi vieja camioneta

Pero no mi vieja camioneta. Porque la que está sentada a su lado está pintada del azul más bonito. Un azul acerado.

El azul de los ojos de mi madre en mi foto favorita de ella.

Su visión me da cuerda. La chica que me hubiera gustado que mi madre conociera. Sentada junto a una camioneta que ahora me recuerda a ella, que compró para alguien a quien quería.

De la forma más extraña, parece mucho más que una chica hermosa sentada junto a una bonita camioneta.

Estaciono a su lado y salgo a paso de tortuga. Con la mandíbula desencajada, miro fijamente el vehículo que tengo al lado. Siento un hormigueo horrible en el puente de la nariz, y la vista se me nubla ligeramente cuando Summer se acerca por delante con una manita sobre el capó. Su sencilla camiseta blanca de tirantes y sus vaqueros recortados la hacen parecer sexy sin esfuerzo. Sin embargo, lo mejor que lleva es la suave mirada de sus ojos y la tímida sonrisa de sus labios.

—¿Lo he hecho bien?

Aprieto los labios y trato de inspirar. Mi mirada rebota entre ella y el camión.

—¿Bien? Summer, esto es... ¿cómo lo has conseguido? ¿Es la misma camioneta? ¿Funciona?

Se acerca con los pies descalzos por el camino recién asfaltado. Y antes de que me dé cuenta, se ha metido debajo de mi brazo, con la mano metida en el bolsillo trasero de mis Wranglers, y nos quedamos mirando mi nueva camioneta.

Se ríe en voz baja y se queda mirando un momento.

—Sí, es la misma camioneta. Cada vez que has estado fuera esta temporada, lo he llevado al taller para que la arreglaran. —Una risa ahogada burbujea en mi pecho y ella inclina la cabeza contra mí, pintándose a ras de mi costado—. Odiaba que te hubieras ido dos semanas, pero era la oportunidad perfecta para que los chicos lo terminaran.

—Guau. —Me ha dejado casi sin palabras. Esto estaba tan abajo en mi lista de cosas por hacer que ni siquiera lo vi venir. Sabía que lo quería. Un día.

Después de que la casa estuviera terminada, y hubiera un par de adorables clones de Summer correteando por el patio.

—¿Es el color adecuado? Pasé mucho tiempo mirando fotos de ella. Intentando encontrar el tono justo.

Me gustaría poder decir algo al respecto, pero estoy demasiado nervioso. Así que me limito a abrazarla, inhalo profundamente el aroma de su piel -cerezas, siempre cerezas- y le susurro en el pliegue del cuello—: Es perfecto, princesa. Y tú también.

La vida nunca ha sido mejor.

Trabajo. Familia. Casa. *Camioneta*.

El hecho de que Summer esté encima de mí. Cabalgándome. Mueve las caderas, echa la cabeza hacia atrás, se masajea los pechos con sus delicadas manos y luce una ligera capa de sudor sobre su piel dorada. Sus labios están ligeramente entreabiertos, y ahí es donde se clavan mis ojos. Hinchados y rosados, emitiendo los más deliciosos y jodidos gemidos.

Parece una maldita diosa bajo la dura luz de la tarde. Nunca la he amado más.

—¿Me has echado de menos, princesa? —Pregunto, agarrando sus caderas justo por encima de donde se forman esos pequeños pliegues.

Me mira fijamente, con los ojos llenos de deseo, las mejillas sonrosadas y el cabello recogido en un moño desordenado. Recuerdo el primer día que nos conocimos. Su moño estaba tan apretado que parecía casi doloroso cuando se sentó frente a mí en aquella sala de juntas.

Pero eso fue hace un año. Y mi chica ha cambiado mucho desde entonces. Ahora está toda deshecha, como a mí me gusta. Desatada y cabalgando mi polla.

—Sí, mucho. Iré la próxima vez.

Creo que la amo más a cada momento que pasa.

Suena un profundo estruendo en mi pecho mientras alargo la mano para

frotar su clítoris.

—Ahora eres dueña de un negocio. No puedes ir siguiendo a tu novio por todo el país.

Ahora se detiene y me mira fijamente.

—No me digas lo que puedo o no puedo hacer.

La adoro especialmente cuando me regaña.

Empujo hacia arriba con una sonrisa de satisfacción.

—Cabalga más fuerte. —Froto con más fuerza su clítoris, sabiendo que no podrá resistirse a moverse de nuevo si lo hago.

Sonrío cuando acierto. Ella se mueve de nuevo con un juguetón movimiento de cabeza.

—Qué buena chica, Summer. Móntala.

Ella gime, con los ojos cerrados.

—La próxima vez me corro.

—Nena, te vas a correr en unos segundos. Veamos cómo rebotan esas tetas. Más fuerte. Tómalo todo.

—Joder —respira mientras echa la cabeza hacia atrás, el sol le da en el cabello y lo hace brillar. Dejo que mi mano recorra su cuerpo, su cintura, la leve línea de su abdomen por pasarse el día haciendo ejercicio.

Me detengo cuando mi palma se posa sobre la cicatriz de su pecho. Y ahora, la mirada que me dirige es suave, llena de amor y ternura. He pasado dos semanas de viaje y ella actúa como si hubiera estado fuera meses y meses.

—Odiaba estar lejos de ti —confieso, adorando la forma en que sus labios se inclinan cuando digo una mierda como esa—. Pero te amo. Y me encanta verte correrte en mi polla. Déjame ver. Déjame verlo. Déjame oírlo.

Se muerde el labio inferior hinchado y yo casi exploto en el acto. Cuando asiente, redoblo mis esfuerzos, empujando hacia arriba para encontrarme con ella, girando con más fuerza sobre su clítoris. Su calor húmedo me aprieta.

Y entonces grita—: ¡Rhett! —con la cabeza echada hacia atrás, las pestañas cerradas, como un maldito ángel. Sigue siendo el mejor sonido del mundo. Y yo la sigo, con la mano aún en su corazón, disparado hacia ella,

mientras ella cae hacia delante sobre mí murmurando—: Te amo.

—Tan jodidamente bueno —murmuro, sintiendo que debería pellizcarme. Como si no tuviera ni idea de cómo una mujer como Summer ha podido elegir a un hombre como yo.

Pero eso es todo. Estamos aquí, eligiéndonos el uno al otro cada maldito día. Y quiero elegirla para el resto de mi vida.

Me habría casado con ella ese día en las gradas cuando me retiré. Allí mismo. En el puto sitio. Pero soy así de codicioso, y sé que ella necesitaba tiempo para ordenar su vida. Demonios, yo necesitaba tiempo para ordenar mi vida.

Su hermana sigue sin hablarle. Y esa es una herida que desearía desesperadamente poder curarle. Pero no puedo. Todavía no. Y su madrastra tiene suerte de no venir por aquí porque tendría más que unas palabras para alguien que es tan cruel con mi niña como Marina lo es con Summer. Pero ella y su padre están más unidos que nunca. Y todos en mi familia, bueno, toda mi ciudad, la adoran.

Se ha convertido en la chica de oro de Chestnut Springs desde que compró el gimnasio local y lo transformó en Hamilton Athletics. El lugar orientado al entrenamiento de atletas. O torturar hombres adultos como me gusta llamarlo.

Es bueno para nuestra pequeña economía. Y a las señoras de la ciudad les encanta. Dicen que van a una clase de pilates, pero en realidad se quedan sentadas mirando a los jugadores de hockey y a los jinetes de toros que entrenan allí fuera de temporada.

Summer se echa hacia delante y me besa, cálida y húmeda y oliendo a cerezas, con los dedos enredados en mi pelo.

—He dicho que te amo.

—Yo también te amo, princesa. Sabes que sí. —Siento su sonrisa contra la piel de mi pecho antes de que se separe de mí con un suspiro de satisfacción.

Le doy un beso en la cicatriz del pecho y me levanto a buscar un paño caliente.

Por encima del sonido del agua corriente, escucho su voz.

—¿Cuánto?

Al salir del baño, la veo y se me paraliza el aire de los pulmones. Está de infarto, tirada en nuestro colchón de matrimonio. Ahora mismo, es sólo un colchón en el suelo. El suelo sin terminar. Y está rodeada de paneles de yeso que hay que pintar.

Nuestra casa definitivamente no está completa todavía, pero no podíamos esperar para mudarnos. Yo estaba harto de su vida en el estudio loft por encima de su gimnasio. Construimos en nuestro lugar favorito. El lugar donde nos gustaría conducir "el cubo de óxido" - como mi camioneta ha llegado a ser conocida cariñosamente - tirar una manta en la parte trasera y hacer el amor bajo las estrellas. Este lugar tiene la mejor vista de las montañas y eso es lo que Summer quería.

Y la quiero conmigo todo el tiempo. Es jodidamente agotador. Pero ella es mi ser humano favorito en el mundo. Después de una cierta cantidad de tiempo juntos, otras personas por lo general me ponen de los nervios.

Pero no Summer. Ella es mi persona. Y yo la suya. Dos mitades de un mismo todo.

—Dime. Dime cuánto me amas. —Sus labios se inclinan hacia arriba y sus ojos bailan.

—Mujer, te limpio con una toallita caliente después del sexo. Eso es lo mucho que te amo.

—Cuéntame más.

Me agacho a su lado y empiezo a limpiarla, con la mente acelerada mientras lo hago, mi polla llenándose de nuevo al estar tan cerca de su coño.

Siento sus ojos clavados en mí. Está esperando a que diga algo más.

Le vuelvo a subir el tanga de encaje por las piernas, porque está jodidamente fantástica con lencería cara.

—Date la vuelta. Te lo enseñaré.

Tuerce los labios, le bailan las preguntas en los ojos, pero cede con un suspiro, mostrándome su hermoso culo redondo.

No puedo evitar darle un sonoro bofetón antes de volver a cruzar la habitación para tirar el trapo a la cesta, ponerme un par de chándales y tomar la bolsa que se me cayó en el dormitorio antes de perder toda la ropa con ella.

Tomo un bolígrafo y vuelvo hacia ella, captando la mirada curiosa que me lanza por encima del hombro.

—De acuerdo. Presta mucha atención, princesa.

Ella suelta una risita y asiente con la cabeza.

—De acuerdo.

Me siento a horcajadas sobre ella, y es una idea terrible, porque sólo puedo pensar en deslizar mi polla entre sus piernas. Pero me concentro, destapando el bolígrafo.

Y entonces empiezo a escribir. Uniendo los puntos de su espalda como suelo hacer con la yema del dedo cuando nos tumbamos juntos. Su espalda es como el cielo nocturno, lleno de constelaciones. Ella y yo somos estrellas binarias, atrapadas en la órbita de la otra, atraídas por fuerzas que no podemos ver ni entender, pero que podemos sentir.

Lo que escribo hoy son tres palabras. Y juro que casi puedo escucharla pensar, con el cuerpo un poco tenso y la cabeza ladeada mientras intenta descifrarlo.

—Ya está —digo, justo al terminar.

—¿Rhett? —Ahora se gira para mirar por encima de su hombro, pero sus ojos son menos juguetones esta vez. Más acuosos—. ¿Acabas de escribir lo que creo que hiciste?

Me encojo de hombros y le sonrío.

—Supongo que tendrás que ir a buscar.

Sale disparada de la cama y la veo dar pasos rápidos por lo que es básicamente una zona en obras, hacia el cuarto de baño. Los pliegues bajo su trasero, el encaje que lo enmarca y las palabras *¿Quieres casarte conmigo*? escritas en su espalda.

Es tan jodidamente satisfactorio.

Me abalanzo hacia mi bolso y tomo la caja de terciopelo que escondí. Voy deprisa, no quiero perderme la expresión de su cara cuando la vea.

Mis ojos la siguen mientras se vuelve de espaldas al pequeño espejo provisional del cuarto de baño. Echa un vistazo por encima del hombro y

luego...

Sonríe con esa sonrisita que antes me cabreaba y ahora me vuelve loco. Ni siquiera se gira hacia mí. Se queda ahí, mirando su reflejo, sonriendo.

Me arrodillo y levanto el anillo que tengo en la mano -un solitario con puntas de diamante más pequeñas para que parezca una estrella- y podría estar levantando mi corazón.

Porque esta chica posee cada parte de mí. Y lo ha hecho desde el primer día que me sonrió.

Cuando Summer se vuelve hacia mí, su sonrisa se agranda. Ni siquiera mira el anillo, se queda mirándome fijamente, sus iris bailan con los míos y hablan un idioma que solo nosotros dos conocemos.

—Sí. —Ella asiente, las lágrimas brotan ahora.

—Princesa, *por favor*, no llores.

Se acerca más a mí, me rodea con sus brazos y presiona mi cabeza contra su pecho. Los latidos de su corazón son fuertes y constantes, y está jodidamente segura. Igual que yo lo estoy con ella.

—Son lágrimas de felicidad.

Levanto la mano y le arranco una lágrima de la mejilla.

—Todavía las odio. Pero me alegro de que seas feliz. Si estos fueran tus últimos momentos, ¿te irías feliz?

Tomo su mano entre las mías y deslizo el anillo en su dedo, adorando lo bien que le queda.

Ambos nos quedamos unos segundos mirándola. Admirándolo, pero quizá más admirando lo que significa.

Me agarra la cabeza y me frota la barba con los pulgares.

—Sí, pero este no será mi último momento. Tengo demasiadas cosas que quiero hacer contigo primero.

Se me dibuja una enorme sonrisa en la cara y me levanto, tomándola en brazos. La llevo hacia el colchón.

—Yo también, princesa. Como llevarte a la casa principal y presentarte como la futura Sra. Eaton. Tal vez besarte esta noche en The Spur para que todo

el mundo hable de ello. Pero primero —la tumbo en la cama, disfrutando de la risita acuosa que se le escapa—. Primero, voy a pasarme la tarde escuchándote gritar mi nombre.

Se ríe y levanta la mano para mirar su anillo. Parece tan jodidamente feliz.

¿Y verla feliz?

Verla feliz lo es todo.

Y yo también estoy feliz, porque voy a estar atrapado en su órbita el resto de mi vida.

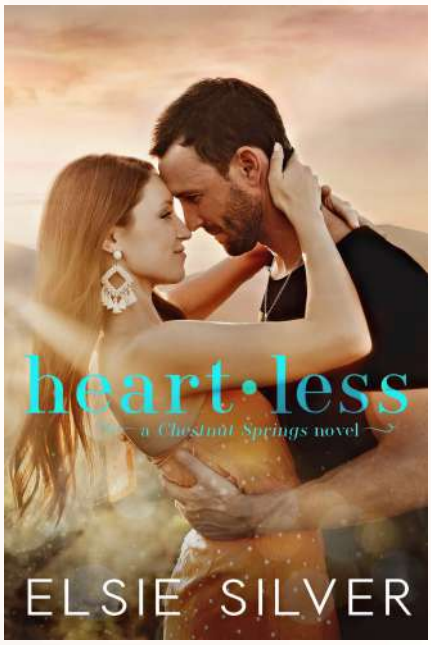
Fin

¿Quieres ver cómo Cade Eaton, el padre soltero gruñón, encuentra a su media naranja? Sigue leyendo para ver un adelanto de *Heartless*.

¿Conoces a Violet, la hermana pequeña de los hermanos Eaton? Lee toda su historia en la serie *Gold Rush Ranch*.

Empieza con *Off to The Races*.

HEARTLESS



Cade

Los ojos de Lucy Reid revolotean en mi dirección. Su mirada es demasiado agradecida para mi gusto.

—Me encanta hacer manualidades. Hago muchos álbumes de recortes en mi tiempo libre. Tejer. Apuesto a que a Luke le encantaría tejer. ¿No crees, Cade?

Casi me río. La forma en que ronronea mi nombre. Además, me encantaría ver cómo alguien consigue que Luke se quede quieto el tiempo suficiente para manejar dos palos puntiagudos y crear algo.

Ahora sonríe a Summer, la prometida de mi hermano pequeño, antes de añadir—: Ya sabes cómo es esto. Todos necesitamos algún tipo de afición femenina, ¿no?

Escucho a mi padre, Harvey, reír entre dientes desde la esquina de la habitación.

Contratar a una niñera se ha convertido en todo un asunto familiar.

Y también, una pesadilla en toda regla.

Summer junta los labios y esboza una pequeña sonrisa falsa.

—Sí, claro.

Casi resoplo. La idea que Summer tiene del entretenimiento femenino es poner en cuclillas pesados platos en el gimnasio y torturar a hombres adultos en nombre del "entrenamiento personal". Está mintiendo descaradamente, pero quizá sea tan nueva en la ciudad que Lucy no lo sepa.

O tal vez Lucy está siendo una perra sarcástica con mi futura hermana.

—De acuerdo. —Me pongo de pie—. Bueno, gracias. Ya te llamaremos.

Lucy parece un poco desconcertada por lo rápido que he cambiado de conversación, pero y a he escuchado y visto todo lo que tenía que escuchar y ver.

Y el trato con los pacientes no es mi fuerte. Soy más del tipo de arrancar la venda.

Giro sobre mis talones, dejo caer la barbilla y salgo antes de que sea demasiado obvio que he visto su mano extendida y no he querido estrechársela. Prácticamente pisoteando la cocina, apoyo las manos en la encimera de bloques de madera que se apoya en la ventana y dejo que mis ojos recorran la sierra y los picos de las Montañas Rocosas que sobresalen hacia el cielo.

Esta vista, salvaje y escarpada, rebosa color a principios de verano. La hierba un poco demasiado verde, el cielo un poco demasiado azul. El sol brilla lo suficiente como para borrarlo todo un poco y hacerte entrecerrar los ojos.

Después de echar unos granos de café en el molinillo para preparar una cafetera nueva, aprieto la tapa para llenar la casa con el sonido e intento no pensar en lo que voy a hacer con mi hijo durante los próximos dos meses. Eso sólo me lleva a machacarme. Siento que debería hacer más por él. Estar más presente para él.

Básicamente, no es productivo.

El sonido tiene la ventaja añadida de ahogar las bromas que mi padre, Harvey y Summer intercambian en la puerta principal.

No es mi casa, no es mi responsabilidad. Estamos en la granja principal, donde vive mi padre, para hacer las entrevistas con la niñera porque no me

gusta dejar entrar a gente al azar en mi casa. Especialmente a los que me miran como si fuera su billete para completar conmigo una extraña fantasía de familia feliz prefabricada.

Harvey, por otro lado, dirigiría un bed and breakfast en este lugar y disfrutaría muchísimo atendiendo a la gente. Desde que se lesionó y me dejó el rancho a mí, es como si se dedicara a socializar las 24 horas del día.

Observo cómo los pequeños granos caen en el filtro de papel blanco situado en la parte superior de la cafetera y luego giro para llenar la cafetera de agua en el fregadero.

—Un poco tarde para un café, ¿no crees? —Harvey entra a grandes zancadas, con Summer no muy lejos.

No tienen ni idea. Hoy estoy hasta arriba de café. Casi nervioso. La sonrisa que pongo apenas me toca los ojos.

—Sólo lo preparo para mañana por la mañana para ti.

Summer resopla y mi padre pone los ojos en blanco. Los dos saben que estoy mintiendo.

—No fuiste muy amable con ella, Cade —es su siguiente comentario. Y ahora me toca a mí poner los ojos en blanco—. De hecho, estás siendo un desafío con todo este proceso.

Cruzo los brazos y me apoyo en la encimera.

—No soy muy agradable. Y seré felizmente un *desafío* a la hora de proteger a mi hijo. —Juro que mi padre tuerce los labios, se sienta a la mesa y cruza un pie calzado sobre la rodilla.

Summer se queda de pie, con la cadera apoyada en el marco de la puerta, mirándome. A veces lo hace, y es desconcertante.

Es lista. No se le escapa una. Juro que escucho los engranajes girando en su cabeza, pero no tiene una gran boca, así que nunca sabes lo que está pensando.

Me gusta de verdad y me alegro de que mi hermano pequeño haya sido lo bastante listo como para ponerle un anillo.

—Eres simpático —dice pensativa— a tu manera.

Me aprieto los labios con los dientes porque no quiero darles la satisfacción de ver que me hace gracia ese comentario.

Suspira.

—Escucha, son todos los que hemos entrevistado. Hice todo lo posible para eliminar a los solicitantes que parecían menos interesados en pasar tiempo con Luke y más interesados en pasar tiempo contigo.

—Hoo chico —mi padre da un manotazo en la mesa— y había varias. ¿Quién iba a decir que las mujeres se apuntarían voluntariamente para soportar tu ceño fruncido y tu mal humor? La paga no es tan buena.

Lo miro con el ceño fruncido y vuelvo a centrarme en Summer.

—No has escarbado lo suficiente. Quiero a alguien que tenga cero interés en mí. Nada de mierdas complicadas. ¿Quizás podrían estar felizmente casadas?

—Las mujeres felizmente casadas no buscan vivir en tu casa durante el verano.

Gruño.

—¿Y alguien de otro pueblo? Alguien que no conoce a nuestra familia. Y toda mi mierda. Alguien que no se haya acostado con uno de mis hermanos. —Mi nariz se arruga—. O con mi padre.

Harvey emite un pequeño sonido ahogado, casi una carcajada.

—Llevo décadas soltero, hijo. Métete en tus asuntos.

Las mejillas de Summer se sonrosan, pero no se me escapa la sonrisa de sus labios cuando se vuelve para mirar por la ventana.

—Podría hacerlo sin más —añade.

Y no es la primera vez.

—No.

—¿Por qué no? Es mi nieto.

—Exactamente. Así debe seguir siendo su relación. Ya has ayudado bastante con él durante toda su vida. Tu espalda, tus rodillas, necesitas un descanso. Todavía puedes tener tus días de diversión con él, cuando quieras. Pero no necesitas que te machaquen con largas horas de trabajo, madrugadas y,

posiblemente, trasnochadas. No es justo, y no voy a aprovecharme de ti de esa manera. Fin de la historia.

Entonces me vuelvo hacia mi futura cuñada.

—Summer, ¿no puedes hacerlo? Serías perfecta. Luke te adora. Yo no te gusto. Ya vives en el rancho.

Veo cómo se le desencaja la mandíbula. Definitivamente se está hartando de que se lo pida. Pero no quiero dejar a mi hijo con cualquiera. Es un manazas. Más de un puñado. Y no puedo hacer todo lo que tengo que hacer en este rancho este verano sin alguien que lo cuide. Alguien en quien pueda confiar para mantenerlo a salvo.

—También soy propietaria de un nuevo negocio, y estos meses de verano son los de más trabajo. No es una opción. Deja de pedírmelo. Me hace sentir mal. Porque quiero a Luke y también me gustas tú. Pero nos estamos cansando de agachar la cabeza entrevistando a gente sólo para hacer cero progresos contigo.

—De acuerdo, está bien —refunfuño—. Me conformaré con alguien como tú, entonces.

Su cabeza se inclina en respuesta a eso, su cuerpo se calma.

—Puede que tenga una idea. —Se lleva un dedo a los labios y Harvey se vuelve hacia ella, con los ojos llenos de preguntas.

Parece tan esperanzado. Si yo estoy cansado de la saga de encontrar una nueva niñera para el verano, Harvey debe de estar agotado.

Arqueo las cejas.

—¿A quién?

—No la conoces.

—¿Tiene experiencia?

Summer me mira fijamente, con sus grandes ojos oscuros que no delatan nada.

—Ella tiene experiencia en el manejo de chicos revoltosos, sí.

—¿Se enamorará de mí?

Summer resopla de la manera menos femenina.

—No.

Debería ofenderme, pero no lo hago. Empujo el mostrador y hago girar un dedo.

—Perfecto. Vamos a hacerlo —le digo mientras salgo por la puerta de atrás hacia mi casa y me alejo del desastre que supone encontrar una niñera capaz para un niño de cinco años.

Sólo necesito a alguien que entre y salga. Alguien profesional y sin complicaciones. Sólo son dos meses. No debería ser tan difícil.

Cuento en mi cabeza la última vez que tuve sexo.

O al menos lo intento.

¿Dos años? ¿Tres años? ¿Fue aquella vez en enero cuando pasé una noche en la ciudad? ¿Cuánto tiempo hace de eso? ¿Cómo se llamaba esa chica?

La mujer que tengo delante se mueve, una cadera sobresale, el culo redondea sus vaqueros ajustados de una forma que debería ser ilegal. El pliegue bajo la mejilla es casi tan seductor como el vaivén de su cabello castaño al ondear por su esbelta espalda.

Ella distrae. Camisa ajustada metida dentro de jeans ajustados. Cada puta curva a la vista.

Pierdo la cuenta por completo. De todos modos, es verla delante de mí en la cola para el café lo que me hace contar.

La conclusión es que tuve relaciones sexuales hace tanto tiempo que ni siquiera me acuerdo. Pero no olvido por qué no me he permitido considerar a una mujer durante tanto tiempo.

Un niño que estoy criando por mi cuenta. Un rancho que dirijo yo solo. Un millón de responsabilidades. Muy poco tiempo. No dormir lo suficiente.

Hace tiempo que no tengo tiempo para mí. Sólo que no me di cuenta de cuánto tiempo.

—¿Qué puedo ofrecerle, señora?

La mujer que tengo delante se ríe, y me recuerda a las campanillas del porche de mi casa cuando el viento las mueve: suenan melódicas y ligeras.

Esa risa.

Es una risa que reconocería. Definitivamente nunca he conocido a esta mujer. La recordaría, porque conozco a todos en Chestnut Springs.

—¿Señora? No sé cómo me siento al respecto —dice, y juro que puedo oír la sonrisa en su voz. Me pregunto si sus labios hacen juego con el resto de su cuerpo.

Ellen, que regenta Le Pamplemousse, la pequeña cafetería gourmet de la ciudad, le sonríe.

—Bueno, ¿cómo quieres que te llame? Suelo reconocer todas las caras que entran por mi puerta, pero la tuya no.

Ah, no soy sólo yo. Me inclino un poco hacia delante, esperando captar el nombre. Pero un trabajador elige este momento exacto para moler café. Lo que me hace rechinar los dientes.

No sé por qué quiero saber el nombre de esta mujer. Simplemente lo hago. Soy de un pueblo pequeño, se me permite ser fisgón. Y eso es todo lo que es.

Cuando cesa el chirrido, el rostro arrugado de Ellen se ilumina.

—Qué nombre tan bonito.

—Gracias —responde la mujer que tengo delante, antes de añadir—: ¿Cómo es que este sitio se llama The Grapefruit?

Ellen suelta una carcajada y sonríe desde su lado del mostrador.

—Le dije a mi marido que quería llamar a la tienda algo que sonara elegante. Algo francés. Me dijo que lo único que sabía decir en francés era Le Pamplemousse. Me pareció bien y ahora es como una pequeña broma entre nosotros. —Sus ojos se suavizan al mencionar a su marido, y siento un destello de envidia dentro de mi pecho.

Seguido de un parpadeo de fastidio.

La única razón por la que no me he quejado de su lentitud es porque estoy demasiado ocupado luchando contra una erección pública por la risa de esta

chica. En circunstancias normales, estaría cabreado porque tomar un café me está llevando tanto tiempo. Le dije a mi papá que volvería para recoger a Luke -miro mi reloj- justo ahora. Tengo que volver para reunirme con Summer y la persona que, con suerte, será la niñera de Luke.

Pero mi mente está divagando como no lo había hecho en años. Así que tal vez estoy destinado a disfrutar del viaje. La sensación de sentir algo.

—Tomaré una mediana, extra caliente, sin espuma, medio dulce... —Mis ojos giran sutilmente hacia atrás mientras inclino hacia abajo el ala de mi sombrero negro. Por supuesto, la forastera con el cuerpo de infarto tiene que tener un pedido de bebida fastidiosamente largo y complicado.

—Son tres dólares con setenta y cinco centavos —dice Ellen, con los ojos fijos en la pantalla táctil de la caja registradora que tiene delante, mientras la mujer de la caja rebusca en su enorme bolso, claramente en busca de su cartera.

—Mierda —murmura, y por el rabillo del ojo veo que algo cae de su bolso al suelo de cemento pulido, a sus pies calzados con sandalias.

Sin siquiera pensarlo, me pongo en cuclillas y arranco la tela negra del suelo. Veo cómo gira las piernas y se levanta de nuevo.

—Aquí tienes —digo, con la voz llena de grava mientras una inyección de nervios me golpea. Hablar con mujeres desconocidas no es una de mis habilidades.

¿Frunciéndoles el ceño? Soy un profesional.

—Dios mío —dice.

Ahora, de pie, puedo verle bien la cara. Mis pies se clavan en el suelo y mis pulmones dejan de funcionar. Su risa no tiene nada que ver con su cara. Ojos de gato, cejas arqueadas y piel lechosa.

Es jodidamente impresionante. Y sus mejillas son rojo fuego.

—Lo siento mucho —jadea, una mano cuidada cae sobre sus labios de capullo de rosa.

—No hace falta. Está bien —digo, pero sigo sintiendo que todo sucede a cámara lenta.

Me cuesta ponerme al día, sigo demasiado fijada en su cara.

Y *joder*.

Sus tetas.

Soy oficialmente un viejo espeluznante. Mis ojos bajan hasta mi puño, la suave tela que asoma entre mis dedos.

Ella gime mientras mis dedos se despliegan. Y poco a poco me doy cuenta de por qué está tan horrorizada de que sea un caballero y la tome…

Bragas.

Miro fijamente el trozo de tela negra que tengo en la mano y es como si todo a nuestro alrededor se volviera borroso. Mis ojos se disparan hacia los suyos, muy abiertos y verdes. Tantos tonos. Un mosaico.

No soy conocido por sonreír, pero las comisuras de mis labios se crispan.

—Se le cayeron las bragas, señora.

Suelta una carcajada estrangulada y su mirada se dirige a mi mano y de nuevo a mi cara.

—Vaya. Esto es incómodo. Estoy realmente…

—¡Tu café está listo, cariño! —llama Ellen.

La pelirroja aparta la cara, como aliviada por la interrupción.

—¡Gracias! —contesta demasiado alegre antes de dejar un billete de cinco sobre la encimera y tomar el vaso de papel. Sin volver a mirar, se dirige hacia la puerta. Como si no pudiera escapar lo bastante rápido—. ¡Quédate con el cambio! Hasta la vista.

Juro que la escucho reírse en voz baja mientras pasa de largo, evitando claramente mi mirada mientras murmura algo para sí misma sobre que esta será una buena historia que contar a sus hijos algún día.

Me pregunto distraídamente qué mierda de historias planea contar esta mujer a sus futuros hijos antes de llamarla.

—Olvidaste tu… —Me interrumpo porque me niego a gritar esto a través de la cafetería llena de gente a la que tengo que enfrentarme día tras día.

Cuando llega, se gira para apretar la puerta con la espalda y me mira durante un instante, con una risa apenas contenida que le recorre todos los rasgos.

—Quien la encuentra, se la queda —dice encogiéndose de hombros.

Ahora se ríe, llena, cálida y muy divertida. Luego sale a la calle iluminada por el sol, con el cabello brillante como el fuego y las caderas contoneándose como si fuera la dueña de la ciudad.

Me deja atónito.

Y cuando vuelvo a mirar la palma de mi mano abierta, me doy cuenta de que hace tiempo que se fue, no tengo ni idea de cómo se llama, y yo sigo aquí...

Sujetándole las bragas.

AGRADECIMIENTOS

Si hace un año alguien me hubiera dicho que estaría aquí, haciendo esto, me habría reído en su cara. Pero el mundo funciona de forma misteriosa y, como dice la cita que encabeza este libro, a veces el momento te atrapa.

Menudo viaje. Qué aventura. Qué bendición absoluta haber tropezado con una carrera que me da tanta alegría.

Pero este trabajo sólo es tan increíble porque muchas otras personas contribuyen a que lo sea.

A mis lectores, gracias. De todo corazón. Gracias por dedicar su precioso tiempo libre a leer mis historias. Por amarlas, por compartirlas, por llenar mi bandeja de entrada con vuestros mensajes. Me encanta todo eso.

Para mi marido, eres el mejor novio de libros. Siempre inspiras trocitos de mis libros. Te amo sin medida.

A mi hijo, me haces reír cada día. Das los mejores abrazos. Tengo tanta suerte de ser tu madre. Te amo hasta la luna.

A mis padres, siempre supieron que averiguaría qué hacer conmigo misma. Incluso cuando no estaba tan segura de que tuvieran razón. Son los dos mejores animadores que una chica puede pedir. Los amo con todo mi corazón.

A mi asistente Krista, odio llamarte mi asistente. Siento que sólo eres mi amiga divertida y genial que me ayuda con TODAS LAS COSAS. Y yo no lo tendría de otra manera.

Para Lena, eres mi paseo o morir. Mi compañera pervertida encantadora. Haces que este trabajo sea más divertido cada día. ¿A quién más le diría todas las cosas inapropiadas?

Para Catherine, eres la mentora secreta más maravillosa que una chica podría pedir. Me siento muy afortunada de tenerte a mi lado.

Kandi, tienes que ser una de mis personas favoritas... de todos los tiempos. Nunca olvidaré tu generosidad y tu amabilidad. Estoy deseando

devolverte el favor algún día. Tengo mucha suerte de llamarte amiga.

A Sarah de Social Butterfly, me encanta nuestra relación de trabajo. Pero también estoy deseando comerme un pene de gofre y hacer yoga de cabra contigo.

A mis lectoras beta, Amy, Krista y Kelly, gracias por vuestro duro trabajo y vuestra aguda mirada. Captáis las cosas de las que mi cerebro no se da cuenta.

A mi editora Paula, básicamente... estoy obsesionada contigo. Jaja. Gracias por estar siempre disponible para intercambiar ideas y bromear. Eres irremplazable.

A mi diseñador de portadas, Casey/Echo, has trabajado muy duro en esta portada y, maldita sea, ha merecido la pena. Tu experiencia y tus opiniones tienen un valor incalculable para mí. Además, me partís de risa, así que ahí queda eso.

Por último, a mis lectores de ARC y a los miembros del equipo de calle. . . Ni siquiera sé por dónde empezar. Ustedes marcan la diferencia más de lo que se imaginan. Cada post me hace sonreír, cada reseña tiene un impacto. No me importa cuántos seguidores tengan, todos son maravillosos y se lo merecen, y los aprecio a todos y cada uno de ustedes más de lo que creen.

ACERCA DE LA AUTORA



Elsie Silver es una autora canadiense de novelas románticas atrevidas y sexys sobre pueblos pequeños a la que le encantan los buenos novios y las heroínas fuertes que los ponen de rodillas. Vive a las afueras de Vancouver, en la Columbia Británica, con su marido, su hijo y sus tres perros, y lee libros románticos con voracidad desde antes de lo que se suponía.

Le encanta cocinar y probar comidas nuevas, viajar y pasar tiempo con sus hijos, sobre todo al aire libre. Elsie también se ha convertido en una gran admiradora de sus tranquilas mañanas de las cinco, que es cuando más escribe. Es durante ese tiempo cuando puede saborear una taza de café caliente y soñar con un mundo ficticio lleno de historias románticas para compartir con sus lectores.